



POR EL TIEMPO

Robert Silverberg

Titulo original: Up the Line
Traducción: Francisco Arellano
© 1969 by Robert Silverberg
© 1990 Miraguano Ediciones
Hermosillo 104 - Madrid
I.S.B.N.: 84-7813-064-0
Edición digital: Carlos Palazon
R6 02/03

Para Anne McCaffrey, una verdadera amiga.

Sam el gurú era negro y sus ancestros habían sido esclavos... y antes, reyes. Me preguntaba lo que habrían sido los míos. ¿Generaciones de campesinos cubiertos de sudor, medio muertos de agotamiento? ¿O conspiradores, rebeldes, grandes seductores, soldados, ladrones, traidores, mantenidos, duques, eruditos, sacerdotes expulsados, traductores, cortesanos, mercaderes de marfil, hábiles cocineros, hoteleros, agentes de bolsa, falsificadores de moneda? Toda aquella gente a la que ni había conocido ni conocería jamás, gente de la que llevaba la sangre, la linfa y los genes... quería conocerla. No podía soportar la idea de permanecer separado de mi propio pasado. Deseaba ardientemente guardarlo conmigo, como una concha que llevase a la espalda y en la que pudiera meterme cuando llegaran las temporadas de sequía.

—En ese caso, no tienes más que cabalgar el potente soplo de tiempo —me dijo Sam el gurú.

Seguí su consejo. Así es como empecé a trabajar en el negocio del viaje por el tiempo.

En este momento, he remontado ya la línea genealógica. He visto a todos los que me esperaban a lo largo de todos esos milenios fugitivos. Y mi pasado es tan pesado como un caparazón,

¡Pulcheria!

¡Multi-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-abuela!

Si no hubiera entrado en la tienda de golosinas y especias...

Si aquellos ojos, piel olivácea y senos duros no hubieran significado nada para mí, Pulcheria...

Amor mío. Mi sensual antepasada. Me atormentas en los sueños. Cantas para mí desde el otro extremo de esta ruta.

Era realmente negro. Desde el Renacimiento Afro, es decir, desde hacía cinco o seis generaciones, su familia habla hecho todo lo posible para conseguirlo. La intención era purgar las gónadas eliminando los genes de los esclavistas execrables que, naturalmente, se habían mezclado ampliamente con la familia de Sam a lo largo de los años. Massa había tenido todo el tiempo necesario para tender la cuerda que enlazaba el siglo XVII con el XIX. Sin embargo, a partir de la década de 1960, la raza de Sam empezó a deshacer el trabajo de los diablos blancos uniéndose sólo con color ébano y cabellos rizados. A juzgar por las fotos de la familia que me enseñaba Sam, el punto de partida había sido una tátara-tátara-abuela de color café con leche. Se casó con un estudiante diplomado procedente de Zambia o de una de esas pequeñas naciones temporales, y su hijo mayor encontró una princesa nubia, cuya hija se casó con un elegante negro color ébano del Mississippi que...

—En fin, el resultado de todo esto es que mi abuelo era de un moreno bastante aceptable —explicó Sam—. Pero se podía leer en él su ascendencia mestiza. Conseguimos oscurecer un poco el tinte de la familia, pero no podíamos pasar por negros puros. Entonces, nació mi padre, y sus genes dieron un salto atrás. Pese a todos los esfuerzos. Piel clara, labios delgados y nariz afilada... un mestizo, un monstruo. La genética le jugaba una mala pasada a una honesta familia de afri-

canos desplazados. Entonces, papá fue a ver a un geneto y se hizo extirpar los genes caucásicos, consiguiendo en cuatro horas lo que sus antepasados no lograron en ochenta años; y aquí estoy. Negro y espléndido.

Sam tendría unos treinta y cinco años. Yo, veinticuatro. Durante la primavera del 59, compartimos un apartamento de dos habitaciones en Nueva Orleans Inferior. Era, de hecho, el apartamento de Sam, pero me dijo que me quedase cuando supo que no tenía dónde ir. En aquella época, Sam trabajaba a tiempo parcial en un palacio del esnife.

Yo acababa de salir de Novísima York, tercer asistente en jurisprudencia del juez Mattachine de la Gran Corte Suprema del Condado de Manhattan Superior. Obtuve aquel trabajo gracias al apoyo de un político, naturalmente, no gracias a mi cerebro. Los asistentes de jurisprudencia no tienen por qué poseer cerebro; eso enerva a los computadores. Tras pasarme ocho días junto al juez Mattachine, se me agotó la paciencia y salté al primer expreso que se dirigía hacia el sur, llevándome conmigo todas mis posesiones terrestres: un cepillo de dientes y la afeitadora, la llave para el terminal del infordenador, el último informe bancario, dos trajes de repuesto y un amuleto, una moneda de oro bizantina, un *nomisma* de Alexis I. En cuanto llegué a Nueva Orleans, me paseé por los niveles inferiores hasta que los pies me llevaron a la discoteca de la calle Bourbon Inferior, nivel Tres. Debo confesar que fui atraído al interior por las dos chicas vivarachas que bailaban completamente sumergidas en una barrica transparente llena de lo que parecía ser —y resultó serlo— coñac. Se llamaban Helen y Betsy y las conocí muy bien durante un tiempo. Eran el atractivo del palacio, lo que se llamaba un reclamo en la época atómica. Llevaban máscaras y exponían sus deliciosas desnudeces a los paseantes; prometedoras, pero sin entregarse jamás al más mínimo desenfreno orgiástico. Las observé cómo nadaban en círculos, lentamente, sujetando cada una de ellas el seno izquierdo de la otra; un muslo se deslizaba de vez en cuando entre las piernas de Helen o Betsy, según el caso; me sonreían atrayentemente y terminé por entrar.

Sam se levantó para recibirme. Mediría unos tres metros de altura y llevaba un suspensor. Su piel aceitosa brillaba. Al juez Mattachine le habría encantado.

—Buenas, blanquete —dijo Sam—. ¿Quieres comprarte un sueño?

—¿Qué tienes para elegir?

—Sado, maso, homo, lesbo, intro, extro, super, infer, todas las variaciones y desviaciones.

Señaló la lista con las ofertas.

—Elige y aprieta con el dedo.

—¿Puedo ver antes las muestras?

Me miró detenidamente.

—¿Qué viene a hacer un judiillo como tú a un sitio como éste?

—Qué curioso. Te iba a preguntar lo mismo.

—Me oculto para escapar de la Gestapo —respondió Sam—. Voy disfrazado de negro. *Yisgadal v'yiskadash...*

—... *adonai elohainu* —contesté—. Soy episcopal reformado, sin broma.

—Yo miembro de la Primera Iglesia de Cristo. ¿Quieres que te cante un himno negro?

—Ahórramelo —pedí—. ¿Me podrías presentar a las chicas de la bañera?

—Aquí no vendemos carne, blanquete, sólo sueños.

—No quiero comprar carne, sólo alquilarla durante un rato.

—La del pecho se llama Betsy. La que tiene tan buena retaguardia, Helen. A menudo, son vírgenes y, en ese caso, el precio es mayor. Prueba con un sueño.

Mira qué máscaras tan bonitas. ¿Estás seguro de que no quieres esnifar?

—¡Seguro que estoy seguro!

—¿Dónde te han pegado ese acento de Nueva York?

—En Vermont, durante las vacaciones de verano —le contesté—. ¿Dónde te han pegado a ti esa piel tan negra y brillante?

—Me la compró mi papá en un geneto. ¿Cómo te llamas?

—Jud Elliott. ¿Y tú?

—Sambo Sambo.

—Repetido. ¿No te molestará si te llamo Sam?

—Hay mucha gente que me llama así. ¿Estás viviendo en Nueva Orleans Inferior?

—Acabo de llegar. Todavía no he encontrado nada.

—Salgo a las cuatro —dijo Sam—. Lo mismo que Helen y Betsy. Iremos todos a mi casa.

3

Descubrí bastante más tarde que también trabajaba en el Servicio Temporal. Aquello resultó un duro golpe, pues siempre creí que los tipos del Servicio Temporal eran gente seria, íntegra, desesperadamente virtuosa, de mandíbula cuadrada, bien afeitados: como boy-scouts, pero más altos. Y mi gurú negro era y es totalmente distinto de aquella imagen. Naturalmente, me faltaba mucho que aprender acerca del Servicio Temporal... y de Sam.

Como tenía que pasar algunas horas en el palacio, Sam dejó que me pusiera una máscara gratuitamente y me envió unas cuantas bocanadas de alegres alucinaciones? Cuando me levanté para irme, Sam, Helen y Betsy ya estaban vestidos, listos para salir. Betsy era la del pecho, me repetía la mnemónica, pero vestida de calle, costaba trabajo reconocerla. Bajamos tres niveles hasta llegar al apartamento de Sam y entablamos contacto. Cuando empezó a oler bien y desapareció la ropa, me volví a encontrar con Betsy y nos dedicamos a hacer lo que están pensando; descubrí que las ocho horas de inmersión total, noche tras noche, en un estanque de coñac, le habían dado a su piel un cierto brillo satinado que no afectaba en lo más mínimo a las respuestas de sus sentidos.

A continuación, nos sentamos en círculo, perezosamente, y fumamos hierba; entonces, el gurú me hizo hablar.

—Soy estudiante diplomado en historia bizantina —declaré.

—Muy bien, muy bien, ¿has estado allí?

—¿En Estambul? Cinco veces.

—En Estambul, no. En Constantinopla.

—Es el mismo sitio —repliqué.

—¿De verdad?

—Oh —dije—. *Constantinopla*. Es muy caro.

—No siempre —comentó Sam el Negro. Encendió un nuevo porro y se inclinó hacia mí con ternura y me lo puso en los labios—. ¿Has venido a Nueva Orleans Inferior para estudiar historia bizantina?

—He venido para escapar del trabajo.

—¿Cansado de Bizancio?

—Cansado de ser tercer administrativo auxiliar de jurisprudencia del juez Mattachine de la Gran Corte Suprema del Condado de Manhattan Superior.

—Pero has dicho que eras...

—Y lo soy. Historia bizantina es lo que estudio. La jurisprudencia es lo que hago. Hacía, mejor dicho.

—¿Por qué?

—Mi tío es el Juez Elliott de la Altísima Corte Suprema de los Estados Unidos. El pensaba que tenía que trabajar en algo que estuviera a la altura

—¿No tenías que hacer estudios de derecho para trabajar de ayudante?

—No es necesario —expliqué—. De todos modos, las máquinas se encargan totalmente del registro de los datos. Los auxiliares sólo son cortesanos. Felicitan al juez por su inteligencia, investigan en su lugar, ruegan por él, y así sucesivamente. Aguanté durante ocho días, luego, me cansé.

—Tienes problemas —dijo Sam, con gravedad.

—Sí. He sufrido simultáneamente un ataque maniático para cambiar de sitio, pesimismo, falta de ingresos y ambición mal definida.

—¿Quieres probar con la sífilis terciaria? —preguntó Helen.

—Por ahora no.

—Si tuvieras oportunidad de cumplir tu mayor deseo —preguntó Sam—, ¿la aprovecharías?

—No sé cuál es mi mayor deseo.

—¿Es eso lo que querías decir cuando mencionaste la ambición mal definida?

—En parte.

—Si supieras cuál es tu mayor deseo, ¿levantarías al menos el meñique para conseguirlo?

—Naturalmente —le respondí,

—Espero que hables en serio —me dijo Sam—, porque, si no es así, tendrás que darme algunas explicaciones. Quédate por aquí un tiempo.

Lo dijo de un modo agresivo. Lo quisiera yo o no, Sam deseaba meterme de cabeza en la felicidad.

Cambiamos de pareja e hice el amor con Helen, que tenía un trasero precioso, firme y blanco, y era una virtuosa de los músculos internos. Sin embargo, ella no era mi mayor deseo. Sam me dejó dormir durante tres horas y llevó a las chicas a su casa. Por la mañana, después de lavarme, inspeccioné el apartamento y observé que estaba decorado con objetos procedentes de épocas y lugares muy diversos: una tablilla de arcilla sumeria, una taza peruana, una copa de cristal de Roma, un rosario de cuentas de porcelana de Egipto, una maza medieval y una cota de malla, varios ejemplares del *New York Times* de los años 1852 y 1853, una estantería de libros encuadernados en cuero repujado, dos máscaras faciales iroquesas, una multitud de objetos africanos y muchas cosas más, que llenaban cada hueco, cada resquicio, cada orificio. Sin mucha base, presumí que Sam sentiría cierta predilección por las antigüedades, al no llegar a encontrar ninguna otra solución. Observé, a la semana siguiente, que los objetos de la colección parecían haber sido fabricados recientemente. Serán antigüedades falsas, me dije a mí mismo.

—Trabajo a tiempo parcial para el Servicio Temporal —afirmó Sam el Negro.

4

—El Servicio —declaré— está lleno de *boys-scouts* de mandíbula cuadrada. Tu mandíbula es redonda.

—Y tengo la nariz aplastada; eso ya lo sé. Y no soy tampoco un *boy-scout*. Pero, con todo, trabajo en el Servicio Temporal a tiempo parcial.

—No me lo creo. El Servicio Temporal está formado en su totalidad por amables muchachos de Indiana y Texas. Amables blancos de todas las razas, de todas las creencias y colores.

—Eso es la Patrulla del Tiempo —replicó Sam—. Yo sólo soy un Guía Temporal.

—¿Hay diferencia?

—Hay diferencia.

—Perdona mi ignorancia.

—La ignorancia no puede ser perdonada. Puede ser sólo curada.

—Háblame del Servicio Temporal.

—Hay dos divisiones —explicó Sam—. La Patrulla Temporal y los Guías Temporales. Los que cuentan chistes racistas terminan en la Patrulla Temporal. Los que inventan los chistes racistas terminan en los Guías Temporales. ¿*Capisce?*

—No del todo.

—Muchacho, si eres tan torpe, ¿*por qué no eres negro?* —me preguntó Sam amablemente. Los Patrulleros Temporales se dedican a limitar las paradojas temporales. Los Guías Temporales llevan a los turistas por la línea del tiempo. Los Guías detestan a los Patrulleros y los Patrulleros odian a los Guías. Yo soy Guía. Hago la ruta Mali-Ghana-Gao-Kush-Aksum-Congo en enero y febrero y, en octubre y noviembre, Sumer, el Egipto faraónico y, a veces, la gira Nazca-Mochica-Inca. Cuando andan escasos de personal, recorro las Cruzadas, la Carta Magna, 1066 y Agincourt. He tomado ya tres veces Constantinopla con la Cuarta Cruzada y dos veces la he recuperado por los turcos en 1453. ¡Cuidado, blanquillos!

—¡Todo eso es una broma, Sam!

—¡Claro, me lo he inventado todo, natural mente! ¿Ves todas aquellas cosas? Han sido robadas en el pasado por tu servidor ante las mismas narices de la Patrulla Temporal; salvo en una ocasión, nunca han sospechado nada. Un patrullero intentó detenerme en Estambul, en 1563: le corté las pelotas y se las vendí al sultán por diez besantes. Tiré su crono al Bósforo y dejé que acabara sus días como eunuco.

—¡No lo hiciste!

—No, no lo hice —confesó Sam—. Pero tendría que haberlo hecho.

Me brillaban los ojos. Sentí que mi mayor deseo vibraba al alcance de la mano.

—¡Hazme volver a Bizancio, Sam!

—Vuelve tú solo. Alístate como Guía.

—¿Puedo?

—Siempre están pidiendo gente. Muchacho, ¿dónde tienes la cabeza? ¿Dices que eres licenciado en historia y que nunca has pensado trabajar para el Servicio Temporal?

—Lo pensé —le respondí, adoptando un aspecto indignado—. Pero nunca lo hice en serio. Colgarse un crono y visitar cualquier época del pasado... creía que debía ser una broma, Sam, si entiendes lo que quiero decir.

—Sé lo que quieres decir, pero tú no tienes ni idea. Voy a decirte cuál es tu problema, Jud. Eres un perdedor nato.

Yo ya lo sabía. ¿Cómo lo había descubierto tan deprisa?

—Lo que quieres, por encima de todo —me dijo—, es volver al pasado, como cualquier muchacho que tenga un par de buenas sinapsis y una buena cabeza. Así que, no haces más que pensar en ello pero sin creértelo, dejas que te metan en un sucio trabajo, y te largas a la primera de cambio. ¿Dónde estás ahora? ¿Cómo se te presentan las cosas? Tienes, ¿cuántos?, veintidós años...

—Veinticuatro. —... y acabas de largarte del trabajo y no te has molestado en buscar otro y, cuando me harte de ti, te echaré a la calle; ¿has pensado lo que te pasará cuando se te acabe el dinero?

No contesté.

—Me apuesto a que en seis meses no tendrás donde caerte muerto, Jud. En ese momento, estarás maduro para saciar los ardores de alguna viuda rica; te aconsejo que elijas a una del Registro de Coños Palpitantes...

—¡Puag!

—O que te unas a la policía de las alucinaciones para ayudarles a preservar la realidad objetiva.

—¡Oh!

—O que vuelvas a la Altísima Corte Suprema y te presentes inocentemente ante el juez Mattachine...

—¡Blahh!

—O que hagas que lo que tenías que haber hecho desde el principio, es decir, alistarte como Guía Temporal. Naturalmente, no lo harás, porque eres un perdedor nato y los perdedores eligen infaliblemente la peor solución. ¿Exacto?

—No, Sam.

—¡Y una leche!

—¿Quieres irritarme?

—No, querido. —Me encendió un porro—. Me voy de juerga al palacio del esnife dentro de media hora. ¿Te molestaría darme el aceite?

—¡Dátelo tú solo, antropoide! No tengo ninguna gana de poner la mano encima de tu preciosa piel negra.

—¡Ah! ¡La heterosexualidad agresiva asoma los morros!

Se quitó toda la ropa, excepto el calzoncillo, y echó aceite en el balneomático. Los brazos del aparato empezaron a girar en círculos arácnidos y pulieron a Sam hasta que éste quedó lustroso y brillante.

—Sam —le dije—, quiero enrolarme en el Servicio Temporal.

5

CONTESTE A TODAS LAS PREGUNTAS

Nombre: Judson Daniel Elliott III

Lugar de nacimiento: Novísimo York

Fecha de nacimiento: 11 de octubre de 2035

Sexo (H o M): H

Número de Registro Civil: 070-28-3479-x x5-100089891

Títulos académicos: Licenciado: Columbia 55

Titulación: Columbia 56

Doctorado: Harvard, Yale

Doctorado: Princeton (sin terminar)

Docencia: - - -

Otros: - - -

Estatura: 1 metro 88 cms.

Peso: 78 kg.

Color del cabello: negro

Color de ojos: negros

Índice racial: 8,5 C+

Grupo sanguíneo: BB132

Matrimonios (Indique las relaciones temporales y permanentes por orden de registro y mencione la duración exacta de todas ellas):

ninguna

Hijos reconocidos: ninguno

¿Por qué razón quiere enrolarse en el Servicio Temporal? (máximo: 100 palabras):

Mejorar mis conocimientos de la cultura bizantina, que es el período histórico en que estoy especializado; aumentar mi conocimiento de las costumbres y los comportamientos humanos; profundizar mis relaciones con otros individuos gracias a un servicio útil; que los que necesitan información puedan aprovechar la educación que he recibido; satisfacer algunas aspiraciones románticas frecuentes en los jóvenes.

Nombres de eventuales parientes próximos empleados actualmente en el Servicio Temporal:

Ninguno

6

En lo que sigue, hay pocas cosas realmente importantes. Tuve que llevar conmigo esta solicitud, como si fuera un talismán, por si algún miembro de la burocracia del Servicio Temporal quería verla durante los diferentes períodos de mi enrolamiento; el único dato verdaderamente necesario era el número del registro civil, que permitía a los muchachos del Servicio Temporal acceder a todo lo que decía en el formulario —salvo la razón por la que deseaba alistarme— y a muchas más cosas. Con sólo pulsar un botón, el ordenador central vomitaría no sólo mi altura, mi peso, mi fecha de nacimiento, el color de mis cabellos y ojos, mi índice racial, grupo sanguíneo y mis estudios superiores, sino también una lista completa de todas las enfermedades que había padecido, las vacunaciones, los exámenes médicos y fisiológicos, mi valor seminal, mi temperatura corporal media según las estaciones, la talla de mis órganos corporales, incluida la del pene, flácido y en erección, todos los lugares en que había vivido, la lista de mis parientes hasta el quinto grado y hasta la cuarta generación, el estado de mi cuenta corriente, mi comportamiento financiero, mi relación con los impuestos, el número de veces que voté, la lista de detenciones, si las había, mis animales preferidos, la medida de los zapatos, etc. Dicen que la vida privada es algo pasado de moda.

Sam se quedó en la sala de espera, importunando a la mujer de la limpieza, mientras yo terminaba el formulario. Cuando acabé de escribir, se levantó y me hizo bajar por una rampa en espiral que se hundía en las profundidades del edificio. Pequeños robots con cabezas de martillo rodaban junto a nosotros por la rampa, llenos de material o documentos. Se abrió una puerta en la pared y por ella emergió una secretaria; en el momento en que se cruzó con nosotros, Sam le pellizó los senos con avidez y ella huyó gritando. También molestó a uno de los robots. Es lo que se llama vulgarmente sed de vivir,

—Vosotros que entráis aquí —dijo Sam—, abandonad toda esperanza. No lo hago mal, ¿verdad?

—¿Mal el qué? ¿Satanás?

—Virgilio —respondió—. Tu amable guía en estas regiones inferiores. Aquí, hay que torcer a la izquierda.

Tomamos una rampa y bajamos por ella durante un buen rato.

Al fin, llegamos a una gran sala de color mate de, por lo menos, cinco metros de alto y atravesamos una pasarela de cuerda que se encontraba muy por encima del suelo

—Sin ayuda, ¿cómo puede encontrar uno el camino en este edificio? —le pregunté a Sam.

—Con dificultad —fue su respuesta

El puente nos condujo a un brillante pasillo bordeado de puertas de colores chillones. En una de las puertas se leía *SAMUEL HERSHKOWITZ* escrito con letras psicodélicas, una verdadera antigüedad. Sam pasó la cabeza por el sondeador mural y la puerta se abrió en el acto. Vimos una habitación larga y estrecha, amueblada de modo arcaico, con grandes sillas de plástico, una mesa alargada e incluso una máquina de escribir. ¡Dios mío! Samuel Hershkowitz era un individuo muy alto y delgado, de rostro bronceado, con un gran mostacho curvo, patillas y un mentón de un metro. Al ver a Sam, saltó por encima de la mesa y se abrazaron acaloradamente.

—¡Querido negro! —gritó Samuel Hershkowitz.

—¡Apátrida! —exclamó Sam el gurú.

Se besaron en las mejillas. Se apretaron. Se dieron palmadas en los hombros. Luego se separaron y Hershkowitz me miró, preguntando:

—¿Quién es?

—Un recluta. Jud Elliott. Muy tierno, pero hará Bizancio. Es lo suyo.

—¿Tiene un formulario de petición, Elliott? —me preguntó Hershkowitz.

Se lo pasé. Lo examinó brevemente y dijo:

—Nunca se ha casado, ¿no? ¿Es un pervodesviante?

—No, señor.

—¿Un marica normal?

—No, señor.

—¿Le dan miedo las chicas?

—Tampoco es ése el caso, señor. Es que no tengo intención de someterme a las permanentes responsabilidades que exige el matrimonio.

—Será un buen hetero, ¿verdad?

—Principalmente, señor —respondí, preguntándome si habría dicho lo que no debía decir.

Samuel Hershkowitz se tiró de las patillas.

—Nuestros Guías en Bizancio deben estar por encima de cualquier reproche, debe entenderlo. El clima que reina en aquella época en especial es, digamos, brumoso. Puede tirarse a quien quiera en 2059, pero cuando uno es Guía debe conservar el sentido de la perspectiva. ¡Amén! Sam, ¿respondes por este muchacho?

—Sí.

—A mí me basta. Pero, pese a todo, vamos a verificar, para asegurarnos de que no es buscado por ningún crimen capital. Recibimos la solicitud de un amable muchacho la semana pasada; quería hacer el Gólgota, lo que, naturalmente, requiere mucho tacto y santidad; cuando le verifiqué, me di cuenta de que era buscado en Indiana por alteración protoplasmática. Y por otros varios delitos. Por cosas así es por las que se verifica. Vamos a ello

Puso en marcha la terminal, marcó mi número de identificación y mi informe

apareció en la pantalla. Debía corresponder con lo que yo mismo mencionaba en mi petición pues, después de una rápida inspección, borró el informe, asintió con la cabeza y él mismo incluyó algunas correcciones; a continuación, abrió un cajón de la mesa. Sacó un artilugio de aspecto blando y color leonado parecido a una venda y me lo arrojó.

—Bájese el pantalón y póngase esto —me dijo—. Enséñale, Sam.

Solté el botón de presión y el pantalón cayó. Sam me colocó la venda alrededor de las caderas y la cerró; no había separación aparente y parecía ser de una sola pieza.

—Esto —me explicó Sam— es tu crono. Está unido al sistema de deriva principal, y sincronizado para recibir las ondas de los impulsos que son emitidos. Siempre y cuando no te falte flojística, este aparatito podrá llevarte a cualquier punto de la línea temporal hasta hace siete mil años.

—¿Antes no?

—No con este modelo. Todavía no pueden permitir el viaje libre al período prehistórico. Hay que ir de época en época, con mucho cuidado. Ahora, presta atención a lo que te voy a decir. Las operaciones son muy sencillas. Aquí, justo por encima de la trompa de Falopio izquierda, se encuentra un microcontacto que controla el movimiento al pasado o al futuro. Para desplazarte, basta con que traces un semicírculo con el pulgar apretando ligeramente en este punto: de la cadera hacia el bajo vientre para ir al pasado, del bajo vientre hacia la cadera para ir al futuro. El ajuste fino se encuentra a este lado y requiere algo más de entrenamiento. ¿Ves este cuadrante que dice año, mes, día, hora, minuto? Sí, hay que guiñar un poco los ojos para leerlo; es inevitable. Los años vienen marcados como A. P. —Antes del Presente— y los meses igual, y así sucesivamente. El truco consiste en poder calcular automáticamente el destino —843 años A. P., cinco meses, once días y así con todo— y ajustar los cuadrantes. Sobre todo es aritmética, pero te sorprendería saber el número de personas que es incapaz de traducir la fecha del 11 de febrero de 1192 a cierto número de años, meses y días. Naturalmente, tendrás que acostumbrarte si quieres convertirte en Guía, aunque, de momento, no te preocupes.

Hizo una pausa y miró a Hershkowitz, que me dijo:

—Sam te llevará ahora a unas pruebas de desorientación preliminar. Si apruebas, quedas dentro.

Sam se puso un crono.

—¿Nunca has saltado? —preguntó.

—Nunca.

—Esto va a ser divertido, chaval. —Me miró con sorna—. Te ajustaré el cuadrante. Espera a que yo dé la señal; luego, emplea la mano izquierda para hacer funcionar el crono. No te olvides de subirte el pantalón.

—¿Antes o después de haber saltado?

—Antes —me dijo—. Puedes manejar el crono a través de la ropa. No es muy buena idea llegar al pasado con el pantalón en las rodillas. No se puede correr lo bastante deprisa. Y, a veces, hay que echar a correr en cuanto se llega.

Sam me ajustó el cuadrante y me subí el pantalón. Tocó suavemente el lado izquierdo de su abdomen y desapareció. Dibujé un arco que me llegaba de la cadera al pubis con dos dedos. No desaparecí. Fue Samuel Hershkowitz quien se

eclipsó.

Se fue al mismo sitio que huyen las llamas de las velas cuando se las sopla, y, en aquel preciso instante, Sam reapareció a mi lado, y nos quedamos allí los dos, mirándonos en el vacío despacho de Hershkowitz.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Dónde está?

—Son las once y media de la noche —me contestó Sam—. No hace horas extras, ¿sabes? Le hemos dejado dos semanas más adelante en la línea en el momento en que saltamos. Ahora, muchacho, navegamos por el río del tiempo.

—¿Hemos regresado dos semanas en el pasado?

—Hemos regresado dos semanas en la línea temporal —me corrigió Sam—. Más media jornada, lo que explica el que sea de noche. Vamos a darnos una vuelta por la ciudad.

Salimos del edificio del Servicio Temporal y subimos al tercer nivel de Nueva Orleans inferior. Sam no parecía albergar ninguna idea de adónde ir. Nos metimos en un bar y pedimos una docena de ostras cada uno; nos metimos al cuerpo unas pocas cervezas y echamos una mirada a los turistas.

A continuación, nos dirigimos a la calle Bourbon inferior y, precisamente entonces, descubrí por qué Sam había elegido retornar a aquella noche en especial; sentí que el miedo me pinzaba el escroto y empecé a sudar copiosamente.

Sam, riéndose, me dijo

—Mira, mi pequeño Jud, todos los nuevos se impresionan llegado este instante. Aquí es donde se rilan los cobardes.

—¡Voy a encontrarme conmigo mismo! —exclamé.

—Vas a *verte* a ti mismo —me corrigió. Y lo mejor es que procures no encontrarte contigo mismo, porque podrías lamentarlo. La Patrulla del Tiempo te demolería si pretendieses hacer algo semejante.

—¿Y si mi yo precedente me ve a pesar de todo?

—¡Corta ya! Esta prueba es algo referente a tu sistema nervioso, y te aconsejo que prestes atención. ¡Ahí vamos! Conoces a ese chico de aspecto tan miserable que llega por el otro lado de la calle.

—Es Judson Daniel Elliott III.

—¡Eso es! ¿Has visto alguna vez a alguien tan estúpido? Retrocede a las sombras, amigo. Ahí viene un blanquillo, y no está ciego.

Nos metimos en un rincón oscuro y me puso malo ver a Judson Daniel Elliott III, recién llegado de Novísima York, avanzando por la calle con aspecto titubeante, llevando una maleta en la mano y dirigiéndose hacia el palacio del esnife del fondo de la calle. Observé su estricta negligencia y su andar de palurdo. Sus orejas me parecieron extraordinariamente grandes y me dio la impresión de que tenía el hombro derecho un poco más bajo que el izquierdo. Parecía un poco torpe, como si fuera alguien del campo. Nos sobrepasó y se detuvo ante el palacio del esnife, observando con atención a las dos chicas desnudas de la bañera llena de coñac. Se balanceaba sobre la punta de los pies mientras se rascaba el mentón. Se preguntaba qué posibilidades tendría de abrir las piernas de cualquiera de las bellezas desnudas antes de que terminase la noche. Yo le habría podido decir que sus posibilidades eran muy elevadas.

Penetró en el palacio del esnife.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Sam.

—Tembloroso.

—Por lo menos, eres honesto. Siempre impresiona la primera vez que uno vuelve por el tiempo y se ve a sí mismo. Acabaremos en un momento. ¿Qué te ha parecido?

—¡Un plasta!

—También es normal. Se amable con él. No puede saber todo lo que tú sabes. Después de todo, es más joven que tú.

Sam se rió suavemente. Yo no. Todavía estaba impresionado por el encuentro conmigo mismo en aquella callejea. Tuve la sensación de ser mi propio fantasma. Desorientación preliminar lo llamo Hershkowitz. ¡Claro!

—No te preocupes —me dijo Sam—. Te apañas bien.

Deslizó la mano de un modo familiar por la parte delantera de mi pantalón y sentí que efectuaba un ligero ajuste en mi crono. Hizo lo mismo con el suyo y declaró:

—Subimos por la línea.

Desapareció. Le seguí por la línea temporal. El tiempo de un parpadeo y estábamos otra vez juntos, en la misma calle, a la misma hora de la noche.

—¿En qué momento estamos?

—Veinticuatro horas antes de tu llegada a Nueva Orleans. Tú estás aquí y, al mismo tiempo, otro tú se encuentra en Novísima York, dispuesto a largarse hacia el sur. ¿Qué te parece?

—Mal —respondí—. Pero empiezo a acostumbrarme.

—Todavía hay más. Ahora, vamos a mi casa.

Me llevó hasta su apartamento. No había nadie, pues el Sam de aquel momento estaba trabajando en el palacio. Penetramos en el baño y Sam volvió a ajustarme el crono, colocándolo en treinta y una horas en el futuro.

—Saltamos —dijo, y descendimos juntos por la línea para volver a encontrarnos en el barrio a la noche siguiente. Se oían risas en la habitación de al lado; oí unos gritos roncros y sensuales. Sam cerró con fuerza la puerta del baño y echó el cerrojo. Me di cuenta de que yo mismo estaba en la otra alcoba, copulando con Betsy o Helen, y sentí otra vez que era dominado por el miedo.

—Espérame —me dijo Sam con voz rápida—, y no dejes entrar a nadie si no da dos golpes largos y uno corto. Vuelvo ahora mismo... quizá.

Salió. Cerré la puerta del baño a sus espaldas. Pasaron dos o tres minutos. Dieron dos toques largos y uno corto y abrí la puerta. Sam me dijo, con una amplia sonrisa:

—Se puede mirar sin temor. No hay nadie que pueda vernos. Ven.

—¿Crees que es conveniente?

—Si quieres entrar en el Servicio Temporal, es imprescindible.

Salimos del baño y nos pusimos a mirar la orgía. Debí realizar verdaderos esfuerzos para no toser cuando el humo me inundó las narices. En el salón de Sam vi acres de carne desnuda y agitada. A la izquierda, el gigantesco cuerpo de Sam culpaba sobre la brillante blancura de Helen; de ella no se veía más que el rostro, los brazos (abrazando la espalda de Sam) y una pierna (doblada sobre las nalgas de mi amigo). A mi izquierda, en el suelo, vi a mi propio yo anterior abrazando a Betsy la pechugona. Estábamos en una de las posturas del Kama-sutra, ella apoyada sobre la cadera derecha, yo en la izquierda, arqueando ella la pierna izquierda sobre mi cuerpo inclinado oblicuamente hacia el suyo. Con algo que parecía ser helado terror, vi cómo la poseía. Aunque antes ya había visto muchas escenas de cópula, en las películas tridi, era la primera vez que me veía a mí mismo en aquel trance, y me impresionó lo grotesco de todo aquello, los tontos jadeos, las contorsiones, los sudores. Betsy lanzaba gemidos apasionados; nuestras piernas se agitaron y cambiaron de posición en varias ocasiones; mis dedos se agarraban con fuerza a las firmes nalgas, hundiéndose en ellas profundamente; los movimientos mecánicos se prolongaron durante un tiempo. Mi terror se fue

calmando a medida que me acostumbraba a la escena, y un distanciamiento frío y clínico se fue apoderando de mí. El sudor del miedo se terminó y me quedé allí, al fin, con los brazos cruzados, observando tranquilamente los actos que se desarrollaban en el suelo. Sam sonrió e inclinó la cabeza como para decirme que había pasado la prueba con éxito. Ajustó mi crono una vez más y saltamos.

En el salón no había ni fornicadores ni humo.

—Ahora, ¿cuándo estamos? —le pregunté.

—Hemos vuelto hacia atrás treinta y una horas treinta minutos —respondió—. Dentro de unos instantes, tú y yo vamos a entrar en el baño, pero no vamos a esperar. Vámonos fuera.

Subimos hasta la Antigua Nueva Orleans, bajo el cielo estrellado.

El robot que anota las idas y venidas de los excéntricos que disfrutan paseando nos registró, y salimos a las tranquilas calles. Allí estaba la verdadera calle Bourbon y las ruinas de las casas del auténtico barrio francés. Cámaras espías situadas en las dañadas verjas de los balcones nos observaban, pues, en aquella zona desierta, el inocente está a merced de los malos, y los turistas son protegidos por un sistema de vigilancia permanente contra los merodeadores que llenan la ciudad de la superficie. Pero no nos quedamos tanto tiempo como para vernos en problemas. Sam miró los alrededores, atento, y nos dirigimos hacia un muro. Mientras me ajustaba el crono para un nuevo salto, le dije:

—¿Qué pasa si uno se materializa en un lugar ocupado por algo o por alguien?

—No se puede —contestó Sam—. Las protecciones automáticas saltan y uno es automáticamente devuelto al punto de partida. Pero representa una pérdida de energía y eso no le gusta mucho al Servicio Temporal; así que siempre se intenta encontrar una zona tranquila antes de saltar. Es muy adecuado colocarse al lado de una pared, siempre y cuando la pared vaya a estar en el mismo tiempo al que se quiera saltar.

—¿A dónde vamos?

—Salta y lo verás —fue su contestación.

Despegó. Le seguí.

La ciudad se despertó. Gente vestida a la moda del siglo XX llenaba las calles: los hombres llevaban corbatas, las mujeres faldas que les llegaban hasta las rodillas; la verdad es que no se veía piel, ni siquiera una teta. Los coches sonaban muy ruidosos y soltaban un humo que me dio ganas de vomitar. El suelo estaba lleno de líneas pintadas. Ruido, un olor descorazonador, fealdad.

—Bienvenido a 1961 —me dijo Sam—. John F. Kennedy acaba de ser nombrado presidente. El primero de los Kennedy, ¿sabes? Aquello es un avión a reacción. Esto, un semáforo. Indica cuándo se puede cruzar la calle sin peligro. Esas cosas de ahí son farolas. Funcionan con electricidad. No hay niveles subterráneos. Todo esto es la ciudad de Nueva Orleans. ¿Qué te parece?

—Un lugar interesante para visita r. Pero no me gustaría vivir aquí.

—¿Te sientes aturdido? ¿Enfermo? ¿Revuelto?

—No lo sé.

—Puedes estarlo. Siempre se nota algo temporal cuando uno mira el pasado por primera vez. Es mucho más maloliente y desordenado de lo que uno tenía previsto. Algunos aspirantes se hunden en el momento en que llegan a una época lo suficientemente atrasada en la línea temporal.

—Yo no me derrumbo.

—Eres un chaval muy valiente.

Observé la escena. Las mujeres con los senos y las nalgas aprisionados en exoesqueletos ajustados bajo la ropa; los hombres, rubicundos y congestionados;

los niños chillones. Sé objetivo, me dije a mí mismo. Estás estudiando otras épocas, otras culturas.

Alguien nos señaló con el dedo y exclamó:

—¡Eh! ¡Mirad los *beatniks*!

—Nos marchamos —me dijo Sam—. Nos han visto.

Me ajustó el crono. Saltamos.

La misma ciudad. Un siglo antes. Los mismos edificios de tonos pastel elegantes e intemporales. Sin semáforos, sin líneas dibujadas en el suelo, sin farolas. Y, en lugar de automóviles, coches de caballos pasando por las calles que enmarcaban el viejo barrio.

—No nos podemos quedar —explicó Sam—. Estamos en 1858. La ropa que llevamos es demasiado extraña y no tengo intención de que me tomen por un esclavo. Seguimos.

Despegamos una vez más.

La ciudad desapareció. Nos encontramos en un pantano. La bruma se deslizaba hacia el sur. Los árboles estaban llenos de musgo. Una bandada de aves ensombreció el cielo.

—Estamos en 1382 —me dilo el gurú—. Lo que pasa por encima, son palomos viajeros. El abuelo de Colón está todavía en pañales.

Saltamos varias veces más. 897, 441, 97. Cambiaron muy pocas cosas. En cierto momento, algunos indios desnudos pasaron muy cerca de nosotros. Sam se inclinó educadamente. Nos hicieron gestos amables, se rascaron el sexo, y siguieron adelante. Los visitantes del futuro no les alteraban mayormente. Otro salto.

—Año uno después de Cristo —dijo Sam—. Otro salto—. Hemos saltado otros doce meses y estamos en el año uno antes de Cristo. Las posibilidades de confusión aritmética son grandes. Pero, si piensas en este año como 2059 A.P., y en el siguiente como 2058 A.P., no tendrás problemas.

Me llevó hasta el año 5800 A.P. Observé ligeros cambios de clima; las cosas estaban más secas en ciertos momentos que en otros, más secas y más frías. Después, nos dirigimos hacia adelante, saltando ligeros botes de cinco siglos. Se excusó por el carácter invariable del entorno; me aseguró que cuando se remonta la línea en el Viejo Continente todo es más excitante. Llegamos al año 2058 y nos dirigimos al centro del Servicio Temporal. Tras penetrar en el vacío despacho de Hershkowitz, hicimos una corta pausa en la que Sam efectuó un ajuste final en los cronos.

—Hay que poner mucho cuidado —me explicó—. Quiero que lleguemos al despacho de Hershkowitz treinta segundos después de haber salido. Si llegamos un poco adelantados, podríamos encontrarnos a nosotros mismos al salir y tener serios problemas.

—Entonces, ¿por qué no ajustas el cuadrante a cinco minutos más tarde y volvemos tan tranquilos?

—Orgullo profesional —respondió Sam.

Descendimos por la línea desde un despacho de Hershkowitz vacío a otro en el que Hershkowitz estaba sentado detrás de la mesa, mirando el lugar en que nos encontramos —para él— treinta segundos antes.

—¿Bien? —preguntó.

Sam le miró encantado.

—El chico tiene pelotas. Nos lo quedamos.

Y así es como entré de novato en el Servicio Temporal, sección de Guías Temporales. La paga no era mala; y las oportunidades, ilimitadas. Sin embargo, lo primero era el entrenamiento. No dejan que los novatos se lleven a los turistas así como así por el pasado.

No pasó gran cosa durante una semana. Sam volvió a trabajar al palacio del esnife y yo me quedé en casa. Luego, me llamaron de la dirección del Servicio Temporal para que empezase la instrucción.

En la clase éramos ocho, todos aprendices. El equipo que formábamos se ganó muy mala reputación. En edad, íbamos desde los veinte años hasta —creo— más de ochenta; en sexo, recorríamos todo el trayecto de macho a hembra pasando por todos los grados existentes entre ambos; desde el punto de vista mental, todos pertenecíamos a la categoría de más o menos activos. Nuestro instructor, Najeeb Dajani, no era mucho mejor que nosotros. Era un sirio cuya familia se convirtió al judaísmo tras la conquista israelí, por razones de negocios, y portaba una estrella de David, brillante y bien a la vista, como prueba de su fe; pero, durante sus breves momentos de distracción o depresión, invocaba a Alá o juraba por la barba del Profeta, y no sé si le habría admitido como miembro del consejo de administración de mi sinagoga, si es que hubiera yo pertenecido a alguna. Dajani parecía un árabe de teatro, siniestro y moreno, llevando permanentemente gafas oscuras, con un montón de anillos de oro macizo en doce o trece dedos, así como una sonrisa viva y amistosa que descubría varias filas de dientes blanquísimos. Más adelante, descubrí que fue retirado del lucrativo viaje de la Crucifixión y colocado de instructor como castigo por un período de seis meses, según órdenes recibidas de la Patrulla del Tiempo. Aparentemente, había traficado ilegalmente por su cuenta, vendiendo trozos de la Cruz verdadera que colaba de contrabando por toda la línea temporal. El reglamento no permite que un Guía se aproveche de su situación para asegurarse ganancias personales. Lo que la Patrulla reprochaba especialmente a Dajani no era que vendiera reliquias falsas, sino que vendiera las auténticas.

Nuestra educación empezó con un curso de historia.

—El viaje temporal comercial —dijo Dajani—, funciona desde hace veinte años. Naturalmente, las investigaciones sobre el Efecto Benchley empezaron a finales del siglo pasado, pero comprenderán que el gobierno no podía permitir a los ciudadanos privados que se aventurasen en la temponáutica antes de que ésta fuese controlada de un modo seguro. De ese modo, el gobierno supervisa con benevolencia la buena marcha de todos nosotros.

Dajani guiñó un ojo visiblemente, a pesar de las gafas, pues se le movió una ceja.

Miss Dalessandro, sentada en la primera fila, eructó como muestra de desaprobación.

—¿No le parece bien? —preguntó Dajani.

Miss Dalessandro, bonita y curiosamente dotada de pequeños senos, tenía el cabello negro, una clara tendencia al lesbianismo, y un diploma en historia de la revolución industrial. Empezó a responder, pero Dajani la cortó suavemente y siguió hablando.

—El Servicio Temporal, sea cual sea la sección en la que entren, cumple varias funciones importantes. Para nosotros, se ocupa del mantenimiento y reparación de todos los aparatos que funcionan bajo el Efecto Benchley. Nuestra sección de investigación se esfuerza constantemente por mejorar la subestructura tecnológi-

ca del viaje temporal y, de hecho, apenas hace cuatro años que se introdujo el modelo de crono que ahora empleamos. A nuestra sección —la de Guías Temporales— corresponde escoltar a los ciudadanos al pasado. —Se cruzó las manos sobre la panza con aspecto satisfecho y se puso a examinar los engranajes que formaban sus anillos de oro—. Una gran parte de nuestro trabajo corresponde al turismo. Es nuestra base económica. Mediante una fuerte retribución, enviamos grupos de ocho o diez curiosos a una excursión cuidadosamente preparada por el pasado, por lo general acompañados de un Guía, aunque pueden ser dos si la situación es especialmente complicada. En cualquier momento del tiempo actual, puede haber unos cien mil turistas desparramados a lo largo de los milenios, asistiendo a la Crucifixión, a la firma de la Carta Magna, al asesinato de Lincoln y a otros sucesos del mismo género. Debido a las paradojas inherentes a la formación de una asistencia acumulativa observando un acontecimiento situado en un punto fijo del río temporal, nuestra tarea es cada vez más difícil y debemos limitar las visitas.

—¿Podría explicarnos eso, profesor? —preguntó Miss Dalessandro.

—En una próxima reunión —contestó Dajani, y siguió a lo suyo—. Naturalmente, no debemos reducir el viaje temporal a los usos turísticos. Los historiadores deben tener acceso a todos los hechos significativos del pasado, pues es necesario revisar todas las opiniones existentes de la historia a la luz de las revelaciones de la historia verdadera. Los beneficios que sacamos del turismo nos permiten conceder becas a historiadores calificados, lo que les facilita el visitar los períodos históricos de su competencia sin tener que pagar nada. Esas visitas también son dirigidas por un Guía Temporal. Sin embargo, ésa es una parte del trabajo que no les afectará a ustedes. Nuestra intención es colocar a todos ustedes, a los que se califiquen, como Guías de la sección turística. La otra división del Servicio Temporal es la Patrulla del Tiempo, a la que incumbe la tarea de impedir los abusos que algunos podrían cometer con los aparatos del Efecto Benchley, evitando las apariciones de paradojas. Durante la próxima lección, estudiaremos con detalle la naturaleza de estas paradojas y veremos el modo de evitarlas. Hemos terminado.

Tras la marcha de Dajani mantuvimos una reunión mundana. Miss Dalessandro, avanzando en medio de un decidido torbellino de pilosidades axilares, se acercó a la rubia y delicada Miss Chambers, que se refugió apresuradamente en Mr. Chudnik, un caballero alto y musculoso de mirada vagamente noble de bronce romano. Sin embargo, Mr. Chudnik intentaba llegar a un acuerdo con Mr. Burlingame, un joven coqueto que no podía ser tan homosexual como parecía. Buscando otro refugio que le permitiera escapar de la voraz Miss Dalessandro, Miss Chambers se dirigió a mí y me pidió que la acompañase a casa. Acepté. No tardé en saber que Miss Chambers estudiaba el fin del Imperio Romano, lo que significaba que nuestros intereses estudiantiles estaban muy entrelazados. Copulamos de un modo formal y mecánico pues ella no se sentía muy atraída por el sexo y lo hacía sencillamente por cortesía. Luego charlamos de la conversión de Constantino al cristianismo hasta primeras horas de la mañana. Creo que se enamoró de mí. No obstante no la animé y aquello no duró mucho. Admiraba su saber pero su cuerpecillo pálido carecía del menor interés.

dojas del viaje temporal y el modo de evitarlas.

—Nuestro mayor problema —empezó Dajani— consiste en mantener el carácter sagrado del tiempo actual. El desarrollo de los aparatos de Efecto Benchley ha abierto la caja de Pandora de las paradojas potenciales. El pasado no es una cantidad fija pues somos capaces de remontarnos hasta cualquier punto de la línea temporal y alterar los llamados hechos reales. El resultado de tal alteración sería catastrófico y crearía un factor de ruptura que se iría ampliando y podría transformar el aspecto general de nuestra sociedad si llegase a nuestra época —Dajani bostezó cortésmente—. Consideremos las consecuencias que podría tener el hecho de permitir que un viajero temporal volviese al año 600 y asesinase al joven Mahoma. Toda la corriente dinámica del Islam se detendría en su mismo punto de partida; no existiría la conquista árabe del Oriente Próximo y la Europa del sur; las cruzadas no tendrían lugar; los millones de personas muertas en el curso de las invasiones árabes no habrían muerto y sus descendientes que de otro modo no habrían nacido existirían con las incalculables consecuencias que ello implicaría. Y todo eso a causa del asesinato de un joven mercader de La Meca. Así que...

—¿Quizá —sugirió Miss Dalessandro— no existirá una ley de preservación de la historia que se ocupe, en caso de que no pudiera hacerlo Mahoma, de que otro árabe con carisma suficiente pudiera ocupar su puesto y cumplir el mismo papel? Dajani la miró amenazador.

—No tenemos ninguna intención de correr tal riesgo —replicó—. Preferimos asegurarnos de que todos los acontecimientos "pasados", tal como están registrados en los anales de historia anteriores a la era de los viajes temporales, no sean alterados. Durante los últimos cincuenta años de tiempo actual, todo el flujo de la historia, que considerábamos como algo fijo, ha demostrado ser potencialmente fluido; y hacemos cuanto podemos para que siga siendo fijo. La Patrulla Temporal se ocupa de que todo quede en el pasado exactamente *como estaba cuando se llegó*, por desgraciado que sea un hecho. Los desastres, los asesinatos, las tragedias de todas clases deben producirse como estaba previsto, pues, en caso contrario, el futuro —nuestro tiempo actual— podría ser cambiado de un modo inalterable.

—¿Nuestra mera presencia en el pasado no es ya una alteración del pasado? —preguntó Miss Chambers.

—Iba a llegar a ese punto —contestó Dajani con aspecto de descontento—. Si consideramos que el pasado y el presente forman un solo continuo, es evidente que los visitantes del siglo XXI *estuvieron* presentes durante todos los grandes acontecimientos del pasado, lo bastante discretamente como para que no se encuentre de ellos la más mínima mención en los anales de la época del tiempo fijo. Por ello mismo, procuramos camuflar a cuantos retroceden en la línea del tiempo dándoles ropas adecuadas a la época visitada. Hay que observar el pasado sin injerencias, como un testigo silencioso, tan discretamente como sea posible. Es la regla que la Patrulla Temporal impone con absoluta inflexibilidad. Les daré algunos detalles sobre esta regla. Hablé el otro día de la asistencia acumulativa. Es un problema estrictamente filosófico que todavía no se ha resuelto; ahora se lo presentaré como ejercicio teórico, para que se hagan idea de la complejidad de nuestra empresa. Consideremos lo siguiente: el primer viajero temporal en remontar la línea para asistir a la Crucifixión de Jesús fue el experimentador Barney Navarre, en 2012. Durante los dos decenios siguientes, otros quince o veinte sabios efectuaron el mismo viaje. Desde el comienzo de las excursiones comerciales al Gólgota, en 2041, cosa de un grupo de turistas al mes —un centenar al

año— ha visto el acontecimiento. De modo que, hasta ahora, mil ochocientos individuos del siglo XXI han presenciado la Crucifixión. Una cosa: aunque cada grupo parte en un mes diferente *¡todos convergen hacia el mismo día!* Si los turistas siguen recorriendo la línea del tiempo al ritmo de cien por año para ver la Crucifixión la multitud que habrá en el Gólgota será de por lo menos diez mil viajeros a mediados del siglo XXII y —suponiendo que el ritmo no aumente— a comienzos del siglo XXX habrá unos cien mil viajeros temporales que se encontrarán necesariamente en el punto exacto de la Pasión. Actualmente está claro que no hubo tal multitud. Apenas unos millares de palestinos —cuando digo actualmente quiero decir en el momento de la Crucifixión relativa al tiempo actual de 2059— pero también es evidente que la multitud seguirá aumentando en los siglos del tiempo actual. Llevado al extremo la paradoja de la asistencia acumulativa nos conduce a ver una multitud de miles de millones de viajeros temporales aglutinados en el pasado para ver la Crucifixión, cubriendo toda la Tierra Santa, extendiéndose por Turquía, Arabia, incluso por la India e Irán. Y lo mismo es aplicable a todos los sucesos importantes de la historia humana: con los adelantos del viaje temporal comercial una inmensa masa de espectadores asistirá a cada hecho y sin embargo cuando se produjo tal hecho *¡aquella multitud no existía!* ¿Cómo resolver la paradoja?

Miss Dalessandro no tenía solución alguna. Por una vez no sabía qué contestar. Como el resto de nosotros. Como Dajani. Como las más hábiles mentes de nuestra época.

Y mientras tanto el pasado se llenaba de curiosos llegados del futuro.

Dajani nos propuso un último problema antes de dejarnos ir.

—Puedo añadir —dijo— que yo mismo como guía he ido veintidós veces a la Crucifixión. Si mañana hacen ustedes la Crucifixión encontrarán a veintidós Najeeb Dajani en la colina del Gólgota cada uno de mis yoes ocupando una posición distinta y explicando a mis clientes lo que pasa. ¿No es fascinante considerar esta multiplicación de Dajani? ¿Por qué no hay veintidós Dajani paseándose por el presente? Meditar sobre cosas como éstas hace trabajar el intelecto. Es todo por hoy, señoras y señores, es todo por hoy.

10

Aquellos veintiún Dajani suplementarios me hicieron pensar, pero los demás compañeros de clase no tardaron en averiguar por qué no regresaron todos ellos a nuestro tiempo. Era debido a las restricciones fundamentales del Efecto Benchley sobre el desplazamiento efectuado al descender por la línea del tiempo, es decir, hacia el futuro

Mi camarada, Mr. Burlingame, me lo explicó todo después de clase. Era su forma de intentar seducirme. No lo consiguió, pero aprendí un poco acerca de la teoría temporal.

—Cuando uno desciende por la línea —me dijo—, no puede volver más que al momento del que se ha saltado *más* la duración de tiempo absoluto que haya transmitido durante la estancia en el pasado. Es decir, si se salta del 20 de marzo de 2059 a... digamos, la primavera de 1801, y uno se pasa tres meses en 1801, no se podrá volver por la línea más que al 20 de junio de 2059. No se podrá alcanzar agosto de 2059, ni saltar hasta el 2159 o el 2590.

"No hay modo alguno de saltar al propio futuro.

"Ignoro por qué es así."

Mr. Burlingame me colocó la blanca mano sobre la rodilla y me explicó las bases teóricas del fenómeno, pero yo estaba lo bastante ocupado en rechazar sus intentos como para seguir el razonamiento.

De hecho, aunque Dajani dedicó otras tres sesiones completas a hablarnos solamente de los mecanismos del Efecto Benchley, sigo siendo incapaz de decir con certeza cómo —o por qué, o incluso si— funciona todo eso. A veces, me digo que lo he soñado.

De todos modos, no había veintidós Dajani en el tiempo actual porque cada vez que Dajani hacía la Crucifixión, Dajani volvía al tiempo actual en un momento anterior a su siguiente partida hacia el pasado. No podía hacerlo de otra forma; si uno remonta la línea del tiempo en enero, y se pasa unas cuantas semanas en una época anterior, cuando se vuelve a la propia sólo puede retornar en enero o, quizá, en febrero, del año en que uno se ha ido. Y si el próximo salto no está previsto para antes de marzo, uno no podrá nunca adelantarse a sí mismo.

De aquel modo, el Dajani que escoltaba a los turistas al Gólgota siempre era el mismo, desde el punto de vista del tiempo actual. Sin embargo unas cuantas docenas de Dajani se acumulaban al otro extremo del salto pues él seguía deslizándose desde diversos puntos del tiempo actual hasta el mismo momento del pasado. Lo mismo le pasaba a todo aquel que hiciera saltos repetidos a un solo punto de la línea. Es la paradoja de la Acumulación Temporal. Eso es todo.

Cuando no luchaba con paradojas de este tipo dejaba que el tiempo transcurriera agradablemente como de costumbre. Siempre había montones de chicas agradecidas correteando por casa de Sam.

En aquella época yo no buscaba más que el sexo. Incluso con obsesión. La persecución del sexo me ocupaba todo el tiempo libre; me parecía haber perdido la noche si no me metía por lo menos una vez en la rajita deslizante. En ningún momento me pareció interesante buscar con una persona del sexo opuesto una relación que durase más de veinte centímetros. Es lo que llaman "amor".

Con lo frívolo y novato que era, el "amor" no me interesaba.

Por otra parte quizá no era tan frívolo. Ahora que he saboreado el "amor" no soy mucho más feliz. La verdad es que mi situación es peor que antes.

Naturalmente nadie me ha obligado a enamorarme de alguien que vivió en el pasado.

11

El teniente Bruce Sanderson de la Patrulla Temporal vino una vez a clase para explicarnos los peligros que uno corría si se inmiscuía en la inalterabilidad del tiempo pasado

El teniente tenía el físico correspondiente a su empleo. Era el hombre más alto que hubiera visto con los hombros más anchos y la mandíbula más cuadrada. Cuando entró la mayor parte de la chicas de la clase tuvieron un orgasmo instantáneo lo mismo que Mr. Chudnik y Mr. Burlingame. Se colocó delante la mesa con las piernas ligeramente separadas dispuesto a luchar con nosotros. Su uniforme era gris. Tenía los cabellos rojos y cortados casi al rape. Los ojos mantenían un azul inexpresivo. Dajani, culpable de transgresión, víctima del celo de la Patrulla Temporal, se deslizó a un rincón de la sala y se sentó en el suelo. Le vi mirar fijamente al teniente con aspecto siniestro detrás de sus gafas negras.

—Bien —empezó el teniente Sanderson—. Saben que nuestra tarea principal consiste en mantener la inviolabilidad del tiempo actual. No podemos permitir la

introducción en nuestro pasado de cambios arriesgados pues alterarían nuestro presente. Por eso tenemos una Patrulla Temporal que se ocupa de todos los eventos de la línea temporal pasada y asegura que todo ocurra igual que en los libros. Y he de decir una cosa: ¡que Dios bendiga a los hombres que crearon la Patrulla Temporal!

—¡Amén! —declaró el penitente Dajani.

—Esto no es sólo a causa de que esté agradecido por tener este trabajo —continuó el teniente—. Y sin embargo lo estoy pues considero mi tarea como la más importante que tenga que cumplir un ser humano: preservar el carácter intangible del mundo actual. Cuando digo: "Dios bendiga a los hombres que crearon la Patrulla Temporal", es a causa de que esos hombres salvaron todo lo bueno y lo más precioso de nuestra existencia. ¿Saben lo que habría podido pasar si no existiera la Patrulla Temporal? ¿Qué clase de atropellos habrían podido cometer los bandidos sin escrúpulos? Déjenme mostrarles unos cuantos ejemplos. Habría podido volver al pasado y matar a Jesús, Mahoma, Buda, a todos nuestros grandes guías religiosos mientras eran niños para que de ese modo no hubieran podido formular las maravillosas ideas que han inspirado a otros hombres. Habrían podido advertir a los principales bandidos de la historia de los problemas que los amenazaban para que así escapasen de su destino y siguieran haciendo sufrir a la humanidad. Habrían podido robar los tesoros artísticos del pasado impidiendo que la gente los disfrutase a lo largo de los siglos. Habrían organizado operaciones financieras fraudulentas que llevarían a la ruina a millones de inocentes accionistas que carecerían de las mismas informaciones sobre el precio futuro de los mercados. Podrían haber mal aconsejado a los grandes dirigentes para conducirles a terribles trampas. Menciono estos ejemplos, mis queridos amigos, porque *han ocurrido realmente*. Todos ellos se encuentran consignados en los archivos de la Patrulla Temporal ¡lo crean o no! En abril de 2052 un joven de Bucarest, empleando un crono conseguido ilegalmente, remontó la línea hasta el año 11 y envenenó a Jesucristo. En octubre de 2043, un ciudadano de Berlín volvió a 1945 y rescató a Adolf Hitler antes de que los rusos tomasen la ciudad. En agosto de 2049, una mujer de Niza saltó hasta la época de Leonardo da Vinci, robó la *Mona Lisa*, todavía inconclusa, y la ocultó en su casa de la playa. En setiembre de 2055, un neoyorquino volvió al verano de 1929 y obtuvo un beneficio de unos mil millones de dólares vendiendo títulos. En enero de 2051, un profesor de historia militar de Quebec regresó a 1815 y, vendiendo a los ingleses lo que pretendía ser el programa estratégico francés, causó la derrota del duque de Wellington ante las tropas de Napoleón en el ~~batalla de Waterloo~~ ^{batalla de Waterloo}, y ~~Napoleón~~ ^{Napoleón} ~~se retiró~~ ^{se retiró} en Waterloo. Cristo *no fue* envenenado en el año 11. Si el pasado fue cambiado realmente, como nos acaba de decir, ¿cómo es que no se ha percibido efecto alguno en el tiempo actual?

—¡Ajá! —exclamó el teniente Sanderson. (Era el mejor ¡Ajá! que había oído hasta entonces)—. La fluidez del pasado, amigo mío, es una espada de doble filo. Si el pasado puede ser cambiado una vez, puede serlo varias veces. Ahora, llegamos al papel de la Patrulla Temporal. Consideremos el caso del desequilibrado que asesinó a Jesús cuando era un niño. Debido a tan terrible acto, la Cristiandad no apareció y una gran parte del Imperio Romano terminó por convertirse al judaísmo. Los dirigentes judíos de Roma fueron capaces de evitar la caída del Imperio de los siglos IV y V, logrando un estado teocrático y monolítico que controló toda Europa occidental. Así, el Imperio Bizantino no se desarrolló en oriente, que fue dominado desde Jerusalén por una secta hebraica cismática. En el siglo X,

una guerra cataclísmica entre las fuerzas de Roma y Jerusalén provocó la destrucción de la civilización y la invasión de toda Europa y Asia por los nómadas turcos, que se dedicaron a la construcción de un estado totalitario que hizo que el siglo XXI fuese el más regresivo de toda la historia humana. Pueden ver lo devastadora que resulta la menor injerencia en el pasado.

—Sí —repliqué—, pero...

El teniente Sanderson me gratificó con una helada sonrisa.

—Me va a decir que, de hecho, no vivimos en un estado turco tirano y regresivo. De acuerdo. Nuestra existencia presente fue preservada de la siguiente manera: el asesinato del joven Jesús fue detectado por un Guía Temporal que remontó la línea en abril de 2052 para escoltar a un grupo de turistas que quería presenciar la Crucifixión. Cuando el grupo llegó al momento y al lugar de la Crucifixión, sólo presenciaron el martirio de dos ladrones; aparentemente, nadie había oído hablar nunca de Jesús de Nazaret. El Guía previno de inmediato a la Patrulla Temporal, que empezó a buscar la paradoja. La línea temporal de Jesús fue seguida desde su nacimiento a lo largo de su infancia y se vio que no había cambiado nada; pero no había ni rastro de él después de su media adolescencia; investigando en su entorno, se descubrió que había muerto a los once años de un modo misterioso. Bastó con mantener una estrecha vigilancia hasta la llegada del viajero temporal homicida. Según ustedes, ¿qué hicimos en ese momento?

Se levantaron varias manos. El teniente Sanderson reconoció a Mr. Chudnik, que dijo:

—Detuvieron al criminal cinco minutos antes de que pudiera darle el veneno a Jesús, impidiéndole cambiar la historia, y trayéndole de nuevo al tiempo actual para ser juzgado.

El teniente Sanderson sonrió clementemente.

—Falso —dijo—. Le dejamos que le diera el veneno a Jesús.

Barahúnda.

—Como saben, la muerte es la pena máxima por realizar interferencias prohibidas en los acontecimientos pasados: es el único crimen capital reconocido todavía por la ley. Pero antes de que un castigo tan severo pueda ser aplicado, es necesario tener la prueba absoluta de que el crimen fue cometido. Por eso, cada vez que se detecta un crimen de estas características, los Patrulleros Temporales lo dejan efectuar para poder grabarlo discretamente.

—¿Cómo va a quedar el pasado sin cambiar si actúan de ese modo? —preguntó Miss Dalessandro.

—¡Ajá! —exclamó el teniente Sanderson—. Una vez se ha obtenido una grabación que demuestre que el crimen se cometió, la condena puede pronunciarse a toda prisa, así como el permiso para ejecutarla. Y así se hace. Los investigadores de la Patrulla Temporal volvieron con su prueba a la noche del 4 de abril de 2052. Era la fecha de la partida hacia el pasado del pretendido asesino de Jesús. Mostraron la prueba del crimen a la comisión de la Patrulla Temporal, que ordenó la ejecución del criminal. Los ejecutores de la Patrulla Temporal se dirigieron a la casa del criminal, le quitaron el crono y le aplicaron una muerte indolora una hora antes de su prevista partida para el pasado. Le suprimimos del río temporal y la corriente principal del pasado fue preservada pues, de hecho, no efectuó su viaje y Jesús pudo vivir para difundir su fe. De este modo —gracias a la detección de cambios ilegales y la supresión de los criminales antes de que puedan remontar la línea—, preservamos el carácter intangible del tiempo actual.

Qué bonito, pensé.

Pero yo me contentaba muy fácilmente. Miss Dalessandro, la aguafiestas pro-

fesional, alzó la mano carnosa y, en cuanto la dejaron hablar, declaró:

—Me gustaría una aclaración. Aparentemente, cuando los Patrulleros Temporales volvieron a abril de 2052 con la prueba del crimen, llegaron a un mundo dirigido por dictadores turcos. ¿Dónde encontraron a los miembros de la comisión? ¿O sólo encontraron al asesino? Su propio crimen habría podido borrar su existencia pues, al asesinar a Jesús, provocó diversos acontecimientos posteriores que eliminarían a sus propios antepasados. Así, el viaje temporal no habría sido inventado jamás en ese mundo en el que Jesús no llegó a vivir, y, en el mismo momento en que fue eliminado Jesús, lo fueron también los Patrulleros Temporales, los Guías y los turistas, que se convirtieron en imposibilidades y dejaron de existir.

El teniente Sanderson no pareció muy contento.

—Evoca usted un cierto número de interesantes paradojas secundarias —dijo, lentamente—. Me temo que el tiempo que me han concedido es insuficiente para contestar correctamente. Lo intentaré hacer de un modo resumido: si el crimen temporal del año 11 no hubiera sido detectado relativamente de prisa, los cambios se habrían multiplicado a lo largo de los siglos y eventualmente habrían podido transformar todo el futuro, impidiendo, probablemente, el desarrollo del Efecto Benchley y de la propia Patrulla Temporal, conduciéndonos a lo que llamamos la Última Paradoja, en la que el viaje temporal se convierte en su propia negación. De hecho, las numerosas consecuencias potenciales del envenenamiento de Jesús no se produjeron jamás, pues el Guía que asistía a la Crucifixión descubrió el crimen. Como el hecho se produjo en él año 33, sólo los años pasados entre el año 11 y el año 33 fueron alterados por el asesinato, y los cambios creados por la ausencia de Jesús durante ese período fueron insignificantes, pues la influencia de Jesús en la historia no se dejó sentir hasta mucho después de la Crucifixión. Mientras tanto, la anulación retroactiva del crimen suprimió incluso los ligeros cambios que tuvieron lugar durante los veintidós años del período afectado; los dos decenios fueron desplazados hacia otra línea temporal, que nos resulta inaccesible y que de hecho es inexistente; de este modo, la verdadera línea de base fue restaurada en toda su continuidad desde el año 11 hasta el presente.

Miss Dalessandro no estaba satisfecha

—Es una especie de círculo. La Última Paradoja, ¿no habría tenido que descender por toda la línea temporal hasta nuestro presente en el mismo instante en que Jesús fue envenenado? ¿Cómo pueden seguir existiendo los Guías y los Patrulleros y ser los únicos que saben cómo *debió ser* el pasado? Me parece que no habría ningún modo de corregir un crimen temporal lo bastante grave como para llevar a la Última Paradoja.

—Olvida, o quizá ignora —dijo Sanderson—, que los viajeros temporales que se encuentran en el pasado en el momento de un crimen temporal no son afectados por *ningún* cambio en el pasado, pues están separados de su matriz temporal. Un viajero en tránsito es una bola de tiempo actual arrancada de la matriz del continuo, inmune contra las transformaciones de la paradoja. Eso significa que cualquiera que viaje por la línea puede observar y corregir una alteración del pasado verdadero, conservando en la memoria la situación momentáneamente falseada y su papel en la corrección de la situación. Naturalmente, todo viajero temporal que abandona el refugio transitorio es vulnerable en cuanto regresa a su punto de partida al final de la línea. En otros términos, si usted vuelve por la línea y mata a su abuelo antes de su boda, no desaparecerá en el acto, pues estará usted protegida por la paradoja del Efecto Benchley. Pero, en cuanto vuelva usted al presente, *dejará de existir*, pues el resultado de la alteración de su propio pasa-

do será la desaparición de su malla temporal en el presente. ¿Está claro?

No, pensé. Pero no dije nada.

Miss Dalessandro insistió:

—Los que se encuentran en tránsito están protegidos por...

—Por la paradoja del Desplazamiento Transitorio, así es como la llamamos.

—La paradoja del Desplazamiento Transitorio. Están como en bolas y, mientras viajen, pueden comparar lo que ven con lo que recuerdan del aspecto del tiempo verdadero, y si es necesario pueden efectuar cambios para restaurar el orden original si es que éste fue alterado.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué deberían estar inmunizados? Sé que siempre llego a lo mismo, pero...

El teniente Sanderson suspiró.

—Porque —dijo—, si fueran afectados por un cambio en el pasado mientras ellos mismos se encuentran en el pasado, sería la Última Paradoja: un viajero temporal cambiando la época que dio nacimiento al viaje temporal. Eso es mucho más paradójico que la paradoja del Desplazamiento Transitorio. Debido a la ley de las Paradojas Menores, la paradoja del Desplazamiento Transitorio, al ser menos improbable, tiene prioridad. ¿Comprende lo que quiero decir?

—No, pero...

—Me temo que no podré profundizar en este tema más detalladamente —se lamentó el patrullero—. Pero Mr. Dajani volverá a estas cuestiones en clases próximas.

Sonrió a Dajani débilmente y se marchó a toda prisa.

Como usted ya habrá pensado, Dajani no habló de ninguna de las paradojas evocadas por Miss Dalessandro. Siempre hallaba algún modo de desviar la conversación cada vez que ella sacaba el tema.

—Pueden estar seguros —nos dijo Dajani—, que el pasado es restaurado cada vez que resulta alterado. Los mundos hipotéticos creados por los cambios ilegales dejan de existir retroactivamente en el mismo instante en que el criminal es prendido. Q.E.P.D.

Aquello no explicaba nada. Pero nos fue imposible obtener una explicación mejor.

12

Nos explicaron también que los cambios *buenos* en el pasado también estaban prohibidos. Docenas de personas habían sido ejecutadas por haber intentado persuadir a Lincoln de que no fuera al teatro aquella noche, o por decirle a Jack Kennedy que debía poner a cualquier precio el cristal del coche a prueba de balas.

Pero fueron eliminados, lo mismo que los asesinos de Jesús y los salvadores de Hitler. Habría resultado tan mortal ayudar a Kennedy a terminar su mandato como apoyar a Hitler para reconstruir el Tercer Reich. El cambio es el cambio, e incluso las alteraciones beneficiosas pueden tener resultados imprevistos y catastróficos.

—Imaginemos —dijo Dajani— que, como Kennedy no fue asesinado en 1963, la escalada de la guerra de Vietnam, que de hecho tuvo lugar bajo su sucesor, no se produjo, y que las vidas de miles de soldados no resultaron perdidas. Supongamos ahora que uno de esos hombres, que de otro modo habría muerto en 1965

o 1966, sale con vida y se convierte en presidente de los Estados Unidos en 1992 y se embarca en una guerra atómica que causa la destrucción de la civilización. ¿Ven ahora por qué incluso las alteraciones aparentemente beneficiosas del pasado deben ser evitadas?

Lo vimos. Lo vimos no sé cuántas veces.

Lo vimos hasta que nos aterró la idea de entrar en el Servicio Temporal, pues nos parecía inevitable cometer antes o después alguna torpeza en el pasado que hiciera caer sobre nosotros la cólera fatal de la Patrulla Temporal.

—No te preocupes por eso —me dijo Sam—. Si uno les hiciera caso, tendrían que aplicar la pena de muerte un millón de veces al día. De hecho, no creo que hayan efectuado más de cincuenta ejecuciones por crimen temporal durante los últimos diez años. Y todos eran locos, tipos que querían hacer algo así como matar a Mahoma.

—Entonces, ¿cómo impide la Patrulla la alteración del pasado?

—No lo hace —me respondió Sam—. Es alterado continuamente. A pesar de la Patrulla Temporal.

—¿Por qué no cambia nuestro mundo?

—Lo hace. Ligeramente —. Sam se echó a reír—. Si un Guía diera antibióticos a Alejandro el Grande y le ayudara a vivir hasta una avanzada edad, sería un cambio intolerable y la Patrulla Temporal lo evitaría. Pero no se molesta en hacer lo mismo con otras muchas cosas. Los Guías encuentran manuscritos perdidos, se acuestan con Catalina la Grande, recuperan objetos para venderlos en otras épocas. Dajani vendía trozos de la Cruz auténtica, ¿verdad? Descubrieron su tráfico, pero no le ejecutaron. Simplemente le retiraron del viaje de la suerte durante un tiempo y le han dedicado a la educación. La mayor parte de los pequeños hurtos ni siquiera son descubiertos.—Su mirada se deslizó de modo distraído hacia su colección de objetos del pasado—. Cuando estés en el oficio, Jud, verás que estamos en continua relación con los acontecimientos pasados. Cada vez que un Guía Temporal pisotea una hormiga en el año 2000 antes de Cristo, cambia el pasado. Sin embargo, seguimos vivos. Esos cerdos estúpidos de la Patrulla Temporal velan por los cambios estructurales de la Historia, pero dejan tranquilos a los tipos normales y corrientes. Tienen la obligación. No hay bastantes Patrulleros para ocuparse de todo.

—Pero eso significa que efectuamos montones de alteraciones menores de la historia poco a poco —dije—. Aquí una hormiga, allí una mariposa, y la acumulación puede llegar a producir un cambio mayor y nadie será capaz de encontrar las causas exactas para poder volver a poner las cosas en su sitio.

—Exactamente.

—No pareces muy preocupado —observé.

—¿Por qué iba a estarlo? ¿Es todo lo que poseo en el mundo? ¿Qué me importa a mí que la historia se altere?

—Te importaría si la alteración provocase el que no existieras.

—Hay que ocuparse de cosas más importantes, Jud. Como, por ejemplo, disfrutar del buen tiempo.

—¿No te asusta saber que algún día podrías dejar de existir así como así?

—Algún día dejaré de existir —replicó Sam—. No hay duda. Tarde o temprano. Mientras tanto, intentaré disfrutar de la vida. Come, bebe y sé feliz, muchacho. Dejemos que el pasado vaya a su aire.

Cuando terminaron de meternos el reglamento en el cráneo, nos enviaron al pasado en viajes de ensayo. Naturalmente, ninguno de nosotros había remontado la línea antes del comienzo de las sesiones de instrucción: nos habían probado para ver si el viaje temporal provocaba en nosotros alguna alteración psicológica particular. Había llegado el momento de observar a los Guías de servicio, y nos dejarían acompañar a los grupos de turistas como si fuésemos autoestopistas.

Nos dividieron de modo que no fuésemos más de dos de nosotros por cada seis u ocho turistas. Para evitar gastos, nos mandaron observar lo que pasaba allí mismo, en Nueva Orleans. (Para hacernos regresar a la batalla de Hastings, por ejemplo, primero tendrían que habernos mandado por avión hasta Londres. El viaje temporal no incluye el viaje espacial; uno debe estar físicamente presente, antes de saltar, en el lugar al que desea regresar.)

Nueva Orleans es una ciudad muy bonita, pero su historia no cuenta con muchos hechos importantes, de modo que no veía por qué nadie querría pagar *mucho* dinero para volver por la línea a aquel lugar cuando por casi el mismo importe podía presenciar la Declaración de Independencia, la toma de Constantinopla o el asesinato de Julio César. Pero el Servicio Temporal desea asegurar el viaje a cualquier evento histórico importante —respetando, al menos, ciertos límites— para cualquier grupo formado por un mínimo de ocho turistas que tengan pasta bastante para pagar los billetes, y supongo que los residentes patriotas de Nueva Orleans también tienen derecho a visitar el pasado de su propia ciudad, si es que es eso lo que quieren.

De aquel modo, Mr. Chudnik y Miss Dalessandro fueron enviados a 1815 para animar a Andrew Jackson en la batalla de Nueva Orleans. Mr. Burlingame y Mr. Oliveira fueron transportados a 1877 para asistir a la expulsión de los últimos polícastros del norte. Mr. Hotchkiss y Mrs. Notabene partieron a 1803 para ver cómo los Estados Unidos tomaban posesión de Louisiana tras habérsela comprado a Francia. En fin, Miss Chambers y yo remontamos la línea hasta 1935 para presenciar el asesinato de Huey Long.

Los asesinatos suelen terminar muy deprisa y casi nadie remonta la línea para ver y oír un simple disparo. Lo que el Servicio temporal ofrecía a esa gente, en realidad, era una gira por la Louisiana de comienzos del siglo XX con una duración de cinco días que terminaba con el homicidio de *Kingfish*. Teníamos seis compañeros de viaje: tres parejas adineradas de Louisiana de unos sesenta años. Uno de los hombres era jurista, otro médico, y el tercero uno de los dirigentes de la Sociedad de Energía e Iluminación de Louisiana. Nuestro Guía Temporal era uno de esos pastores que forman la base de la sociedad: un personaje educado y suave llamado Madison Jefferson Monroe.

—Llámenme Jeff —pidió.

Tuvimos varias reuniones preparatorias antes de partir.

—Aquí están sus cronos —nos dijo Monroe—. Deben llevarlos pegados a la piel durante todo el viaje. Una vez se los hayan puesto en el Servicio Temporal, no deben quitárselos hasta haber regresado al presente. Se bañarán con ellos, dormirán con ellos, harán... bueno todas sus funciones íntimas sin dejar de llevarlos. La razón debería resultar evidente. Sería muy molesto para la historia que un crono cayera en manos de alguien en el siglo XX; está prohibido que se separen de sus aparatos ni por un solo instante.

(—Miente —me dijo Sam cuando se lo repetí—. Nadie del pasado sabría qué hacer con un crono. La verdadera razón es que los turistas deben dejar una época a toda prisa ocasionalmente para evitar ser linchados y el Guía no puede co-

rrer el riesgo de que uno de sus clientes se olvide el crono en el hotel. Pero no se atreve a decíroslo.)

Los cronos que Jeff Monroe nos entregó eran ligeramente distintos del que llevé la noche en que Sam y yo remontamos la línea. Los mandos estaban sellados y sólo funcionaban cuando el Guía emitía una frecuencia especial. Bastante sensatos: el Servicio Temporal no quiere que los turistas den vueltas por su cuenta.

Nuestro Guía se pasó un buen rato advirtiéndonos acerca de las consecuencias de un eventual cambio del pasado y nos rogó en varias ocasiones que le hiciésemos caso.

—No hablen más que si se dirigen a ustedes —nos dijo—, incluso entonces reduzcan al mínimo sus conversaciones con desconocidos. No hablen en argot; no les entenderían. Si reconocen a otros viajeros temporales no deben hablar con ellos ni saludarles y deben ignorar cualquier tentativa por su parte de dirigirse a ustedes. Al que viole estas normas por inocentemente que sea se le retirará en el acto la licencia de deriva temporal y volverá al presente inmediatamente ¿Entendido?

Asentimos solemnemente.

—Imagínense que son cristianos disfrazados dentro de la ciudad santa de los musulmanes, La Meca. Si no les descubren, no estarán en peligro; pero, si los que les rodean adivinan su identidad, se encontrarán en muy mal trance. Les interesa estar callados mientras permanezcan en el pasado, observándolo todo sin decir nada. No correrán riesgos mientras no llamen la atención.

(Supe por Sam que los turistas temporales a veces tienen historias con la gente del pasado, sean cuales sean los esfuerzos de su Guía para intentar evitar tales accidentes. Los problemas pueden arreglarse con algunas palabras diplomáticas con las que el Guía pediría excusas alegando que el extranjero es realmente un problema mental. Pero a veces no es tan fácil, y el Guía debe ordenar la evacuación rápida de todos los turistas; además, debe esperar hasta que todos los clientes hayan vuelto por la línea sanos y salvos, por lo que varios Guías han caído víctimas del deber a causa de tales accidentes. En los casos de extrema torpeza por parte de algún turista, la Patrulla Temporal interviene y anula el salto retroactivamente, prohibiendo el viaje al viajero imprudente y anulando los problemas.

—Cada uno de esos ricachos suele enfurecerse cuando llega un Patrullero en el último minuto y le dice que no puede partir porque si lo hace cometerá alguna estupidez en el pasado. No pueden entenderlo. Prometen ser gentiles y no entienden que su promesa carece de valor, pues su conducta ya ha sido observada. El problema con la mayor parte de esos estúpidos turistas es que no pueden pensar en cuatro dimensiones.

—Yo tampoco, Sam —dije, desconcertado.

—Lo conseguirás —respondió—. Acabas de llegar.)

Antes de partir para 1935 recibimos un cursillo hipnótico sobre el marco de aquella época. Nos llenaron de datos acerca de la Depresión, la *New Deal*, la familia Long de Louisiana, la gloriosa ascensión de Huey Long, su programa titulado "Compartamos nuestros bienes" que quería quitar a los ricos para dárselos a los pobres, su querrela con el presidente Franklin Roosevelt, su sueño de llegar él mismo a la presidencia en 1936, su brillante desprecio por las tradiciones, su demagógica llamada a las masas populares. Debimos tragarnos todo aquello, lo mismo que numerosos detalles acerca de la vida del año 1935 —las celebridades, la actividad deportiva, el mercado financiero— para no sentirnos desplazados.

Finalmente, nos dieron ropas de 1935. Nos pavoneamos, bromeando y riéndo-

nos de nosotros mismos, al vernos en aquellas envejecidas prendas. Jeff Monroe, supervisándolo todo, recordó a los hombres que llevaban bragueta y les enseñó a usarla; advirtió a las mujeres que estaba absolutamente prohibido enseñar los pezones y la parte inferior de los senos, y nos pidió enérgicamente que no olvidásemos el hecho de que íbamos a entrar en una época extremadamente puritana en la que la represión neurótica era considerada como una virtud y nuestras habituales libertades de comportamiento eran tenidas por vergonzosas y escandalosas.

Al fin, estuvimos listos para partir.

Nos llevaron al nivel superior, a la Antigua Nueva Orleáns, pues no habría sido muy indicado saltar desde uno de los niveles inferiores. Teníamos preparada una habitación esperándonos en una pensión familiar de una de las calles del Barrio Norte, destino de los saltos al siglo XX.

—Vamos a remontar la línea —dijo Madison Jefferson Monroe, emitiendo la señal que disparaba los cronos.

14

De pronto, estuvimos en 1935.

No pudimos discernir el menor cambio desde la habitación en que nos encontrábamos, pero sabíamos que habíamos remontado la línea.

Calzábamos zapatos apretados y ropas extrañas, y teníamos dinero de verdad, dólares de los Estados Unidos, pues en aquel tiempo la huella de los pulgares no era moneda legal. Para la primera parte de la estancia, el hombre que había preparado el viaje, nos tenía reservadas habitaciones en un gran hotel de Nueva Orleáns, sobre el canal, justo al borde del antiguo barrio francés. Tras una última advertencia de Jeff Monroe, salimos y avanzamos hasta el final de la calle. El tráfico era increíble en aquel llamado año de depresión. Incluso resultaba impresionante. Nos paseamos de dos en dos, Jeff en cabeza del grupo. Observamos las cosas que nos rodeaban con mucho interés, pero nadie podía sospechar nada. Los habitantes debían suponer que éramos turistas de Indiana. Nada en nuestra curiosidad podía denunciar particularmente que fuésemos turistas del año 2059.

Thibodeaux, el hombre de la Sociedad de Energía e Iluminación, no podía apartar los ojos de las líneas eléctricas que se balanceaban al aire libre de un poste a otro.

—He leído algunos estudios sobre estos aparatos —dijo varias veces—, pero nunca me los había creído.

Las mujeres del grupo charlaban acerca de la moda. Era un día cálido y largo de setiembre, pero todo el mundo iba totalmente vestido. No podían entenderlo.

El tiempo nos causó algunos problemas. Nunca habíamos estado expuestos a verdadera humedad, no la hay en las ciudades subterráneas, naturalmente, y sólo algunos chalados suben a la superficie cuando hay tal clima. No dejábamos de sudar y padecíamos a causa del calor. El hotel no tenía aire acondicionado. Supuse que todavía no lo habrían inventado.

Jeff verificó que nos encontrábamos en la lista del hotel. Mientras firmaba el registro, el empleado, naturalmente, un ser humano y no una terminal de ordenador, agitó una campanilla y gritó: ¡Botones!, con lo que apareció un grupo de negros uniformados y amistosos que se llevó nuestras maletas.

Oí que Mrs. Bienvenu, la esposa del jurista, le murmuraba a su esposo:

—¿Crees que serán esclavos?

—¡Aquí no! —respondió el hombre violentamente—. ¡Los esclavos fueron liberados hace setenta años!

El empleado del hotel debió escucharla. Me gustaría saber lo que pensó.

El Guía reservó una sola habitación para Flora Chambers y para mí. Explicó que nos registró con los nombres de Mr. y Mrs. Elliott, pues estaba prohibido que una pareja sin casar ocupase la misma habitación de un hotel, aunque fuesen miembros del mismo grupo de turistas. Flora me sonrió pálidamente pero llena de esperanza y me dijo: —Actuaremos como si estuviéramos en alianza temporal.

Monroe la miró iracundo.

—¡No debemos comentar costumbres futuras!

—¿No tienen alianzas temporales en 1935?

—¡Cállese! —silbó.

Deshicimos el equipaje, nos bañamos y salimos a visitar la ciudad. Bajamos por la calle Basin y pudimos oír algunas melodías de jazz, primitivas pero aceptables. Luego caminamos un poco hasta la calle Bourbon para echar un trago y asistir a un número de *strip tease*. El lugar estaba abarrotado; y nos sorprendió constatar que hombres y mujeres adultos pudieran quedarse sentados durante toda una hora soportando una música mediocre y una atmósfera llena de humo para esperar a que una chica se quitase algo de ropa.

Cuando se quedó desnuda, seguía pese a todo llevando unas pequeñas placas brillantes en los pezones, así como una pequeña pieza de tejido triangular en el pubis. Cualquiera que tuviera más interés por la desnudez podría ver mucho más cualquier día en los baños públicos. Pero, claro, nos dijimos, aquella era una época represiva, sexualmente apagada.

Las bebidas y los demás gastos de la sala de fiestas fueron puestas en una sola nota que resultó pagada por Jeff. El Servicio Temporal no quería que nosotros, los ignorantes turistas, manipulásemos billetes a los que apenas estábamos acostumbrados salvo casos de necesidad absoluta. El Guía nos defendía de los pobres que importunaban al grupo, contra los mendigos, las prostitutas y los demás incidentes que pudieran enturbiar nuestra comprensión de la situación social de 1935.

—Ser Guía es un trabajo duro —observó Flora Chambers.

—Pero piensa en todos los viajes que se pueden hacer gratis —repliqué.

Nos impresionaba profundamente la fealdad de la gente del pasado. Nos dimos cuenta que no debían tener genitos, que la microcirugía estética, si es que hubieran oído hablar de ella en 1935, habría sido considerada como una conspiración fascista o comunista contra el derecho de los hombres libres a tener hijos feos. Sin embargo, no pudimos dejar de demostrar una cierta sorpresa, incluso consternación, al ver orejas deformadas, pieles llenas de viruela, dientes caídos, narices enormes, genes no programados y retocados. El miembro más ordinario de nuestro grupo era de una belleza teatral comparándolo con la norma de 1935. Les compadecimos por tener que vivir en una época tan oscura y oprimiente.

Cuando estuvimos de vuelta en el hotel, Flora se quitó toda la ropa y se tendió salvajemente sobre la cama, abriendo las piernas.

—¡Házmelo! —gritó—. ¡Estoy salida!

Yo también estaba un poco salido. Así que se lo hice.

Madison Jefferson Monroe, prudentemente, sólo nos había autorizado a tomar una bebida alcohólica durante la noche. Pese a todas nuestras súplicas, se negó a dejarnos tomar una segunda, debimos contentarnos con soda el resto de la velada. No podía correr el riesgo de que dijésemos algo peligroso bajo la influencia del alcohol, un tipo de bebida al que, realmente, no estábamos acostumbrados.

Sin embargo, incluso aquel simple trago bastó para soltar algunas lenguas y enturbiar ciertas mentes, con lo que se escaparon algunas observaciones que, de haber sido oídas, podrían habernos causado graves problemas.

Me sorprendía ver beber a la gente del siglo XX tantísimo alcohol sin derrumbarse.

(—Están habituados al alcohol —me explicó Sam—. Es el veneno mental favorito de la mayor parte de las regiones del pasado. Si no te entrenas para soportarlo, acabarás teniendo problemas.

—¿No hay drogas? —pregunté.

—Bueno, podrás encontrar algo de hierba aquí y allí, pero nada realmente psicodélico. Aprende a beber, Jud. Aprende a beber.)

Más tarde, aquella misma noche, Jeff Monroe vino a nuestra habitación. Flora estaba recogida en una masa inconsciente y agotada; Jeff y yo hablamos largo rato de los problemas impuestos al trabajo de Guía. Acabé por apreciarle a causa de su dulzura y habilidad.

Parecía disfrutar con su trabajo. Su especialidad eran los Estados Unidos del siglo XX y lamentaba la molesta rutina de los asesinatos.

—Nadie quiere ver otra cosa —se lamentó—. ¡Dallas, Los Angeles, Memphis, Nueva York, Chicago, Baton Rouge, Cleveland, siempre las mismas ciudades! No puedo decirte hasta qué punto estoy harto de abrir paso entre la multitud hasta el mismo punto, señalar la ventana del sexto piso y ver a la pobre mujer que se inclina hacia la parte trasera del coche. Por lo menos, el asesinato de Huey Long no está muy solicitado. Pero tengo a una veintena de yoes en Dallas. ¿Por qué nadie quiere ver los momentos *felices* del siglo XX?

—¿Los hay? —pregunté.

15

Desayunamos en Brennan's y cenamos en Antoine's, dimos una vuelta por el barrio del Jardín y volvimos a la ciudad antigua para visitar la catedral de la plaza Jackson antes de dar un paseo por la orilla del Mississippi. Entramos en un cine para ver a Clark Gable y Jean Harlow en *Polvo Rojo*, visitamos correos y la biblioteca municipal, compramos muchos periódicos (que son recuerdos autorizados) y pasamos unas cuantas horas oyendo la radio. Subimos en el tranvía llamado Deseo, y, después, Jeff nos llevó de paseo en un coche de alquiler. Nos permitió conducir, pero nos aterraba la idea de tomar el volante tras haberle visto efectuar los complicados movimientos de la palanca de cambios. Hicimos muchas más cosas del siglo XX. Respiramos profundamente el perfume de la época.

Luego nos encaminamos a Baton Rouge para ver cómo el senador Long se dejaba matar.

Llegamos el sábado 7 de setiembre, y ocupamos habitaciones en el hotel que, por lo que juró Jeff, era el mejor de la ciudad. El cuerpo legislativo estaba reunido y el senador Huey había llegado de Washington para ocuparse de varios asuntos. Anduvo sin cesar por la ciudad hasta que terminó la mañana del domingo. Jeff nos preparó para el espectáculo.

Se había ataviado con un disfraz de termoplástico. Su rostro de rasgos regulares se veía lleno de pústulas y amarillento, llevaba bigote y gafas negras que podría haberle pedido prestadas a Dajani.

—Es la tercera vez que me ocupo de este viaje —nos explicó—. Creo que haría mal efecto si alguien detectara a tres personas iguales en el pasillo en que van

a asesinar a Huey.

Nos dijo que no prestásemos atención a los otros Jeff Monroe que pudiéramos ver durante el asesinato; él, con las heridas, el bigote y las gafas, era nuestro verdadero Guía y no había que acercarse a los otros dos.

Cuando llegó la tarde, nos dirigimos hacia el colosal capitolio del Estado, de treinta y cuatro pisos, y nos paseamos por su interior como visitantes llegados para admirar el edificio de cinco millones de dólares de Huey. Entramos discretamente. Jeff comprobaba la hora muy a menudo.

Nos apostó en un lugar desde el que pudiéramos tener una buena vista del evento, evitando además la trayectoria de las balas. No pudimos dejar de detectar a otros grupos de visitantes que se colocaban cerca de nosotros. Vi junto a un grupo a un hombre que era sin lugar a dudas Jeff Monroe; otro grupo estaba reunido alrededor de otro hombre con el mismo aspecto y talla, pero que llevaba gafas de montura metálica y una mancha rojiza en una mejilla. Nos esforzamos para no mirar a aquella gente y ellos procuraron ignorarnos.

Me embarazaba la Paradoja Acumulativa. Para mí, toda la gente que remontó la línea para ver el asesinato de Huey Long tendría que haber estado allí: millares de personas, quizá, apretujándose para ver mejor. Y, sin embargo, apenas había algunas docenas: los que iban desde 2059 o antes. ¿Por qué no estaban los demás? ¿Era tan fluido el tiempo que un mismo evento podía repetirse indefinidamente cada vez ante una audiencia mayor?

—Ahí está —susurró Jeff.

El *Kingfish* avanzó hacia nosotros con paso rápido, seguido de cerca por sus guardaespaldas. Era pequeño y mofletudo, de rostro rojizo, nariz chata, cabellos rojos, labios gruesos y mentón profundamente hendido. Al acercarse, se rascó la nalga izquierda, dijo algo a un hombre que había a su izquierda y tosió. Llevaba el traje ligeramente desplanchado y los cabellos revueltos.

Como nuestro Guía nos advirtiera, sabíamos de dónde llegaría el asesino. Al oír una señal murmurada por Jeff —¡y no antes!—, volvimos la cabeza y descubrimos al doctor Carl Austin Weiss apartándose de la multitud, avanzando hacia el senador y apoyándole una automática del calibre 22 en el estómago. Disparó una vez. Huey, sorprendido, cayó hacia atrás, mortalmente herido. Sus guardaespaldas sacaron los revólveres y mataron al asesino. Empezaron a formarse brillantes charcos de sangre; la gente empezó a gritar; los guardaespaldas de rostro rubicundo nos apartaron violentamente diciéndonos que nos quitásemos de en medio. —¡Atrás, atrás!

Era todo. El acontecimiento que habíamos ido a ver había terminado.

Nos parecía irreal, como una escena de historia antigua, una obra de tridi bastante bien realizada pero nada convincente. Nos impresionaba el ingenio del procedimiento, pero no el impacto del hecho.

Incluso cuando silbaron las balas, ninguno de nosotros las consideró verdaderamente reales.

Y, no obstante, aquellas balas fueron verdaderas y, si nos hubieran alcanzado, estaríamos muertos de verdad.

Para los dos hombres tendidos en el suelo barnizado del Capitolio, el hecho había sido muy real.

Guía Temporal. Todos los saltos que efectué se realizaron en la zona de Nueva Orleans. Acabé conociendo la historia de aquella región mejor de lo que había esperado hacerlo.

El tercer viaje nos hizo regresar a 1803 para presenciar la compra de Louisiana. Yo era el único aspirante y había siete turistas. Nuestro Guía era un hombrecillo de rostro endurecido llamado Sid Buonocore. En cuanto mencioné su nombre, Sam se echó a reír:

—¡Qué personaje más mugriento!

—¿Qué tiene de especial?

—Se ocupaba de los viajes al Renacimiento. Pero ese rufián servía de intermediario entre las turistas y César Borgia, de modo que la Patrulla Temporal le pilló en flagrante delito. Las turistas, lo mismo que César, le pagaban bastante bien. Buonocore pretendió hacer creer que sólo cumplía con su trabajo: dejar que las chicas profundizaran sus experiencias renacentistas y cosas así. Pero le trajeron aquí y le metieron de cabeza en la compra de Louisiana.

—¿Debe supervisar un guía la vida sexual de sus clientes? —pregunté.

—No, ni tampoco debe propiciar la fornicación transtemporal. Al final, el incitador de la fornicación transtemporal era bastante divertido. Buonocore estaba lejos de ser una buena persona, pero poseía un aura de sensualidad insaciable que no pude dejar de admirar. Y se mostraba tan abiertamente interesado por su propio bienestar que emanaba de él cierto encanto concupiscente. No se puede aplaudir a un ladrón con mala pinta, pero sí a uno de guante blanco. Y Sid Buonocore era uno de ellos.

Con todo, como Guía resultaba competente. Nos hizo retroceder a la Nueva Orleans de 1803 haciéndonos pasar por comerciantes holandeses llegados para estudiar el mercado; no había nada que temer siempre que no nos encontrásemos cara a cara con un verdadero holandés; nuestra falsa identidad ocultaba las rarezas de nuestro acento futurista. Paseamos por la ciudad ataviados con las molestas ropas de principios del siglo XIX, con la impresión de ser actores escapados de una obra de teatro, y Sid nos lo fue enseñando todo.

No tardé en descubrir que realizaba un fructífero comercio de doblones de oro y monedas españolas de ocho reales. No intentó ocultarme sus actividades, pero tampoco hablaba de ellas, por lo que no pude descubrir todos los detalles. Sin duda, debía obtener beneficio con las diferencias de cambio. Todo lo que sé es que cambiaba dólares de plata americanos por guineas de oro británicas, empleando aquellas guineas para comprar a la baja monedas francesas de plata y encontrándose por la noche con bucaneros caribeños, en las orillas del Mississippi, para cambiar las monedas francesas por otras españolas de plata y oro. Nunca supe lo que hacía con los doblones y las monedas de ocho reales. Ni pude averiguar el interés que tenía en efectuar todos aquellos cambios. Mi mejor hipótesis es que intentaba intercambiar el mayor número de monedas para venderse las luego a los coleccionistas del presente; pero aquello me parecía demasiado sencillo para un hombre como él. No me dio explicación alguna y la timidez me impidió pedirle detalles.

Sus relaciones sexuales eran también muy numerosas. No es nada raro en un Guía. ("Las mujeres turistas son presas fáciles", me explicó Sam. "Se matan para someterse a nosotros. Es como con los cazadores blancos de Africa.») Pero pude darme cuenta de que Sid Buonocore no se contentaba con saciar a las turistas ávidas de romanticismo.

Una noche de nuestro viaje a 1803, muy tarde, me sentí intrigado por un problema planteado por el viaje temporal y me dirigí a la habitación del Guía para pe-

dirle opinión. Llamé a la puerta y respondió: ¡Entre! De modo que entré, pero no estaba solo. Una joven morena de largos cabellos negros estaba acostada en la cama, desnuda y brillando a causa del sudor, totalmente despeinada. Tenía senos firmes y abundantes y los pezones de color chocolate.

—Perdona —le dije—. No quería molestar.

Sid Buonocore se echó a reír.

—¡Idiota! —exclamó—. Por ahora, hemos terminado. No nos molestas. Esta es María.

—Buenos días, María —aventuré.

Ella cloqueó molesta. Sid le dijo algo en criollo y la chica volvió a cloquear. Se levantó, hizo una elegante reverencia, desnuda, y murmuró:

—Buenas tardes, señor —antes de caer suavemente al suelo, desvanecida.

—Bonita, ¿verdad? —me preguntó Sid orgullosamente—. Mitad india, mitad española, mitad francesa. Sírvete un poco de ron.

Bebí un trago de la botella que me ofrecía.

—Demasiadas mitades —le dije.

—María no hace nada a medias.

—Ya veo.

—La encontré aquí en mi último viaje. Ajusto cuidadosamente mi empleo del tiempo para poder estar con ella un rato cada noche, sin olvidarme de mis otros yoes. Quiero decir... no sé cuántas veces tendré que hacer este viaje, Jud, pero intentaré arreglarme para ser bien recibido cada vez que remonte la línea.

—¿No es mucho riesgo decir estas cosas delante de ella...?

—No habla ni una palabra de inglés. No hay peligro.

María se movió y gimió en voz baja. Sid me quitó la botella de ron y echó un poco encima del pecho de la muchacha. La chica volvió a cloquear y se puso a restregárselo por los pechos medio dormida, como si se tratase de alguna pomada milagrosa. Pero no parecía necesitar ninguna pomada.

—Es bastante ardiente —dijo Sid.

—Estoy seguro.

Le dijo algo a la chica, que se puso penosamente en pie para dirigirse hacia mí. Sus senos se balanceaban como campanas. Olor a ron y lujuria emanaba de ella. Vacilante, extendió las manos hacia mí, pero perdió el equilibrio y se volvió a caer al suelo. Se quedó en él, riéndose en voz baja.

—¿Quieres probarla? —me preguntó Sid—. Deja que se aclare un poco y luego llévatela a tu habitación para pasar un rato.

Dije algo sobre las interesantes enfermedades que podría transmitirme. A veces me parece interesante hacerme el aburrido cuando llega el momento de divertirse

—Estás vacunado —me escupió Buonocore con desprecio—. ¿Qué temas?

—Nos han inmunizado contra las tifoideas, difteria, fiebre amarilla y todo eso —respondí—. ¿Y la sífilis?

—No la tiene. Puedes creerme. De todos modos, si te preocupa, puedes tomar un termobañó en cuanto hayas subido por la línea. —Se encogió de hombros—. Si algo así te da miedo, harías mejor en no ser Guía.

—Yo no...

—Has visto que yo iba a tirármela, ¿no? Jud, ¿te crees que soy un pobre gilipollas? ¿Me acostaría con una sifilítica? ¿Te diría que te acostaras tú con ella?

—Bueno..

—Sólo hay una cosa por la que debes preocuparte —me dijo. ¿Te has tomado la píldora?

—¿La píldora?

—¡La píldora, imbécil! ¡Tu píldora mensual!

—¡Oh! Sí. Sí. Seguro.

—Es vital para remontar la línea. ¿No te gustaría divertirse preñando a las abuelas de otros? La Patrulla Temporal te cortaría las pelotas si lo hicieras. Puedes fraternizar un poco con los tipos del pasado —puedes tener incluso negocios con ellos, puedes acostarte con ellos—, pero procura no hacer niños con ellos. ¿Vale?

—Vale, Sid.

—Acuérdate bien. Si saco algo para mí no es para cambiar profundamente el pasado. Nada como alterar toda la cadena genética haciendo niños a lo largo de la línea temporal. Haz como yo, muchacho. No te olvides las píldoras. ¡Ahora, coge a María y lárgate!

Cogí a María y me largué.

Una vez en mi cuarto, la muchacha se desperezó rápidamente. No hablaba ni una sola palabra de las lenguas que yo entendía y yo ni una sola de las que entendía ella. Pero conseguimos entendernos.

Aunque ella tenía doscientos cincuenta años más que yo, lo que me hizo me pareció muy acertado. Algunas cosas no cambian mucho con el paso de los siglos.

17

Tras mi cualificación como Guía Temporal, y justo antes de mi marcha para Bizancio, Sam dio una fiesta de despedida en mi honor. Casi toda la gente que conocía de Nueva Orleans inferior estaba invitada y llenaba por completo las dos habitaciones del apartamento de Sam. Las chicas del palacio del esnife estaban por allí, así como un poeta llamado Shigemitsu, declamador en paro forzoso, que sólo hablaba en pentámetros jámnicos, cinco o seis miembros del Servicio Temporal, un vendedor de flotadores, una chica de cabellos verdes que trabajaba de separadora con un geneto, otros muchos. Sam llegó a invitar a Flora Chambers, pero ella se marchó la víspera para asistir al saco de Roma.

Cada uno de nosotros recibió un flotador al llegar. Y aquello no tardó en animarse. Unos instantes después de sentir el roce del flotador bajo mi brazo, sentí que la consciencia se me hinchaba como un globo, creciendo hasta que mi cuerpo no pudo contenerla, sobrepasando los límites de mi envoltura carnal. Con un ¡pop! me liberé y me puse a flotar. Los otros sentían la misma experiencia. Libres de las cadenas corporales, nos deslizamos bajo el techo en una bruma ectoplasmática, apreciando la sensación de deriva. Lancé tentáculos nubosos para agarrar las flotantes formas de Betsy y Helen, y nos aprovechamos de una conjugación triple de índole psicodélico. Mientras tanto, la música se deslizaba a través de un millar de aberturas practicadas en el mural y la pantalla del techo transmitía un programa de abstracciones que realzaban los efectos. Era una escena encantadora.

—Tu marcha nos causa mucha aflicción —dijo amablemente Shigemitsu—. Tu ausencia nos deja un horrible vacío. Pero el mundo entero se abre ante ti...

Siguió así durante por lo menos cinco minutos. Casi al final, su poesía era realmente erótica. Lamento no recordarla.

Flotábamos cada vez más. Sam, como perfecto anfitrión, vigiló para que nadie se detuviera ni un solo instante. Su gran cuerpo negro brillaba a causa del aceite.

Una joven pareja del Servicio Temporal se había llevado su propio ataúd; era muy bonito, con un dobladillo de seda y todos los accesorios sanitarios. Se metieron en él y nos dejaron que les llevásemos hasta la línea telemétrica. Luego, los demás lo intentaron, por grupos de dos o tres, y algunos acoplamientos provocaron mucha risa. Mi compañero fue el vendedor de excentricidades.

Las chicas del palacio del esnife bailaron para nosotros y tres Guías Temporales —dos hombres y una mujer de aspecto delicado y bragas de armiño— nos deleitaron con una sesión de acrobacia biológica. Encantador. Habían aprendido los movimientos en Cnosos, donde observaron a los bailarines de Minos, y se contentaron con adaptarlos al gusto moderno añadiendo cópulas en los momentos adecuados. Durante la sesión, Sam facilitó sensovibradores a todo el mundo. Nos los colocamos y penetramos en una hermosa cinestesia. Para mí, en aquella ocasión, lo afectado fue el olfato: acaricié las frescas nalgas de Betsy y respiré el perfume de las lilas de abril: tomé un cubito de hielo y sentí el olor del océano con la marea alta; pasé la mano por la pared y mis pulmones se llenaron del agobiante olor de un bosque de pinos preso de las llamas. Luego cambiamos y el sentido afectado fue el tacto; Helen gritaba apasionadamente a mi oído y sus gritos se convirtieron en susurros de ratón; la música rugió en los altavoces como una crema espesa; Shigemitsu empezó a gemir con versos sin rimar y las sacudidas del ritmo de su voz me alcanzaron como si fueran pirámides de hielo. Seguimos jugando con los colores, los gustos y las duraciones. Entre todas las clases de placeres sensoriales inventados en los últimos años, creo que el sensovibradores, con mucho, mi preferido.

Emily, la chica del geneto, avanzó. Era increíblemente delgada, con pómulos atrocamente marcados, una melena de cabellos verdes enredados, y los más hermosos y penetrantes ojos verdes que hubiera visto. Aunque estaba completamente inmersa en la vorágine parecía tranquila y dominándose a sí misma; pero descubrí enseguida que era una ilusión. También planeaba.

—Escucha bien lo que te diga —me advirtió Sam—. Es clarividente cuando está drogada. ¡Quiero decir que es una vidente extralúcida!

Emily se me echó en los brazos. La sostuve titubeante durante un momento mientras su boca buscaba la mía. Sus dientes me mordieron suavemente los labios. Delicadamente nos tendimos en la alfombra que emitió ligeros latidos cuando la tocamos. Emily llevaba una capa cuyas mallas de cobre se le cruzaban en la garganta. Pasé las manos debajo de la capa y busqué sus senos pacientemente. Declaró con voz profunda y profética:

—Vas a empezar un largo viaje.

—Vas a remontar la línea.

—Exacto.

—Hasta... Bizancio.

—A Bizancio sí.

—¡No es un país para viejos! —gritó una voz desde el otro extremo de la habitación—. Los jóvenes están en brazos los unos de los otros, hay pájaros en los árboles..

—Bizancio —murmuró un agotado bailarín desde mis pies.

—¡Las forjas de oro del emperador! —aulló Shigemitsu—. ¡Mente tras mente! ¡Las forjas detienen el torrente! ¡Llamas que ninguna madera alimenta, ningún fuego alumbrará!

—Los soldados borrachos del emperador se han acostado —repliqué.

Emily estremeciéndose me mordisqueó la oreja y dijo:

—En Bizancio encontrarás lo que más quieres.

—Sam me ha dicho lo mismo.
—Y lo perderás. Y sufrirás, te lamentarás y te arrepentirás pero nunca más volverás a ser como antes.
—Pareces hablar en serio —dije.
—¡Desconfía del amor en Bizancio! —gritó la profetisa—. ¡Desconfía! ¡Desconfía!
—¡...mandíbulas que muerden, colmillos que desgarran! —cantó Shigemitsu.
Le prometí a Emily estar atento.
Pero la luz profética ya había abandonado sus ojos. Se sentó, parpadeó varias veces, sonrió como dudando y me preguntó:
—¿Quién eres?
Sus muslos me apretaban firmemente la mano derecha.
—Soy el invitado de honor. Jud Elliott.
—No te conozco. ¿Qué haces?
—Soy Guía Temporal. O, mejor dicho, voy a serlo. Mañana me voy por primer día.
—Creo que ya me acuerdo. Soy Emily.
—Sí, ya lo sé. Trabajas con un geneto.
—¿Qué te han dicho de mí?
—No mucho. ¿A qué te dedicas allí?
—Soy separadora —me respondió—. Recorto genes. Si alguien tiene un gene de cabellos rojos y quiere transmitirlo a sus hijos, pero ese gen está relacionado con, por ejemplo, el de la hemofilia, corto el gen importuno y lo retiro
—Parece un trabajo bastante difícil —aventuré.
—No, si conoces el trabajo. El entrenamiento dura seis meses.
—Entendido.
—Es un trabajo interesante. Se aprenden muchas cosas sobre la naturaleza humana al ver cómo quiere la gente que sean sus hijos. Ya sabes que no todo el mundo quiere este tipo de mejoras. A veces tenemos peticiones increíbles
—Supongo que dependerá de lo que tú llamas mejoras —repliqué.
—Bueno, hay normas de apariencia. Se supone que es mejor tener una melena espesa y lustrosa que no tener nada de pelo. Para un hombre, mejor medir dos metros que uno. Mejor tener los dientes iguales que descolocados. Pero, ¿qué dirías si entrase una mujer y te dijera que quería que su hijo no tuviera los testículos colgando?
—¿Quién iba a querer un hijo así?
—No le gusta la idea de que se divierta con las chicas —respondió Emily.
—¿Lo hiciste?
—La demanda estaba dos escalones por debajo del límite en el índice de desviaciones genéticas. Debemos someter todas esas peticiones al Consejo de Modificaciones Genéticas.
—¿Lo aprobaron? —pregunté.
—Oh, no, nunca. No autorizan las mutaciones antiproductivas de ese estilo.
—Supongo que la pobre mujer tendrá un hijo con pelotas.
Emily sonrió.
—Puede dirigirse a los genetos clandestinos si quiere. Harán lo que sea. ¿No has oído hablar de ellos?
—La verdad es que no...
—Producen mutaciones profundas para la chiquillería de vanguardia. Niños con branquias y escamas, muchachos con diez dedos en cada mano o piel con rayas. Los clandestinos recortan cualquier gen... por un precio razonable. Son muy ca-

ros. Pero es el futuro.

—¿De verdad?

—Las mutaciones genéticas ya están en marcha —declaró Emily—. Atención: nuestro geneto nunca lo haría. Pero somos la última generación de uniformidad que conocerá la raza humana. La diversidad de genotipos y fenotipos... ¡el futuro!

Sus ojos lanzaron un leve destello de demencia y me di cuenta de que un flotador de acción lenta acababa de explotar en sus venas en los últimos minutos. Acercándose a mí murmuró:

—¿Qué te parece esta idea? Hagamos un bebé ahora mismo y le diseñaré de nuevo en el despacho del geneto después de las horas de trabajo. ¡Hay que ir a la moda!

—Lo siento —me excusé— me he tomado ya la píldora del mes.

—De todos modos vamos a intentarlo —respondió metiéndome por el pantalón un a mano apresurada.

18

Llegué a Estambul un oscuro mediodía de verano y tomé el exprés que cruzaba d Bósforo para ir al centro del Servicio Temporal en la orilla asiática. La ciudad no había cambiado excesivamente desde mi última visita un año antes. No resultaba sorprendente. Estambul no había cambiado de verdad desde la época de Kemal Atatürk, y de aquello hacía ya ciento cincuenta años. Los mismos edificios grises, el mismo desorden de calles sin nombre, la misma capa de mugre y arenilla. Y las mismas celestes mezquitas flotando por encima de todo aquello.

Soy un gran admirador de las mezquitas. Demuestran que los turcos eran buenos en *algo*. Pero, para mí, Estambul no era más que una broma pesada que alguien había dibujado por encima de la herida cepa de mi querida Constantinopla. Los pequeños fragmentos de la ciudad bizantina que quedan tienen sobre mí un poder mágico mucho mayor que la mezquita del sultán Ahmed, el Solimán, y la mezquita de Bayazid juntas.

Al pensar que no tardaría en poder ver Constantinopla como una ciudad viva, sin ninguna de aquellas excrescencias turcas, estuve a punto de orinarme encima.

El Servicio Temporal estaba instalado en un edificio bajo, pero muy grande, que databa de finales del siglo XX, dominando el Bósforo, casi enfrente de la fortaleza turca de Rumeli Hisari, desde donde el Conquistador asedió Bizancio en 1453. Tenía una cita; sin embargo, debí aguardar durante un cuarto de hora en una sala de espera, rodeado de turistas descontentos que se quejaban de un error en las reservas. Un hombre de rostro enrojecido no dejaba de gritar: "¿Dónde hay una terminal de ordenador? ¡Quiero que todo sea grabado con ordenador!" Y un secretario de aspecto angélico y fatigado no dejaba de contestarle con un tono cansado que todo lo que estaba diciendo quedaba *efectivamente* grabado, hasta el último de sus bramidos. Dos gigantes fanfarrones con uniforme de la Patrulla Temporal pasaron fríamente a través de la masa de gente, con el rostro siniestro y la mente fija en su deber, no cabía duda. Casi podía oírles pensar: "¡Ajá! ¡Ajá!" Una mujer delgada de rasgos cuneiformes se precipitó hacia ellos, agitando unos documentos bajo sus mentones hendidos, y gritó: "Hace siete meses que confirmé estas reservas! ¡Antes de Navidad! Y ahora me dicen..." Los Patrulleros Temporales siguieron su camino. Un robot vendedor penetró en la sala de espera y se puso a ofrecer billetes de lotería. Tras él, entró un turco de aspecto infame, más afeitado, vestido con ropas negras y ajadas, que vendía panes de especias

con miel transportados en una bandeja grasienta.

Aprecié la calidad del desorden. Era genial.

No obstante, no me importó ser socorrido. Un tipo levantino, que podría haber sido primo de mi instructor Najeeb Dajani, apareció y, tras presentarse con el nombre de Spiros Protopopulos, me arrastró rápidamente por una puerta esfínter en la que yo ni me había fijado.

—Tenía que haber entrado por la otra puerta —dijo—. Lamento el retraso. No sabíamos que ya estaba aquí.

Tendría unos treinta años; rollizo, educado, con gafas de sol y muchísimos dientes blancos. Mientras subíamos hacia la sección de Guías, me dijo:

—Nunca antes ha trabajado como Guía, ¿verdad?

—Exacto —le contesté—. Nunca. Es la primera vez.

—¡Le gustará! Sobre todo, los viajes a Bizancio. Bizancio es tan... ¿cómo podría decirlo? —Se frotó las regordetas manos con mucho entusiasmo—. Quizá lo sienta ligeramente. Pero sólo un griego, como yo, puede darse cuenta de todo por completo. ¡Bizancio! ¡Ah, Bizancio!

—Yo también soy griego —le dije.

Detuvo el ascensor y se levantó las gafas.

—¿No es usted Judson Daniel Elliott III?

—Sí.

—¿Ese nombre es griego?

—De soltera, mi madre se llamaba Passilidis. Nació en Atenas. Mi abuelo materno era alcalde de Esparta. Por la línea materna, descendían de la familia Markezinis.

—¡Eres mi hermano! —gritó Spiros Protopopulos.

Al final, seis de los demás nueve Guías Temporales que se ocupaban de los viajes a Bizancio eran griegos, por nacimiento o por descendencia; había también dos alemanes, Herschel y Melamed, y el décimo hombre era un español elegante de cabello negro llamado Capistrano, quien más tarde, cierto día, me confesó que, para su vergüenza, su bisabuela fue turca. Quizá lo hizo para que le despreciara; Capistrano mostraba una clara inclinación hacia el masoquismo.

Cinco de mis nueve colegas estaban en aquel momento sobre la línea y cuatro de ellos se encontraban en Estambul en el tiempo actual, gracias al error de reserva que causaba el desorden con que me encontré en la sala de espera. Protopopulos hizo las presentaciones:

—Melamed, Capistrano, Pappas, éste es Elliott. —Melamed tenía el cabello rubio y se ocultaba detrás de una espesa barba de color arena; Pappas mostraba unos pómulos muy marcados y sus ojos eran grises, el bigote caído. Los dos parecían tener unos cuarenta años. Capistrano aparentaba ser un poco más joven.

Un tablero iluminado señalaba las actividades de los demás miembros del equipo: Herschel, Kolettis, Plastiras, Metaxas y Gompers.

—¿Gompers? —pregunté.

—Su abuela era una verdadera Helena —explicó Protopopulos.

Los cinco se repartían entre una decena de siglos, al menos aquello era lo que decía el tablero; Kolettis en 1651 A.P. y Metaxas en 606 A.P. —es decir, respectivamente en 408 y 1453 D.C.— y los otros se intercalaban entre aquellas dos fechas. Mientras observaba el tablero, Kolettis descendió por la línea más de un siglo.

—Han ido a ver las matanzas —me dijo suavemente Melamed; Capistrano, suspirando, asintió.

Pappas me preparó una taza de café. Capistrano sacó una botella de coñac

turco, que me resultó un tanto difícil de tragar. El hombre me animó vivamente:

—¡Bebe, bebe, esto es lo mejor que vas a encontrar en los últimos quince siglos!

Recordé que Sam me dijo que aprendiera a beber, de modo que obligué a tragarme aquello, lamentando no tener a mano un porro, un flotador, una calada, algo más adecuado.

Mientras descansaba con mis nuevos camaradas, un Patrullero Temporal entró en la habitación. No utilizó el sondeador para obtener permiso, ni siquiera llamó a la puerta; se limitó a entrar.

—¿Nunca vas a aprender educación? —rezongó Pappas.

—¡Que te den! —respondió el Patrullero Temporal.

Se sentó y se desabotonó la camisa del uniforme. Tenía un marcado aspecto ario, con el pecho velludo; mostraba algo así como hilos dorados y rizados corriéndole por las clavículas.

—¿Uno nuevo? —preguntó, señalándome con la cabeza.

—Jud Elliott —respondí—. Guía.

—Dave Van Dam —me dijo él a cambio—. Patrullero—. Su enorme mano se tragó la mía—. Te aviso: que no te pille follando en la línea. No es que haya nada personal, pero soy un auténtico cabrón. Es muy fácil odiarnos; somos incorruptibles. ¡Búscame y me encontrarás!

—Esto es la sala de Guías —dijo débilmente Capistrano.

—No me lo digas —replicó Van Dam—. No hace falta que me creas pero sé leer.

—¿Y ahora eres un Guía?

—¿Te molesta que descance un rato con la oposición?

El Patrullero sonrió, se rascó el pecho y se llevó la botella de coñac a los labios. Se echó un buen trago y eructó sonoramente.

—¡Dios mío, vaya día! ¿Sabéis dónde he estado?

Nadie pareció muy interesado.

—¡Me he pasado todo el día en 1962! —siguió pese a todo—. ¡Aquel maldito año del sesenta y dos! ¡Verificando cada piso del maldito *Hilton* de Estambul buscando a dos presuntos criminales temporales que han organizado una presunta transferencia clandestina! Habíamos oído que traían monedas de oro y cristal romano desde 1400 A.P. y que se lo vendían a los turistas americanos del *Hilton* invirtiendo los beneficios en el mercado financiero y situando lo que sacaban en un banco suizo del que recuperaban la pasta en el presente. ¡Dios mío! ¿Sabéis que así pueden hacerse *miles de millones*? Uno compra cosas en un año en que todo está a la baja, se coloca a plazo durante un siglo y uno es dueño del mundo. En fin, quizá, pero no encontramos nada en el puñetero *Hilton* salvo las operaciones legales del tiempo normal. ¡Mierda! —Se echó otro trago de coñac—. ¡Que verifiquen arriba! ¡Que busquen ellos mismos a sus propios criminales temporales!

—Esto es la sala de Guías —insistió Capistrano.

El Patrullero le ignoró. Cuando al fin salió cinco minutos más tarde pregunté:

—¿Son todos así?

—Este es uno de los más finos —respondió Protopopolos—. Casi todos los demás son bastante bestias.

me desperté podía no sólo encargarme algo de comer, comprarme una túnica y seducir a una virgen en argot bizantino, sino que conocía algunas frases tan vergonzosas que habría podido derribar de los muros los mosaicos de Santa Sofía. Nunca tuve ocasión de escuchar aquellas frases cuando era estudiante de Harvard, Yale y Princeton. ¡El hipnosueño es encantador!

Con todo, yo no estaba aún en condiciones de partir como Guía en solitario. Protopopulos, el encargado de organizar los viajes de aquel mes, me puso en equipo con Capistrano para mi primera salida. Si todo iba bien, me dejarían solo en unas pocas semanas.

El viaje a Bizancio, que es uno de los más populares que ofrece el Servicio Temporal, es bastante corriente. Cada gira permite asistir a la coronación de un emperador, una carrera de cuadrigas en el hipódromo, la consagración de Santa Sofía, el saqueo de la ciudad por la cuarta cruzada y la reconquista por los turcos. Una gira como aquella nos deja en la parte baja de la línea temporal durante siete días. El viaje de catorce días comprende todo lo anterior, más la llegada de la primera cruzada a Constantinopla, las matanzas de 532, un matrimonio imperial y varios acontecimientos menores. El Guía puede elegir las coronaciones, los emperadores o las carreras de cuadrigas; la intención de todo ello es evitar contribuir a la Paradoja Acumulativa reuniendo a demasiados turistas en un mismo evento. Casi todos los períodos entre Justiniano y los turcos son visitados, pero procuramos evitar los años de los grandes temblores de tierra, y está absolutamente prohibido, bajo pena de ser borrado por la Patrulla Temporal, ir a los años de la peste bubónica, de 745 a 747.

Durante mi primera noche en el tiempo actual, estuve tan nervioso que no pude dormir. Me hacía sentirme tenso el temor a cometer alguna torpeza durante mi primera misión como Guía; ser Guía es una gran responsabilidad, aunque se vaya con un compañero, y me aterraba poder cometer algún error. La idea de tener que recibir ayuda de la Patrulla Temporal me asustaba. ¡Qué humillación!

Pero lo que más me inquietaba era Constantinopla. ¿Sería la ciudad tal y como la había soñado? ¿*Me decepcionaría*? Durante toda mi vida, había amado cierta imagen de aquella brillante y dorada ciudad del pasado; en aquel momento estaba a punto de remontar la línea del tiempo hasta ella... y temblaba.

Me levanté y me puse a deambular por la pequeña sala que pusieron a mi disposición, sintiéndome abatido y tenso. No estaba bajo los efectos de ninguna droga, y me habían prohibido fumar: los Guías deben poner mucho cuidado con esas cosas, pues encender un cigarrillo en una calle del siglo X representa, a todas luces, un anacronismo ilegal. Capistrano me dio lo que quedaba de coñac, pero como consuelo era muy pobre. Me oyó golpear los muebles y vino a ver que me pasaba.

—¿Nervioso? —me preguntó.

—Mucho.

—Yo también lo estoy antes de saltar. Siempre me pasa.

Me propuso que saliéramos un rato para calmar los nervios. Cruzamos al lado europeo y anduvimos al azar por las calles silenciosas de la ciudad nueva, desde el palacio Dolmabahce, en la playa, hasta el viejo *Hilton*; a continuación, descendimos desde el Taksim hasta el puente de Gálata para penetrar en la ciudad propiamente dicha. Caminamos incansablemente. En apariencia, éramos las únicas personas que estaban despiertas en todo Estambul. Surcamos el laberinto de un mercado y emergimos a una de las calles que llevan a Santa Sofía. Nos quedamos un instante ante el antiguo y majestuoso edificio. Me grabé sus trazos en el cerebro (los minaretes suplementarios, los más recientes arbotantes), intentando

decirme que la vería al día siguiente tal y como realmente era, como una serena amante de la ciudad, sin compartir nada con la belleza extranjera de la Mezquita Azul, al otro lado.

Paseamos durante mucho tiempo, llegando a los vestigios del hipódromo, rodeando el Topkapi, dirigiéndonos hasta el mar y a la muralla vieja. El alba nos encontró ante la fortaleza Yedikule, en la sombra de los restos de la muralla bizantina. Estábamos medio dormidos. Un joven turco de unos quince años se acercó a nosotros cortésmente y nos preguntó, primero en francés, luego en inglés, si estábamos interesados en algo: monedas antiguas, su hermana, hachís, monedas israelíes, joyas de oro, su hermano, una alfombra. Le dimos las gracias y le dijimos que no estábamos interesados en nada de aquello. Sin preocuparse, llamó a su hermana, que podía tener catorce años pero aparentaba cuatro o cinco más

—Virgen —nos dijo—. ¿Os gusta? Bonita cara, ¿eh? ¿Qué sois: americanos, ingleses, alemanes? ¡Mirad!

La chica se desabotonó la blusa ante una breve orden del muchacho y nos enseñó dos preciosos pechos redondos y firmes. Una pesada moneda bizantina, quizá un *follis*, se balanceaba entre ellos colgando de una cadena. Me acerqué para verla mejor. El muchacho, cuyo aliento apestaba a ajo, se dio cuenta en el acto de que yo miraba la moneda y no los pechos de su hermana; volvió a la carga y me preguntó:

—Te gustan las monedas, ¿verdad? Bajo un muro, tenemos un jarro lleno. Espera aquí, te lo enseñaré, ¿sí?

Se fue corriendo. Su hermana volvió a cerrar la blusa morosamente. Capistrano y yo empezamos a alejarnos. La chica nos siguió pidiéndonos que nos quedásemos, pero, tras perseguirnos una veintena de metros, nos dejó en paz. Gracias al pontón, estuvimos en el edificio del Servicio Temporal una hora más tarde.

Tras desayunar, nos vestimos: largas túnicas de seda, sandalias romanas, elegantes capas. Capistrano me tendió el crono solemnemente. Su uso me resultaba ya muy familiar. Me lo apoyé en la piel y sentí que se vertía en mí una riada de energía: sabía que era libre de ir a cualquier época y que no debía nada a nadie mientras recordase que debía preservar el carácter sagrado del tiempo actual. Capistrano me guiñó un ojo.

—Remontamos la línea —dijo.

—Remontamos la línea —contesté.

Nos dirigimos al encuentro de nuestros ocho juristas.

20

El punto de partida para el viaje a Bizancio es casi siempre el mismo: la plaza que se encuentra ante Santa Sofía. Los diez, un poco molestos a causa de la ropa, fuimos hasta allí en autobús y llegamos a eso de las diez de la mañana. Otros turistas más convencionales, llegados para ver Estambul, iban y venían agrupados entre la gran catedral y la cercana mezquita del sultán Ahmed. Capistrano y yo nos aseguramos de que todo el mundo tuviera el crono en su sitio y las reglas acerca del viaje temporal bien metidas en la cabeza.

Nuestro grupo comprendía dos hombres de Londres, bastante jóvenes, dos virginales estudiantes alemanas y dos parejas americanas casadas y de bastante más edad. Cada uno de ellos había recibido un curso hipnótico de griego bizantino, y podría hablar aquel idioma de un modo tan normal como si fuera su lengua natal durante los siguientes sesenta días; Capistrano y yo les recordamos a los

americanos y a una de las jovencitas alemanas que era imprescindible emplear aquella jerga.

Saltamos

Sentí la momentánea desorientación que siempre se percibe cuando se remonta la línea. Pero me recuperé en un momento y me di cuenta de que había dejado Estambul y llegado a Constantinopla.

Y que Constantinopla no me decepcionaba.

La suciedad había desaparecido. Los minaretes habían desaparecido. Las mezquitas habían desaparecido. Los turcos habían desaparecido.

El aire era azul, dulce y puro. Nos encontrábamos en la plaza mayor, el Augusteum, delante de Santa Sofía. A mi derecha, allí donde debían verse edificios fríos y grises, pude ver campos. Ante mí, donde debía alzarse la visión azulada de la mezquita del sultán Ahmed, vi una extraña aglutinación de palacios de mármol de poca altura. A un lado se alzaba el Hipódromo. Siluetas vestidas con trajes coloreados, como si fueran personajes fugados de los mosaicos bizantinos, se paseaban por la gran plaza.

Di media vuelta para ver, por primera vez, Santa Sofía sin minaretes.

Santa Sofía no estaba allí.

En el familiar lugar, no vi más que los restos ennegrecidos y derrumbados de una basílica rectangular que me resultaba desconocida. El equilibrio de los muros de piedra parecía precario; no tenía techo. Tres soldados vagaban a la sombra de la fachada. Me encontré perdido.

—Hemos remontado la línea del tiempo dieciséis siglos —explicó Capistrano con voz átona—. Nos encontramos en el año 408 y vamos a asistir a la procesión bautismal del emperador Arcadio, que reinará algún día bajo el nombre de Teodosio II. A nuestras espaldas, en el lugar que un día ocupará la célebre catedral de Santa Sofía, podemos ver las ruinas de la basílica original, construida durante el reinado del emperador Constancio, hijo de Constantino el Grande, y que fue abierta a los fieles el 15 de diciembre de 360. Este edificio fue incendiado el 20 de junio de 404, durante una rebelión y, como pueden constatar, la reconstrucción todavía no ha empezado. La iglesia será reconstruida dentro de treinta años por el emperador Teodosio II y podrán verla en la siguiente etapa del viaje. Vengan por aquí.

Le seguí como en un sueño, tan turista como nuestros ocho clientes. Capistrano fue quien hizo todo el trabajo. Nos habló de un modo poco convencido pero comprensible de los edificios de mármol que se hallaban ante nosotros y que constituían el esbozo del Gran Palacio. No conseguía conciliar lo que veía con los planos que memoricé en Harvard; pero naturalmente la Constantinopla que había estudiado era la ciudad postjustiniana más reciente y mucho más grande y no veía en aquel momento más que el germen de lo que sería aquella urbe. Dimos una vuelta y dejamos los palacios para penetrar en un barrio residencial en el que las casas de los ricos, de blancas fachadas rodeadas de un patio, rodeaban desordenadamente las cabañas de techos de matojos de los pobres. Desembocamos al fin en la Mese la gran calle de las procesiones bordeada de tiendas llenas de escaparate y decoradas aquel día en honor del bautismo del príncipe con tapicerías de seda adornadas con hilos de oro.

Todos los ciudadanos de Bizancio estaban presentes codo con codo llenando la calle y esperando el gran desfile. Los mercaderes tenían bastante trabajo; oliamos a jamón a la plancha y cordero asado y pudimos ver anaqueles llenos de quesos, nueces, frutas desconocidas. Una de las alemanas declaró que tenía hambre; Capistrano se echó a reír y compró pinchos de cordero para todos noso-

tros pagando con brillantes monedas de cobre que hubieran valido una fortuna para un numismático. Un tuerto nos vendió vino dejándonos beber a morro de una gran ánfora muy fresca. En cuanto resultó evidente a los vendedores de los alrededores que éramos clientes potenciales, se apretujaron por docenas a nuestro alrededor, ofreciéndonos recuerdos, golosinas, huevos duros (que parecían bastante viejos), paquetes de nueces saladas, platos con diversos órganos animales, entre ellos ojos y testículos. Era la verdad, el verdadero pasado arcaico; aquel despliegue de extraños mercaderes y el olor a sudor y ajo que se alzaba de la multitud de vendedores nos demostraba que estábamos muy lejos de 2059.

—¿Extranjeros? —preguntó un tipo barbudo que vendía lamparillas de aceite hechas de arcilla—. ¿De dónde sois? ¿De Egipto? ¿De Chipre? —De Hispania —replicó Capistrano.

El hombre de las lamparillas nos miró alucinando, como si le hubiésemos dicho que acabábamos de bajar de Marte

—¡De Hispania! —repitió—. ¡De Hispania! ¡Magnífico! Hacer un viaje tan largo para ver nuestra ciudad...

Inspeccionó a nuestro grupo, realizando un rápido inventario y deteniéndose ante la rubia Clotilde de impresionante pecho, la más voluptuosa de nuestras dos alemanas.

—La esclava, ¿es sajona? —me preguntó, palpando la mercancía a través de la suelta túnica de Clotilde—. ¡Ah, muy bien! ¡Sois un hombre de gusto!

Clotilde lanzó una exclamación y apartó la mano que se apoyaba ya en sus muslos. Capistrano agarró al hombre friamente y le empujó contra la pared de una tienda con tal brusquedad que una docena de lamparillas cayeron al suelo rompiéndose en pedazos. El vendedor hizo un guiño, pero Capistrano le murmuró una amenaza y le miró de un modo horrible.

—No quería hacer nada malo —protestó el vendedor—. ¡Creía que era una esclava!

Balbuceó una breve excusa y se fue tambaleándose. Clotilde temblaba: era difícil decir si estaba ofendida o excitada. Lisa, su compañera, parecía un poco celosa. ¡Ningún mercader ambulante de Bizancio acarició nunca su piel desnuda!

Capistrano escupió.

—Habríamos podido encontrarnos en problemas. Debemos estar siempre atentos; un inocente pellizco puede transformarse en un momento en complicaciones y en una verdadera catástrofe.

Los vendedores se apartaron. Pudimos colocarnos casi los primeros entre la multitud, de cara a la calle. Tuve la impresión de que muchos rostros de los presentes no eran bizantinos, y me pregunté si serían la caras de otros viajeros temporales. Puede llegar un momento, pensé, en que seamos tantos los que hemos remontado la línea que atestemos por completo el pasado. Vamos a abarrotar tanto los días antiguos que impediremos el desarrollo de nuestros antepasados.

—¡Ahí está! —gritaron un millón de gargantas.

Sonaron trompetas con varias notas diferentes. A lo lejos apareció una procesión de nobles, bien afeitados, con el pelo cortado, según la moda romana, pues aquélla era tanto una ciudad romana como griega. Todos iban vestidos de seda blanca (importada de China merced a caravanas, explicó Capistrano; los bizantinos todavía no habían robado el secreto de la fabricación de la seda) y el sol de finales de la mañana, al impactar en las espléndidas telas daba a la procesión tal brillo que incluso Capistrano, que ya antes lo había visto, pareció emocionarse. Lentamente, muy lentamente, avanzaron los altos dignatarios.

—Son como copos de nieve —murmuró un hombre a mis espaldas—. ¡Como

copos de nieve bailando!

Hizo falta casi una hora para que aquellas personalidades pasaran. Llegó la tarde. Tras los sacerdotes y los duques de Bizancio, llegaron las tropas imperiales, con antorchas encendidas cuyas llamas palpitaban como una infinidad de estrellas en la penumbra que se iba transformando en tinieblas. Luego aparecieron más sacerdotes, con medallones e iconos; a continuación, un príncipe de sangre real con un niño rechoncho y babeante que algún día se convertiría en el poderoso emperador Teodosio II; tras él, el emperador en persona, Arcadio, revestido con púrpura imperial. ¡El emperador de Bizancio! Me lo repetí un millón de veces. ¡Yo, Judson Daniel Elliott III estaba bajo el sol de Bizancio en el año 408 mientras el emperador de Bizancio pasaba ante mí en toda su gloria! Pese a todo, aunque aquel monarca no era más que el frívolo Arcadio, la insignificante ligazón entre los dos Teodosios, temblé de la cabeza a los pies. Vacilé. El suelo se movió debajo de mí.

—¿Estás enfermo? —me sopló Clotilde con voz inquieta. Inspiré profundamente y rogué para que el universo se quedase tranquilo. Me sentía abrumado; sólo por Arcadio. ¿Qué me habría pasado delante de Justiniano? ¿De Constantino? ¿De Alexis?

Ya sabe usted lo que pasa. Acabé por ver a todos aquellos hombres. Pero, por aquel entonces, yo había visto muchas cosas desde lo más alto de la línea y, aunque me impresioné, no me dejé llevar por el estupor. De Justiniano, mi más claro recuerdo es que no haría otra cosa que sorber; pero cuando pienso en Arcadio, escucho las trompetas y veo cómo las estrellas titilan en la oscuridad.

21

Aquella noche nos alojamos en un albergue que dominaba el Cuerno de Oro; al otro lado del agua, donde algún día se alzaría el Hilton y las oficinas, no había nada más que una impenetrable oscuridad. El albergue era un sólido caserón de madera con un comedor en la planta baja y enormes habitaciones sin refinamiento alguno, dormitorios, en la planta alta. Esperaba antes de llegar dormir en algo parecido a un montón de paja, pero, por el contrario, las camas eran objetos reconocibles y los colchones estaban llenos de trapos. El lavabo se encontraba fuera, detrás de la casa. No había baños; teníamos que emplear los baños públicos si queríamos lavarnos. Los diez compartíamos una sola habitación pero afortunadamente no fue algo que nos molestase a ninguno. Cuando se hubo desvestido, Clotilde pasó entre nosotros con aspecto indignado enseñándonos el moretón que le dejó la mano del mercader en su suave muslo blanco; Lisa, su amiga de rostro huesudo, pareció nuevamente decepcionada por no tener nada que exhibir.

Aquella noche dormimos poco. Había mucho ruido pues la celebración del bautismo imperial se seguía por toda la ciudad; duró casi hasta el alba. Pero de todos modos ¿quién habría podido dormir sabiendo que el mundo del siglo V se encontraba detrás de la puerta?

Una noche antes, y dieciséis siglos remontando la línea, Capistrano me vio en un estado de suma agitación. Y volvía a verme igual. Fui hasta la pequeña rasgada de una ventana y miré las hogueras repartidas un poco por toda la ciudad. Cuando me vio se me acercó y dijo:

—Lo entiendo. Al principio a uno le cuesta trabajo dormir.

—Sí.

—¿Quieres que te pida una mujer?

—No.

—¿Vamos a dar un paseo?

—¿Podemos dejarles solos? —le pregunté señalando a los ocho turistas.

—No iremos muy lejos. Nos quedaremos justo ahí fuera, listos para volver si hay algún problema.

El aire en dulce y pesado. Fragmentos de canciones un poco obscenas flotaban hacia nosotros desde el barrio de las tabernas. Nos dirigimos en aquella dirección; las tabernas estaban todavía abiertas y atestadas de soldados borrachos. Prostitutas de piel morena ofrecían sus encantos. Una niña que no tendría más de dieciséis años llevaba entre los senos una moneda colgando de una cadenita. Capistrano me dio un codazo para señalarla y nos echamos a reír.

—Quizá es la misma moneda —declaró.

—Pero los senos son diferentes —repliqué encogiéndome de hombros.

—Puede que también sean los mismos senos —me contestó pensando en la niña todavía sin nacer que nos propuso lo mismo que aquella otra una noche antes.

Capistrano compró dos jarras de un fuerte vino griego y nos volvimos al albergue para quedarnos tranquilamente en la planta baja bebiendo hasta que terminase la noche.

Casi siempre habló él. Como tantos otros Guías Temporales, su vida había sido completa, irregular, llena de altibajos, y me contó su autobiografía entre trago y trago de vino. Nobles antepasados españoles, me dijo (hasta que no pasaron unos cuantos meses no soltó palabra sobre su bisabuela turca; en esa ocasión estaba mucho más borracho); matrimonio precoz con una doncella de noble familia; educación en las mejores universidades de Europa. Luego el inexplicable declive: perdió su ambición, su fortuna, su mujer.

—Mi vida —declaró Capistrano— se rompió en dos cuando tenía veintisiete años. Pedí una reintegración total de personalidad. Pero como puedes constatar el esfuerzo no se vio coronado por el éxito.

Habló de una serie de matrimonios temporales, de incursiones en la Criminalidad, de experiencias con drogas alucinógenas que hacían que la hierba y los flotadores parecieran cosas inocentes. Cuando se puso a trabajar como Guía Temporal, no le quedaba más elección que aquello o el suicidio.

—Me dirigí a una terminal de ordenador y pedí una respuesta aleatoria —me contó—. Si era que sí me hacía Guía. Si era que no me tragaba el veneno. La respuesta fue positiva. ¡Y aquí estoy!

Se terminó el vino.

Aquella noche, Capistrano se mostró como una maravillosa mezcla de trágico romanticismo desesperado y charlatanería que dramatizaba su vida. Naturalmente yo también estaba borracho y era muy joven. Pero le dije cuánto admiraba su busca de una identidad y deseé secretamente poder descubrir el truco que me haría parecer demolido y mantener una mirada suplicante, ser miserable de un modo tan turbador.

—Ven —me dijo cuando se hubo tragado la última gota de vino. Tenemos que librarnos de los cadáveres.

Arrojamos las jarras al Cuerno de Oro. Aparecían ya las primeras luces del alba. Mientras volvíamos lentamente al albergue, Capistrano dijo:

—Tengo un pequeño pasatiempo, ¿sabes?: busco a mis antepasados. Es mi pequeña investigación privada. Toma, mira estos nombres. —Me enseñó un bloc bastante grueso—. En cada época que visito, busco a mis antepasados y les

apunto en esta lista Ya conozco a varios centenares hasta el siglo XIV ¿Te das cuenta de la cantidad de ancestros que podemos tener? Tenemos dos padres y cada uno de ellos, otros dos padres, y éstos otros, dos cada uno... ¡te remontas cuatro generaciones y ya tienes treinta antepasados!

—Es un pasatiempo interesante —dije

La mirada de Capistrano se apoderó de mí.

—¡Algo más que un pasatiempo! ¡Algo más que un pasatiempo! ¡Es una cuestión de vida o muerte! Mira, muchacho, cuando me haya cansado de la existencia más de lo normal, no tendré más que volver a buscar a una de esas personas, *una sólo*, ¡y matarla! Quitarle la vida cuando, por ejemplo, no sea más que un niño. Luego, volver a! tiempo actual. ¡Y, en el mismo instante, sin dolor, mi propia vida dejará de haber existido!

—Pero la Patrulla Temporal...

—Impotente —declaró Capistrano—. ¿Qué podría hacer la Patrulla Temporal? Si mi crimen es descubierto, seré apresado y eliminado de la historia por crimen temporal... ¿Por qué iban a hacerlo si yo ya me había eliminado a mí mismo? De todos modos, desaparecería. ¿No es un delicioso modo de suicidarse?

—Eliminando a tu antepasado —dije—, podrías cambiar el tiempo actual de algún modo notable. Eliminarías también a tus hermanos y hermanas, tus tíos, tus abuelos y a todos *sus* hermanos y hermanas... ¡eso con retirar sólo uno de los eslabones del pasado!

Asintió solemnemente.

—Soy consciente de eso. Y por eso estoy haciendo la lista, mira, para determinar el mejor modo de desaparecer. No soy Sansón; no quiero ver cómo el templo se derrumba encima de mí. Buscaré a la persona estratégicamente eliminable, alguien realmente pecador, pues no quiero hacer sufrir a un inocente; borraré a esa persona y a mí mismo, y quizá las alteraciones del tiempo actual no sean tan grandes. Si lo son, la Patrulla las descubrirá y las anulará. Con todo, lograré el fin que busco.

Me pregunté si estaba loco o sólo hastiado. Concluí en que un poco de las dos cosas.

Casi estuve tentado de decirle que si lo que quería era matarse, causaría menos problemas a todo el mundo si se limitaba a saltar al Bósforo.

Mi corazón se estremeció ante la idea de que todo el Servicio Temporal resultase contaminado por Capistrano, intentando todos ellos un medio para destruirse cambiando el pasado del modo más interesante posible

En lo alto, la luz del amanecer despertó a ocho dormilones, acostados de dos en dos. Las parejas casadas dormían plácidamente; los dos chicos londinenses estaban sofocados, sudorosos, como si hubieran dormido mal; Clotilde dormía, sonriente, con la mano metida entre los blancos muslos de Lisa, y la mano de Lisa se apoyaba en uno de los firmes pero jóvenes senos de Clotilde. Solitario, me acosté y no tardé en dormirme. Capistrano me sacó del sueño al poco rato y despertamos a los demás. Me sentía como si tuviera diez mil años.

Desayunamos cordero frío y salimos para dar una vuelta rápida a la ciudad. La mayor parte de las cosas interesantes no habían sido construidas aún, o lo estaban en un estado primitivo; no nos quedamos mucho tiempo. A mediodía, nos dirigimos al Augusteum para saltar.

—Nuestra próxima parada —anunció Capistrano— será en el año 532; veremos la ciudad en época de Justiniano y podremos presenciar las revueltas que la destruyeron y que permitieron la construcción de la ciudad más hermosa y grande de cuantas hayan logrado la gloria eterna.

Volvimos a la sombra de las ruinas de la primera Santa Sofía para que ningún viandante ocasional se asustase al ver que diez personas desaparecían a ojos vista. Arreglé todos los cronos. Capistrano sacó el emisor y dio la señal.

Saltamos.

22

Dos semanas más tarde, habíamos redescendido por la línea hasta 2059. Me sentía agotado, intoxicado, con la mente llena de Bizancio.

Había contemplado las cúspides de un millar de años de esplendor. La ciudad de mis sueños habla recobrado la vida sólo para mí. La carne y el vino de Bizancio pasaron por mi vientre.

Desde el punto de vista profesional de un Guía, el viaje había sido bueno, es decir, sin problemas. Nuestros turistas no se metieron en líos; por lo que sabíamos, no se creó ninguna paradoja. Sólo hubo una pequeña fricción, una noche, cuando Capistrano, completamente hastiado, intentó seducir a Clotilde; no fue muy delicado y su seducción se transformó en violación cuando la chica se resistió, pero pude separarles antes de que la alemana le clavara las uñas en los ojos. Por la mañana, no quería creérselo.

—¿La alemana rubia? —preguntó.—¿Pude caer tan bajo? ¡Lo habrás soñado! —Luego insistió en retornar ocho horas por la línea para ver si realmente era como se lo contaba. Tuve la visión de un Capistrano excesivamente represivo de su comportamiento anterior en estado de ebriedad, y aquello me asustó. Debí hacerle abandonar aquella idea de un modo directo e intransigente, recordando la regla de la Patrulla Temporal que prohibía que nadie entrase en conversación con uno mismo en tiempos diferentes; le amenacé con denunciarle si lo intentaba. Capistrano pareció herido, pero abandonó el proyecto. Cuando volvimos a la parte baja de la línea temporal y llenó su informe personal, como le pidieron, acerca de mi comportamiento como Guía, me puso la nota más alta. Protopopolos me lo dijo más tarde.

—En tu próximo viaje —me explicó Protopopolos—, ayudarás a Metaxas en la gira de una semana.

—¿Cuándo salimos?

—Dentro de dos semanas —me dijo—. Primero, las vacaciones, ¿te acuerdas? Cuando vuelvas del viaje con Metaxas empezarás solo. ¿Dónde vas a pasar las vacaciones? —Creo que voy a bajar a Creta o a Minos —repliqué —para descansar un poco en la playa.

El Servicio Temporal no quiere agobiar a los Guías e insiste en que éstos se tomen dos semanas de vacaciones entre viaje y viaje. Durante las vacaciones, los Guías son completamente libres. Pueden pasar las vacaciones descansando en el tiempo actual, como yo mismo pensaba hacer, o pueden apuntarse en un viaje temporal, o simplemente saltar solos a la época que les interese.

No hay gasto alguno por utilizar el crono cuando un Guía remonta la línea durante las vacaciones. El Servicio Temporal quiere animar a sus empleados a que se sientan como en casa en todas las épocas del pasado, y, ¿no es acaso el mejor método de conseguirlo darles saltos gratuitos e ilimitados?

Protopopolos pareció un poco decepcionado cuando le dije que pasaría las vacaciones bronceándome en las islas.

—¿No quieres dar algunos saltos? —preguntó.

En aquel momento de mi carrera, la idea de dar saltos temporales me asustaba

realmente. Pero no podía decírselo a Protopopulos. Yo, igualmente, consideraba que dentro de un mes tendría entre las manos las vidas de un grupo de turistas. Quizá aquella conversación era una de las pruebas que tenía que aprobar para ser cualificado. ¿Querían ver si tenía pelotas suficientes para saltar yo solo?

Protopopulos parecía esperar una respuesta.

—Pensándolo bien —concluí—, ¿por qué malograr la posibilidad de dar algunos saltos? Echaré un vistazo al Estambul postbizantino.

—¿Con un grupo?

—Solo.

23

Y salté directamente a la paradoja de la Discontinuidad.

Mi primera parada fue en la sección de atuendos. Necesitaba ropa adecuada para la Estambul de los siglos XVI al XIX. En lugar de darme una serie de ropas para adaptarme a la cambiante moda, me regalaron un disfraz de musulmán ordinario, una sencilla túnica blanca que no pertenecía a ninguna época en especial, sandalias inclasificables, largo cabello y una incipiente y desigual barba. Como dinero de mano me entregaron un buen montón de monedas de oro y plata que cubrían las épocas a las que me dirigía, un poco de todo lo que pudiera circular en la Turquía medieval, algunos besantes de la época griega, diversas monedas de los sultanes y una buena provisión de oro veneciano. Me metí todo aquello en un cinturón que llevaba encima del crono; las monedas se disponían de izquierda a derecha siguiendo los siglos, para que no me viera en problemas ofreciendo un dinar del siglo XVIII en un mercado del siglo XVI. No había nada que pagar: el Servicio Temporal hacía circular continuamente moneda entre el tiempo actual y el pasado para beneficio de su personal, y un Guía que se iba de vacaciones podía obtener una suma razonable para cubrir sus gastos. Para el Servicio, de todas formas, no era moneda de curso legal, y siempre la podía recuperar. Me encanta ese sistema.

Seguí un curso hipnótico de turco y otro de árabe antes de partir. La sección de Peticiones Especiales me fabricó rápidamente una identidad de cobertura que pudiera ser utilizada en cualquiera de las épocas que pensaba visitar: si me preguntaban, debía pretender ser un portugués capturado en alta mar por piratas argelinos cuando apenas contaba diez años de edad, educado en Argelia como musulmán. Aquello explicaría los defectos de mi pronunciación y mi silencio acerca de mis propios orígenes; si tenía la desgracia de ser interrogado por un verdadero portugués, lo que era poco probable, podía decir que no recordaba gran cosa de mi vida en Lisboa y que había olvidado incluso el nombre de mis padres. Mientras mantuviera la boca cerrada, si rezaba cinco veces al día en dirección a La Meca, si ponía cuidado en ver por dónde iba, no debía tener problemas. (Naturalmente, si me metía en algún lío realmente serio, podía huir empleando el crono, pero aquello, en el Servicio Temporal, era considerado el método de los cobardes, que es tan poco deseable como las sospechas de brujería que uno deja a las espaldas cuando desaparece).

Todos los preparativos me llevaron día y medio. Entonces fue cuando me dijeron que ya estaba listo para saltar. Ajusté el crono a 500 A.P., eligiendo una época al azar, y me marché. Llegué el 14 de agosto de 1559 a las nueve y media de la noche. El sultán reinante era el gran Solimán, a quien le faltaba muy poco tiempo de reinado. Los ejércitos turcos amenazaban la paz de Europa; el entusiasmo

de la conquistas se percibía por toda la ciudad. No podía apreciar aquella ciudad como aprecié la brillante Constantinopla de Justiniano o Alexis pero aquello era una cuestión personal procedente de una mezcla de ascendencia química y afinidad histórica. Considerándola por sus méritos propios la Estambul de Solimán era una ciudad extraordinaria.

Me pasé medio día recorriéndola. Durante una hora examiné una graciosa mezquita en construcción esperando que fuera la Solimana nueva y brillante bajo el sol del mediodía. Consultando discretamente un mapa que llevaba oculto, efectué un peregrinaje a la mezquita de Mahoma el Conquistador, que resultaría destruida por un terremoto en 1766. El paseo valía la pena. Al mediodía, tras una mirada a Santa Sofía, transformada en mezquita, y a las tristes ruinas del Gran Palacio de Bizancio, al otro lado de la plaza (la mezquita del sultán Ahmed se alzaría en ella en otros cincuenta años) me dirigí al Bazar Cubierto pensando comprar en él algunas tonterías como recuerdo; estaba a diez pasos de la entrada cuando descubrí a mi querido gurú negro, Sam.

Tiene usted que ver lo raro que era todo aquello: teniendo millares de años para pasear los dos nos habíamos ido de vacaciones al mismo año, al mismo día, a la misma ciudad, y nos encontrábamos bajo el mismo techo.

Iba vestido con un traje morisco, sacado directamente de Otelo. Era imposible no verle. Era el tipo más alto de la reunión y su piel de color carbón relucía por contraste con sus blancas vestimentas. Me precipité hacia él.

—¡Sam! —exclamé—. ¡Sam viejo chulo que suerte encontrarte aquí!

Dio media vuelta con aire sorprendido frunció el ceño y me miró con aspecto asombrado.

—No te conozco —dijo fríamente.

—No te dejes confundir por la barba. Soy yo Sam. Jud Elliott.

Me miró fijamente. Luego gruñó. Empezó a reunirse una pequeña multitud. Me pregunté si no me habría equivocado. Quizá no era Sam, sino algún lejano ancestro que se parecía como un gemelo a mi amigo merced al flujo genético. No, me dije, éste es el verdadero Sambo.

Pero, entonces, ¿por qué la cimitarra?

Hablábamos en turco. Pasé al inglés y le dije:

—Escucha, Sam, no sé lo que pasa, pero haré lo que quieres. ¿Qué te parece si nos encontramos ante Santa Sofía en media hora? Podríamos...

—¡Perro infiel! —rugió—. ¡Mendigo apestoso! ¡Ladrón de cerdos! ¡Apártate de mí! ¡Vete, malandrín!

La amenazante cimitarra silbó por encima de mi cabeza mientras seguía injuriándome en turco. Súbitamente, en voz baja, musitó:

—No sé quién coño eres, pero si no te largas ahora mismo, te parto en dos.

Aquello me lo dijo en inglés. Luego, volvió a gritar en turco.

—¡Mataniños! ¡Bebedor de leche de sapo! ¡Devorador de mierda de camello!

No bromeaba. Ni me reconocía en lo más mínimo, ni deseaba saber nada de mí. Desconcertado, me aparté de él, eché a correr por uno de los laterales del Bazar, salí al aire libre y salté diez años sobre la línea. Algunas personas me vieron desaparecer, pero peor para ellos; para un turco de 1559, el mundo estaba lleno de trasgos y *djinns*: yo sólo era otro fantasma.

No me quedé ni diez minutos en 1569. La salvaje reacción de Sam al verme me había desorientado tanto que fui incapaz de calmarme y admirar la ciudad. Debía conseguir una explicación. Descendí por la línea hasta 2059, materializándome en una calle del Bazar Cubierto donde a poco resulté atropellado por un taxi. Algunos turcos modernos sonrieron el ver mi ropa medieval. Supuse que aque-

llos monos sin educación todavía no habían aprendido a reconocer a un viajero temporal que regresaba de viaje.

Me dirigí inmediatamente hacia la cabina telefónica más próxima, apoyé el pulgar en la placa y pedí el número de Sam.

—No podemos localizarle en su número personal —me informó la terminal de información—. ¿Quiere que le busquemos?

—Sí, por favor —contesté, automáticamente.

Un instante más tarde, me di un suave golpe en la cabeza al comprender mi estupidez. ¡Naturalmente que no estaba en casa, imbécil! ¡Estaba en la línea temporal, en 1559!

Pero el sistema de comunicaciones ya estaba buscándole. En lugar de hacer lo más sensato, colgar, me quedé allí como un idiota, esperando la inevitable respuesta en la que el ordenador central de comunicaciones me diría que era incapaz de encontrarle.

Pasaron casi tres minutos. Luego la agria voz declaró:

—Hemos encontrado a su interlocutor en Nairobi; está esperando su llamada. ¿Confirma su petición?

—Póngame con él —dije. El rostro de ébano de Sam estalló en la pantalla.

—¿Tienes problemas chaval? —me preguntó.

—¿Qué haces en Nairobi? —grité.

—Paso unos días de vacaciones con los míos. ¿Está mal?

—Escucha —le dije— estoy de vacaciones entre dos viajes temporales y acabo de regresar de Estambul 1559; te he visto allí.

—¿Y qué?

—¿Cómo estabas allí si estás en Nairobi?

—Del mismo modo que puede haber veintidós ejemplares de tu instructor árabe viendo cómo los romanos clavan a Jesús a la cruz —me contestó Sam—. Mierda chico ¿cuándo aprenderás a pensar en cuatro dimensiones?

—En ese caso a quien me he encontrado en la línea en 1559 ¿era otro tú?

—¡Sería lo mejor para todos! ¡El está allí y yo aquí! —Sam se echó a reír—. Algo tan simple no tendría que alterarte tanto, chaval. Ahora eres un Guía, ya lo sabes.

—Espera. ¡Espera! Te diré lo que ha pasado. Yo iba por el Bazar Cubierto, ya lo conoces, y tú estabas allí vestido de moro, te grité ¡hola!, y me dirigí hacia ti para darte los buenos días. ¡Y no me reconociste, Sam! Te pusiste a agitar la cimitarra, a insultarme y me dijiste en inglés que me largase; luego...

—Bueno, bueno, chico, ya sabes que es contrario a las reglas hablar con otros viajeros temporales cuando uno está en la línea. A menos que llegues del mismo tiempo actual que el otro, debes ignorarle aun en el caso de que le conozcas, pese al disfraz. La fraternización está prohibida porque...

—Vale, de acuerdo, pero era yo, Sam. No me imaginé que fueses a aplicar las reglas conmigo. ¡Ni siquiera me reconociste, Sam!

—Evidentemente. ¿Por qué tan preocupado, chaval?

—Me pareció que tenías amnesia. Me dio miedo.

—No podía reconocerte.

—¿Qué me dices?

Sam se echó a reír.

—¡La paradoja de la Discontinuidad! ¿Nunca te han hablado de eso?

—Dijeron algo pero nunca presté mucha atención a nada, Sam.

—Bueno pues ahora escucha bien. ¿Sabes en qué año hice ese viaje a Estambul?

—No.

—En 2056 o 2055, uno de los dos. Y no te conocí hasta tres o cuatro años después... Supe de ti la primavera pasada. El Sam que te encontraste en 1559 no te había visto nunca. Eso es la discontinuidad ¿entendido? Partías de la base del tiempo actual 2059 y yo de la base 2055, quizá, y para mí tú no eras nada más que un desconocido: aunque tu sí que me conocías. Esa es una de las razones por la que los Guías no deben hablar a los amigos que se encuentren accidentalmente en la línea

Quedaba claro.

—Empiezo a comprenderlo —le dije.

—Para mí —continuó Sam— tú no eras más que un imbécil que podía meterme en un lío, quizá incluso en algo que llamase la atención de la Patrulla Temporal. No te conocía ni quería conocerte. Ahora que lo pienso recuerdo vagamente algo parecido que me pasó cuando estuve por allí. Alguien recién llegado por la línea jodiéndome en el bazar. ¡Lo raro es que no te asociaba con eso!

—Llevaba barba postiza.

—Será eso, seguro. Bueno, escucha, ¿ya has comprendido?

—La paradoja de la Discontinuidad, Sam. Seguro.

—¿Volverás a molestar a los amigos si te los encuentras en la línea?

—¿Qué dices? ¡Sam, me diste mucho miedo con aquella cimitarra!

—Dejando aparte eso, ¿qué tal te va?

—¡Formidable Sam! ¡Es realmente formidable!

—Presta atención a las paradojas, muchacho —me recordó Sam tirándome un beso.

Mucho más tranquilo, salí de la cabina y remonté la línea hasta 1550 para ver la construcción de la mezquita de Solimán el Magnífico.

24

Temístocles Metaxas fue el Guía principal de mi segundo viaje a Bizancio. Desde el instante en que le encontré, sentí que aquel hombre iba a jugar un papel muy importante en mi destino. Y tuve razón.

Metaxas era bajo, apenas mediría el metro cincuenta. Su cráneo era triangular, liso por arriba y afilado por el mentón. Tenía unos cabellos crespos y rizados que empezaban a encanecerse. Pensé que debía contar con unos cincuenta años. Sus ojos eran negros y brillantes, con gruesas cejas; la nariz se perfilaba puntiaguda. Siempre se mordía los labios, tanto que a veces daba la sensación de carecer de ellos. No aparentaba ni el menor exceso de grasa y era un hombre extraordinariamente fuerte. Por último, su voz era baja y dominante.

Metaxas tenía carisma. ¿O era cinismo?

Algo a medio camino entre las dos cosas. Para él, el universo entero giraba alrededor de Temístocles Metaxas; los soles sólo existían para dar luz a Temístocles Metaxas; el Efecto Benchley sólo fue inventado para que Temístocles Metaxas pudiera cruzar los años. Si algún día se moría, el universo se derrumbaría tras él.

Fue uno de los primeros Guías contratados, cosa de la que ya hacía quince años. Si hubiera querido, sería el Jefe de todo el servicio de Guías Temporales, rodeado de un ejército de secretarías lascivas y sin necesidad alguna de tener que luchar con los mosquitos de la vieja Bizancio. Pero Metaxas eligió seguir trabajando de Guía y sólo se preocupaba de sus viajes a Bizancio. Se consideraba,

prácticamente, como ciudadano bizantino, y pasaba las vacaciones en una villa que se había comprado en las afueras de la ciudad a comienzos del siglo XII.

Practicaba, igualmente, diversas ilegalidades más o menos graves; si alguna vez dejaba el trabajo, todo aquello terminaría. La Patrulla Temporal le temía enormemente y le dejaba hacer lo que quisiera. Naturalmente, Metaxas era lo bastante sensato como para no alterar el pasado de un modo que pudiera causar graves problemas en el tiempo actual pero salvo aquello sus pillajes en la línea se mantenían desde siempre en la más completa impunidad.

Cuando me le encontré por primera vez me dijo:

—Uno no ha vivido lo bastante hasta que no se ha tirado a uno de sus antepasados.

25

Era un grupo importante: doce turistas, Metaxas y yo. Siempre le confiaban algunas personas suplementarias en sus viajes, pues, como Guía, resultaba especialmente competente y era muy requerido. Le acompañaba como ayudante, con el fin de impregnarme de algo de su experiencia para afrontar mi siguiente viaje, en el que iría solo como Guía.

La docena de turistas comprendía a tres jóvenes y atractivas muchachas estudiantes en Princeton; sus padres, que querían que aprendieran lo que fuera a toda costa, les pagaron el viaje a Bizancio. También viajaban las dos parejas de habituales ricachos de mediana edad, una de ellas procedente de Indianápolis y la otra de Milán, dos jóvenes decoradores de interiores en Beirut, machos y maricas; un hombre recién divorciado que trabajaba como manipulador en un laboratorio fotográfico de Nueva York, de unos treinta años y aspecto de salido; un profesorcillo de un colegio de Milwaukee de rostro regordete que quería ampliar sus conocimientos y viajaba acompañado de su mujer; en resumidas cuentas: un grupo normal.

Tras terminar la primera sesión preparatoria, las tres chicas de Princeton, los dos decoradores y la mujer de Indianápolis estaban ya ansiosos por acostarse con Metaxas. A mí nadie me prestaba la menor atención.

—Será diferente cuando empiece la gira —me dijo Metaxas para consolarme—. Varias chicas quedarán disponibles para ti. Y tú tienes *verdadera* necesidad de chicas ¿a que sí?

Tenía razón. Durante nuestra primera noche en la línea se acostó con una de las chicas, y las otras dos se resignaron a aceptar la mejor posibilidad de lo que quedaba. Por razones personales, Metaxas eligió a una pelirroja de nariz aguileña con pecas y unos pies enormes. Me dejó una morena delgada y muy bonita, tan perfecta que debía ser producto de uno de los mejores genitos del mundo, y una rubia encantadora y alegre de ojos cálidos con una piel dulce y los pechos de una chica de doce años. Me quedé con la morena pero luego lo lamenté; en la cama parecía de plástico. Cuando se acercaba el amanecer la cambié por la rubia y todo fue mucho más agradable.

Metaxas era increíble como Guía. Conocía todo y a todos, y nos colocaba siempre en las mejores posiciones para presenciar los acontecimientos importantes.

—Ahora nos encontramos —explicó— en enero de 532. Bajo el reinado del emperador Justiniano. Su ambición es conquistar el mundo y gobernarlo desde Constantinopla, pero la mayor parte de sus grandes logros aún no se han conse-

guido. La ciudad, como pueden ver, todavía es muy parecida a como era en el siglo precedente. Ante nosotros el Gran Palacio; por detrás la Santa Sofía reconstruida por Teodosio II según el plano de la antigua basílica, aunque las cúpulas todavía no han sido colocadas. La ciudad se encuentra en un estado de tensión; pronto estallarán desórdenes civiles. Vengan por aquí.

Estremeciéndonos en el fresco ambiente, seguimos a Metaxas a través de la ciudad, bajando por calles y avenidas que no tuve ocasión de ver cuando estuve allí mismo con Capistrano. En ningún momento del viaje vi a mi otro yo o a Capistrano, ni a nadie que perteneciese al grupo anterior; una de las habilidades de Metaxas era su habilidad para encontrar nuevos modos de acercarse a las escenas habituales.

Evidentemente debía hacerlo. En aquel instante habría cincuenta o cien Metaxas guiando a otros grupos por la ciudad de Justiniano. Con algo parecido a un cierto orgullo profesional quería evitar el encuentro con cualquier otro de sus yoes.

—En este momento hay dos bandos en Constantinopla —explicó Metaxas—. Los Azules y los Verdes, al menos así les llaman. Cada bando cuenta con un millar de hombres, todos agitadores y mucho más influyentes que lo que su número podría hacer suponer. Las facciones son un poco menos que partidos políticos, un poco más que hinchas de fútbol, y cuentan con las características de esos dos grupos. Los Azules son más aristocráticos; los Verdes mantienen relaciones con las clases bajas y los mercaderes. Cada bando sostiene un equipo en los juegos del circo y cada uno apoya una política gubernamental distinta. Justiniano favorece a los Azules, lo que hace que los Verdes desconfíen de él. Como emperador, pese a todo, ha procurado mantenerse neutral. De hecho, querría terminar con las dos facciones, pues amenazan su poder. En este momento, cada noche, las facciones asolan la ciudad. Bueno: ahí están los Azules.

Metaxas señaló al grupo de bravos insolentes que se encontraban al otro lado de la calle: ocho o nueve hombres ociosos con melenas espesas que les caían sobre los hombros, todos ellos con barba y bigote. Su cabellera caía en flequillo sobre la frente. Las rúnicas iban ceñidas por la cintura, pero bastante sueltas desde los hombros al cinturón; llevaban capas de colores, calzones y cortas espadas de doble filo. Parecían brutales y peligrosos.

—Quédense aquí —ordenó Metaxas, dirigiéndose hacia ellos.

Los Azules le saludaron como si fuera un viejo amigo. Le dieron unas palmadas en el hombro, riendo, y le recibieron con alegres gritos. No pude escuchar la conversación, pero vi que Metaxas estrechaba manos y hablaba con voz rápida, precisa y confidencial. Uno de los Azules le pasó una jarra de vino y el Guía se la bebió de un trago; abrazando al hombre, simulando ebriedad, Metaxas sacó la espada del hombre de la vaina y simuló clavársela en la tripa. Los demás, divertidos, aplaudieron. A continuación, Metaxas nos señaló con el dedo; los Azules hicieron señales de asentimiento y algunos gestos y guiños a las chicas. Finalmente, nos pidieron que cruzásemos la calle

—Nuestros amigos nos invitan y nos ruegan que vayamos con ellos al Hipódromo —dijo Metaxas—. Las carreras empezarán la semana que viene. Esta noche, nos dejan que nos unamos a las fiestas.

Apenas podía creérmelo. Cuando fui allí con Capistrano, anduvimos siempre con cuidado o permanecimos ocultos, pues la noche era el momento adecuado para las violaciones o los asesinatos, y todas las leyes dejaban de aplicarse al terminar el crepúsculo y cernirse la oscuridad. ¿Cómo se atrevía Metaxas a mezclarnos con aquellos criminales?

Pero se atrevió. Y aquella noche vagamos por Constantinopla, mirando cómo los Azules robaban, violaban y mataban. Para otros ciudadanos, la muerte acechaba en cada esquina; pero nosotros estábamos inmunizados, testigos privilegiados del reinado del terror. Metaxas presidía aquella velada de pesadilla como un minúsculo Satanás, corriendo con sus amigos Azules y señalando, incluso, a una o dos de las víctimas.

Por la mañana, tuve la impresión de haber soñado. Los fantasmas de la violencia habían desaparecido junto con la noche; bajo el pálido sol del invierno, visitamos la ciudad y oímos los comentarios históricos de Metaxas.

—Justiniano —dijo— fue un gran conquistador, un gran legislador, un gran diplomático y un gran constructor. Tal es el veredicto de la historia. También tenemos la opinión de la *Historia Secreta* de Procopio, según la cual Justiniano fue un cornudo y un idiota y su mujer, Teodora, una puta demoníaca. Conozco a Procopio: es un buen hombre y un escritor de talento, un poco puritano y ligeramente papanatas. Pero dice la verdad acerca de Justiniano y Teodora. Justiniano es un gran hombre para las grandes cosas y un hombre execrable para las pequeñas. Teodora —escupió— es una puta de tomo y lomo. Baila desnuda en las comidas de Gobierno; exhibe su cuerpo en público; duerme con los criados. He oído decir que incluso se entrega a asnos y perros. Es tan depravada como dice Procopio.

Los ojos de Metaxas brillaban. Supe, sin que me lo dijera, que debía haber compartido el lecho de Teodora.

Más tarde, aquel mismo día, me murmuró:

—Puedo arreglarlo también para ti. Los riesgos son muy pequeños. ¿Has soñado alguna vez con tirarte a la emperatriz de Bizancio?

—Los riesgos...

—¿Qué riesgos? ¡Tienes el crono! ¡Puedes salvarte! ¡Escucha, muchacho, es toda una acróbata! Te pone los talones en las orejas. Literalmente, te consume. Puedo arreglártelo. ¡La emperatriz de Bizancio! ¡La mujer de Justiniano!

—En este viaje, no —dije con voz apresurada—. Otra vez. Todavía llevo muy poco en el trabajo.

—¿Tienes miedo de ella?

—Lo que pasa es que todavía no estoy listo para tirarme a una emperatriz —respondí, solemne.

—¡Todo el mundo lo hace!

—¿Los Guías?

—Casi todos.

—En el siguiente viaje —le prometí.

La idea me aterraba. Debía salir de aquello. Metaxas no me había entendido; no era tímido ni tenía miedo de que me pillase Justiniano o algo parecido; pero no podía entrometerme en la historia de aquel modo. Remontar por la línea ya era para mí una especie de sueño; follar con aquella formidable celebridad que era Teodora habría convertido aquel sueño en algo excesivamente real. Metaxas se burló de mí y durante unos instantes pensé que me despreciaba. Acto seguido declaró:

—Perfecto. No quiero dirigir tu vida. Pero cuando estés listo para hacerte con ella no dejes pasar la ocasión. Te la recomiendo personalmente.

Juegos de Año Nuevo iban a empezar y los Azules y los Verdes se mostraban cada vez más turbulentos. Su indisciplina tendía hacia la anarquía; nadie estaba seguro en las calles cuando llegaba la noche. Atormentado, Justiniano ordenó que las dos facciones cesaran en los pillajes y varios miembros de las sectas fueron detenidos. Siete de ellos fueron condenados a muerte; cuatro a la decapitación, pues fueron capturados llevando armas, y tres a la horca pues habían conspirado.

Metaxas nos llevó a ver el espectáculo. Uno de los Azules sobrevivió al primer ahorcamiento, ya que la cuerda se rompió bajo su peso. Los guardias imperiales le volvieron a subir y de nuevo el lazo se soltó, aunque la cuerda le dejó marcas rojas en la garganta. Le dejaron aparte durante un rato y cogieron a un Verde, pero también fallaron dos veces; se disponían a hacer subir a la víctima por tercera vez cuando unos monjes indignados salieron enfurecidos de su monasterio, tomaron a los prisioneros entre toda la turbamulta y los llevaron en barca al otro lado del Cuerno de Oro para asilarles en alguna iglesia. Metaxas, que ya antes viera el acontecimiento, se reía como loco al ver todo el jaleo. Tuve la impresión de ver su rostro en mil lugares diferentes entre la multitud reunida para las ejecuciones

Luego empezaron las carreras del Hipódromo, y acudimos a él como invitados de la banda de Azules que conocía Metaxas. Teníamos compañía: cien mil bizantinos abarrotaban las gradas. Las filas de asientos de mármol estaban atestadas, pero teníamos un hueco.

Cuando estuvimos sentados, la rubia de Princeton lanzó una pequeña exclamación.

—¡Mirad! —dijo—. ¡Los mismos que en Estambul!

Abajo, en el centro de la arena, se alineaban varios monumentos familiares que marcaban la separación entre las pistas interiores y exteriores. La columna serpentina de Delfos llevada por Constantino estaba allí, así como el gran obelisco de Tutmosis III robado en Egipto por el primer Teodosio. La rubia recordaba aquellos monumentos de Estambul, al final de la línea temporal, donde seguían estando, aunque el Hipódromo ya hubiese sido destruido.

—¿Y el tercero? —preguntó.

—El otro obelisco aún no ha sido levantado —explicó Metaxas en voz baja—. Mejor no mencionarlo.

Era el tercer día de carreras: el día fatal. Un terrible ambiente pesaba sobre la arena en la que los emperadores eran proclamados y derrocados. Sabía que la víspera y el día anterior a ella se levantaron clamores hostiles cuando Justiniano apareció en el palco imperial; la multitud le gritó que liberase a los detenidos de los dos bandos, pero el emperador ignoró los aullidos y dio la señal para que empezaran las carreras. Aquel día 13 de enero Constantinopla iba a entrar en erupción. Los turistas temporales adoran las catástrofes; aquella tragedia sería de las buenas. Lo sabía. Ya la había visto.

Abajo los oficiales terminaban con los ritos preliminares. Los guardias imperiales, con los estandartes al viento, desfilaban orgullosos. Los dirigentes Verdes y Azules que no estaban presos intercambiaban saludos corteses y helados. Luego, la multitud se agitó, y Justiniano penetró en el palco: un hombre de mediana estatura bastante gordo con el rostro redondo y rubicundo. La emperatriz Teodora seguía sus pasos. Llevaba ropa de seda que se le pegaba al cuerpo casi transparente, y se había pintado de rojo los pezones: las puntas ardían como llamas que atravesaran la tela. Justiniano subió los pocos peldaños del palco. Se desató el griterío:

—¡Libértales! ¡Déjales salir!

Tranquilamente, el emperador levantó un pliegue de la túnica púrpura y bendijo tres veces al auditorio, haciendo la señal de la cruz: una vez hacia la parte central de las gradas, a continuación, a la derecha y, por fin, a la izquierda. Aumentó el clamor. Arrojó al suelo un pañuelo blanco. ¡Que empezasen los juegos! Teodora se estiró, bostezando, subiéndose la túnica para admirar la perfección de sus muslos. Las puertas de las caballerizas se abrieron apresuradamente. Salieron los cuatro primeros carros.

Eran cuadrigas, carros tirados por cuatro animales; la concurrencia se olvidó de la política mientras luchaban rueda contra rueda. Metaxas, bromeando, declaró:

—Teodora se ha acostado con todos los conductores. Me pregunto cuál será su favorito. —La emperatriz parecía aburrirse profundamente. La primera vez que la vi allí, me sorprendí: pensé que las emperatrices no eran admitidas en el Hipódromo. Y, de hecho, no lo eran, aunque Teodora establecía sus propias normas.

Los conductores corrieron por la *spina*, hasta la hilera de monumentos, giraron a su alrededor y volvieron hacia la meta. Una carrera constaba de siete vueltas; siete huevos de avestruz que se hallaban depositados sobre una mesa hacían de contador: cada vuelta que se daba conllevaba la retirada de uno de los huevos. Presenciamos dos carreras. Entonces, Metaxas nos dijo:

—Saltemos una hora hacia adelante para ver la apoteosis de todo esto.

Sólo Metaxas podía proponer algo semejante: ajustamos los cronos y saltamos todos juntos, sin tener en cuenta las reglas sobre los saltos en público. Cuando reaparecimos en el Hipódromo, la sexta carrera estaba a punto de empezar.

—Ya empiezan los líos —dijo alegremente Metaxas.

La carrera se celebró. Pero, cuando el ganador se acercó para recibir la corona, una poderosa voz aulló desde un grupo de Azules:

—¡Vivan los Verdes y los Azules!

Un instante más tarde, desde las gradas de los Verdes, respondió otra voz:

—¡Vivan los Azules y los Verdes!

—La facciones se unen contra Justiniano —explicó Metaxas con toda tranquilidad y voz de profesor.

—¡Vivan los Verdes y los Azules!

—¡Vivan los Azules y los Verdes!

—¡Vivan los Verdes y los Azules!

—¡Victoria!

—¡Victoria!

—¡Victoria!

Aquella sencilla palabra "¡Victoria!" se convirtió en potente grito lanzado por miles de gargantas. "¡Nika! ¡Nika! ¡Victoria!"

Teodora se echó a reír. Justiniano, frunciendo el ceño, se puso a hablar con los oficiales de la guardia imperial. Los Verdes y los Azules salieron del Hipódromo, seguidos por una multitud alegre y gritona de destructivo ánimo. Nos quedamos atrás, a una distancia prudente; vi otros pequeños grupos de espectadores igual de prudentes y supe que no eran bizantinos.

Las antorchas iluminaban las calles. La prisión imperial era pasto de las llamas. Los prisioneros estaban libres, los carceleros ardían como teas. La propia guardia de Justiniano, temiendo intervenir, miraba discretamente todo aquello. Los amotinados apilaban leña junto a las puertas del Gran Palacio, en la plaza del Hipódromo. El palacio no tardó en arder. La Santa Sofía de Teodosio fue incendiada; sacerdotes con barba, llevando en las manos preciosos iconos, aparecieron sobre el techo ardiente antes de sumirse en aquel infierno. El fuego alcanzó el edificio del Senado. Era una orgía de destrucción. Cuando algún grupo de airados amoti-

nados se acercaba a nosotros, ajustábamos los cronos y descendíamos por la línea poniendo cuidado para no saltar más de diez o quince minutos en cada ocasión, para evitar reaparecer en medio de un incendio que no hubiera sido prendido en el momento del salto.

—¡Nika! ¡Nika!

El cielo de Constantinopla estaba ennegrecido por el espeso humo, y las llamas bailaban en el horizonte. Metaxas, con el huesudo rostro cubierto de hollín y sudor, con los ojos brillantes por la excitación, parecía que iba a dejarnos para ir a reunirse con los destructores.

—Los propios bomberos están rapiñando —nos dijo—. Mirad: ¡los Azules que man las casas de los Verdes y los Verdes las de los Azules! —Empezó un formidable éxodo pues los aterrorizados ciudadanos corrían hacia los muelles para suplicar a los marinos que les trasladasen a la orilla asiática. Sanos y salvos, invulnerables, avanzamos en medio de aquel holocausto, viendo cómo se derrumbaban los muros de la antigua Santa Sofía, observando cómo las llamas dominaban el Gran Palacio, estudiando el comportamiento de los ladrones, de los incendiarios y de los violadores, deteniéndose en medio de cualquier calleja cubierta de fuego para tirarse a una noble vestida de seda que no dejaba de aullar mientras era cubierta de esperma proletario.

Metaxas nos comentaba cuidadosamente las matanzas; lo había cronometrado todo en las docenas de viajes que realizó antes de aquél y sabía exactamente dónde había que estar para ver algo interesante.

—Tenemos que saltar seis horas cuarenta minutos —dijo.

—Ahora saltemos tres horas y ocho minutos.

—Saltemos una hora y media.

—Ahora saltemos dos días.

Vimos todo lo importante. Mientras la ciudad todavía estaba en llamas, Justiniano envió obispos y sacerdotes con las santas reliquias: un trozo de la verdadera Cruz, la virgen de Moisés, el cuerno del carnero de Abraham, los huesos de algunos mártires; los aterrados eclesiásticos desfilaban valientemente por la ciudad, implorando por un milagro... que no se produjo. Un general envió a una cuarentena de hombres a proteger a los santos varones.

—Es el célebre Belisario —nos comentó Metaxas. Empezaron a correr noticias del emperador diciendo que los ministros impopulares habían sido depuestos; pero las iglesias estaban siendo saqueadas, la biblioteca imperial había sido incendiada y los baños de Zeuxippus fueron destruidos.

El 18 de enero Justiniano fue lo bastante valiente como para aparecer en público en el Hipódromo y pedir calma. Fue abucheado por los Verdes y huyó cuando empezaron a tirarle piedras.

Vimos a un príncipe sin mérito alguno, llamado Hypatius, que era proclamado emperador por los rebeldes en la plaza de Constantino; vimos al general Belisario atravesando por la fuerza la ciudad demolida protegiendo a Justiniano; vimos la matanza de los insurgentes.

Lo vimos todo. Comprendí entonces por qué Metaxas era el más solicitado de los Guías. Capistrano hizo cuanto estuvo en su mano para ofrecer a sus clientes un espectáculo interesante, pero perdió demasiado tiempo en las primeras fases. Metaxas, cabalgando brillantemente por las horas y los días, desvelaba la catástrofe completa, y nos llevó finalmente a la mañana en que el orden fue restaurado, mientras un Justiniano quebrantado cabalgaba entre las carbonizadas ruinas de Constantinopla. En un amanecer rojo, vimos las nubes de cenizas que bailaban todavía en la atmósfera. Justiniano miraba los ennegrecidos cimientos de Santa

Sofía y nosotros mirábamos a Justiniano.

—Piensa reconstruir una nueva catedral —explicó Metaxas—. Y hará el mayor santuario construido desde que se edificase el Templo de Salomón en Jerusalén. Vengan: ya hemos visto demasiada destrucción. Observemos ahora el nacimiento de la belleza. ¡Descendamos por la línea! ¡Vamos cinco años y diez meses hacia adelante para admirar Santa Sofía!

27

—En tus próximas vacaciones —me dijo Metaxas— ven a visitarme a mi villa. Ahora vivo en 1105. Es una buena época para vivir en Bizancio; reina Alejandro Comneno y es un hombre sabio. Te tendré preparada una chica vigorosa y bastante vino. ¿Vendrás?

Me anonadaba la admiración que sentía hacia aquel hombre de rostro huesudo. Nuestro viaje estaba a punto de terminar, pues sólo nos quedaba por ver la conquista otomana, y me había demostrado la diferencia que había entre ser un Guía inspirado y un Guía sencillamente competente.

Sólo una vida entera de devoción a la tarea podía dar tales resultados y ofrecer semejante espectáculo.

Metaxas no sólo nos había enseñado los acontecimientos habituales, sino que descubrió para nosotros un gran número de eventos menores, dejándonos una hora aquí, dos horas allí; creando para nosotros un rebotante mosaico de historia bizantina que oscurecía el lustre de los mosaicos de Santa Sofía. Otros Guías efectuaban, con suerte, una docena de estaciones; Metaxas, más de cincuenta.

Le encantaban, especialmente, los primeros emperadores. Oímos un discurso completo de Miguel II, el Tartamudo, observamos las bufonadas de Miguel III, el Borracho, y asistimos al bautismo del quinto Constantino, que cometió la torpeza de pisar una mierda y es conocido desde entonces como Constantino Copronimo, Constantino el Mierdoso. Metaxas era dueño de Bizancio, en cualquiera de sus épocas. Tranquila, fácilmente, recorría las épocas con total confianza.

La villa que poseía era un signo de su confianza y audacia. Ningún otro Guía se atrevió nunca a crearse una segunda identidad en la línea, o a pasar sus vacaciones como ciudadano del pasado. Metaxas se ocupaba de su villa en base a un tiempo actual propio; cuando debía abandonarla para acompañar un viaje de dos semanas, siempre volvía a ella dos semanas después de su marcha. Nunca volvía dos veces al mismo instante, ni regresaba en algún momento en que se encontrase en su residencia; sólo un Metaxas podía estar en ella, y ése era el Metaxas del tiempo actual. Compró la villa diez años antes según su doble base temporal; 2049 en la parte baja de la línea, 1095 en Bizancio. Y había mantenido con precisión aquella relación; para él, habían pasado diez años en los dos lugares simultáneamente. Prometí visitarle en 1105.

—Será un honor —le dije.

—Te presentaré a mi tataranosecuántosabuela cuando vengas —me replicó sonriente—. Es una terrible folladora. ¿Te acuerdas lo que dije sobre lo de acostarse con los antepasados? ¡No hay mejor cosa!

Me quedé asombrado.

—¿Sabe quién eres?

—No digas idioteces —contestó Metaxas—. ¿Me atrevería a romper la primera regla del Servicio Temporal? ¿Le dirías a cualquiera que vengo del futuro? ¿Lo haría yo? ¡Incluso Temístocles Metaxas acata esa regla!

Como el enfermizo Capistrano, Metaxas había realizado considerables esfuerzos en buscar a sus antepasados. Sin embargo, sus motivos eran totalmente diferentes. Capistrano preparaba un elaborado suicidio; Metaxas estaba obsesionado por el incesto transtemporal.

—¿No es arriesgado? —le pregunté.

—Con que te tomes la píldora, tranquilo, y ella también.

—Me refiero a la Patrulla Temporal...

—Pon atención para que no te pillen —dijo Metaxas— Así es como no es arriesgado.

—Si la dejas embarazada, podrías convertirte en tu propio antepasado.

—¡Súper! —exclamó Metaxas.

—Pero...

—Muchacho, no se puede dejar encinta a una mujer accidentalmente. Naturalmente —añadió—, quizá me entren ganas de preñarla de verdad uno de estos días.

Sentí que el aliento del tiempo se transformaba en tormenta.

—¡Es la anarquía! —dije.

—Nihilismo, para ser más exactos. Mira, Jud, mira este libro. He anotado en él a todos mis antepasados femeninos; hay centenares, del siglo XIX al siglo X. Nadie más en el mundo tiene un libro como éste, salvo quizá algunos ex reyes y ex reinas... pero no tan completo.

—Capistrano, sí —repliqué.

—¡Sólo hasta el siglo XIV! Y, de todos modos, está loco. ¿Sabes por qué establece su propia genealogía!

—Sí

—¿No es verdad que está completamente chalado?

—Sí —confesé—. Pero, dime, ¿por qué tienes tanto interés en acostarte con tus abuelas?

—¿Quieres saberlo?

—Claro.

—Mi padre era un hombre frío y odioso —me explicó Metaxas—. Pegaba a sus hijos todas las mañanas antes del desayuno, para ejercitarse. *Su* padre era un hombre frío y odioso que hacía que sus hijos vivieran como esclavos. *El padre de éste...* Por donde quiera que vaya, una larga fila de dictadores machos autoritarios y tiranos. Todos ellos me repugnan. Mi revolución es un levantamiento contra la imagen del padre. Sigo recorriendo el pasado y seduciendo a las mujeres, a las hermanas y a las hijas de esos hombres a quienes detesto. Así socavo su helada suficiencia.

—Entonces, en ese caso, debiste empezar... por tu propia madre...

—Me niego a las abominaciones —dijo Metaxas.

—Ya veo.

—Pero a mi abuela ¡a ésa sí! ¡Y a varias bisabuelas! ¡Y así sucesivamente! —Le brillaron los ojos. Para él la misión era divina—. Me he tirado a veinte, treinta generaciones, y me tiraré a bastantes más. —Metaxas rió aguda y satánicamente—. Además —siguió— como hombre me gusta echar un buen polvo de vez en cuando. Algunos seducen al azar; Metaxas seduce... *¡sistemáticamente!* Eso le da a mi vida cierta estructura y gran sentido. Interesante ¿verdad?

—Bueno...

Me imaginé una hilera de mujeres desnudas tendidas una al lado de la otra hasta el infinito. Cada una de ellas tenía el rostro huesudo y los marcados rasgos de Temístocles Metaxas. Y Metaxas remontaba pacientemente la línea detenién-

dose para follar con ésta, luego con aquélla, después con la siguiente, y con la otra y la de más allá, infatigablemente hasta que todas las mujeres de piernas abiertas se convertían en entidades velludas de mentón huidizo, mujeres de la época del *Pithecanthropus erectus* y el *Metaxas erectus* seguía a lo suyo hasta el comienzo del tiempo. ¡Bravo Metaxas! ¡Bravo!

—¿Por qué no lo intentas uno de estos días? —me preguntó.

—Bueno...

—Me han dicho que eres griego de origen.

—Por parte de mi madre sí.

—En ese caso tus ancestros vivirían aquí mismo, en Constantinopla. Ningún griego respetable habría vivido en Grecia en esta época. ¡En este preciso momento alguna deliciosa antepasada tuya andará por la ciudad!

Bueno...

—¡Encuétrala! —exclamó Metaxas—. ¡Tíratela! ¡Es divino! ¡Es el éxtasis! ¡Desafías al espacio y al tiempo! ¡Métele a Dios un dedo en el ojo!

—No estoy seguro de tener ganas de hacerlo —dije.

Pero sí que las tenía.

28

Como ya he dicho antes de ahora, Metaxas transformó mi vida. Cambió mi destino de diferentes maneras, no siempre buenas. Pero una de las buenas cosas que hizo por mí fue que confiase en mí mismo. Su carisma y su cinismo me aturdíen. Aprendí mucho de la arrogancia de Metaxas.

Hasta aquel momento, yo había sido un joven modesto y gris, al menos mientras me encontraba entre mis mayores. En lo relativo particularmente a mis actividades en el Servicio Temporal, fui discreto y serio. No cabía duda de que no parecía hacer gran cosa y que simulaba ser más torpe de lo que realmente era. Actuaba así porque era un joven que tenía mucho que aprender, no sólo sobre mí mismo, lo que hace todo mundo, sino también sobre el funcionamiento del Servicio Temporal. Hasta el momento, había encontrado hombres de más edad, más desenvueltos, más vivos y corruptos que yo, y les traté siempre con respeto: Sam, Dajani, Jeff Monroe, Sid Buonocore, Capistrano. Pero en aquel momento, una vez encontré a Metaxas, vi en él al más vivo, al más desenvuelto y corrupto de todos; me comunicó un impulso suplementario y con su ayuda dejé de orbitar a los demás para seguir al fin mi propia trayectoria.

Más adelante, descubrí que aquélla era una de las funciones de Metaxas en el Servicio Temporal. Se ocupaba de los Guías aprendices de ojos lagrimeantes y les daba el aspecto de fanfarrones que tanta falta les haría para triunfar como Guías.

Cuando regresé del viaje con Metaxas, ya no temía la llegada de mi primera gira en solitario. Estaba listo para partir. Metaxas me había enseñado el modo en que un Guía podía ser una especie de artista, dibujando para sus clientes un cuadro del pasado, y aquello era en lo que yo me quería convertir. Los riesgos y las responsabilidades ya no eran un problema.

—Cuando vuelvas de las vacaciones —me dijo Protopopolos—, te llevarás a media docena de personas a la gira de una semana.

—No necesito vacaciones. ¡Podemos salir ahora mismo!

—Tú sí, pero no los turistas. De todos modos, la ley dice que debes tomar vacaciones entre dos viajes. Así que, descansa. Te veré dentro de dos semanas,

Jud.

A pesar de todo, disfruté las vacaciones. Me vi tentado a aceptar la invitación de Metaxas para pasar unos días en su villa de 1105, pero me dije que de momento ya había disfrutado bastante de su compañía. Me divertí pensando en apuntarme a una gira por Hastings o Waterloo, incluso por la Crucifixión y contar los Dajani que veía. Pero abandoné aquellas ideas casi de inmediato. Si al fin me veía a mí mismo listo para guiar a otros, no quería que nadie me guiase a mí. Por el momento. Necesitaba reafirmar mi reciente confianza en mí mismo antes de caer bajo la influencia de algún otro Guía

Me paseé durante tres días por la Estambul del tiempo actual sin hacer nada especial. Siempre estaba cerca de las oficinas del Servicio Temporal, jugando al ajedrez estocástico con Kolettis y Melamed, que también se encontraban de vacaciones. El cuarto día tomé el expreso de Atenas. No sabía por qué iba allí antes de llegar.

Me encontraba en la Acrópolis cuando me di cuenta de mi misión. Caminaba entre las ruinas, apartando a los vendedores de hologramas y los que proponían visitas dirigidas, cuando un globo publicitario se deslizó hacia mí. Pasó planeando a un metro de mis ojos, emitiendo una luz verdosa y centelleante destinada a llamar mi atención. Declaró:

—Buenas tardes. Esperamos que disfrute con esta visita a la Atenas del siglo XXI. Ahora que ha visto tantas ruinas pintorescas ¿no le gustaría ver el Partenón como era realmente? ¿Le apetecería admirar la Grecia de Sócrates y Aristófanes? El despacho local del Servicio Temporal se encuentra en la calle Aeolou, frente a correos, y...

Media hora más tarde entraba en las oficinas de la calle Aeolou; les advertí que era Guía de vacaciones y me dispuse para remontar la línea.

Pero no a la Grecia de Sócrates y Aristófanes.

Me fui, sencillamente, a la Grecia de 1997, el año en que Constantino Passilidis fue elegido alcalde de Esparta.

Constantino Passilidis era el padre de mi madre. Iba a redactar mi genealogía empezando por el principio.

Con las feas e irritantes ropas de finales del siglo XX, provisto de billetes crujientes llenos de colores, volví atrás sesenta años y tomé el primer expreso que iba de Atenas a Esparta. El servicio apenas estaba inaugurado, y tenía un miedo atroz a estrellarme contra el suelo, pero los soportes eran firmes y llegué a Esparta de una sola pieza.

Esparta era una ciudad especialmente irritante.

Naturalmente, la Esparta moderna no desciende directamente de la antigua ciudad militarista que causó tantos problemas a Atenas. Aquella Esparta se borró gradualmente hasta desaparecer por completo durante la Edad Media. La nueva Esparta fue fundada a comienzos del siglo XIX, en el asentamiento primitivo. En la época del abuelo Passilidis, era una urbe de unos 80.000 habitantes que había crecido rápidamente tras la instalación local del primer centro atómico de Grecia a mediados de la década de los ochenta.

La formaban cientos de edificios idénticos de ladrillo gris, alineados de un modo uniforme. Cada uno de ellos contaba con diez pisos adornados con balcones de color amarillo limón; el conjunto era muy parecido a una prisión. En un extremo de la ciudad se encontraba la brillante cúpula del centro atómico; al otro lado, se alzaban las tabernas, los bancos y todos los despachos municipales. Si uno piensa que la brutalidad tiene su encanto, todo aquello resultaba encantador.

Salí del expreso y me dirigí al barrio de los bancos y las tabernas. No había ni

una sola terminal de ordenador en las calles —supongo que porque todavía no habían instalado el sistema—, pero no me costó trabajo encontrar al alcalde Passilidis. Me detuve en una taberna para beberme un *ouzo* a toda prisa y pregunté:

—¿Dónde puedo encontrar al alcalde Passilidis?

Una docena de amables espartanos me acompañaron a la alcaldía.

La recepcionista era una chica morena de unos veinte años y enormes pechos, así como un asomo de bigote. Su cuerpo, uno de esos cuerpos del renacimiento minoico, estaba visiblemente calculado para que los hombres olvidasen la imperfección de su rostro. Me preguntó con voz seca y agitando ante mí aquellos dos globos de pezones encarnados:

—¿Puedo serle útil?

—Me gustaría ver al alcalde Passilidis. Trabajo para un periódico americano. Preparamos un artículo sobre los diez jóvenes más dinámicos de Grecia y pensamos que el señor Passilidis...

Aquello no era muy convincente, ni siquiera para mí. Me quedé allí plantado, observando las perlas de sudor que brotaban en las blancas esferas de sus senos, esperando que me echase a patadas. Pero aceptó la historia sin más preguntas y me llevó al despacho del alcalde.

—Es un placer recibirle —me dijo mi abuelo con un perfecto inglés—. Siéntese, por favor. ¿Le apatece un martini? ¿Un puro...?

Me quedé paralizado. Dominado por el pánico. Incluso me olvidé de estrecharle la mano cuando me la ofreció.

La vista de Constantino Passilidis me aterró.

Evidentemente, nunca antes había visto a mi abuelo. Fue asesinado por un abolicionista en 2010, mucho antes de que yo naciera: fue una víctima más del Año de los Asesinos.

El viaje temporal nunca me pareció tan aterradoramente real como en aquel momento. Ver a Justiniano en el palco imperial del Hipódromo no era nada en comparación con aquel Constantino Passilidis recibéndome en su despacho.

Tendría un poco más de treinta años, un joven prodigio de su época. Sus cabellos eran negros y rizados, y apenas encanecían en las sienes; lucía un bigotillo bien recortado, así como un pendiente en la oreja izquierda. Lo que más me asustó fue nuestra semejanza física. Podría haber pasado por mi hermano mayor.

Tras una eternidad, salí del aturdimiento. Supuse que también debería estar un poco embarazado, pero me propuso de nuevo un refresco con voz tan cortés que lo rechacé diciendo que no bebía. Sin embargo, recuperé los suficientes ánimos como para empezar la entrevista.

Hablamos de su carrera política y de todas las cosas maravillosas que pretendía hacer por Esparta y Grecia. Justo en el momento en que la conversación empezaba a desviarse hacia el tema de su vida privada y la familia, echó un vistazo al reloj y me dijo:

—Es hora de comer. ¿Quiere ser mi invitado?

Tenía ante sí la típica siesta mediterránea: cerrar la tienda por tres horas y volver a casa. Nos dirigimos a su morada a bordo del coche eléctrico que él mismo conducía. Vivía en una casa gris, como un ciudadano ordinario: cuatro pequeñas habitaciones en la quinta planta.

—Me gustaría presentarle a mi mujer —dijo el alcalde Passilidis—. Katina, mira, es un periodista americano, el señor Jud Elliott III. Quiere escribir un artículo sobre mi carrera.

Miré a mi abuela.

Me miró.

Ambos lanzamos la misma exclamación al mismo tiempo. Los dos estábamos sorprendidos.

29

Ella era muy guapa, tanto como las muchachas de los murales minoicos. Cabellos negros, una piel de aceituna y los ojos negros. Su vigor era el de los campesinos. No exhibía el pecho como la bigotuda recepcionista pero su ligero sujetador no ocultaba gran cosa. Tenía los senos firmes y redondos. Las caderas anchas. Desbordaba energía, generosidad. Tendría veintitrés años, quizá veinticuatro.

La deseé en el momento. Su belleza, su sencillez, su calor, me cautivaron desde la primera mirada. Sentí una desazón familiar en los testículos y un nudo que me apretaba los músculos de las nalgas. Me moría de ganas de arrancarle la ropa y hundirme profundamente en su masa de pelo negro, caliente y espeso.

No era un deseo incestuoso como en el caso de Metaxas. Era una reacción inocente y puramente animal.

En aquel asalto del deseo no pensé en ella como en mi abuela. Encontré simplemente que era una mujer muy atractiva. Algunos segundos más tarde comprendí, a un nivel afectivo, quién era de verdad, con lo que mi ímpetu se acalló.

Era la abuela Passilidis. Y me acordé de la abuela Passilidis.

La visitaba regularmente en el campamento para ancianos cercano a Tampa. Murió cuando yo tenía catorce años, en 2049, y, aunque no tendría más de setenta años, siempre me pareció atrozmente vieja y decrepita, una mujer pequeña y seca, encogida, paralizada, que llevaba todo el tiempo ropa negra. Sólo los ojos —Dios mío, sus ojos negros, líquidos, cálidos y brillantes— dejaban nacer la sospecha de que en otro tiempo fue un ser humano lleno de vida y energía.

La abuela Passilidis padeció todo tipo de enfermedades específicamente femeninas al principio —caída del útero y cosas de ese estilo—, luego, problemas renales y todo lo demás. Por lo menos le hicieron una docena de trasplantes de órganos, pero aquello no ayudó mucho y, durante toda mi infancia, la recuerdo como alguien que declinaba de modo inexorable. Sin cesar oía hablar de nuevos pasos hacia la tumba, ¡pobre vieja!

Ante mí se encontraba la misma pobre vieja, milagrosamente aligerada de su pesada carga. Y yo estaba allí, agitándome mentalmente entre los muslos de la madre de mi madre. ¡Qué sacrilegio, qué horror, que el hombre pueda volver al pasado para pensar cosas parecidas!

La reacción de la joven señora Passilidis fue tan fuerte como la mía, pero menos apasionada. Para ella, el sexo empezaba y terminaba en el pene de su marido. Me miró no con concupiscencia, sino con asombro, diciendo finalmente:

—¡Cómo se te parece, Constantino!

—¿Mucho? —dijo el alcalde Passilidis, que todavía no lo había notado.

La mujer nos llevó a los dos delante del espejo del salón, riendo muy excitada. Las suaves masas de sus senos se apretaron contra mí y me puse a sudar.

—¡Mirad! —exclamó—. ¿Veis? ¡Parecidos como dos hermanos!

—Sorprendente —dijo el alcalde Passilidis.

—Una coincidencia increíble —dije—. Usted tiene el pelo más espeso y yo soy un poco más alto, pero...

—¡Sí! ¡Sí! —El alcalde daba palmas—. A lo mejor somos parientes...

—Imposible —respondí solemnemente—. Mi familia es de Boston. De una vieja cepa de Nueva Inglaterra. Sin embargo, es verdaderamente sorprendente. ¿No tendría usted algún antepasado en el *Mayflower*, señor Passilidis?

—Creo que no, a menos que hubiera algún mayordomo griego a bordo.

—Me extrañaría.

—A mí también. Mi familia es puramente griega desde hace generaciones.

—Me gustaría hablar un poco de todo esto con usted, si es posible —dije con indiferencia—. Por ejemplo, me gustaría saber...

En aquel preciso instante, una chica de aspecto ligero, completamente desnuda, salió de una de las habitaciones. Se plantó sin vergüenza delante de mí y me preguntó quién era. Qué encantadora, pensé. Aquella grupita descarada, aquella rajita rosa... qué *limpias* parecen las niñas cuando están desnudas. Antes de que se pierdan en la pubertad.

—Esta es mi hija Diana —dijo Passilidis orgullosamente.

En mi mente, una voz tormentosa rugió:

—¡NO DESCUBRIRAS LA DESNUDEZ DE TU MADRE!

Aparté los ojos, embarazado, y me cubrí el rostro fingiendo un ataque de tos. La inmaculada rajita de Diana ardía en mi mente. Como si se diera cuenta de que yo notaba algo inconveniente en la desnudez de la niña, Katina Passilidis la puso en el acto un par de bragas.

Todavía temblaba. Passilidis, asombrado, abrió una botella de *retsina*. Nos sentamos en la terraza bajo la viva luz del sol. Por debajo de nosotros, algunos estudiantes hicieron señas y le gritaron buenos días al alcalde. La pequeña Diana llegó al trote para que jugásemos con ella; le alboroté el cabello y le aplasté la punta de la nariz; sentí algo muy extraño.

Mi abuela nos ofreció una excelente comida de cordero guisado y *pastitsio*. Nos bebimos botella y media de *retsina*. Acabé hablando de política con el alcalde, y llegamos a la cuestión de sus antepasados.

—Su familia, ¿siempre ha vivido en Esparta? —pregunté.

—¡Oh, no! —contestó—. La familia de mi padre se instaló por aquí hace casi un siglo. Procedía de Chipre. Es decir, por parte de mi padre. La familia de mi madre es ateniense desde hace muchas generaciones.

—¿La familia Markezinis? —indagué.

Me miró de un modo muy extraño.

—Bueno, reconozco que es verdad —dijo finalmente—. ¿Cómo ha podido...?

—Lo descubrí al leer un artículo sobre usted —le dije apresuradamente.

Passilidis aceptó la respuesta. Ahora que la conversación alcanzaba a su familia, empezó a ser más locuaz —quizá fuese efecto del vino— y me dio numerosos detalles genealógicos.

—La familia de mi padre vivía en Chipre desde hace por lo menos mil años —me explicó—. Había ya un Passilidis por allí cuando llegaron los cruzados. Por otra parte, los antepasados de mi madre no llegaron a Atenas hasta el siglo XIX, después de la derrota de los turcos. Antes de eso vivían en Shqiperi.

—¿Shqiperi?

—En Albania. Se instalaron en el siglo XIII, después de la toma de Constantinopla por los Latinos. Y allí se quedaron; bajo el dominio de los servios, los turcos, en la época de Skander-Beg, el rebelde, a pesar de todas las dificultades de su herencia griega.

Los oídos me tintineaban.

—¿Ha mencionado Constantinopla? ¿Puede trazar hasta allí su genealogía?

—¿Conoce usted la historia de Bizancio? —preguntó Passilidis sonriendo.

—Algo —respondí.

—Quizá sepa que en el año 1204 la Cruzada se apoderó de Constantinopla y mantuvo durante un corto tiempo un imperio latino. La nobleza bizantina huyó y se formaron algunos nuevos estados bizantinos: uno en Asia Menor; otro en el Mar Negro; incluso hubo otro más en el oeste, en Albania. Mis antepasados siguieron a Miguel Angel Comneno a Albania antes que someterse a los cruzados.

—Ya veo. —Temblé de nuevo—. ¿Y el apellido? ¿Ya era Markezinis?

—¡Oh no, Markezinis es un nombre griego de origen muy moderno! En Bizancio éramos la familia Ducas.

—¿De verdad? —exclamé—. ¿De verdad era Ducas?

Era como si un alemán dijese ser de la familia Hohenzollern o un inglés dijera tener sangre Plantagenet.

Yo había visto el resplandeciente palacio de la familia Ducas. Yo había visto a cuarenta orgullosos Ducas caminar revestidos de oro por las calles de Constantinopla para celebrar la llegada de su primo Constantino al trono imperial. Si Passilidis era un Ducas yo también era un Ducas.

—Naturalmente —dijo— La familia era muy grande y creo que nosotros éramos una rama menor. Sin embargo, descender de tal familia es para estar orgulloso.

—Sin duda alguna. ¿Podría darme los apellidos de alguno de sus antepasados bizantinos? ¿Los nombres de pila?

El modo en que lo dije podía dejar pensar que tenía intención de ir a verles la próxima vez que visitase Bizancio. Lo que hice, aunque Passilidis no pudiera sospecharlo, pues el viaje temporal todavía no había sido descubierto.

—¿Lo necesita para su artículo? —preguntó, frunciendo el ceño.

—No, realmente no. Era simple curiosidad.

—Parece saber usted un poco más que yo sobre Bizancio.

Le molestaba que un bárbaro americano conociera el nombre de una célebre familia bizantina

—Lo estudié en la escuela —le dije—. Pero no conozco la historia más que a grandes rasgos.

—Desgraciadamente, no puedo darle esos nombres. Esos detalles no han llegado hasta nosotros. Quizá un día, cuando abandone la arena política, buscaré en los viejos archivos...

Mi abuela nos sirvió un poco más de vino y yo miré, furtiva y culpablemente, sus redondos y oscilantes pechos. Mi madre se me subió a las rodillas y gritó un poco. Mi abuelo sacudió la cabeza diciendo:

—Es realmente sorprendente el modo en que se me parece. ¿Puedo sacarle una foto?

Me pregunté si sería contrario a las reglas de la Patrulla Temporal. Sin duda, concluí. Pero no veía ningún modo de rechazar educadamente tan insignificante demanda.

Mi abuela fue en busca de una máquina. Passilidis y yo nos pusimos uno al lado del otro y sacó dos fotos, una para él y otra para mí. Las recogió del aparato y, cuando estuvieron reveladas, las miramos atentamente.

—Como hermanos —repitió la abuela varias veces—. ¡Como hermanos!

Borré mis rasgos en cuanto salí del piso. Pero supongo que entre los papeles de mi madre hubo una foto amarillenta en la que su padre, todavía joven, estaba de pie junto a un hombre un poco más joven que él y a quien se parecía mucho, del que mi madre pensaría acaso que se trataba de algún primo olvidado. Quizá la foto exista todavía. Me daría miedo mirarla.

El abuelo Passilidis me había ahorrado muchas pesquisas. El ya había andado a lo largo de ocho siglos de lo que yo empezaba a considerar como mi propia búsqueda.

Descendí por la línea hasta el tiempo actual, examiné los archivos del centro del Servicio Temporal de Atenas, me equipé como un noble bizantino de finales del siglo XII, con una suntuosa túnica de seda, capa negra y blanco bonete. Tomé el expreso del norte para Albania y me bajé en la ciudad de Gjinokaster. En otro tiempo, la ciudad se llamó Argyrokastro, en el distrito de Epira.

Desde Gjinokaster, remonté la línea hasta 1205.

Los campesinos de Argyrokastro se quedaron impresionados al ver mis principios atavíos. Les dije que buscaba la corte de Miguel Angel Comneno; me señalaron el camino y me vendieron un asno para que pudiera llegar.

Encontré a Miguel Angel y al resto de los exiliados bizantinos siguiendo una carrera de carros en un improvisado hipódromo, a los pies de una serie de desgarradas colinas. Me mezclé tranquilamente entre la multitud.

—Busco a Ducas —le dije a un anciano aparentemente inofensivo que vendía vino.

—¿Ducas? ¿Cuál?

—¿Hay varios? Traigo un mensaje de Constantinopla para un Ducas, pero no me dijeron que hubiese varios.

El viejo se echó a reír.

—Justo a la vista —dijo—, estoy viendo a Nicéforo Ducas, Juan Ducas, León Ducas, Jorge Ducas, Nicéforo Ducas el Joven, Miguel Ducas, Simeón Ducas y Dimitrios Ducas. Soy incapaz de encontrar en este momento a Eftimio Ducas, Leoncio Ducas, Simeón Ducas el Alto, Constantino Ducas, ni tampoco a... déjeme pensar un momento... Andrónico Ducas. ¿A qué miembro de la familia anda buscando?

Le di las gracias y descendí por la línea.

En la Gjinokaster del siglo XVI pregunté dónde se encontraba la familia Markezinis. La ropa bizantina me hizo ganarme algunas desconfiadas miradas, pero las monedas de oro bizantinas me dieron la información que necesitaba. Un besante y me dijeron dónde encontrar la casa de los Markezinis. Dos besantes más y me presentaron al capataz de la viña de los Markezinis. Cinco besantes —elevado precio— y estaba comiendo pasas en el salón de Gregory Markezinis, el jefe del clan. Era un hombre distinguido de mediana edad, con abundante barba gris y ojos ardientes; era hospitalario, a pesar de su severo aspecto. Mientras hablábamos, sus hijas se movieron tranquilamente a nuestro alrededor, llenándonos las copas, trayéndonos pasas, trozos de cordero frío, arroz. Tenía tres hijas, que podrían tener trece, quince y diecisiete años. Procuré no mirarlas con mucha atención, pues conocía el celoso temperamento de los jefes de los clanes de las montañas

Eran verdaderas bellezas: piel olivácea, ojos oscuros, senos firmes, labios sensuales. Habrían podido pasar por ser las hermanas de mi abuela Katina. Mi madre, Diana, creo, debió parecerse a ellas de joven. La gente de la familia es muy fuerte.

A menos que hubiera trepado a la rama equivocada del árbol, una de aquellas chicas era mi tátara-tátara-multi-tátara-abuela. Y Gregory Markezinis era mi tátara-tátara-multi-tátara-abuelo.

Me presenté ante él como si fuera un joven chipriota adinerado, de origen bizantino, que recorría el mundo en busca de placeres y aventuras. Gregory, cuyo griego estaba ligeramente contaminado por palabras albanesas (no recuerdo lo que hablaban sus siervos), visiblemente, nunca antes se las había visto con un chipriota y aceptó como auténtico mi acento.

—¿Qué lugares habéis visitado? —preguntó.

—Oh —dije—, Siria, Libia, Egipto y Roma, París, Lisboa, y acudí a Londres para presenciar la coronación de Enrique VIII; he estado también en Praga y en Viena. Y ahora me dirijo de nuevo hacia el este, a las posesiones turcas, pues estoy decidido, pese a todos los riesgos, a visitar las tumbas de mis ancestros en Constantinopla.

Enarcó una ceja al oír la palabra ancestros. Clavando la daga con energía en un trozo de cordero, preguntó:

—¿Vuestra familia pertenecía a la nobleza?

—Soy descendiente de los Ducas.

—¿De los Ducas?

—De los Ducas —afirmé tranquilamente.

—Yo también soy descendiente de los Ducas.

—¿Sí?

—Efectivamente.

—¿Un Ducas en Epira? —pregunté—. ¿A qué se debe?

—Llegamos aquí con los Comneno, cuando los cerdos latinos conquistaron Constantinopla.

—¿Sí?

—Totalmente cierto.

Pidió más vino, el mejor de la casa. Cuando reaparecieron las hijas, interpretó una pequeña comedia, gritando:

—¡Un pariente! ¡Un pariente! ¡El forastero es pariente nuestro! ¡Atendedle como merece!

Fui engullido por las hijas de Markezinis, aplastado por jóvenes y firmes pechos, sumergido por cuerpos suaves y perfumados. Las besé castamente, como habría hecho cualquier primo lejano.

Hablamos de genealogía mientras bebíamos un vino viejo y fuerte. Tomé un Ducas al azar —Teodoro— y afirmé que había huido a Chipre, tras la derrota de 1204, para fundar allí mi propio linaje. Markezinis no tenía modo alguno de refutarme y, de hecho, lo aceptó en el acto. Saqué una larga lista de antepasados Ducas que se extendía de mí mismo al lejano Teodoro, utilizando los más corrientes nombres bizantinos. Al concluir, le pregunté:

—¿Y vos, Gregory?

Empleando el cuchillo para marcar las ramas genealógicas en la mesa cuando la historia se hacía lo suficientemente compleja, Markezinis trazó su ascendencia hasta Nicolás Markezinis, quien, a finales del siglo XIV, se casó con la hija mayor de Manuel Ducas de Argyrokastro, un Ducas que no tenía más que hijas, con lo que terminaba su descendencia directa. Acto seguido, desde Manuel, Markezinis volvió tranquilamente hasta la expulsión de los bizantinos de Constantinopla por la cuarta Cruzada. El Ducas de su ascendencia directa que huyó a Albania no era otro que, dijo, Simeón.

Mis gónadas se sumieron en la desesperación.

—¿Simeón? —repetí—. ¿Os referís a Simeón Ducas el Alto o al otro?

—¿Había dos? ¿Cómo lo sabéis?

Con las mejillas en llamas, improvisé.

—Debo reconocer que he estudiado ampliamente toda la familia. Hubo dos Simeón Ducas que sobrevivieron a los Comneno en este país: Simeón el Alto y otro hombre mucho más bajo.

—No sé nada de todo eso —confesó Markezinis—. Me dijeron que mi antepasado se llamaba Simeón. Y que su padre era Nicéforo, cuyo palacio estaba muy cerca de la Iglesia de Santa Teodosia, junto al Cuerno de Oro. Los venecianos quemaron el palacio de Nicéforo cuando conquistaron la ciudad en 1204. Y el padre de Nicéforo... —Dudó, sacudiendo la cabeza lenta y tristemente, como un viejo búfalo—. No recuerdo el nombre del padre de Nicéforo. Lo he olvidado. ¿Era León? ¿Basilio? Lo he olvidado. Tengo la cabeza llena de vino.

—Eso no es muy grave —respondí.

Siguiendo la pista de mis antepasados en Constantinopla, no habría problemas.

—¿Romano? ¿Juan? ¿Isaac? Lo tengo en la punta de la lengua... pero hay tantos nombres... tantos nombres...

Se durmió sobre la mesa sin dejar de farfullar.

Una muchacha de ojos negros me condujo a una habitación. Habría podido saltar al futuro en aquel momento, pues ya sabía todo lo que podía saber; pero me pareció más cortés pasar la noche bajo el techo de mi multi-tátara-abuelo, en lugar de escapar como un ladrón. Me desvestí, apagué la vela y me metí entre las sábanas.

En las tinieblas, una joven de cuerpo ligero se me unió en la cama.

Sus senos llenaban mis manos agradablemente, y su perfume era ligeramente dulzón. No podía verla, pero creo que se trataría de una de las tres hijas de Markezinis que venía a demostrarme hasta qué punto podía ser hospitalaria la familia.

La palma de mi mano se deslizó hasta su bajo vientre liso y suave; sus piernas se abrieron cuando llegué a la zona adecuada y percibí en el acto que estaba preparada para el amor.

Me sentí vagamente decepcionado al descubrir que las hijas de Markezinis se entregaban tan libremente a los forasteros... incluso a un noble extranjero que decía ser su primo. Después de todo, eran mis *antepasadas*. ¿Estaría mi ascendencia impregnada del esperma de los ocasionales viajeros?

Aquel pensamiento me condujo a otro realmente abrumador: si aquella chica era verdaderamente mi tátara-tátara-multi-tátaraabuela, ¿qué hacía yo con ella en la cama? Tirarse a los forasteros, vale... pero ¿tirarse a los descendientes? Cuando empecé la búsqueda aguijoneado por Metaxas, no tenía intención alguna de cometer incesto transtemporal; y, sin embargo, no estaba haciendo otra cosa en aquel momento. La culpabilidad se apoderó de mí y me puse tan nervioso que me quedé impotente momentáneamente.

Pero mi compañera bajó hasta mi cintura y sus labios me hicieron recuperar la virilidad. Un viejo truco bizantino, pensé; de nuevo erguido, me deslicé en ella e hicimos el amor deliciosamente. Apliqué a mi conciencia diciéndome que tenía dos oportunidades de cada tres de que aquella muchacha fuese mi tátara-tátara-multi-tátara-tía, con lo que el incesto sería necesariamente mucho menos grave. En lo concerniente a los descendientes, mis relaciones con una tía del siglo XVI tendrían una importancia mínima.

Después de todo aquello, mi conciencia me dejó en paz y la chica y yo llevamos nuestros jadeos hasta el final. Luego, se levantó y salió de la alcoba, pero, al pasar delante de la ventana, la plateada luz de la luna iluminó sus blancas nalgas, sus pálidos muslos y sus largos cabellos rubios, y comprendí lo que tenía que haber sabido desde el principio: que las hijas de Markezinis no dormían con los fo-

rasteros como las esposas de los esquimales, sino que alguien, juiciosamente, me había enviado a una criada para que yo pasase un buen rato. ¡Que se fueran al cuerno los remordimientos! No tardé en dormirme después de recibir la absolución del inexistente incesto.

A la mañana siguiente, Gregory Markezinis, por encima de un desayuno de arroz y cordero, declaró:

—He oído decir que los españoles han descubierto un Nuevo Mundo al otro lado del océano. ¿Pensáis que habrá algo de verdad en toda esa historia?

Nos encontrábamos en el año 1556.

—Es totalmente exacto —dije—, no cabe la menor duda. He visto las pruebas en España, en la corte del rey Carlos. Es un mundo lleno de oro, jade, especias... y de hombres con la piel roja.

—¿Hombres con la piel *roja*? ¡Oh, no, primo Ducas, no, no, no puedo creérmelo! —Markezinis lanzó un divertido rugido y llamó a sus hijas—. El Nuevo Mundo de los españoles... ¡sus habitantes tienen la piel roja! ¡Lo dice el primo Ducas!

—Bueno, más bien de color cobrizo —murmuré, pero Markezinis apenas me escuchó.

—¡Piel roja! ¡Piel roja! ¡Y no tienen cabeza, sino la boca y los ojos en mitad del pecho! ¡Y hombres con una sola pierna que levantan por encima de la cabeza a mediodía para protegerse del sol! ¡Sí, sí! ¡Oh, qué maravilloso Nuevo Mundo! ¡Primo, me resultáis muy divertido!

Le dije que me alegraba divertirse tanto. Luego le di las gracias por su hospitalidad, besé castamente a cada una de sus tres hijas y me dispuse a partir. Súbitamente, me di cuenta de que mis antepasados se habían llamado Markezinis desde el siglo XIV al siglo XX, con lo que ninguna de aquellas muchachas podía ser mi antepasada. Los temores de mi conciencia fueron inútiles, salvo al enseñarme dónde se situaban mis inhibiciones.

—¿Tenéis hijos? —le pregunté a mi anfitrión,

—Oh, sí —respondió—. ¡Tengo seis!

—Que vuestra descendencia crezca y prospere —declaré.

Salí de la casa y conduje al asno durante una docena de kilómetros fuera de la ciudad; luego, lo até a un olivo y descendí por la línea temporal.

31

Cuando terminaron las vacaciones, me inscribí y me preparé para mi primera salida como Guía Temporal responsable de un grupo.

Tenía que llevar a seis personas a la gira de una semana. Los turistas ignoraban que fuese mi primera salida como responsable. Protopopulos no vio necesidad alguna de advertirles, y aquello era lo mejor para mí. Pero yo no tenía *la impresión* de que fuese mi primera salida en solitario. Yo me sentía lleno del meta-xiano cinismo. El carisma emanaba de mí. No temía a otra cosa que al miedo.

Durante la reunión preparatoria, precisé a mis seis clientes las reglas del turismo temporal con frases secas y cortantes. Invoqué la horrible amenaza de la Patrulla Temporal hablándoles de los cambios en el pasado, voluntarios o no. Les expliqué cómo podrían evitar problemas. Luego les di los cronos y los ajusté.

—Vamos —dije—. Remontemos la línea.

Carisma. Cinismo.

Jud Elliott, Guía Temporal, ¡él solo!

¡Sobre la línea!

—Estamos —dije— en el año 1659 A. P., que conocerán mejor como año 400. Lo he elegido porque se trata de un período típico de los orígenes de Bizancio. El emperador reinante es Arcadio. Recordarán que, en el Estambul del tiempo actual, Santa Sofía debía situarse aquí, y la mezquita del sultán Ahmed debía estar allí. Evidentemente, el sultán Ahmed y su mezquita se encuentran a una docena de siglos en el futuro, y la iglesia que se alza a nuestras espaldas es la primera Santa Sofía, construida hace cuarenta años, cuando la ciudad era todavía muy joven. Dentro de cuatro años, será incendiada durante una rebelión provocada por el exilio del obispo Juan Crisóstomo, ordenado por el emperador Arcadio por sus críticas hacia Eudoxia, esposa del emperador. Entremos. Verán que los muros son de piedra, pero la techumbre, de madera.

Mi grupo de turistas estaba formado por un agente inmobiliario de Ohio, su mujer, su indolente hija y el marido de ésta, así como un psiquiatra siciliano y su esposa temporal: un conjunto típico de ciudadanos prósperos. No sabían distinguir una nave de un nártex, pero les enseñé muy bien la iglesia; luego, les llevé a la Constantinopla de Arcadio para mostrarles las bases de lo que verían a continuación. Dos horas más tarde, salté sobre la línea hasta 408 para ver de nuevo el bautismo del pequeño Teodosio.

Me di cuenta de mi propia presencia al otro lado de la calle, de pie, junto a Capistrano. No me hice señal alguna y no me vi. Me pregunté si mi yo actual estaría también presente en la ocasión en que viajé con Capistrano. Me dominaba la complejidad de la Paradoja Acumulativa. Pero la aparté de la mente.

—Pueden ver aquí las ruinas de la antigua Santa Sofía —expliqué—. Será reconstruida bajo los auspicios de este niño, el futuro Teodosio II, y será abierta a la oración el 10 de octubre de 445...

Descendimos por la línea hasta 445 para asistir a la ceremonia de la consagración.

Hay dos escuelas diferentes en lo relativo a la forma de dirigir una gira temporal. El método Capistrano es enseñar a los turistas cuatro o cinco acontecimientos importantes durante la semana, dejándoles pasar mucho tiempo en las tabernas, los albergues, las calles y los mercadillos, y desplazarse sin prisa alguna para percibir totalmente la atmósfera de cada época. El método Metaxas es construir un elaborado mosaico de los hechos, reteniendo los mismos momentos importantes, pero además veinte o treinta o cuarenta acontecimientos secundarios, pasando media hora aquí y dos horas allí. Yo había experimentado los dos métodos y prefería el de Metaxas. El estudiante serio de historia bizantina desea una cierta profundidad, no una gran extensión. Más vale dar un panorama de Bizancio y precipitarles a lo largo de las diferentes épocas, enseñándoles los motines y las coronaciones, las carreras de carros y el ascenso y caída de los monumentos y reyes.

Llevé a mis clientes de un momento a otro, imitando a mi idolatrado Metaxas. Les dejé todo un día en la antigua Bizancio, como habría hecho Capistrano, pero dividí la jornada en seis etapas. Terminamos en 537, en la ciudad que Justiniano reconstruyó sobre las carbonizadas ruinas de la ciudad destruida por las revueltas de Azules y Verdes.

—Nos encontramos en el 27 de diciembre —les conté—. Hoy, Justiniano inaugurará la nueva Santa Sofía. Ahora podrán ver hasta qué punto es grande la nueva catedral comparada con las precedentes: es un edificio gigantesco, una de las maravillas del mundo. Para conseguir este producto, Justiniano ha gastado el equivalente a cientos de millones de dólares.

—¿Es la misma que se alza en Estambul ahora? —preguntó escéptico el señor

Agente Inmobiliario.

—Prácticamente, sí. Salvo que no se ven los minarettes (pues fueron añadidos por los turcos tras transformarla en mezquita) y los arbotantes góticos, que aún no han sido construidos. Lo mismo que la gran cúpula que ven aquí no es la que conocen. Esta es ligeramente más achatada y ancha que la actual. Uno de los cálculos arquitectónico será erróneo y la mitad de la cúpula se derrumbará en 558, tras la debilitación de la estructura a causa de los temblores de tierra. Mañana verán todo eso. Ahora, Justiniano.

Un poco antes, aquel mismo día, les mostré al agotado Justiniano de 532, intentando controlar los motines de Nika. El emperador que llegaba en aquel momento, montado en un carro tirado por cuatro enormes caballos negros, no tenía más que otros cinco años, pero parecía haber cumplido muchos más; su rostro era redondo y rojizo, pero parecía más confiado: la cara de un jefe. Y podía serlo, pues había superado el terrible desafío que los motines lanzaron contra su poder, reconstruyendo la ciudad y haciendo de ella algo único y maravilloso. Senadores y duques rodeaban el desfile; nosotros nos quedamos respetuosamente a un lado, entre el pueblo. Sacerdotes, diáconos, subdiáconos y miembros de coro esperaban a la procesión imperial, ataviados todos con las mejores galas. Himnos antiguos se alzaban hacia el cielo. El patriarca Menos apareció bajo la colosal puerta imperial de la catedral; Justiniano echó pie a tierra; el patriarca y el emperador, tomados de la mano, entraron en el edificio, seguidos por los altos dignatarios.

—Según una crónica del siglo X —dije—, Justiniano fue dominado por la emoción al entrar en su nueva Santa Sofía. Precipitándose al ábside agradeció a Dios el que le hubiera permitido terminar tal edificio y gritó: "¡Oh, Salomón, te he vencido!". El Servicio Temporal supone que resulta interesante a los visitantes de esta época oír tan célebres palabras, de modo que colocamos una "oreja" justo encima del altar hace unos años. —Rebusqué entre mis ropas—. He traído un altavoz que nos transmitirá las palabras de Justiniano cuando se acerque al ábside. Escuchen atentamente.

Puse el altavoz en marcha. En aquel momento, todos los Guías presentes entre la multitud hicieron lo mismo. Llegará un tiempo en que seremos tantos en aquel preciso momento que la voz de Justiniano, amplificada por un millar de minúsculos altavoces, resonará majestuosamente en toda la sala.

Se oyeron ruidos de pasos en el altavoz que tenía en la mano.

—El emperador se acerca a la nave lateral —expliqué.

Los pasos se detuvieron bruscamente. Las palabras de Justiniano llegaron hasta nosotros: su primera exclamación tras haber entrado en la obra de arte arquitectónica.

Con voz llena de cólera, el emperador gruñó:

—¡Mira, imbécil sodomita! ¡Que me busquen al anormal que ha dejado ese andamio bajo la cúpula! ¡Quiero que me pongan sus cojones en una copa de alabastro antes de que empiece la misa!

Allí terminó su cólera imperial

—El desarrollo del viaje temporal —les expliqué a mis seis turistas— nos ha obligado a revisar una gran parte de las más brillantes anécdotas bajo la luz de nuevas evidencias.

terminar una pesquisa personal.

Era algo totalmente contrario a las reglas. Un Guía debe quedarse siempre junto a sus clientes, por si se presenta algún peligro. Después de todo, los clientes no saben hacer funcionar los cronos, y sólo el Guía puede ayudarles a huir en caso de necesidad con la velocidad suficiente.

Pese a todo, salté seis siglos descendiendo por la línea mientras dormían los turistas, y visité la época de mi rico antepasado Nicéforo Ducas.

Lo que, evidentemente, requería cierto cinismo, si se considera el hecho de que se trataba de mi primer viaje como Guía en solitario. Pero, de hecho, yo no corría riesgo alguno.

El medio de hacer aquellos viajes evitando los problemas, como me explicase Metaxas, era arreglar cuidadosamente el crono y asegurarse de que uno no está lejos del contacto con los turistas durante más de un minuto. Partía del 27 de diciembre de 537, a las 23:45. De allí, podía remontar o descender por la línea y pasar unas cuantas horas, o unos días, o semanas, incluso meses. Cuando terminase, me bastaría con volver a ajustar el crono para que me devolviese al 27 de diciembre de 537, 23:46. Desde el punto de vista de los turistas, habría estado ausente durante tan sólo sesenta segundos.

Naturalmente, sería un error regresar a las 23:44, es decir, volver un minuto antes de salir. Habría dos Jud Elliott en la habitación, lo que provocaría la paradoja de la Duplicación, que es una de las formas de Paradoja Acumulativa y que, sin duda, me costaría una reprimenda o incluso algo peor, si la Patrulla Temporal lo descubría. No: hacía falta una coordinación exacta.

Hay otro problema en la dificultad que existe en saltar con precisión de un punto a otro. El albergue en el que me encontraba con mi grupo en 537 no existiría, ciertamente, en 1175, el año de mi destino. No podía saltar a ciegas en el futuro partiendo de la habitación, pues podía materializarme en un lugar desagradable construido más adelante en el mismo sitio: por ejemplo, un calabozo.

El único medio de no correr riesgos sería salir a la calle y saltar desde allí, tanto a la ida como a la vuelta. Sin embargo, con ello se alejaba uno de los turistas durante más de sesenta segundos: basta pensar el tiempo que hace falta para bajar, buscar un punto tranquilo donde saltar, etc. Y si un Patrullero Temporal llegaba por allí para efectuar una verificación rutinaria y se lo encontraba a uno en la calle y le preguntaba por qué puñetera razón no estaba con la clientela... bueno, ya se encontraba uno en el mar de los líos.

Pese a todo, descendí por la línea.

Nunca antes había estado en 1175. Sin duda, fue el último año verdaderamente tranquilo de Bizancio.

Me parecía que una atmósfera de problemas impregnaba Constantinopla. Incluso las nubes parecían inquietantes. El aire tenía cierto regusto a inminente calamidad.

Pero todo aquello era subjetivo. El hecho de poder desplazarse libremente a lo largo de la línea temporal deforma el modo de ver y da cierto color a los testimonios propios. Sabía lo que le esperaba a aquella pobre gente; ellos, lo ignoraban. En 1175, Bizancio era una ciudad orgullosa y optimista; todos los presagios no eran fruto de otra cosa que de mi imaginación.

Manuel I Comneno se encontraba en el trono; era un buen hombre que llegaba al final de una larga y brillante carrera. El desastre, no obstante, se acercaba a él. Los emperadores Comneno habían pasado todo el siglo XII dedicados a recuperar Asia Menor de manos turcas, que se apoderaron de ella en el siglo precedente. Yo sabía que dentro de un año, en 1176, Manuel perdería todo su imperio.

asiático en una sola jornada, en la batalla de Myriocephalon. Después de la derrota, empezaría el declive de Bizancio. Pero Manuel todavía no lo sabía. Nadie lo sabía. Sólo yo.

Me dirigí al Cuerno de Oro. En aquella época, la parte más elevada de la ciudad era igualmente la más importante; el centro de negocios se había desplazado de Santa Sofía/Hipódromo/Augusteum hacia el barrio de Blachernae, en la zona más septentrional de la ciudad, cerca de un esquinazo formado por la muralla de la metrópoli. Por alguna razón, el emperador Alexis I trasladó la corte a finales del siglo XI, abandonando el laberinto del antiguo Gran Palacio. Su hijo pequeño, Manuel, reinaba en él con todo su esplendor, y las grandes familias feudales construyeron nuevos palacios a su alrededor, bordeando el Cuerno de Oro.

Uno de los más bellos de aquellos edificios de mármol pertenecía a Nicéforo Ducas, mi tantas veces expulsado tátara-abuelo.

Me pasé la mayor parte de la mañana rondando el palacio, alabando su esplendor. Hacia el mediodía, las puertas se abrieron y vi al propio Nicéforo salir en su carroza para dar el diario paseo: era un hombre imponente, con una barba negra y trenzada, vestido con suntuosos ropajes bordados en oro. Llevaba sobre el pecho una gran cruz dorada rodeada de joyas; sus dedos brillaban a causa de los anillos. Se formó una multitud ante el palacio de Nicéforo para admirarle.

Arrojó graciosamente unas monedas a los congregados mientras se alejaba en la carroza. Cogí una: un besante pequeño y gastado de Alexis I, de bordes mellados. La familia Comneno había depreciado mucho la moneda. Pero, con todo, no era un hecho despreciable arrojar monedas de oro —aun depreciadas— a una multitud de mirones.

Guardé el brillante besante desde aquel día. Pienso en él como si fuera una herencia de mi antepasado bizantino.

La carroza de Nicéforo desapareció en dirección al palacio imperial. Un viejo muy sucio que se encontraba a mi lado suspiró, hizo varias veces la señal de la cruz y murmuró:

—¡Que el Salvador se acuerde del santo Nicéforo! ¡Es tan bueno!

La nariz del viejo había sido cortada por la base. También había perdido la mano izquierda. Los bizantinos civilizados de aquella época habían instaurado la mutilación como castigo a numerosos crímenes menores. Un paso adelante: el Código de Justiniano preveía la muerte en casos semejantes. Más valía perder un ojo, la lengua o la nariz que perder la vida.

—¡Pasé veinte años al servicio de Nicéforo Ducas! —siguió diciendo el viejo—. Fueron los mejores años de mi vida.

—¿Por qué lo dejaste? —le pregunté.

Alzó el brazo mutilado.

—Me cogieron robando libros. Yo era escriba y decidí quedarme con alguno de los libros que copiaba. ¡Nicéforo tenía tantos! ¡No habría echado de menos cinco o seis libros! Pero me descubrieron y perdí la mano, y el empleo. Hace ya diez años.

—¿Y la nariz?

—Durante aquel invierno tan riguroso, hace seis años, robé un barril lleno de pescado. Soy un mal ladrón. Me volvieron a atrapar.

—¿De qué vives?

Sonrió.

—Gracias a la caridad pública. Soy mendigo. ¿Podrías compartir un nomisma de plata con un desgraciado anciano?

Examiné las monedas que llevaba. Todas las monedas de plata que tenía eran

muy antiguas, de los siglos V y VI, fuera de circulación desde mucho tiempo antes; si el viejo intentaba pasar una, sería detenido como sospechoso de haber saqueado alguna colección de la nobleza, y perdería, ciertamente, la otra mano. Le apreté en la mano un besante de oro de comienzos del siglo XI. Lo miró con incredulidad.

—¡Lo que queráis, señor! —exclamó—. ¡Lo que queráis!

—En ese caso, ven conmigo a la taberna más próxima. Quiero que me contestes a unas cuantas preguntas —le advertí.

—¡Con mucho gusto! ¡Con mucho gusto!

Compré vino y le interrogué largamente sobre la genealogía de los Ducas. Me costaba trabajo mirar su rostro mutilado y, mientras hablaba, mantuve la vista fija en su hombro; pero el hombre parecía acostumbrado. Poseía todas las informaciones que yo andaba buscando, pues uno de sus trabajos mientras estuvo al servicio de los Ducas consistió en copiar los archivos de la familia.

Nicéforo, me dijo, tenía entonces cuarenta y cinco años: había nacido en 1130. La esposa de Nicéforo se llamaba de soltera Zoe Catacalon, y tuvieron siete hijos: Simeón, Juan, León, Basilio, Helena, Teodosia y Zoe. Nicéforo era el hijo mayor de Nicetas Ducas, nacido en 1106; la esposa de Nicetas, con quien se casó en 1129, se llamaba de soltera Irene Cerularius. Nicetas e Irene tuvieron cinco hijos: Miguel, Isaac, Juan, Romano y Ana. El padre de Nicetas fue León Ducas, nacido en 1070; León contrajo matrimonio con Pulcheria Botaniates en 1100 y sus hijos, además de Nicetas, se llamaban Simeón, Juan, Alejandro...

El relato siguió, haciendo remontar a los Ducas hasta el alba de Bizancio, a través de los siglos X, IX y VIII; los nombres eran entonces menos precisos: había lagunas en los archivos; el anciano frunció el ceño, rebuscando por su memoria, excusándose por la incorrección de los datos. Intenté detenerle varias veces, pero no había nada que hacer, y él farfulló finalmente algunas palabras sobre un tal Tiberio Ducas, del siglo VII, cuya existencia, afirmó, resultaba incierta. —Comprenderéis —continuó, que todo lo anterior es tan sólo la ascendencia de Nicéforo Ducas. La familia imperial es una rama distinta, que puedo detallar desde los Comeno hasta el emperador Constantino X y sus antepasados, quienes...

Aquellos Ducas no me interesaban, aunque estuvieran vagamente emparentados conmigo. Si quería conocer la ascendencia de los Ducas imperiales, podía encontrarla en Gibbon. Sólo me importaba la rama más humilde de la familia, la mía, un retoño de la línea imperial. Gracias a aquel desgraciado escriba proscrito, descubría la genealogía de aquellos Ducas a través de tres siglos de historia bizantina, hasta Nicéforo. Y conocía la continuación de la línea, desde Simeón de Albania, hasta el multi-nieto de Simeón, Manuel Ducas de Argyrokastro, cuya hija mayor había de casarse con Nicolás Markezinis, y así podía seguir a la familia Markezinis hasta que una hija de alguno de ellos se casase con un Passilidis y naciera mi estimado abuelo Constantino, cuya hija Diana se casó con Judson Daniel Elliott II y trajo al mundo a éste que les habla.

—Esto por haberte molestado —le dije al escriba dándole otra moneda de oro antes de salir rápidamente de la taberna mientras él seguía barboteando sorprendidos plácemes.

Sabía que Metaxas estaría orgulloso de mí. Un poco celoso, incluso: mi árbol genealógico era más grande que el suyo. El suyo se remontaba hasta el siglo X, pero el mío (con algunas imprecisiones), alcanzaba el siglo VII. Naturalmente, Metaxas contaba con una lista detallada de varios cientos de antepasados, y yo sólo tenía datos concretos sobre unas pocas docenas de los míos, pero había que considerar que él hubiera empezado varios años antes que yo.

Ajusté el crono cuidadosamente y salté al 27 de diciembre de 537. La calle estaba oscura y silenciosa. Volví apresuradamente al albergue. Habían pasado menos de tres minutos desde que salí, aunque hubiera estado ocho horas en 1175. Mis turistas dormían profundamente. Todo iba bien.

Estaba muy contento por mi actuación. A la luz de una vela, apunté los detalles del linaje de los Ducas sobre un trozo de pergamino. No tenía intención de *hacer nada* con mi genealogía. No quería matar a mis antepasados, como Capistrano, ni seducirles, como Metaxas. Sólo quería fardar un poco diciendo que los Ducas eran mis antepasados. Algunas personas no tienen ningún antepasado.

33

No pienso que igualase a Metaxas, pero ofrecí a mis clientes un honesto panorama de Bizancio. Era un excelente trabajo, sobre todo para ser la primera vez.

Vimos todos los hechos importantes, y algunos acontecimientos menores. Les mostré el bautismo de Constantino el Fervoroso; la destrucción de los iconos bajo el reinado de León III; la invasión búlgara de 813; los árboles de bronce chapados en oro de la Sala Magnaura de Teófilo; las intemperancias de Miguel el Borracho; la llegada de la primera Cruzada en 1096 y 1097; la mucho más desastrosa aparición de la cuarta Cruzada en 1204; la reconquista de Constantinopla por los bizantinos en 1261 y la coronación de Miguel VIII; resumiendo, todo lo importante.

Mis clientes estaban encantados. Como la mayor parte de los turistas temporales, adoraban las revueltas, las insurrecciones, las rebeliones, los asedios, las matanzas, las invasiones y los incendios.

—¿Cuándo nos enseñará el ataque de los turcos? —no dejaba de preguntarme el agente inmobiliario de Ohio—. ¡Me gustaría ver cómo los condenados turcos devastan la ciudad!

—Muy pronto —le respondí.

Pero antes le enseñé cómo era Bizancio en los años del declive, bajo la dinastía de los Paleólogos.

—Se ha perdido la mayor parte del Imperio —les expliqué cuando descendimos por la línea hasta 1275—. Los bizantinos piensan y construyen a pequeña escala. Digamos que más íntima. Esta es la pequeña iglesia de Santa María de los Mongoles, construida para una hija bastarda de Miguel VIII que estuvo casada durante un corto período de tiempo con un khan mongol. ¿Ven su encanto? ¿Su sencillez?

Descendimos por la línea hasta 1330 para ver la iglesia de Nuestro Salvador de la Cora. Los turistas ya la habían visto en la moderna Estambul bajo su nombre turco: Kariye Camii; la vieron entonces en su estado original, con todos aquellos maravillosos mosaicos nuevos e intactos.

—Miren aquí —les pedí—. Esta es la María que se casó con el mongol. Sigue estando en el mismo sitio en nuestro tiempo actual. Aquel mosaico de un poco más allá representa la infancia de Cristo... éste ha desaparecido en nuestra época, pero observen su excelencia.

El psiquiatra siciliano tomó hologramas de toda la iglesia; llevaba un miniaparato autorizado por el Servicio Temporal, pues nadie a lo largo de toda la línea temporal podía entender su utilidad, ni siquiera detectar su presencia. Su temporaria de piernas arqueadas oscilaba de derecha a izquierda lanzando exclamaciones ininterrumpidamente. Los de Ohio parecían aburridos, como yo ya había previsto. Sin importancia. Les daría cultura aunque tuviera que hacérsela tragar a la

fuerza.

—¿Cuándo veremos a los turcos? —preguntaban sin cesar los de Ohio.

Saltamos por encima de los negros años de 1347 y 1348.

—No puedo llevarles a ese período —dije en cuanto empezaron a protestar—. Si quieren ver una de las grandes epidemias, tendrán que apuntarse en una gira especial.

—Todos estamos vacunados —refunfuñó el yerno del señor de Ohio.

—Pero cinco mil millones de personas carecen de protección en el tiempo actual, al final de la línea —le expliqué—. Puede usted contraer bacilos, llevárselos de vuelta y ocasionar una epidemia mundial. Y tendríamos que borrar todo este viaje temporal de la historia para impedir semejante desastre. No querrá que pase nada parecido, ¿verdad?

Incomprensión.

—Escuchen, si pudiera, les llevaría —confesé—. Pero no puedo. Es la ley. Nadie puede penetrar en un período de epidemia a menos que lo haga bajo vigilancia especial, que no estoy autorizado a darles.

Les llevé a 1355 para mostrarles el fin de Constantinopla; una población muy disminuida dentro de las murallas; barrios enteros abandonados, las iglesias medio en ruinas. Los turcos devoraban el país. Llevé a mis clientes a las murallas, al final del barrio de Blachernae y les señalé a los jinetes del sultán turco que acechaban por la campiña, más allá de los límites de la ciudad. El muchacho de Ohio les increpó con el puño. —¡Malditos bárbaros! —gritó—. ¡Peste de la tierra!

Bajamos hasta 1398. Les dejé ver Anadolu Hisari, la fortaleza del sultán Bayazid, en la costa asiática del Bósforo. La bruma de verano la hacía un poco difícil de ver, y saltamos unos cuantos meses, al otoño, para observarla de nuevo. Subrepticamente, llevábamos un par de gemelos. Aparecieron dos monjes bizantinos, vieron los prismáticos antes de que nos diera tiempo a esconderlos y quisieron saber por qué mirábamos en su interior.

—Ayuda a los ojos —contesté, y nos apresuramos a marcharnos de allí,

Durante el verano de 1442, estudiamos el ejército del sultán Murat II detenido frente a la ciudad. Cerca de 20.000 turcos habían quemado las aldeas y los campos que rodeaban Constantinopla, asesinando a los habitantes, destruyendo viñedos y olivares; en aquel momento, intentaban tomar la ciudad. Empujaban máquinas de asedio hacia los muros, atacaban con arietes, catapultas gigantes, toda la artillería pesada de la época. Llevé a mis clientes lo bastante cerca de la línea de combates como para que disfrutasen del espectáculo.

La técnica habitual para aquello era disfrazarse de santos peregrinos. Los peregrinos podían ir a cualquier parte, incluso al frente. Repartí cruces e iconos, indicando a todo el mundo que simulase cierta devoción, y les conduje al lugar del combate, cantando y salmodiando. No era posible que cantasen verdaderos himnos bizantinos, naturalmente, y les dejé cantar lo que quisieran siempre y cuando pusiesen cuidado en que pareciera un canto piadoso y solemne. Los de Ohio se dedicaron a entonar Barras y Estrellas, repitiéndolo incesantemente, y el psiquiatra y su amiga cantaron arias de Verdi y Puccini. Los defensores bizantinos se detuvieron durante un momento para hacernos gestos. Les devolvimos el saludo e hicimos la señal de la cruz.

—¿Y si nos hubieran matado? —preguntó el yerno.

—No hay problema. De todos modos, no sería permanente. Si recibiese una flecha perdida, llamaría a la Patrulla Temporal y se lo llevarían de aquí hace cinco minutos.

El yerno pareció quedarse desconcertado.

—*Celeste Aida, forma divina...
...te alabamos orgullosamente...*

Los bizantinos lucharon con todas sus fuerzas para rechazar a los turcos. Arrojaban fuego griego y aceite hirviendo sobre los atacantes, cortando cada cabeza que apareciese por encima del muro, resistiendo el furor de la artillería. Pero parecía seguro que, al atardecer, la ciudad caería. Las sombras de la noche se acercaban.

—Miren —les dije.

Las llamas empezaron a alzarse en varios puntos a lo largo de la muralla. Los turcos quemaban sus propias máquinas de guerra y se alejaban.

—¿Por qué? —preguntó alguien—. ¡Habrían tomado la ciudad en una hora!

—Los historiadores bizantinos —contesté— escribirán que se produjo un milagro. La Virgen María, ataviada con un manto violeta, rodeada de un halo brillante, apareció y anduvo por la muralla. Los turcos huyeron aterrados

—¿Dónde pasa eso? —preguntó el yerno—. ¡No he visto ningún milagro—. ¡No he visto a la Virgen María!

—Quizás debiéramos volver media hora en el pasado y mirar de nuevo —dijo su mujer con voz titubeante.

Les expliqué que, de hecho, la Virgen no caminó por las almenas; lo que sí ocurrió es que llegaron mensajeros a anunciar al sultán Murat que había estallado contra él un levantamiento en Asia Menor y, temiendo verse encerrado y asediado en Constantinopla si conseguía apoderarse de ella, el sultán terminó con el asalto inmediatamente para ocuparse de los rebeldes del este. Los de Ohio parecieron decepcionados. Creo que les habría gustado ver a la virgen.

—La vimos durante el viaje del año pasado —rezongó el yerno.

—Era diferente —le dijo su mujer—. Era la *verdadera*; ¡nada de milagros!

Ajusté los cronos y saltamos.

El 5 de abril de 1453, al amanecer, esperamos la aparición del sol en las murallas de Bizancio.

—La ciudad ahora está aislada —dije— El sultán Mehmet el Conquistador ha construido la fortaleza de ¡Rumeli Isari en la costa europea del Bósforo. Los turcos se acercan. ¡Atentos: escuchen!

El sol se alzó. Miramos por encima de la muralla. Se oyó un lejano aullido.

—Al otro lado del Cuerno de Oro se alzan las tiendas de los turcos: son doscientos mil. Y hay cuatrocientos noventa y tres navíos turcos en el Bósforo. Los defensores bizantinos son tan sólo ocho mil y cuentan con quince naves. La Europa cristiana no ha enviado ninguna ayuda a la Bizancio cristiana, salvo setecientos soldados y marinos genoveses bajo el mando de Giovanni Giustiniani. — Me entretuve con el nombre de aquel último defensor de Bizancio, apoyándome en los ricos ecos del pasado. Giustiniani... Justiniano. Nadie lo notó— Bizancio está a punto de caer entre los lobos —seguí—. ¡Oigan los gritos de los turcos!

La famosa cadena de cierre bizantina cruzaba el Cuerno de Oro fijándose en cada orilla: eran gruesas argollas unidas por enganches de acero, algo muy estudiado y capaz de proteger la puerta de los invasores. Una vez, cumplió su papel, en 1204; en aquella ocasión, había sido reforzada.

Descendimos por la línea hasta el 9 de abril para ver cómo los turcos avanzaban poco a poco hacia las murallas. Nos dirigimos después al 12 de abril y vimos el gran cañón turco, el cañón real, entrando en acción. Un cristiano renegado, Urbano de Hungría, lo construyó para los turcos; cien pares de bueyes lo habían llevado hasta allí; la boca del cañón, de un metro de diámetro, lanzaba proyectiles de granito que pesaban 1500 libras. Vimos un surtidor de llamas, una bocanada

de humo, y luego una monstruosa bola de piedra se alzó tranquila, lentamente, antes de aplastarse con fuerza extraordinaria contra la muralla levantando una nube de polvo. El ruido hizo vibrar toda la ciudad; la detonación resonó durante un buen rato en mis oídos.

—No pueden disparar el cañón real más que siete veces por día —dije—. Necesitan mucho tiempo para cargarlo. Y ahora, mucha atención.

Saltamos una semana hacia el futuro. Los invasores se apretujaban alrededor del gigantesco cañón, dispuestos a disparar. Lo hicieron y el gran cañón explotó con una terrible llamarada, proyectando inmensos trozos de metal entre las tropas turcas. El suelo se llenó de cadáveres. Desde las murallas, los bizantinos gritaron de alegría.

—Entre los muertos se encuentra Urbano de Hungría —les conté a mis clientes—. Pero los turcos no tardarán en fabricar otro cañón.

Aquella noche, los turcos asaltaron las murallas. Cantando *América* y arias de *Otelo*, vimos cómo los bravos genoveses de Giovanni Giustiniani rechazaban a los asaltantes. Las flechas silbaban cruzando el aire; algunos bizantinos disparaban con fusiles pesados y poco manejables. Presenté el asedio final con tal virtuosismo que lloré. Ofrecí a mis clientes batallas navales, combates cuerpo a cuerpo en las murallas, plegarias en Santa Sofía. Les enseñé cómo los astutos turcos llevaron por tierra sus navíos sobre rodillos, desde el Bósforo al Cuerno de Oro, para rodear la célebre cadena, y les enseñé el terror de los bizantinos cuando, en la mañana del 23 de abril, descubrieron setenta y dos navíos de guerra turcos anclados en el puerto. Les permití estudiar el modo en que los genoveses destruyeron magistralmente aquellas naves.

Seguimos los días del asedio, viendo cómo mermaban las murallas sin dejar de aguantar, viendo crecer la firmeza de los defensores y debilitarse la determinación de los asaltantes. En la noche del 28 de mayo nos dirigimos a Santa Sofía para asistir al último servicio cristiano que había de celebrarse en ella. Toda la ciudad parecía encontrarse en la catedral: el emperador Constantino XI y su corte, mendigos y ladrones, mercaderes, católicos romanos de Génova y Venecia, soldados y marinos, duques y prelados, y muchos visitantes del fururo disfrazados, quizá muchos más que los que conformaron la reunión original. Oímos retumbar las campanas, escuchamos el *Kyrie* melancólico, y nos arrodillamos, y muchos, muchos, también los viajeros temporales, lloraron por Bizancio; cuando el servicio terminó, las luces se apagaron y ocultaron los frescos y los brillantes mosaicos.

Llegó el 29 de mayo y presenciamos el último acto de un mundo.

A las dos de la madrugada, los turcos se precipitaron por la puerta de San Romano. Giustiniani estaba herido; los combates eran terribles e hice retroceder a mis clientes; los rítmicos gritos de *¡Alá! ¡Alá!* se alzaron hasta cubrir el mundo entero en su furor. Los defensores fueron dominados por el pánico y huyeron y los turcos invadieron la ciudad.

—Todo ha terminado —dije—. El emperador Constantino ha muerto en la batalla—. Millares de personas abandonan la ciudad; millares más buscarán refugio tras las puertas de Santa Sofía. Ahora, escuchen: ¡es la rapiña, la matanza!

Dimos muchos saltos, desapareciendo y reapareciendo para no ser derribados por los jinetes que galopaban alegremente por las calles. Sin duda atemorizamos a un buen número de turcos, pero en medio de toda aquella agitación la desaparición milagrosa de algunos peregrinos no tendría mucha importancia. Para terminar del mejor modo posible, llevé a mis clientes al 30 de mayo y vimos como el sultán Mehmet desfilaba triunfal por Bizancio, flanqueado por sus visires, pachás y jenízaros.

—Se detiene ante Santa Sofía —murmuré—. Toma tierra con las manos y se la echa sobre el turbante; con este gesto le da las gracias a Alá por tan gloriosa victoria. Ahora entra. Sería peligroso que le siguiéramos. En el interior hay un turco destruyendo el suelo de mosaico que considera impío; el sultán golpeará al hombre prohibiéndole arruinar la catedral; luego se dirigirá al altar, subirá a él y hará una reverencia. Santa Sofía se convertirá en Ayasofya, la mezquita. Bizancio no existe. Vamos. Tenemos que volver.

Aturdidos por lo que habían visto, mis seis turistas me dejaron ajustar sus cronos. Emití la nota clave y volvimos a 2059.

Más tarde, en el despacho del Servicio Temporal, el agente inmobiliario de Ohio se acercó a mí. Me enseñó el pulgar de un modo vulgar, como suele hacer la gente vulgar para ofrecer una propina.

—Muchacho —dijo— sólo quiero que sepas que has hecho un trabajo excelente. Ven conmigo y deja que ponga el pulgar en la placa de un terminal para demostrarte lo que he disfrutado. ¿Vale?

—Lo siento —respondí—. No podemos aceptar propinas.

—No te preocupes, muchacho. Digamos que no estabas mirando y déjame que te ponga algo de dinero en la cuenta ¿de acuerdo? ¡Como si no supieras nada!

—No puedo impedir una transferencia de fondos de fuente desconocida —dije al fin.

—Muy bien. ¡Maldita sea, cuando los turcos entraron en la ciudad, qué espectáculo! ¡Qué espectáculo!

Cuando recibí el extracto de cuenta al mes siguiente, descubrí tranquilamente un abono de mil unidades. No se lo dije a mis superiores. Creo que, reglamentariamente o no, me lo había ganado.

34

Creo que también me había merecido el derecho a pasar las vacaciones en la villa de Metaxas, en 1105. No era ya una lata, un aprendiz imbécil, sino un miembro completo de la fraternidad de Guías Temporales. Y, a mi entender, uno de los mejores. No tenía que temer un mal recibimiento en casa de Metaxas.

Verificando en el cuadro de asignaciones, vi que Metaxas, como yo mismo, acababa de terminar una gira. Aquello significaba que estaría en la villa. Tomé un nuevo guardarropas bizantino, pedí una bolsa de besantes de oro y me preparé a saltar a 1105.

Luego recordé la paradoja de la Discontinuidad.

No sabía cuando debía llegar en 1105. Y debía acordarme de la base de tiempo actual en la que Metaxas vivía en Bizancio. En mi tiempo actual nos encontramos en noviembre de 2059. Metaxas acababa de remontar la línea hasta cierto momento de 1105 correspondiente, para él, a noviembre de 2059. Supongamos, por un momento, que estuviera en julio de 1105. Si, ignorándolo, yo saltaba a... por ejemplo, marzo de 1105, el Metaxas que me encontraría allí ni siquiera me reconocería. Sólo sería un invitado inoportuno, llegado para molestar. Si saltaba, por ejemplo, a junio de 1105, sería el recién llegado que todavía no había realizado los exámenes y a quien Metaxas acababa de llevar de gira. Y si saltaba... a octubre de 1105, me encontraría con el Metaxas de tres meses por delante de mí que conocerá detalles de mi futuro. Sería la paradoja de la Discontinuidad en sentido inverso, y no tenía intención de probar; es peligrosa y un poco atemorizante encontrarse con alguien que ya ha vivido un período al que uno todavía no ha lle-

gado. Y a nadie le gustan esas cosas en el Servicio Temporal.

Necesitaba ayuda.

Fui a ver a Protopopulos y le manifesté:

—Metaxas me invitó para que fuera a verle durante las vacaciones, pero no sé exactamente dónde se encuentra.

—¿Por qué habría de saberlo yo? —replicó prudentemente Protopopulos—. No soy su confidente.

—Pensé que a lo mejor te había dejado alguna indicación sobre su base de tiempo actual.

—¿De qué estás hablando?

Me pregunté si no estaría metiendo la pata.

Insistiendo le hice un guiño de entendimiento:

—Sabes dónde está ahora mismo Metaxas. Y quizá sepas en qué momento. ¡Vamos Pronto! Estoy al corriente. Es inútil que te las des de tonto conmigo.

Entró en la sala adyacente para consultar con Pastiras y Herschel. Debieron apoyarme pues Protopopulos volvió y me dijo al oído:

—17 de agosto de 1105. Dale buenos días de mi parte.

Le di las gracias y me puse en marcha.

Metaxas vivía en las afueras más allá de las murallas de Constantinopla. La tierra era barata por allí a comienzos del siglo XII, especialmente por la invasión de los turcos en 1090 y la llegada de la chusma turbulenta de los cruzados seis años antes. La gente que vivía en el exterior de la ciudad en aquellos tiempos sufrió pruebas muy duras. Hermosísimas propiedades fueron vendidas a precios casi regalados por aquel entonces. Metaxas se compró la suya en 1095 cuando los propietarios estaban todavía recuperándose de los destrozos causados por Patzinaq empezando ya a inquietarse por la llegada de una nueva oleada de invasores.

Pero Metaxas contaba con una ventaja sobre los vendedores: ya había estado por delante en la línea y había podido ver hasta qué punto se estabilizarían las cosas en años venideros, bajo el reinado de Alexis I Comneno. Sabía que la región en que se encontraba la villa estaría a salvo durante todo el siglo XII.

Atravesé la antigua Estambul y tomé un taxi para que me llevase cinco kilómetros más allá de las derruidas murallas. Naturalmente, en el tiempo actual no era un barrio de las afueras, sino una parte bastante grisácea de la moderna metrópolis.

Cuando pensé en que ya estaba bastante lejos de la urbe, apoyé el pulgar en la placa y despedí el taxi. Luego me coloqué en un callejón, verificando algunas cosas antes de saltar. Algunos muchachos que me vieron vestido a la moda bizantina se acercaron a mirar, sabiendo que iba a partir hacia el pasado. Me hablaron en turco con voz alegre, pidiéndome que les llevara.

Un mugriento angelote me dijo en un francés reconocible:

—Espero que te corten la cabeza.

Los niños son de una sinceridad tan maravillosa ¿verdad? ¡Y tan gentilmente hostiles sea cual sea la época! Ajusté el crono, hice un gesto obsceno hacia mi joven amigo, y remonté la línea. Los edificios grises se desvanecieron. La tristeza de noviembre dio paso al soleado brillo de un día de agosto. El aire que respiraba era fresco y perfumado. Me encontraba junto a un largo sendero pavimentado que cruzaba entre dos bosquecillos. Un carro tirado por dos caballos se acercó tranquilamente y se detuvo ante mí.

Un hombre joven y delgado, vestido de campesino, se inclinó y me dijo:

—Mi señor Metaxas me envía para llevarte a su lado.

—Pero... él no me esperaba...

Antes de decir alguna estupidez, preferí callarme. Era evidente que Metaxas me esperaba. ¿Habría provocado yo sin darme cuenta alguna paradoja de Discontinuidad?

Subí al carro encogiéndome de hombros.

Mientras rodábamos hacia el oeste, mi conductor me señaló los viñedos a la izquierda de la vereda y las higueras de la derecha.

—Todo esto —dijo orgullosamente— pertenece a Metaxas. ¿Habías estado aquí antes?

—No, nunca —repliqué.

—Mi amo es un gran hombre. Es amigo de los pobres y aliado de los poderosos. Todo el mundo le respeta. El propio emperador Alexis estuvo entre nosotros el mes pasado.

Aquello me inquietó ligeramente. Metaxas había corrido muchos riesgos forjando una identidad perdurable diez siglos antes de su época en el pasado; ¿qué diría la Patrulla Temporal si supiera que era amiguete de los emperadores? Sin duda, mantendría opiniones que podrían alterar el futuro, pues él ya conocía los acontecimientos que habían de suceder. ¿A quién se le podía ocurrir colarse en la matriz histórica de la época para hacerse consejero de la realeza? ¿Qué podría haber más turbador?

Las viñas y las higueras dieron paso a campos de trigo.

—Esto también pertenece a Metaxas —explicó el conductor.

Me había imaginado que Metaxas viviría en una pequeña villa confortable, en una o dos hectáreas de terreno, con un jardín ante la casa y, quizá, un huerto por detrás. Nunca pensé que pudiera ser propietario de una finca de tal envergadura.

Pasamos ante rebaños pastando, delante de un molino accionado por bueyes, cerca de un estanque repleto de peces, hasta que desembocamos en una doble hilera de cipreses que bordeaban un camino que se unía a la ruta principal. Tomamos el camino y llegamos en pocos minutos ante una espléndida villa, donde Metaxas, en el umbral, nos esperaba vestido con la ropa que podría llevar el compañero de un emperador.

—¡Jud! —exclamó estrechándome animadamente—. ¡Amigo mío! ¡Hermano! ¡Jud me han hablado de la gira que has llevado! ¡Magnífico! ¿Han dejado ya los turistas de alabarte?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Kolettis y Pappas. Están aquí. ¡Entra, entra, entra! ¡Vino para mi invitado! ¡Y ropa nueva! ¡Entra, Jud, entra!

35

La villa era de estilo clásico —con atrio y peristilo—, con un gran patio central rodeado de columnas, mosaicos en el suelo, una biblioteca atestada de pergaminos, un comedor con una mesa redonda de marfil e incrustaciones de oro capaz para recibir a tres docenas de comensales un salón adornado con estatuas y una sala de baños de mármol. Los esclavos de Metaxas me llevaron a la sala de baños y Metaxas me dijo que me vería más tarde.

Yo tenía derecho al tratamiento real.

Tres jóvenes esclavas de cabellos negros —persas, me explicó más adelante Metaxas— se ocuparon de mí durante el baño. No iban vestidas más que con un cinturón y me despojaron de mis ropas en un instante, en medio de un torbellino de senos y turgencias: a continuación se dedicaron a frotarme y enjabonarme

hasta que quedé lustroso. Baño de vapor, baño caliente, baño frío: mis poros recibieron un tratamiento completo. Cuando salí del agua, me secaron hasta en los más escondidos rincones y me vistieron una túnica en extremo elegante que nunca pensé que podría llevar. A continuación desaparecieron entre un agradable balanceo de nalgas desnudas por un pasadizo subterráneo. Un mayordomo de cierta edad apareció y me condujo hasta el atrio, donde Metaxas me esperaba con una copa de vino.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Me da la impresión de vivir en un sueño.

—Exactamente. Y yo soy el soñador. ¿Has visto los campos? ¡Trigo, olivos, ganados, viñas, de todo! Y es mío. Son mis firmes inversiones. Cada año, los beneficios de la temporada precedente me permiten comprar nuevas tierras.

—Es increíble —dije— Y lo más increíble es que te dejen hacerlo.

—Me he ganado la invulnerabilidad —replicó Metaxas con sencillez—. La Patrulla Temporal sabe que debe dejarme tranquilo.

—¿Saben que estás aquí?

—Creo que sí —dijo—. Pero se mantienen lejos. Procuero no causar ningún cambio notable en la trama de la historia. No soy un mal tipo. Me limito a cuidarme.

—Pero tú *cambias* la historia con el simple hecho de encontrarte aquí. Estas tierras debieron tener otro propietario en el verdadero año 1105.

—Estamos en el verdadero año 1105.

—Quiero decir en el original, antes de la llegada de los visitantes del Efecto Benchley. Te has deslizado en la lista de propietarios y... ¡maldita sea, el conductor del carro te llamó Metaxas! ¿Usas aquí ese nombre?

—Temístocles Metaxas. ¿Por qué no? Es un nombre muy griego.

—Sí, pero... escucha, ¡debe figurar en todos los documentos, en los archivos de impuestos, en todas partes! Has cambiado, sin lugar a duda, los archivos de Bizancio que han llegado hasta nosotros, metiéndote en un sitio donde antes no estabas. ¿Cuál...?

—No hay peligro —replicó Metaxas—. Mientras no le quite o le dé la vida a nadie y procure no cambiar ninguno de los acontecimientos importantes, todo irá bien. Ya lo sabes, provocar una verdadera alteración del tiempo es bastante difícil. Hay que hacer algo considerable, como matar a un monarca. Estando aquí, sin más, introduzco algunos cambios minúsculos, pero los borrarán diez siglos de historia y no habrá ningún cambio detectable en el mundo actual. ¿Me sigues?

Me encogí de hombros.

—Al menos, dime una cosa. ¿Cómo sabías que iba a llegar?

—Miré dos días en el futuro —dijo riéndose— y estabas aquí. Así que busqué la hora de tu llegada y le dije a Nicolás que fuese a buscarte. Te he ahorrado una buena caminata, ¿no te parece?

Naturalmente. Una vez más, yo no había pensado en cuatro dimensiones. Era evidente que Metaxas debía verificar regularmente su futuro inmediato para no ser la víctima de alguna broma de mal gusto en aquella época a menudo imprevisible.

—Ven —me dijo Metaxas— Vamos a reunirnos con los demás.

Estaban tendidos en divanes junto al estanque del patio, devorando pedazos de carne asada que unas jóvenes esclavas, vestidas con túnicas diáfanas, les colocaban en la boca. Allí pude ver a dos Guías amigos míos, Kolettis y Pappas, disfrutando de sus vacaciones. Pappas, el del bigote caído, conseguía parecer triste incluso cuando pellizcaba las hermosas nalgas persas; Kolettis, turbulento y

mofletudo, estaba en plena forma y no dejada de cantar y reír. Un tercer hombre, a quien no conocía, observaba los peces del estanque. Aunque iba vestido a la moda del siglo XII, encontré en él que su rostro era moderno. Y tenía razón.

—Este es el profesor Speer —me dijo Metaxas en inglés—. Un universitario de visita. Le presento al Guía Temporal Jud Elliott, doctor Speer.

Nos estrechamos las manos de modo formal. Speer tendría unos cuarenta años. De aspecto mustio, era un hombrecillo pálido, de rostro anguloso y mirada viva y nerviosa.

—Encantado —dijo.

—Y ésta es Eudisia —presentó Metaxas.

La vi en cuanto penetré en el patio. Era una joven delgada, de cabellos castaño rojizo, de piel clara pero de ojos oscuros, que podía tener entre diecinueve y veinte años. Llevaba muchas joyas y, evidentemente, no era una esclava; y, sin embargo, si uno se fiaba de las normas bizantinas, su ropa era muy atrevida, pues no era más que una doble capa de seda casi transparente. El tejido se le pegaba al cuerpo desvelando pequeños senos firmes, nalgas de muchacho, un ombligo poco profundo, e incluso la sombra de la mata triangular que alojaba su pubis. Prefiero las mujeres de cabello oscuro y figura voluptuosa aunque, siendo como era, Eudisia me pareció extremadamente atractiva. Parecía tensa, viva, llena de un ardor y una furia incontenibles.

Me examinó con fría insolencia y marcó su aprobación colocándose las manos en los muslos y haciendo una ligera reverencia. El movimiento le levantó la ropa y me reveló su desnudez de un modo más detallado. Sonrió. Sus ojos brillaron impudicamente.

—Ya te he hablado de ella —me dijo Metaxas en inglés—. Es mi tática-tática-multi-tática-abuela. Llévatela a la cama esta noche. ¡Mueve las caderas de un modo increíble!

Eudisia me sonrió aún más cálidamente. No sabía lo que estaba diciendo Metaxas, pero no debía dudar de que hablaba de ella. Intenté no mirar con demasiada insistencia los revelados encantos de la bella Eudisia. ¿Resulta moral que un hombre desee a la tática-tática-multi-tática-abuela de su anfitrión?

Una magnífica esclava desnuda me ofreció unos pinchos de cordero y aceitunas. Comí sin poner atención. Tenía la nariz llena del aroma de Eudisia.

Metaxas me sirvió un poco de vino y me alejé de ella.

—El doctor Speer —me explicó, está aquí para efectuar unas investigaciones. Estudia el drama griego clásico y le gustaría encontrar unos manuscritos perdidos.

El doctor Speer hizo resonar los talones. Era la clase de teutón pedante del que uno sabe que empleará a la menor ocasión toda su titulación académica al completo. ¡*Achtung!* ¡*El profesor agregado Speer!*

—Todo ha ido muy bien hasta ahora —declaró el profesor agregado Speer—. Naturalmente, mis investigaciones no han hecho más que empezar y, no obstante, he encontrado en unas bibliotecas bizantinas la *Nausicaa* y el *Triptolemo* de Sófocles, así como la *Andrómeda* de Eurípides, las *Peliades*, el *Fedón* y el *Edipo* y, de Esquilo, un manuscrito casi completo de las *Mujeres de Etna*. Como puede ver, he trabajado bastante.

Volvió a entrechocar los talones.

Era inútil recordarle que a la Patrulla Temporal no le terminaba de gustar que aparecieran obras maestras desaparecidas. El mero hecho de estar allí, en la villa de Metaxas, era contrario al reglamento de la Patrulla, y nos hacía cómplices de varios delitos temporales.

—¿Tiene intención de volver con esos manuscritos al tiempo actual? —le pregunté.

—Sí, naturalmente.

—¡Pero no podrá publicarlos! ¿Qué va a hacer con ellos?

—Estudiarlos —respondió el profesor agregado Speer—. Aumentar mi conocimiento del drama griego. A continuación, colocaré cada manuscrito en un lugar en que los arqueólogos no dejen de descubrirlos, de modo que tales obras no se perderán para el mundo. Es un crimen menor, ¿no le parece? ¿Se me puede considerar un criminal por querer conocer mejor la obra de Sófocles?

Aquello me parecía muy bien.

Siempre había pensado que era una idiotez prohibir a la gente remontar la línea del tiempo para descubrir manuscritos o cuadros perdidos. Comprendía que había que impedir que alguien regresase a 1600 para huir con *La Piedad* de Miguel Angel o la *Leda* de Leonardo. Sería una alteración temporal, incluso un crimen temporal, pues tanto la *Piedad* como la *Leda* debían continuar su propio camino año tras año hasta nuestro tiempo actual, y no saltarse cuatro siglos y medio de historia. Pero, ¿por qué prohibirnos recuperar las obras de arte que nunca han llegado a nosotros? ¿A quién podría dañar?

—¡Doc Speer, tiene usted toda la razón! —reconoció Koletus—. Dejan que los historiadores exploren el pasado para corregir el conocimiento histórico, ¿no es verdad.? ¡Y cuando publican sus estudios revisionistas alteran el conocimiento!

—¡Exacto! —dijo Pappas—. Como por ejemplo, cuando se dieron cuenta de que Lady Macbeth era una mujer muy dulce que intentaba a cualquier precio reprimir las insensatas ambiciones de su sanguinario esposo. También se podría mencionar el caso de Moisés. O de Ricardo III. O Juana de Arco. Hemos reajustado el conocimiento histórico en un millón de puntos desde el descubrimiento del Efecto Benchley, y...

—... y en esas condiciones, ¿por qué no rellenar también los agujeros de la ciencia literaria? —preguntó Kolettis—. ¡A la salud de doc Speer! ¡Trinque todos los manuscritos que pueda, doc!

—Los riesgos son grandes —dijo Speer—. Si me descubren, seré severamente castigado, quizá incluso perdiera mi puesto en la universidad. —Dijo aquellas últimas palabras como si le estuvieran cortando los genitales—. La ley es muy extraña y los Patrulleros Temporales son hombres muy temerosos: ¡temen incluso los cambios, benéficos!

Ningún cambio puede ser benéfico para la Patrulla Temporal. Aceptan las revisiones históricas porque no pueden impedir las; la legislación en vigor permite ese tipo de investigaciones. Pero la misma ley prohíbe la transferencia de cualquier objeto tangible encontrado en la línea temporal, excepto que pueda ser empleado para la buena marcha del Servicio Temporal; y la Patrulla se atiene a esa norma.

—Si busca obras de teatro griego —dije—, ¿por qué no echa un vistazo a la biblioteca de Alejandría? Por cada manuscrito que haya sobrevivido a la época bizantina, habrá una docena en Alejandría.

El profesor agregado Speer me sonrió del mismo modo que se sonríe a los niños inteligentes pero un poco inexpertos.

—La biblioteca de Alejandría —me explicó tranquilamente— es, evidentemente, un gran objetivo para los estudiantes universitarios de mi misma índole. Es vigilada permanentemente por un miembro de la Patrulla Temporal que se hace pasar por un escriba. Procede a realizar varios arrestos mensuales, por lo que he oído decir. No quiero correr un riesgo semejante. Aquí en Bizancio me cuesta trabajo encontrar lo que busco, pero es más seguro. Seguiré investigando. Espero

encontrar unas noventa obras de Sófocles, y por lo menos otras tantas de Esquilo, y...

36

La cena fue una fiesta suntuosa. Nos atiborramos de sopa, estofado, pato asado, pescado, cerdo, cordero, espárragos, champiñones, manzanas, higos, alcachofas, huevos duros servidos en platos de esmalte azul, quesos, ensaladas y vinos. Por cortesía hacia Eudisia, que se sentaba a la mesa, hablamos en griego y no discutimos de viajes por el tiempo, ni de las taras de la Patrulla Temporal.

Tras la comida, cuando unos bufones enanos empezaron a actuar para nosotros, llamé a Metaxas.

—Tengo algo que enseñarte —le dije, pasándole el pergamino en el que había esbozado mi genealogía.

Lo miró y frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—Mi ascendencia. Hasta el siglo VII.

—¿Cuándo la has hecho? —me preguntó, riendo.

—Durante las pasadas vacaciones. Le hablé de mis visitas al abuelo Passilidis, a Gregory Markezinis, mi salto a la época de Nicéforo Ducas.

Metaxas estudió la lista con más cuidado.

—¿Ducas? ¿Qué significa eso de Ducas?

—Yo. Soy un Ducas. El escriba me dio detalles hasta el siglo VII.

—Imposible. Nadie sabe quiénes eran los Ducas en esa época. ¡Es falso!

—Quizá lo sea en parte. Pero a partir de 950 es verídico. Son de mi familia. Les he seguido desde Bizancio hasta Albania y a la Grecia del siglo XX.

—¿En serio?

—Te lo juro.

—¡Maldito cerdo! —me dijo Metaxas amablemente—. ¡Te has hecho con todo esto en unas solas vacaciones! ¡Y un Ducas nada menos! ¡Un Ducas! —Consultó de nuevo la lista—. Nicéforo Ducas hijo de... humm... ¡León Ducas! ¡Pulcheria Botaniates!

—¿Qué pasa?

—Les conozco —exclamó Metaxas—. Les he invitado alguna vez y yo he ido ya a su casa. El es uno de los hombres más ricos de Bizancio ¿lo sabías? Y su mujer Pulcheria... una dama encantadora...—Me sujetó el brazo salvajemente—. ¿Podrías jurarlo? ¿Son tus antepasados?

—Del todo.

—¡Magnífico! —dijo Metaxas—. Déjame que te hable de Pulcheria. Ella... oh digamos que tiene diecisiete años. León se casó con ella siendo una niña. Suele hacerse muy a menudo. Es más o menos así de alta y tiene unas tetas *como esto* y un vientre liso y unos ojos que te abrasan.

—Me liberé de su presa y acerqué mi rostro al suyo.

—Metaxas ¿no te habrás...?

No pude acabar.

—¿... acostado con Pulcheria? No, no. ¡Es la pura verdad Jud! Ya tengo muchas mujeres. Pero escucha, muchacho ¡juegas tus cartas! Puedo ayudarte a encontrarla. Está ya madura para la seducción. Joven, sin hijos, hermosa y aburrida: su marido trabaja tanto que apenas la ve. ¡y además es tu tática-tática-multi-tática-abuela!

—Esa es tu obsesión, no la mía —le recordé—. Para mí sería una razón para mantenerme apartado de ella.

—No hagas el idiota. Te lo tendré todo arreglado en dos o tres días. Te presentaré a los Ducas cuando nos inviten a su palacio en la ciudad; una palabra a la sirvienta de Pulcheria y...

—No —dije.

—¿No?

—No. No quiero mezclarme en nada parecido.

—No es fácil hacerte feliz, Jud. No quieres tirarte a la emperatriz Teodora, no quieres echarle la siesta con Pulcheria Ducas... ¿no me dirás que tampoco quieres trabajarte a Eudosia?

—No me molesta tirarme a una de tus antepasadas —le respondí, sonriendo—. Ni siquiera me importaría hacerle un hijo a Eudosia. ¿Qué te parecería si me convirtiera en tu tátara-tátara-multitátara-abuelo?

—No es posible —replicó Metaxas.

—¿Por qué no?

—Porque Eudosia seguirá soltera y sin hijos hasta 1109. Luego, se casará con Basilio Stratiocus y tendrá siete hijos y tres hijas en los quince años siguientes; uno de los chicos será mi antepasado. ¡Dios mío, qué gorda va a ponerse!

—Todo eso puede cambiarse —le recordé.

—¡Una mierda! —replicó Metaxas—. ¿Crees que no vigilo mi linaje? ¿Crees que dudaría en borrarte de la historia si te atrevieras a cambiar el matrimonio de Eudosia? No tendrá hijos antes de que la deje preñada Basilio Stratiocus, así están las cosas. Pero es tuya durante esta noche.

Y lo fue. Me dio la mayor prueba de hospitalidad según sus criterios. Metaxas envió a su abuela Eudosia a mi habitación. Su cuerpo delgado y ligero me resultó un poco pequeño; sus senos duros y pequeños no me llenaban la mano. Pero era una tigresa. Vibrando de energía y pasión trepó sobre mí y, en una veintena de rápidas rotaciones de las caderas se balanceó colgando del orgasmo; y aquello sólo fue el principio. No me dejó dormir antes del amanecer.

En mis sueños, vi a Metaxas escoltándome hasta el palacio de los Ducas, presentándome a mi tárara-tátara-multi-tátara-abuelo León, quien decía con voz tranquila:

—Esta es mi mujer, Pulcheria —y en mis sueños me daba la impresión de que era la mujer más hermosa que hubiera visto.

37

Como Guía me encontré con mis primeros problemas en la siguiente gira. Como era demasiado orgulloso para pedir ayuda a la Patrulla Temporal, me vi apresado por la paradoja de la Duplicación y padecí, igualmente, la paradoja del Desplazamiento Transitorio. Pero pienso que no me las arreglé del todo mal.

Me había llevado a nueve turistas a asistir a la llegada de la primera Cruzada a Bizancio, cuando empezaron los problemas.

—En 1095 —les dije a mis clientes—, el Papa Urbano II lanzó un llamamiento para liberar la Tierra Santa del yugo sarraceno. Los caballeros europeos se apresuraron a alistarse en la Cruzada. Entre los que aprobaban aquella guerra de Liberación se encontraba el emperador Alexis de Bizancio, que veía en la Cruzada un modo de reconquistar los territorios de Oriente próximo que Bizancio entregó a los turcos y a los árabes. Alexis envió un mensaje diciendo que estaría de acuer-

do en ayudar, siempre y cuando unos cientos de caballeros experimentados procedieran a ayudarlo previamente a rechazar a los infieles. Pero recibió más de lo que esperaba, como veremos en un momento, en 1096.

Saltamos al 1 de agosto de 1096.

Tras subir a las murallas de Constantinopla, miramos al campo que rodeaba la ciudad y descubrimos que estaba cubierto de tropas: no caballeros vestidos con cotas de malla, sino un amasijo de campesinos vestidos con harapos.

—Es la cruzada popular —dije—. Mientras los soldados profesionales preparaban el itinerario de su marcha, un pequeño iluminado maloliente y flacucho llamado Pedro el Ermitaño reunió a un millar de pobres y granjeros y les condujo a través de Europa hasta Bizancio. Robaron y saquearon a lo largo de todo el camino, destruyeron la cosecha de media Europa y quemaron Belgrado a causa de una diferencia de opinión con los administradores bizantinos. Pero treinta mil de ellos han conseguido llegar hasta aquí.

—¿Cuál es Pedro el Ermitaño? —me preguntó el más turbulento de los miembros del grupo, una mujer de Des Moines llamada Marge Hefferin, cuarentona y bachiller.

Comprobé la hora.

—Le verá dentro de un minuto y medio. Alexis ha enviado a varios dignatarios para invitar a Pedro a la Corte. Quiere que Pedro y su banda se queden en Constantinopla hasta la llegada de los caballeros y los barones, pues los suyos se harían matar por los turcos si entrasen en Asia Menor sin escolta militar. ¡Miren: es Pedro!

Dos grandes personajes bizantinos excesivamente amanerados salieron de la multitud, reteniendo el aliento visiblemente y deseando, sin duda, taparse la nariz. Entre ellos avanzaba un hombre de mal aspecto, descalzo, vestido con harapos, sucio, con el mentón prominente, los ojos brillantes y el rostro enjuto.

—Pedro el Ermitaño —dije—. Va a reunirse con el emperador.

Saltamos tres días. La cruzada popular había entrado en la ciudad y hacía sufrir muchos daños a la ciudad de Alexis. Una buena parte de las casas estaba ardiendo. Diez cruzados se habían subido al techo de una de las iglesias para arrancar planchas de plomo con el fin de revenderlas. Una mujer bizantina de alta cuna salió de Santa Sofía y fue desnudada y violada ante nuestros ojos por algunos de los piadosos peregrinos guiados por Pedro.

—Alexis ha hecho una mala estimación dejando que la chusma penetre en la ciudad —dije—. Ahora intenta arreglar las cosas para llevarles al otro lado del Bósforo, ofreciéndoles pasaje gratuito hasta Asia. Empezarán a salir el 6 de abril. Los cruzados destruirán primero las colonias bizantinas instaladas al oeste de Asia Menor; luego, atacarán a los turcos y serán, prácticamente, exterminados. Si tenemos tiempo, les llevaré a 1097, al otro lado, para que vean las montañas de esqueletos que bordean el camino. Es todo lo que quedó de la gente de la Cruzada popular. Pero, mientras pasa todo esto; los profesionales están en marcha. Veámoslos.

Les expliqué a mis clientes que había cuatro ejércitos cruzados: el de Raymond de Toulouse, el del duque Robert de Normandía, el de Bohemundo y Tancredo y el de Godofredo de Bouillon, Eustaquio de Bolonia y Balduino de Lorena. Algunos de los viajeros ya sabían algo acerca de las Cruzadas e inclinaron la cabeza al escuchar algunos nombres.

Saltamos a la última semana de 1096.

—Alexis —dije—, no ha olvidado la lección de la Cruzada popular. No cuenta con que los verdaderos cruzados se queden mucho tiempo en Constantinopla.

Deben pasar todos ellos por Bizancio para dirigirse a Tierra Santa, pero les hará cruzar el Bósforo a toda prisa, y pedirá a sus jefes que le juren acatamiento antes de recibirles.

Vimos cómo el ejército de Godofredo de Bouillon plantaba sus tiendas ante los muros de Constantinopla. Observamos a los enviados ir de un lado para otro, a Alexis exigiendo el juramento de obediencia, a Godofredo negándose a aceptarlo. Cubrí hábilmente cuatro meses en menos de una hora, enseñando el modo en que la desconfianza y la hostilidad fueron creciendo entre los cristianos de la Cruzada y los cristianos de Bizancio, que tenían obligatoriamente que ayudar a la reconquista de Tierra Santa. Godofredo seguía en sus trece de no jurar obediencia; Alexis no sólo dejaba a los cruzados más allá de la murallas de Constantinopla, sino que bloqueó su campamento, esperando llevarles a un estado tal de hambre que les obligase a partir; Balduino de Lorena empezó a asaltar las aldeas cercanas; Godofredo capturó un pelotón de soldados bizantinos y mató a todos ellos ante las murallas de la ciudad. El 2 de abril los cruzados plantaron sitio a Constantinopla.

—Podrán ver lo fácilmente que les rechazan los bizantinos —expliqué—. Tras perder la paciencia, Alexis lanzó a la batalla a sus tropas escogidas. Los cruzados, todavía desentrenados para combatir juntos, huyeron. El domingo de Pascua, Godofredo y Balduino se sometieron al juramento de obediencia a Alexis. Todo fue bien. El emperador dio un banquete en honor de los cruzados, en Constantinopla, y se apresuró a ayudarles a cruzar a la otra orilla del Bósforo. Sabe que nuevos cruzados llegarán en pocos días: el ejército de Bohemundo y Tancredo.

Marge Hefferin lanzó un apagado chillido al oír recitar aquellos nombres. Aquello debió alertarme.

Habíamos saltado al 10 de abril para ver la nueva hornada de cruzados. Millares de soldados acampaban de nuevo ante Constantinopla. Se pavoneaban vestidos de acero y simulaban combatir con espadas y mazas cuando se aburrían.

—¿Quién es Bohemundo? —preguntó Marge Hefferin.

Escruté el campamento.

—Aquél —repliqué.

—¡Oooh! Era *verdaderamente* impresionante. Cerca de dos metros de altura, un verdadero gigante para su época; su cabeza y hombros estaban por encima de la concurrencia que le rodeaba. Hombros enormes, pecho enorme, cabellos muy cortos. De piel extrañamente blanca. Aspecto fanfarrón. Siniestro, rudo y salvaje.

Y mucho más astuto que los otros líderes guerreros. En lugar de querellarse con Alexis a causa del juramento de alianza, Bohemundo juró inmediatamente. Los juramentos, para él, no eran otra cosa que palabra, y habría sido una estupidez perder el tiempo discutiendo con los bizantinos cuando había imperios enteros que conquistar en Asia. Y Bohemundo no tardó en entrar en Constantinopla. Llevé a mis clientes a la puerta por la que debía penetrar en la ciudad para que pudieran verle de cerca. Grave error.

Llegaron los cruzados, avanzando sonoramente, de seis en fondo.

Cuando apareció Bohemundo, Marge Hefferin se escapó del grupo. Abrió la túnica y dejó a la vista sus enormes pechos blancos. Supongo que como propaganda.

Se lanzó hacia Bohemundo, gritando:

—¡Bohemundo, Bohemundo, te amo, te amo desde siempre! ¡Tómame! ¡Haz de mí tu esclava, amor mío!

... y cosas del mismo estilo.

Bohemundo se volvió y la miró con aspecto sorprendido. Creo que ver a una robusta mujer aullando medio desnuda y corriendo hacia él debió dejarle perplejo. Pero Marge ni siquiera consiguió acercarse a cinco metros del gigante.

Un caballero que se hallaba delante de Bohemundo, creyendo que se trataba, sin duda, de una tentativa de asesinato, sacó la daga y la plantó en medio de los dos pechos de Marge. El impacto detuvo la loca carrera y la mujer retrocedió tambaleante, frunciendo el ceño. La sangre manó entre sus labios. En el mismo momento en que caía, otro jinete le lanzó una estocada que a punto estuvo de partirla en dos por la cintura. Los intestinos cayeron en el suelo.

Todo aquello no llevó ni quince segundos. No tuve tiempo para hacer ni el más mínimo gesto. Me quedé allí, perplejo, sin darme cuenta de que mi carrera como Guía Temporal podría terminar allí mismo. Perder un turista es lo peor que le puede pasar a un Guía: es casi tan grave como cometer uno mismo un crimen temporal.

Debía actuar a toda prisa.

—¡Que nadie se mueva de aquí! —les dije a los turistas—. ¡Es una orden!

Era poco probable que desobedecieran. Se abrazaban unos a otros al borde de la histeria lloriqueando, vomitando y temblando. La impresión haría que se quedasen quietos durante unos minutos: más tiempo del que necesitaba.

Ajusté el crono para volver dos minutos en el pasado y salté.

Estuve de pronto al lado de mí mismo. Yo estaba allí con mis orejas enormes y todas mis cositas viendo a Bohemundo subir por la calle. Los turistas se apelotonaban a mi lado. Marge Hefferin, con el aliento entrecortado se levantó sobre la punta de los pies para ver mejor a su ídolo, dispuesta ya para abrirse la túnica.

Me coloqué detrás de ella.

En el momento en que iba a hacer el primer movimiento en dirección a la calle mis manos saltaron. Mi mano izquierda la agarró de las nalgas, la derecha por el pecho y le dije al oído:

—Quédese tranquila o lo lamentaré.

Se retorció para soltarse. Mis dedos se hundieron más profundamente en la carne de su agitada grupa y la agarraron con firmeza. Volvió la cabeza para ver quién la atacaba y vio que era yo; miró con sorpresa a mi otro yo unos cuantos pasos a su izquierda. Dejó de debatirse. Le murmuré de nuevo que se quedase tranquila, y Bohemundo pasó a nuestro lado y se perdió al fin de vista.

La solté y reajusté el crono para saltar en la línea sesenta segundos.

En total estuve lejos de los clientes menos de un minuto. Esperaba encontrarlos vomitando junto al cuerpo ensangrentado de Marge Hefferin. Pero mi corrección había sido un éxito. No había ningún cadáver en el suelo y las vísceras no habían sido aplastadas por las botas de los cruzados que desfilaban por la calle. Marge estaba jumo a los otros miembros del grupo sacudiendo la cabeza con total incomprensión sin dejar de rascarse la retaguardia. Su túnica estaba todavía abierta y pude ver las marcas rojas de mis dedos en el suave globo de su pecho derecho.

¿Se habría dado cuenta alguno de ellos de lo que había pasado? No. No. Ni el menor recuerdo. Mis turistas no habían padecido la paradoja del Desplazamiento Transitorio, pues no habían saltado hacia atrás como hice yo; así que yo era el único en recordar lo que ya no existía en su mente, era el único que podía recordar claramente el sangriento suceso que me ocupé en transformar en un no-suceso.

—¡Descendemos por la línea! —aullé, y les llevé a todos ellos a 1098.

La calle estaba tranquila. Los cruzados habían partido mucho tiempo antes y se

encontraban por aquel entonces en Siria, asediando Antioquía. Era el crepúsculo de un pesado día de verano, y nuestra súbita llegada no tuvo testigos.

Marge fue la única en darse cuenta de que había ocurrido algo extraño; los otros no vieron nada peculiar, pero ella sabía perfectamente que un segundo Jud Elliott se materializó a sus espaldas y le impidió precipitarse a la calle.

—¿Qué pretendía hacer, por amor de Dios? —le pregunté—. Iba a cruzar la calle para lanzarse ante Bohemundo, ¿verdad?

—No podía refrenarme. Tenía que hacerlo. Siempre he amado a Bohemundo, ¿lo entiende? Era mi héroe, mi dios... he leído todo lo que se ha escrito sobre él. Al verle allí, delante de mí...

—Déjeme que le cuente lo que ha pasado de verdad —le dije

Y le expliqué el modo en que fue asesinada. Luego le expliqué cómo reajusté el pasado, cómo hice pasar el episodio de su muerte a una línea paralela.

—Me gustaría que supiera, además —añadí—, que la única razón por la que no está usted muerta es porque quiero conservar mi trabajo. Habría sido de muy mal efecto que un Guía no pudiera controlar a sus clientes. De otro modo, me encantaría que siguiera usted hecha pedazos. ¿No le han dicho un millón de veces que no debe dejarse ver nunca?

Le pedí que olvidara lo que había hecho por ella: nunca había cambiado los hechos para salvarle la vida.

—La siguiente vez que me desobedezca... —advertí.

Iba a decirle que la cogería entre las manos y haría con ella una cinta de Moebius. Pero me di cuenta a tiempo de que un Guía no puede hablar así con los clientes, fuera cual fuese la falta cometida.

—... pondré fin a su viaje y la devolveré al tiempo actual, ¿entendido?

—No volveré a desobedecerle —murmuró—. Lo juro Ahora que me ha contado todo eso, casi puedo sentir la daga que me atraviesa...

—Eso no ha pasado nunca.

—Eso no ha pasado nunca —dijo sin creérselo—. Ponga algo más de convicción. Eso no ha pasado nunca.

—Eso no ha pasado nunca —repitió—. ¡Pero casi puedo sentirla!

38

Pasamos toda aquella noche de 1098 en un albergue. Me sentía fatigado y un poco tenso después de tan delicado trabajo y decidí saltar hasta 1105 durante el sueño de mis clientes para acercarme a casa de Metaxas. No sabía siquiera si estaría en la villa, pero valía la pena intentarlo. Tenía verdadera necesidad de tranquilizarme.

Calculé las fechas cuidadosamente.

Las últimas vacaciones de Metaxas empezaron a principios de 2059 y saltó hacia allí a mediados de agosto de 1105. Pensé que pasaría en el pasado de diez a doce días. Tenía que estar de vuelta para finales de noviembre de 2059; a continuación, suponiendo que se fuera de gira durante dos semanas, debería volver a la villa sobre el 15 de setiembre de 1105.

Preferí no correr riesgos y descendí el 20 de setiembre.

Debía encontrar un modo de llegar a la villa.

Es una de las cosas más raras de la era del Efecto Benchley: me era más fácil saltar siete años en la línea temporal que recorrer unos pocos kilómetros por la campiña bizantina. Pero era un problema. No tenía un carro a mano y no podía

llamar a un taxi del siglo XII.

¿Andar? ¡Qué idea más ridícula!

Pensé dirigirme al albergue más cercano y hacer tintinear unos cuantos besantes ante los carreteros independientes, hasta encontrar uno que me quisiera acercar a casa de Metaxas; justo entonces oí una voz familiar:

—¡Herr Guía Elliott! ¡Herr Guía Elliott!

Me volví. El profesor agregado Speer.

—¡Gutentag, Herr Guía Elliott! —dijo el profesor agregado Speer.

—Guten...

Me callé, frunciendo el ceño, y le saludé de un modo más bizantino. Sonrió indulgentemente al ver cómo me acomodaba a las reglas.

—He hecho una visita muy fructífera —me dijo. Desde la última vez que nos vimos, he encontrado el *Tamiras* de Sófocles y la *Melanippe* de Eurípides y una parte de lo que creo que sea el *Arquelao* de Eurípides. Además, el texto de una obra que pretende ser el *Helios* de Esquilo, del que no hay referencia alguna en los archivos. Quizá sea un apócrifo, o un nuevo descubrimiento; leyéndolo, lo averiguaré. Una buena visita, ¿verdad, Herr Guía?

—Espléndida —respondí.

—Y, ahora, me vuelvo a la villa de nuestro amigo Metaxas, en cuanto acabe de comprar un par de cosillas. ¿Quiere acompañarme?

—¿Va rodando? —pregunté.

—¿Was meinen Sie mit "rodando"?

—Transporte. Carro.

—¡Natürlich! Ahí fuera. Me espera un carro *mit einem* conductor de casa de Metaxas.

—¡Sorprendente! —dije—. Termine de comprar y volveremos juntos a casa de Metaxas, ¿de acuerdo?

La tienda se veía sombría y parecía perfumada. Había mercancías diversas en toneles, frascos, sacos y cajas: aceitunas, nueces, dátiles, higos, pasas, pistachos, quesos y especias de diversas clases. Speer, que aparentemente hacía la compra para el chef de Metaxas, eligió algunos productos y tendió una bolsa llena de besantes para pagar. Mientras tanto, una carroza muy elegante se detuvo ante la tienda y tres personas descendieron de ella para entrar en el almacén. Una de ellas era una joven esclava —cuya misión, evidentemente, consistía en transportar las mercancías al carro—. La segunda era una mujer madura sencillamente vestida —supuse que una dueña; el tipo de dragón que acompañaba a las mujeres bizantinas cuando salían de paseo. La tercera persona era una mujer de alto rango que daba una vuelta por la ciudad.

Era extraordinariamente bella.

Supe en el acto que no tendría más de diecisiete años. Tenía la belleza serena y libre de los mediterráneos; sus grandes ojos eran negros y brillantes, rodeados de largas pestañas; el color de su tez, oliváceo, de labios sensuales y nariz aguilina; su actitud era elegante y aristocrática. Los ropajes de seda blanca revelaban los contornos de sus senos altos y generosos, de sus caderas, de sus voluptuosas nalgas. Representaba a todas las mujeres que había deseado unidas en un solo cuerpo ideal.

La estudié sin escrúpulos.

Me devolvió la mirada. Sin la menor turbación.

Nuestros ojos se encontraron y una poderosa corriente de energía pasó entre nosotros haciéndome temblar cuando penetró en mí. Sonrió levantando ligeramente el lado izquierdo de la boca, encogiendo suavemente los labios y descu-

briendo dos dientes brillantes. Era una sonrisa que invitaba. Una sonrisa llena de deseo.

Me hizo una señal apenas perceptible con la cabeza.

A continuación se volvió, y señalando los estantes pidió esto y aquello, y aquello de más allá, y no dejé de mirarla hasta que la dueña, tras detectar mis miradas, me regaló una terrible imagen de su advertencia.

—Vamos —dijo Speer impaciente—. El carro espera...

—Que espere un poco más.

Le hice esperar en la tienda hasta que las tres mujeres terminaron las compras. Las miré mientras se iban, con los ojos clavados en el delicioso balanceo de las caderas envueltas en seda de mi adorada. Me lancé contra el tendero y le agarré de la muñeca ladrando:

—¡Esa mujer! ¿Cuál es su nombre?

—Mi señor yo... es...

Puse una moneda en el mostrador.

—¡Su nombre!

—Es Pulcheria Ducas —resopló el hombre—. La esposa del célebre León Ducas que...

Lancé un rugido y salí corriendo de la tienda.

Su carroza se alejaba en dirección al Cuerno de Oro.

Speer se reunió conmigo.

—¿Está usted bien *Herr* Guía Elliott?

—Estoy tan enfermo como un cerdo —refunfuñé—. Pulcheria Ducas... era Pulcheria Ducas...

—¿Y qué?

—La amo Speer ¿puede entenderlo?

—La carroza está lista —dijo impasible.

—No tiene importancia. No voy con usted. Salude a Metaxas en mi nombre.

Descendí corriendo por la calle, angustiado, sin objetivo preciso, con la mente y el sexo inflamados por la imagen de Pulcheria. Temblaba. El sudor me empapaba. Me sentía sofocado. Llegué finalmente junto a la pared de una iglesia y apreté la mejilla contra la fría piedra, luego, toqué el crono para reunirme con los turistas a los que dejé dormidos en 1098.

39

Me comporté como un mal Guía durante el resto de la gira.

Enfermo, abatido, enamorado, turbado, enseñé a los clientes los acontecimientos habituales, la invasión de los venecianos en 1204 y la conquista turca de 1453, de un modo mecánico y carente de interés. Quizá no se dieron cuenta de que no les daba más que lo mínimo, o quizá no les importase. A lo mejor pensaban que era a causa de los problemas generados por Marge Hefferin. Guié la gira, para bien y para mal, y les devolví sanos y salvos al tiempo actual. A continuación, estuve libre.

Me encontraba de nuevo de vacaciones y el deseo atormentaba mi mente.

¿Volver a 1105? ¿Aceptar la oferta de Metaxas, dejar que me presentara a Pulcheria?

La idea me turbaba.

Las reglas de la Patrulla Temporal prohíben categóricamente cualquier tipo de confraternización entre los Guías (o cualquier otro viajero temporal) y la gente que

vive en la línea. El único contacto que podemos tener con los que vivan en el pasado debe ser fortuito y breve: comprar unas aceitunas, preguntar por el camino de Santa Sofía, cosas así. Nos está prohibido entablar amistades, tener largas discusiones filosóficas o relaciones sexuales con los habitantes de las épocas precedentes.

Particularmente con nuestros antepasados.

El tabú del incesto no me molestaba demasiado; como todos los tabúes, no era peor que otras cosas, y aunque habría tenido mis dudas respecto a acostarme con mi hermana o mi madre, no encontraba razón convincente que me impidiera acostarme con Pulcheria. Quizá sentía ciertos rescoldos de puritanismo, pero sabía que desaparecerían en el instante en que Pulcheria me dijera que estaba de acuerdo.

Sin embargo, me frenaba la universal disuasión del temor al castigo. Si la Patrulla Temporal me sorprendía manteniendo relaciones con mi multi-tátara-abuela, me enviarían, con toda certeza, al Servicio Temporal, donde quizá fuese encarcelado, corriendo el riesgo de morir a causa de crimen temporal de primer grado, bajo la acusación de haber querido convertirme en mi propio ancestro. Todas aquellas posibilidades me aterraban.

¿Cómo podrían prenderme?

Se me ocurren montones de argumentos. Por ejemplo:

Me presento a Pulcheria. Llego a estar más o menos a solas con ella. Me acerco a su hermoso cuerpo; ella grita; los guardias me cogen y me matan. La Patrulla Temporal, como no me presento después de las vacaciones, me busca, descubre lo que ha pasado, me salva y me acusa de crimen temporal.

O:

Me presento, etc., y seduzco a Pulcheria. En el momento del mutuo orgasmo, su marido entra en la habitación y me empala. Continuación idéntica a la del argumento precedente.

O:

Me enamoro de Pulcheria y juntos vamos a ocultarnos en un lugar remoto de la línea temporal, por ejemplo en el 400 antes de Cristo, o en 1600 de nuestra propia era, y vivimos felices hasta que la Patrulla Temporal nos encuentra y la devuelve a ella a su propio tiempo de 1105 y a mí me acusa de crimen temporal.

O:

Una docena de posibilidades, todas las cuales son rematadas del mismo modo trágico. Así que me resistí a pasar las vacaciones en 1105 rondando alrededor de Pulcheria. En lugar de cometer aquella tontería, para preservar el poco humor que me quedaba en aquella época de desgraciada pasión, firmé para participar en la gira de la peste negra.

Sólo los excéntricos, los paranoicos, los locos y los pervertidos viajan en giras parecidas: no hace falta decir lo fuerte que es la demanda. Pero como Guía de vacaciones, podía dejar fuera a un cliente y meterme en el siguiente grupo.

Hay cuatro excursiones regulares para la peste negra. Una parte de Crimea en 1347 y muestra la epidemia que devastó Asia. El gran momento de esta gira es el asedio de Caffa, un puerto genovés del Mar Negro, por los mongoles Kipshak bajo el mando del khan Janibeg. Los hombres de Janibeg padecían la enfermedad, e hizo catapultar sus cadáveres sobre la ciudad para infectar a los genoveses. Para esta agradable visita hay que reservar plaza con un año de antelación.

Los genoveses llevaron la peste negra hasta el Mediterráneo, y por eso mismo la segunda gira empieza en Italia, en otoño de 1347, siguiendo la progresión de la plaga por el continente. Se ve quemar a muchos judíos, pues en la época de la

plaga se pensó que eran ellos los que contaminaban los pozos. La tercera gira nos puede llevar a la Francia de 1348, y la cuarta, a Inglaterra, a finales de la primavera de 1349.

El servicio de inscripciones me colocó en el viaje a Inglaterra. Llegué a Londres a mediodía y me reuní con el grupo dos horas antes de la partida. Nuestro Guía era un hombre alto y delgado llamado Riley, con gruesas cejas y dientes mellados. Parecía un poco extraño, como es imprescindible para especializarse en ese circuito. Me recibió de un modo amistoso, aunque distante, y me dio la ropa especial para el viaje

El traje constaba más o menos de una escafandra de color negro. Uno lleva un sistema respiratorio artificial estándar que puede facilitar el aire necesario para las dos semanas de la gira. Uno se alimenta mediante un tubo especial y elimina los excrementos de un modo difícil y complicado. La intención es, evidentemente, mantener al viajero al margen del contagioso ambiente. Si los turistas tienen que abrir la escafandra, no pueden hacerlo durante más de diez segundos, pues, en caso contrario, serían abandonados definitivamente en la época de la peste; aunque eso no sería verdad, ningún turista se ha atrevido a jugar al farol con el Servicio Temporal.

Es una de las pocas giras que salen y vuelven a puntos prefijados. No es muy deseable que los grupos de regreso se vayan de paseo con las escafandras portadoras de peste. Para evitarlo, el Servicio ha delimitado con pintura roja las zonas de los saltos durante los períodos medievales afectados por las cuatro giras. Cuando el grupo está listo para volver, uno entra en una zona de salto y descende por la línea hasta un lugar preciso. Los viajeros se materializan en una sala estanca y estéril; tras retirar la escafandra, uno es totalmente desinfectado antes de recibir la autorización para regresar al siglo XXI.

—Lo que van a ver —declaró Riley con voz siniestra—, no es una reconstrucción, ni una simulación, ni una aproximación. Es la realidad; y no ha sido exagerada en modo alguno.

Remontamos la línea.

40

Vestidos con nuestras escafandras de plástico negro, caminamos en fila india por un paisaje de muerte.

Nadie nos prestaba atención. En tal época, nuestros trajes ni siquiera parecerían raros; el color negro era lo lógico, y el hecho de que fuesen herméticos resultaba aun más lógico. Aunque el tejido de que estaba hecha nuestra ropa resultaba un poco anacrónico para el siglo XIV, nadie demostraba la menor curiosidad. En aquel tiempo, la gente sabía se quedaba en casa y controlaba la curiosidad.

Los que nos vieron pasar debieron pensar que éramos sacerdotes peregrinos. Nuestros oscuros hábitos, nuestra forma de avanzar en fila india, la intrepidez con la que cruzábamos las peores zonas infectadas, todo nos señalaba como hombres de Dios, o de Satanás; pero, de todos modos, ¿quién se habría atrevido a abordarnos?

El tintineo fúnebre y agobiante de las campanas duraba todo el día y la mitad de la noche. El mundo no era otra cosa que un continuo funeral. Una bruma lúgubre cubría Londres; durante toda la duración de nuestro viaje, el cielo permaneció de un color gris ceniciento. La naturaleza no reforzaba el dolor, como quiere el

mensaje patético; no, la bruma había sido creada por el hombre, pues millares de hogueras ardían en Inglaterra, consumiendo la ropa, las casas y los cuerpos de los condenados.

Vimos víctimas de la peste en todos los estados de la enfermedad, desde las primeras vacilaciones hasta los últimos temblores, hasta las sudoraciones, las caídas y las convulsiones.

—Esta enfermedad —declaró Riley con voz tranquila— se caracteriza por un endurecimiento e inflamación de las glándulas de las axilas y el ano. Las bubas alcanzan en poco tiempo el tamaño de un huevo o una manzana. Miren, observen a esta mujer...

Era joven, muy delgada, aterrada, agarrándose desesperadamente las enormes bubas. Pasó ante nosotros, tambaleándose, por la calle llena de humo.

—Luego aparecen las manchas negras —dijo—, primero en los brazos y los muslos, después por todo el cuerpo. A continuación, los forúnculos, que provocan terribles dolores si se rascan. El último paso es el delirio, la locura y la muerte, que se produce, por lo general, tres días después de la aparición de las inflamaciones. Miren allí... —Una víctima del último grado, abandonada, balbuceando en mitad de la calle—. Y allí... —Rostros macilentos que miraban desde detrás de una ventana—. Y allí abajo... —Cuerpos amontonados ante la puerta de un establo.

Las casas permanecían cerradas. Las tiendas, con barricadas. Las únicas personas que se encontraban en la calle eran los enfermos, que buscaban desesperadamente un médico, un sacerdote, alguien que hiciera milagros.

Una música atormentada de ritmo desquiciante llegó hasta nosotros: flautas, tambores, violas, laúdes, sacabuches, caramillos, clarines, cromornos, todos los instrumentos medievales, interpretando al mismo tiempo, no las alegres melodías del medioevo, sino algo así como un largo lamento chirriante y discordante. Riley pareció encantado.

—Se acerca a nosotros una procesión de flagelantes —gritó—. Síganme. ¡No hay que perdérsela, cueste lo que cueste!

Los flagelantes avanzaban por las callejas sinuosas, hombres y mujeres, desnudos hasta la cintura, lúgubres, ensangrentados, algunos tocando cualquier instrumento, la mayoría blandiendo látigos con nudos, con los que se golpeaban sin cesar la espalda, los pechos, las mejillas, los brazos, la frente. Entonaban himnos monótonos, gemían de dolor; se tambaleaban; algunos mostraban ya las bubas de la peste y pasaron a nuestro lado sin mirarnos, bajando por un oscuro paseo que llevaba a una Iglesia desierta.

Nosotros, los alegres turistas temporales, seguimos paseando entre los muertos y los moribundos, pues nuestro Guía deseaba que captásemos la totalidad de aquella experiencia.

Vimos los cadáveres quemados de los muertos ennegrecerse y transformarse en polvo. Vimos montones de cuerpos, sin quemar, abandonados en los campos para que se pudrieran.

Vimos a los profanadores rebuscar entre los cadáveres para quitarles los objetos de valor.

Vimos en medio de la calle a un hombre roído por la enfermedad lanzarse sobre otra infectada medio consciente y abrirle los muslos para un último acto de desesperada lujuria

Vimos sacerdotes huyendo a caballo para escapar de los parroquianos que imploraban la gracia de Dios.

Entramos en un palacio sin guardar para ver a los aterrados médicos que prac-

ticaban una sangría a un agonizante duque.

Vimos otra procesión de seres extraños, vestidos de negro, que cruzaba nuestro camino, con los rostros ocultos tras cristales reflectantes, y nos estremecimos ante la grotesca visión de aquellos paseantes de pesadilla; no tardamos en descubrir que nos cruzábamos en el camino de otro grupo de turistas.

Riley siempre tenía algunas estadísticas preparadas al alcance de la mano.

—La tasa de mortalidad de la peste negra —anunció— se sitúa, generalmente, entre un octavo y las dos terceras partes de cualquier región. En Europa, se estima que pereció el 25 por 100 de la población; si se toma el conjunto del mundo conocido, la mortalidad fue, aproximadamente, del 33 por 100. Para hacernos una idea, si tal epidemia se declarase en nuestra época, costaría la vida a dos mil millones de personas.

Vimos a una mujer que salía de una casa de techo de paja alineando uno por uno los cuerpos de cinco niños en mitad de la calle, para que fueran retirados por el servicio sanitario.

—La aristocracia fue diezmada —dijo Riley—, lo que provocó muchas alteraciones en materia de sucesión. Efectos culturales permanentes resultaron de la muerte de todos los pintores de una escuela de pintura, de numerosos poetas, de monjes eruditos. El choque psicológico tardó mucho tiempo en borrarse; durante generaciones, se pensó que los mediados del siglo XIV habían atraído la cólera de Dios, y se esperó durante mucho tiempo un renacimiento de aquella cólera.

Fuimos parte de la audiencia de funerales en masa en los que dos jóvenes y atemorizados sacerdotes musitaron algunas palabras ante un centenar de cuerpos purulentos e inflados, agitando campanillas, vertiendo un poco de agua bendita y haciendo un gesto a los enterradores para que encendieran la pira.

—La población no recuperará hasta el siglo XVI la magnitud de 1348 —explicó Riley.

Me resultaba imposible decir hasta qué punto estaban afectados los demás viajeros por aquellos horrores, pues todos nosotros nos ocultábamos detrás de las escafandras. La mayor parte de mis compañeros debían estar tan emocionados como fascinados. Oí decir que era corriente que un *aficionado* a las catástrofes recorriese los cuatro viajes de la peste empezando por Crimea; mucha gente había participado en todas las giras cinco o seis veces. Mi propia reacción fue una impresión cuyos efectos se fueron diluyendo lentamente. Uno acaba por habituarse a todos esos horrores. Creo que al terminar la décima ronda, yo mismo estaría tan tranquilo e impasible como Riley, aquella imparable fuente de estadísticas.

Cuando terminó nuestro viaje en aquel infierno, nos dirigimos a Westminster. Ante el palacio, la gente del Servicio Temporal había pintado en mitad de la calle un círculo rojo de cinco metros de diámetro. Era el punto desde el que debíamos saltar. Nos reunimos en mitad del círculo y ayudé a Riley a ajustar los cronos: en aquel viaje, los cronos estaban colocados fuera de las escafandras. Luego dio la señal y saltamos.

Algunas víctimas de la peste se arrastraban cerca del palacio y fueron testigos de nuestra marcha. No creo que aquello les alterase mucho. En un período durante el cual el mundo entero está pereciendo ¿a quién iba a preocuparle el que una decena de demonios negros desapareciera también?

mentas y salimos purificados, desinfectados y mejorados por todo lo que habíamos visto. Pero los recuerdos de Pulcheria me obsesionaban todavía. Nervioso, atormentado, debía seguir luchando contra la tentación.

Volver a 1105. ¿Permitir que Metaxas me presentase en casa de los Ducas? ¿Acostarme con Pulcheria y calmar mis deseos?

No. No. No. No.

Combatir la tentación. Sublimarla. Mejor follarse a una emperatriz.

Volví apresuradamente a Estambul y descendí por la línea hasta 537. Me encaminé a Santa Sofía para encontrarme con Metaxas en la ceremonia de la consagración.

Metaxas estaba allí, en muchos sitios entre la multitud. Pude contar al menos diez. (También vi a dos Jud Elliott sin ni siquiera buscarlos.) Los dos primeros intentos fueron muestras de la paradoja de la Discontinuidad; ninguno de los dos Metaxas me conocía. Uno de ellos me apartó con un irritado gruñido; el otro se contentó con decir:

—Seas quien seas, todavía no nos conocemos. Lárgate.

Al tercer intento, encontré a un Metaxas que me conocía, y decidimos vernos aquella misma noche en el albergue en que se alojaba el Guía con su grupo. Pasaba la noche en 610 para enseñar a sus clientes la coronación del emperador Heraclio.

—Bien —me dijo—. ¿Cuál es tu base de tiempo actual?

—A primeros de diciembre de 2059.

—Voy por delante de ti —me contestó Metaxas—. Yo me encuentro a mediados de febrero de 2060. Estamos en discontinuidad.

Aquello me asustó. Aquel hombre conocía dos meses y medio de mi futuro. Las convenciones sociales pretendían que no debía decirme nada; era muy posible que yo hubiera/estuviera muerto en enero de 2060 y que Metaxas conociera todos los detalles de mi fallecimiento, pero no podía decirme absolutamente nada. Y aquello era lo que más me aterraba.

Se dio cuenta.

—¿Quieres irte y encontrarte con otro Metaxas? —me preguntó.

—No. Así vale. Creo que aguantaré.

Su rostro era una máscara inmóvil. Seguía las reglas; en ningún caso, ni por la inflexión de su voz ni por la expresión de sus facciones, debía reaccionar a mis palabras en modo alguno que pudiera dejarme adivinar lo más mínimo de mi futuro.

—Me dijiste una vez que me ayudarías a conocer a la emperatriz Teodora.

—Sí, lo recuerdo.

—En ese caso, ha llegado la ocasión de que cumplas tu promesa. Quiero probar.

—No hay problema —me dijo Metaxas—. Remontemos a 535. Justiniano está muy atareado con la construcción de Santa Sofía. Teodora estará disponible.

—¿Será fácil?

—Muy fácil —replicó.

Saltamos. Envueltos en una fresca jornada de 535, me dirigí en compañía de Metaxas al Gran Palacio, donde buscó y encontró a un gordo eunuco, llamado Anastasio, con el que mantuvo una larga y animada conversación. Anastasio era, naturalmente, el ojeador principal de la emperatriz durante aquel año, y tenía por misión buscar uno o dos jóvenes por noche para ella. La conversación se desarrolló en voz baja, puntuada por irritadas exclamaciones, aunque, por lo que llegué a comprender, Anastasio me proponía pasar una hora con Teodora cuando

Metaxas pretendía que me pasase la noche completa. Aquello me puso un poco nervioso. Yo era bastante viril, es cierto, ¿pero sería capaz de satisfacer hasta el alba a una de las ninfómanas más célebres de la historia? Intenté hacerle a Metaxas una seña para que aceptase cualquier oferta menos grandiosa, pero él insistió, y Anastasio, finalmente, aceptó que pasara cuatro horas con la emperatriz.

—Si está cualificado —agregó.

El examen de cualificación me fue administrado por una feroz doncella llamada Photia, una de las servidoras de la emperatriz, Anastasio nos vio follar con aspecto contento; Metaxas, al menos, tuvo el buen gusto de dejar la alcoba. Supongo que para Anastasio, mirar era su modo de pasar un rato entretenido.

Photia tenía el cabello negro, los labios delgados, el pecho generoso y un apetito voraz. ¿Ha visto alguna vez cómo una estrella de mar devora una ostra? ¿No? Bueno, puede imaginárselo de algún modo. Photia era una estrella marina del sexo. La succión era fantástica, Me quedé con ella, conseguí domarla y le provoqué el orgasmo. Y supongo que todavía me quedarían reservas por algún lado, pues Anastasio me dio el aprobado y anotó mi cita con Teodora. Cuatro horas.

Le di las gracias a Metaxas y se marchó a reunirse con su grupo en 610.

Anastasio se encargó de mí. Me bañaron, me peinaron, me restregaron bien y me pidieron que tragase una poción amarga y pastosa que afirmaron era un afrodisíaco. Una hora antes de la medianoche, me metieron en la habitación de la emperatriz Teodora.

Cleopatra.. Dalila... Harlow... Lucrecia Borgia... Teodora...

¿Había existido alguna de ellas? ¿Era cierta su legendaria voracidad? Judson Daniel Elliott III, ¿podrá realmente mantener el tipo ante el lecho de la depravada emperatriz?

Me sabía todas las historias que Procopio hacía correr al particular. Las orgías en las cenas de Estado. Las exhibiciones en el teatro. Los embarazos repetidos e ilegítimos, y los anuales abortos. Los amigos y amantes traicionados y torturados. Hacía que les cortasen las orejas, o la nariz, los testículos, el pene, los miembros o los labios a los que no la complacieron. Ofrecía en el altar de Afrodita todos los orificios de su cuerpo. Si una sola de cada diez historias era verdad, su bajeza no tenía igual.

Tenía la piel clara, los senos firmes, la cintura delgada y era extrañamente baja; la punta de su cabeza apenas me llegaba por el pecho. Su piel brillaba a causa del perfume, pero yo podía percibir el aroma de su carne. Sus ojos se mostraban feroces, fríos, duros y ligeramente estrábicos: ojos de ninfómana.

No me preguntó el nombre. Me ordenó que me desvistiera, me inspeccionó y asintió con la cabeza. Una joven nos acercó un ánfora llena de un vino tinto y pesado. Bebimos mucho; Teodora, a continuación, se frotó lo que quedaba sobre el cuerpo, de la cabeza a los pies.

—Lame —ordenó

Obedecí. Y obedecí igualmente a sus otras órdenes. Sus gustos eran notablemente variados, y satisfice casi todos ellos durante las cuatro horas. No fueron, quizá, las cuatro horas más locas de mi vida, pero estuvieron a punto de serlo. Sin embargo, su juego me provocó cierto rechazo. Se detectaba algo mecánico y vacío en el modo en que Teodora mostraba esto, luego aquello, para que me ocupase de saciarla. Era como si la emperatriz representase una escena que interpretaba desde siempre.

Fue intenso, pero no agotador. Quiero decir que esperaba algo más, en cierto sentido, al acostarme con una de las más célebres pecadoras de la Historia.

Cuando yo contaba con catorce años, un anciano que me enseñó muchas co-

sas acerca de por qué da vueltas el mundo, declaró:

—Muchacho, cuando te has tirado a una tía, te las has tirado a todas.

Pese a que en aquella época yo acababa de perder la virginidad, me atreví a refutar la afirmación. Sigo refutándola, en cierta medida, pero cada año que pasa lo hago menos. Las mujeres varían: su cuerpo, su pasión, su técnica, su modo de enfocar el asunto. Pero me acababa de acostar con la emperatriz de Bizancio: con Teodora en persona. Después de lo que pasó con Teodora, empiezo a pensar que el viejo tenía razón. Cuando uno se ha tirado a una tía, se las ha tirado a todas.

42

Volví a Estambul y me presenté en el despacho para servir de Guía durante dos semanas a un grupo de ocho turistas.

Ni la peste negra ni Teodora pudieron disminuir la pasión que sentía por Pulcheria Ducas. Esperaba liberarme de aquella peligrosa obsesión volviendo al trabajo.

El grupo estaba compuesto por las siguientes personas:

J. Frederick Gostaman, de Biloxi, Mississippi, vendedor al por menor de productos farmacéuticos y órganos transplantables, acompañado por su esposa, Louise, su hija Palmira, de dieciséis años, y su hijo Bilbo, de catorce años.

Conrad Sauerabend, de Saint Louis, Missouri, agente de cambio que viajaba solo.

La señorita Hester Pistil; de Brooklyn, Nueva York, joven institutriz.

Leopold Haggins, de San Petersburgo, Florida, ex fabricante de corazones artificiales, y su esposa Cristal.

Resumiendo, la banda habitual de vagos hiperricos y supereducados. Sauerabend, alto, mofletudo y maleducado, detestó a Gostaman en el acto, mofletudo y jovial, a causa de que este último hizo una divertida observación sobre el modo en que Sauerabend miraba el escote de su hija durante una de las sesiones de preparación. Creo que Gostaman bromeaba, pero Sauerabend se ruborizó y se irritó, y Palmira, lo bastante subdesarrollada a sus dieciséis años como para aparentar trece, salió llorando de la habitación. Arreglé las cosas, pero Sauerabend siguió lanzando homicidas miradas al pobre Gostaman. La señorita Pistil, institutriz, una rubia de ojos inexpresivos y voluminosa grupa, mantenía una actitud que procuraba ser simultáneamente tensa y lánguida. En cuanto nos vimos, me demostró claramente que era una de esas chicas que hacen los viajes sólo para tirarse a los Guías; aunque no hubiera tenido la mente dedicada en exclusiva a Pulcheria, creo que no habría aprovechado su disponibilidad; de cualquier modo, tal y como estaban las cosas, no tenía en mente la idea de empezar a explorar la pelvis de la señorita Pistil. No pasaba lo mismo con Bilbo Gostaman, tan elegante que llevaba pantalón con bragueta (si pueden relanzar la moda de los corpiños cretenses, ¿por qué no la de las braguetas?), que metió la mano bajo la falda de la señorita Pistil en la segunda clase. Él pensaba hacerlo discretamente, pero le descubrí, lo mismo que el viejo Gostaman, que se llenó de orgullo paternal, y la señora Haggins, que se sintió especialmente impresionada. La señorita Pistil pareció excitada y se agitó ligeramente para ofrecer a Bilbo una posición más ventajosa. Mientras pasaba todo esto, el señor Leopold Haggins, que tenía ochenta y cinco años y muchas arrugas, lanzaba ojeadas llenas de esperanza hacia la señora Louise Gostaman, algo así como una plácida matrona, que pasó la mayor parte del viaje

rechazando los febriles asaltos del viejo verde. ¡Hágase una idea del ambiente!

Y nos fuimos a pasar un par de alegres semanas de vacaciones.

Una vez más, fui sólo un Guía de segunda clase. No podía recuperar la llama divina. Les enseñé todo lo que había que enseñar, pero me sentí incapaz de mostrarles todo lo demás: las derivas, las cabriolas metaxianas que me gustaría hacer en cada viaje.

Los problemas provenían, en parte, del nerviosismo que me embargaba a causa de Pulcheria. La joven no dejaba de atormentarme mentalmente. Me imaginaba descendiendo a 1105 y acostándome con ella; ciertamente, la dama recordaría haberse encontrado conmigo en la tienda y, de un modo muy visible, me invitaría a algo.

Los problemas provenían, también, del declive de mi facultad de maravilla. Llevaba haciendo las giras de Bizancio desde hacía seis meses y toda la sorpresa desapareció con el tiempo. Un Guía dotado —como Metaxas— podía disfrutar tanto en su milésima coronación imperial como en la tercera. Y transmitir aquella euforia a sus clientes. Quizá yo no era un Guía dotado. Empezaba a cansarme de ver la consagración de Santa Sofía y el bautismo de Teodosio II, lo mismo que el vigilante de un lupanar se acaba cansando de... bueno, ya lo sabe.

Los problemas provenían, por último, a causa de la presencia de Conrad Sauerabend en el grupo. Aquel hombre alto y desaliñado que transpiraba sin cesar me molestaba con sólo abrir la boca.

No era idiota, sólo grosero, indecente e incluso vulgar. Era patán, bravucón y testarudo. Podía contar con él si había que lanzar algún exabrupto o una cita fuera de lugar.

En el Augusteum, silbó y dijo:

—¡Sería un aparcamiento magnífico!

En Santa Sofía, dio una palmada en la espalda de un sacerdote de barba blanca declarando:

—¡Cura, te juro que esto es toda una iglesia!

Con ocasión de la destrucción de los iconos bajo León el Isáurico, mientras desaparecían las más bellas obras del arte bizantino por ser consideradas como ídolos, interrumpió a un iconoclasta fanático y le dijo:

—No hagas el idiota. ¿No ves que disminuyes el interés turístico de la ciudad?

Sauerabend también importunaba a las niñas, lo que le hacía sentirse orgulloso.

—No puedo impedirlo —explicó—. Es una obsesión. Los psiquiatras lo llaman complejo de Lolita. Me gustan las chicas de doce o trece años. Tienen edad bastante como para tener la regla, incluso algo de vello, pero todavía no están maduras. Hay que tomarlas así, antes de que les crezcan los pechos... ése es mi ideal. No puedo soportar toda esa carne que se balancea en el pecho de las mujeres. Me pone enfermo.

Muy enfermo, sí. Y también preocupante; Palmira Gostaman iba en el grupo; Sauerabend no dejaba de mirarla. Los alojamientos que se consiguen durante los viajes temporales no siempre dejan mucha intimidad para los turistas, y Sauerabend no dejaba de fisgar a la pobre niña, que se sentía muy embarazada. Babeaba de deseo ante ella continuamente, lo que la hacía vestirse y desnudarse bajo una manta, como si hubiéramos estado en el siglo XIX o el XX; y, cuando su padre no miraba, echaba sus patatas a su trasero o entre sus pequeños senos y le murmuraba al oído lúbricas proposiciones. Acabé por decirle que le expulsaría del grupo y le devolvería al tiempo actual si no dejaba de hacer el imbécil. Aquello le calmó durante unos días. El padre de la muchacha, con todo, encontró el inci-

dente muy divertido.

—Quizá la chica necesita follar un poco —explicó—. Soltar un poco el cuerpo.

Papá Gostaman aprobaba las relaciones de su Bilbo con la señorita Pistil, relaciones que se estaban convirtiendo también en algo molesto, pues perdíamos mucho tiempo esperando a que rematasen sus sesiones diarias de cópula. Estaba explicando lo que veríamos a lo largo del día; Bilbo estaba detrás de la señorita Pistil y, súbitamente, el rostro de la mujer se transformó y averigüé que, tras levantarle la falda por detrás, ¡plash! Bilbo parecía siempre muy contento, lo que me parecía muy razonable para un muchacho de catorce años que mantiene relaciones con una mujer que tiene diez años más que él. La señorita Pistil se sentía culpable. Pero su desgarrada consciencia no le impedía abrir la puerta a Bilbo tres o cuatro veces diarias.

No encontraba aquel ambiente como el más favorable para hacer un buen trabajo.

Y tuve algunos problemas menores, como los ineficaces intentos del anciano señor Haggins para perseguir implacablemente a la discreta señora Gostaman. O la insistencia con que Sauerabend palpaba el crono.

—¿Sabe? —me dijo varias veces—. Apuesto lo que sea a que desmonto este aparato y lo uso yo solo. Antes de ser agente de cambio, era ingeniero.

—Le dije que no lo tocara. Pero siguió urgándolo a mis espaldas.

Y además, nos encontramos con Capistrano, totalmente por casualidad, en 1097, cuando los cruzados de Bohemundo penetraban en Constantinopla. Apareció en el momento en que yo observaba la escena con Marge Hefferin. Yo quería comprobar si mi corrección del pasado era permanente.

Agrupé a los clientes al otro lado de la calle. Sí, allí estaba yo; y Marge Hefferin, ardiendo de pasión a causa de Bohemundo, y todo el grupo. Los cruzados desfilaron ante nosotros; la espera me hizo temblar. ¿Me vería salvando a Marge? ¿O vería cómo Marge se precipitaba hacia Bohemundo y conseguía que la hicieran dos pedazos? ¿Se presentaría alguna tercera y desconocida solución? La inestabilidad, la fluidez del río temporal, era lo que más me aterraba.

Bohemundo se acercó. Marge abrió la túnica. Aparecieron sus ingentes pechos blancos. Se irguió, dispuesta para saltar en medio de la calle. Pero un segundo Jud Elliott se materializó a sus espaldas, procedente de ninguna parte. Vi el sorprendido semblante de Marge cuando los dedos de acero de mi alter ego se le cerraban en la retaguardia y mi otra mano la sujetaba por el desnudo pecho. Vi cómo Marge se retorció, luchaba y, finalmente, se calmaba; y mientras Bohemundo se alejaba, vi cómo yo desaparecía, dejando a otros dos Jud, uno a cada lado de la calzada.

Me deje invadir por el alivio. Y, sin embargo, era engañoso, pues yo sabía que mi corrección estaba grabada en la línea temporal y que cualquiera podría detectarla. Un Patrullero Temporal en misión de vigilancia podría, por ejemplo, constatar el breve desdoblamiento de un Guía y preguntarse lo que pasaba. En cualquier momento de los millones de milenios del futuro, la Patrulla Temporal podía verificar aquella escena... aunque mi corrección no fuera descubierta hasta el año 8.000.000.000.008, en algún momento me pedirían explicaciones por haber alterado ilegalmente un hecho real. Una mano se apoyaría en mi hombro, una voz pronunciaría mi nombre...

Sentí una mano en el hombro. Una voz pronunció mi nombre.

Di media vuelta.

—¡Capistrano!

—Claro, Capistrano. ¿Esperabas a alguien?

—Yo... yo... me has sorprendido, eso es todo.

Yo estaba temblando. Sentía que las rodillas se me habían convertido en algo dón.

Me sentí tan impresionado que tardé varios segundos en darme cuenta del aspecto de Capistrano.

Parecía fatigado, hartó; su cabellera negra y brillante se veía grisácea y lacia; había adelgazado y parecía tener veinte años más que el Capistrano a quien conocía. Sentí la paradoja de la Discontinuidad y con ella llegó también el temor que siempre sentía ante alguien de mi propio futuro.

—¿Qué va mal? —le pregunté.

—Me hundo, me estoy haciendo pedazos. Mira, aquél es mi grupo. —Me señaló a un banda de viajeros temporales que miraban con mucho interés a los cruzados—. No puedo estar con ellos. Me ponen enfermo. Todo me da igual. Para mí, Jud, ha llegado el final, el verdadero final.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que no funciona?

—Aquí no puedo hablarte. ¿Dónde estarás esta noche?

—Me quedaré aquí, en 1097. En el albergue del Cuerno de Oro.

—Te veré a media noche, allí mismo —me digo Capistrano, agarrándome del brazo durante un instante—. Es el fin, Elliott. Realmente el fin. ¡Que Dios se apia de de mi alma!

43

Capistrano apareció por el albergue justo antes de medianoche. Bajo la capa llevaba una botella, que descorchó y me pasó.

—Es coñac —dijo—. De 1825, embotellado en 1775. Acabo de volver de buscarlo.

Tomé un trago. Capistrano se dejó caer al suelo. Su aspecto era lamentable: viejo, agotado, en los huesos. Tomó la botella de coñac y echó un buen trago.

—Antes de que me digas nada —declaré—, me gustaría saber cuál es tu base de tiempo actual. La discontinuidad me aterra.

—No hay discontinuidad.

—¿No la hay?

—Mi base es diciembre de 2059. La misma que la tuya.

—¡Imposible!

—¿Imposible? —repitió—. ¿Cómo dices eso?

—La última vez que te vi, no tenías ni siquiera cuarenta años. Ahora, tienes fácilmente más de cincuenta. No pretendas liarme, Capistrano. Tu base se encuentra por el 2070, ¿verdad? ¡Si es así, no me digas una palabra de los años que me esperan!

—Mi base es 2059 —insistió Capistrano con voz seca.

Comprendí, al oír su voz pastosa, que aquella botella de coñac no era la primera que abría durante la noche.

—No tengo más edad de la que debería tener, al menos en lo que a ti se refiere —añadió—. El problema es que soy un hombre muerto.

—No entiendo.

—El mes pasado te hablé de mi bisabuela, ¿verdad? La turca.

—Sí, en efecto.

—Esta mañana, he descendido por la línea hasta Estambul 1955. Mi bisabuela tenía diecisiete años y todavía no se había casado. En un momento de desespe-

ración, la estrangulé y arrojé su cuerpo al Bósforo. Era de noche y llovía; nadie nos vio. Estoy muerto, Elliott ¡Muerto!

—¡No, Capistrano!

—Te dije que cuando llegara el momento, partiría de esta manera. Matando a una perra turca... la que engañó a mi bisabuelo, obligándole a casarse vergonzosamente. Y yo mismo he terminado. En cuanto vuelva al tiempo actual, cesaré de haber existido, ¿Qué debo hacer, Elliott? Dímelo. ¿Debo descender hasta el fin de la línea y terminar con toda esta comedia?

Sudando, tras engullir una buena dosis de coñac, le dije:

—Dame la fecha exacta de tu salto a 1955. Voy a descender por la línea y a impedirte que lo hagas.

—No harás eso.

—En ese caso, hazlo tú. Vuelve al momento y sálvala, Capistrano.

Me miró con tristeza.

—¿Para qué? La mataré de nuevo. Antes o después. Debo hacerlo. Es mi destino. Ahora voy a descender. ¿Te ocuparás de mis clientes?

—Ya tengo un grupo —le recordé.

—Claro. Claro. No puedes atender a más. Asegúrate, con eso basta, de que los míos sean atendidos. Debo irme... debo...

Deslizó la mano hacia el crono.

—Capis...

Agarró la botella de coñac mientras desaparecía.

¡Ido! ¡Desvanecido! Se suicidaba cometiendo un crimen temporal. Borrado de las páginas de la historia. No sabía qué hacer. Supongamos que volviera a 1955 para impedir el asesinato de su bisabuela. El sería ya una no-persona en el tiempo actual; ¿podría devolverle la vida retroactivamente? ¿Cómo funcionaría la paradoja del Desplazamiento Transitorio en ese caso? No tenía ni idea. Quería hacer lo mejor para Capistrano; también debía pensar en los turistas abandonados.

Estuve meditando cerca de una hora. Al fin, llegué a una conclusión poco romántica, pero razonable: no es asunto mío, decidí, y lo mejor será que llame a la Patrulla Temporal. A disgusto, pulsé el botón de alarma del crono.

No tardó en materializarse un Patrullero. Dave Van Dam, aquel malparido al que me encontré el día que llegué a Estambul.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Suicidio por crimen temporal —le contesté—. Capistrano acaba de asesinar a su bisabuela antes de volver al tiempo actual.

—¡Hijo de puta! ¿Por qué tenemos que trabajar con chalados como ese?

No juzgué adecuado fatigarme diciéndole que todas aquellas groserías estaban fuera de lugar.

—Tiene un grupo de turistas por los alrededores —añadí—. Para eso he llamado.

Van Dam escupió despectivamente.

—¡Hijo de puta! —repitió—. De acuerdo, me ocupo de todo.

Desapareció de la habitación.

Me puse enfermo al pensar el modo en que se perdía una vida preciosa. Pensé en el encanto de Capistrano, en su gracia, en su tensibilidad: todo aquello desaparecía porque él mismo se quitó la vida en un momento de embriaguez. No me puse a llorar, pero me entraron ganas de patear los muebles... y lo hice. El ruido despertó a la señorita Pistil, que lanzó una suave exclamación y preguntó:

—¿Nos están atacando?

—A usted, sí —respondí. Para apaciguar mi angustia, mi cólera, me tiré en su

cama y le eché un polvo.

Ella se quedó un poco extrañada, pero cooperó en cuanto entendió lo que pasaba. Terminé en treinta segundos y la dejé, jadeante, permitiendo que siguiera mi trabajo Bilbo Gostaman. De mal humor, desperté al posadero y le pedí el mejor vino que tuviera. Bebí hasta sumirme en la bruma del alcohol.

Mucho más tarde, descubrí que todos mis temores carecían de fundamento. Aquel cerdo de Capistrano cambió de opinión en el último minuto. En lugar de saltar a 2059 y aniquilarse, se aferró a la invulnerabilidad que le procuraba el Desplazamiento Transitorio y se quedó en la línea, en 1600, donde se casó con la hija de un pachá turco y tuvo tres hijos. La Patrulla Temporal le encontró, por fin, en 1607, deteniéndole por crímenes temporales, le devolvió a 2060 y le condenó a muerte. Desapareció, sí, pero no de un modo especialmente heroico. La Patrulla tuvo que impedir también el asesinato de la bisabuela de Capistrano, su matrimonio con la hija del pachá, borrar a sus tres hijos de la línea y encontrar a sus turistas y ayudarles, lo que causó muchos problemas a todo el mundo.

—Si alguien quiere suicidarse —declaró Van Dam—, ¿por qué no se limita a beberse un veneno y facilitar el trabajo de la gente?

Debo reconocer que tenía razón. En toda mi vida, sólo aquella ocasión la Patrulla Temporal y yo pensamos lo mismo.

44

Toda esta historia sobre Capistrano y el mal ambiente que reinaba en el grupo de turistas que yo guiaba, se combinaron para sumirme en los abismos de la melancolía.

Conduje a mis pupilos de una época a la otra, pero sin corazón. Por fin, a mediados de la segunda semana, cuando llegamos a 1204, supe que iba a cometer una estupidez catastrófica. Les relataba obstinadamente las habituales acolaciones históricas.

—El antiguo espíritu de los cruzados ha renacido —conté, mirando amenazador a Bilbo, que no dejaba de acariciar a la señorita Pistil, y a Sauerabend, que soñaba, a ojos vista, con los minúsculos senos de Palmira Gostaman. Jerusalén, tomada por los cruzados hace un siglo, ha sido reconquistada por los sarracenos, pero varias dinastías de cruza dos controlan la mayor parte de las costas mediterráneas de Tierra Santa. En la actualidad, los árabes combaten entre ellos, y en 1199 el Papa Inocencio III lanzó un llamamiento para organizar una nueva Cruzada.

Explicué cómo respondieron los diversos barones al llamamiento del Papa. Les dije que los cruzados no querían recorrer toda Europa, el viaje tradicional, para luego bajar hacia Siria y el Asia Menor. Preferían viajar por mar y desembarcar en algún puerto palestino.

Relaté por qué se dirigieron en 1202 a Venecia, la mayor potencia naval europea de la época, para recibir transporte hasta Asia.

Concreté los términos en los que el viejo Dogo Enrico Dandolo aceptó proveerles de navíos.

—Dandolo —dije— aseguró el transporte de cuatro mil quinientos caballeros con sus respectivos caballos, nueve mil escuderos y veinte mil infantes, así como provisiones para nueve meses. Propuso enviar cincuenta navíos armados para escoltar el convoy. Por sus servicios exigió 85.000 marcos de plata, unos veinte millones de dólares de moneda actual. Más de la mitad de los territorios y tesoros

que conquistarían los cruzados.

Les dije por qué aceptaron los cruzados semejante precio, pensando engañar más adelante al viejo Dogo ciego.

Les conté como el viejo Dogo ciego, tras haber encerrado a los cruzados en Venecia, les apretó la garganta hasta que pagaron todo lo que le debían.

Les relaté cómo el venerable monstruo se hizo con el control de la cruzada y dio la señal de partida el lunes de Pascua de 1203: no en dirección a Tierra Santa sino hacia Constantinopla.

—Bizancio —declaré— es la gran rival marítima de Venecia. A Dandolo no le importa Jerusalén, pero desea ardientemente controlar Constantinopla.

Les expliqué la evolución de las dinastías. La de los Comnenos terminó mal. A la muerte de Manuel II en 1180 su sucesor fue su joven hijo Alexis II, rápidamente asesinado por el amoral primo de su padre Andrónico. Pero el depravado Andrónico también fue muerto de un modo especialmente horrible por la enfurecida multitud tras reinar despóticamente durante varios años. En 1185 Isaac Angel llegó al trono: era bastante anciano y pretendido nieto de Alexis I por parte de madre. Isaac reinó durante diez accidentados años antes de ser destronado, cegado y puesto en prisión por su hermano, que se convirtió en el emperador Alexis III.

—Alexis III está en el poder —dije— e Isaac Angel en prisión. Pero el hijo de Isaac, que se llama igualmente Alexis, se ha evadido y se encuentra en Venecia. Le ha prometido a Dandolo una fuerte suma de dinero si consigue devolverle el trono a su padre. Así que Dandolo ha partido hacia Bizancio para derrocar a Alexis III y hacer de Isaac una marioneta imperial.

No comprendieron toda la complejidad de aquel asunto. Me daba lo mismo. Se harían una idea en cuanto vieran cómo iban las cosas.

Les mostré la llegada de la cuarta Cruzada a Constantinopla, a finales de junio de 1203. Les dejé ver cómo Dandolo dirigía la captura de Scutari, la zona de Constantinopla que se alzaba en la parte asiática del Bósforo. Les hice descubrir que la entrada del puerto de Constantinopla era vigilada por una gran torre y por veinte navíos bizantinos, y que estaba bloqueada por una enorme cadena de hierro. Les enseñé la escena en la que los marinos venecianos atacaron y conquistaron los navíos bizantinos mientras uno de los navíos de Dandolo, armado con grandes cizallas de acero, cortaba la cadena y abría el Cuerno de Oro a los invasores. Les pedí que observaran a aquel ser sobrehumano que era Dandolo, con sus noventa años de edad, dirigiendo con mano firme a los asaltantes de las murallas de Constantinopla

—Hasta ahora, los invasores no han conseguido entrar nunca en esta ciudad —les dije.

A lo lejos, perdidos entre la multitud vociferante, vimos a Dandolo sacar a Isaac Angel de la cárcel y nombrarle emperador de Bizancio, coronando a su hijo como coemperador bajo el nombre de Alexis IV.

—Alexis IV —continué—, invita a los cruzados a pasar el invierno en Constantinopla, por su cuenta, para que preparen el ataque a Tierra Santa. Es una oferta imprudente y acabará por perder.

Descendimos por la línea hasta la primavera de 1204.

—Alexis IV se ha dado ya cuenta —declaré— de que la manutención de millares de cruzados está conduciendo a Bizancio a la ruina. Anuncia a Dandolo que no tiene más dinero y que no puede seguir atendiendo sus gastos. Estalla entre ellos una violenta disputa. En ese momento, se declara un incendio en la ciudad. Nadie sabe cuál es la causa, pero Alexis sospecha de los venecianos. Hace que incendien siete navíos y los dirige hacia la flota veneciana. Miren.

Admiramos el incendio. Vimos cómo los venecianos empleaban pértigas para rechazar los navíos en llamas. Vimos estallar una súbita revuelta en Constantinopla; los bizantinos acusaron a Alexis IV de ser una mera herramienta de Venecia y lo mataron.

—El viejo Isaac Angel murió unos días más tarde —expliqué—. Los bizantinos buscaron al yerno del emperador Alexis III y le coronaron como Alexis V. El yerno era miembro de la célebre familia Ducas. Dandolo se quedó sin ninguno de sus dos emperadores fantoches y está furioso. Los venecianos y los cruzados han decidido apoderarse de Constantinopla y gobernar ellos mismos.

Una vez más, les enseñé a los turistas las escenas de las batallas que empezaron el 8 de abril. Los incendios, las matanzas, las violaciones, la huida de Alexis V, el saqueo de la ciudad por los invasores. El 13 de abril en Santa Sofía: los cruzados destruyen las losas del coro y sus doce pilares de plata; rompen el altar y se apoderan de cuarenta cálices y muchos candelabros de plata. Se llevan el Evangelio, las cruces, el mantel del altar y cuarenta incensarios de oro puro. Bonifacio de Montserrat, líder de la Cruzada, ocupa el palacio imperial. Dandolo se queda con los cuatro caballos de bronce que el emperador Constantino llevó desde Egipto novecientos años antes; los transportará a Venecia y los colocará ante la entrada de la catedral de San Marcos, donde todavía se alzan. Los sacerdotes de la Cruzada buscan las reliquias: dos trozos de la Verdadera Cruz, la punta de la Lanza Sagrada, los clavos que usaron con Cristo en la Cruz y muchos más objetos de la misma índole, reverenciados desde mucho tiempo atrás por los bizantinos.

Saltamos a mediados de mayo.

—Va a ser elegido un nuevo emperador —expliqué—. No será bizantino. Será un occidental, un franco, un latino. Los conquistadores han elegido a Balduino de Flandes. Vamos a presenciar la procesión de la coronación.

Esperamos ante Santa Sofía. En su interior, le entregan a Balduino de Flandes una capa cubierta de joyas y con águilas bordadas; le tienden un cetro y un globo de oro; se arrodilla ante el altar, donde es ungido; luego, es coronado y sube al trono.

—Allí está —dije.

—Montado sobre un caballo blanco, vestido con ropas tan brillantes que parecen estar ardiendo, el emperador Balduino de Bizancio cabalga desde la catedral al palacio. A disgusto, lúgubre, el pueblo de Bizancio rinde homenaje a su extranjero señor.

—La mayor parte de la nobleza bizantina ha huido —les relaté a los turistas, que esperaban más batallas, nuevos incendios—. La aristocracia se ha dispersado por Asia Menor, Albania, Bulgaria, Grecia. Los latinos gobernarán en Bizancio durante cincuenta y siete años, pero el reinado de Balduino será breve. Dentro de diez meses comandará una armada contra los rebeldes bizantinos y resultará capturado por ellos. No volverá.

—¿Cuándo partirán los cruzados hacia Jerusalén? —preguntó Cristal Haggins.

—Estos no lo harán. No se molestarán. Algunos se quedarán aquí y gobernarán los pedazos del antiguo imperio bizantino. Los otros volverán a casa con todo el botín que puedan llevarse de Bizancio.

—¡Qué fascinante! —exclamó la señora Haggins.

Volvíamos a nuestro alojamiento. Me invadió un terrible cansancio. Había cumplido con mi trabajo; les mostré la conquista de Bizancio por los latinos, como prometían los anuncios. Pero fui incapaz de soportar sus estúpidas cabezas durante mucho más tiempo. Cenamos y se fueron a dormir, o, al menos, a acostar-

se. Me quedé por allí durante un momento oyendo los apasionados jadeos de la señorita Pistil y los gruñidos causados por el deseo de Bilbo Gostaman; oí las protestas de Palmira mientras Conrad Sauerabend la acariciaba furtivamente los muslos en la oscuridad y, controlando las lágrimas causadas por la cólera, succumbí a la tentación; toqué el crono y remonté la línea. Hasta 1105. Para encontrarme con Pulcheria Ducas.

45

Metaxas, como siempre, estaba dispuesto a ayudarme.

—Nos llevará unos días —dijo—. Las comunicaciones son un poco lentas. Los mensajeros deben moverse mucho.

—¿Espero aquí?

—¿Para qué? —preguntó Metaxas—. Tienes un crono. Vuelve en tres días y puede que para entonces esté ya todo completamente arreglado.

Descendí tres días.

—Todo arreglado —dijo Metaxas.

Consiguió que me invitaran al palacio de los Ducas con motivo de una recepción. Casi toda la gente importante estaría presente, incluso el emperador Alexis Comneno. Como cobertura, debía decir que era primo de Metaxas, procedente de la provincia de Epira.

—Pon acento de ser un poco palurdo —me explicó Metaxas—. Deja que te corra un poco de vino por el mentón y haz ruido al masticar. Te llamarás... bueno... Nicetas Hyrtacenus.

—Demasiado fantástico —respondí, sacudiendo la cabeza—. No me gusta.

—En ese caso, ¿qué te parece Jorge Hyrtacenus?

—Jorge Markezinis.

—Eso suena mucho al siglo XX.

—Para ellos, como si fuera de provincias —declaré. Asistí a la velada bajo el nombre de Jorge Markezinis.

Vi docenas de guardias apostados ante los muros de brillante mármol del palacio de los Ducas. La presencia de aquellos bárbaros nórdicos de barbas rubias, la élite de la guardia imperial, me hizo comprender que Alexis ya se encontraba en el interior. Entramos. Metaxas había llevado a la bella y lasciva Eudisia a la recepción.

Dentro del palacio me encontré con una escena sorprendente. Músicos. Esclavas. Mesas llenas de comida. Vino. Hombres y mujeres suntuosamente vestidos. Soberbios mosaicos en el pavimento; en las paredes, gruesos tapices bordados en oro. El tintineo de elegantes risas, el reflejo de la carne de las mujeres bajo los trajes de seda casi transparente.

Vi a Pulcheria casi en el acto.

Y ella a mí.

Nuestros ojos se encontraron, lo mismo que se encontraron en la tienda: me reconoció, esbozó una enigmática sonrisa y se adelantó hacia nosotros, abriéndose paso entre los invitados. En otra época, habría movido el abanico en mi dirección. En aquélla, retiró los guantes engastados con joyas y se dio con ellos un suave golpe en la muñeca derecha. ¿Un signo de aliento? Llevaba sobre la frente una cinta de oro. Sus labios iban pintados de rojo brillante.

—A su izquierda, su marido —murmuró Metaxas—. Ven. Te lo presentaré.

Me quedé mirando a León Ducas, mi tátara-tátara-multitátara-abuelo; pero el

orgullo de tener tan notable ancestro quedaba empañado por los celos que sentía por aquel hombre que cada noche acariciaba los senos de Pulcheria.

Como me indicaron mis investigaciones genealógicas, tenía treinta y cinco años, dos veces la edad de su esposa. Era un hombre alto, de sienes grises, con ojos azules que en nada se parecían a los de los bizantinos, una pequeña barba cuidadosamente recortada, nariz estrecha y aguileña, y labios finos y ligeramente apretados; parecía austero, lejano, muy orgulloso, y sospeché que sería firmemente aristocrático. Resultaba impresionante, pero no había mucha austeridad en su túnica elegantemente cortada, ni en sus joyas, anillos, pendientes y broches.

León presidía la reunión con la serenidad conveniente a un hombre que era uno de los primeros nobles del Imperio, alguien que dirigía una de las ramas de la gran familia de los Ducas. Evidentemente, la rama de León no daba frutos, y quizá aquella era la causa de la débil marca de desesperación que creí adivinar en su agradable rostro. Mientras me acercaba a él acompañado por Metaxas, oí fragmentos de una discusión entre dos damas de la corte que se encontraban a mi izquierda:

—... sin hijos, qué lástima; y con todos los que tienen los hermanos de León. ¡Y él es el mayor!

—Pero Pulcheria es joven todavía. Será una buena madre.

—Si consigue serlo. ¡Pronto tendrá dieciocho años!

Me habría gustado tranquilizar a León, decirle que su descendencia alcanzaría el siglo XXI, decirle que, dentro de un año tan sólo, Pulcheria le daría un hijo, Nicetas, y luego a Simeón, Juan Alejandro y otros más; me habría gustado contarle que Nicetas tendría seis hijos, entre ellos el magnífico Nicéforo, a quien vi sesenta años más adelante, y que el hijo de Nicéforo seguiría a un príncipe exiliado en Albania; y que...

—Su Gracia, os presento al tercer hijo de la hermana de mi madre, Jorge Markezinis, que viene de Epira, y que será mi invitado durante la estación de la cosecha.

—Habéis hecho un largo camino —dijo León Ducas—. ¿Habíais venido antes a Constantinopla?

—Nunca —respondí—. ¡Es una ciudad maravillosa! ¡Las iglesias! ¡Los palacios! ¡Las termas! ¡La comida, el vino, la ropa! ¡Sus hermosísimas mujeres!

Pulcheria se acercó. Me sonrió de nuevo con la comisura de la boca desde detrás de su esposo. Su agradable perfume llegó hasta mí. Se me aceleró el pulso dolorosamente.

—Conocéis al emperador, naturalmente —dijo León.

Con un amplio movimiento del brazo me señaló a Alexis al otro lado del salón, rodeado por su corte. Ya le había visto antes: un hombre delgado en una actitud aparentemente imperial. Un círculo de señores y damas le rodeaba. Parecía gracioso, elegante sin afectación, el verdadero descendiente de los cesares, el defensor de la civilización durante aquella oscura época. León insistió para que me fuera presentado. Me recibió calurosamente, declarando que el primo de Metaxas era alguien tan querido como el propio Metaxas. El emperador y yo charlamos durante un instante; yo me sentía nervioso, pero conseguí contenerme; finalmente León Ducas dijo:

—Habláis con los emperadores como si conocierais a una docena, joven.

Sonreí. No le dije que vi en varias ocasiones a Justiniano, que asistí al bautizo de Teodosio II, Constantino V, Manuel Comneno, que todavía no había nacido, y de tantos otros, que me había arrodillado en Santa Sofía a corta distancia de Constantino XI en la última noche de Bizancio, que vi a León el Isáurico guiar a

los iconoclastas. No le dije que era uno de los muchos hombres que sació el ávido sexo de la emperatriz Teodora cinco siglos antes. Tímidamente respondí:

—Favor vuestro, su Gracia.

46

Las veladas bizantinas consistían en escuchar música, ver bailar a las esclavas, comer un poco, y beber mucho vino. La noche avanzó: las velas menguaron; los nobles amigos estaban todos un poco borrachos. En la semioscuridad pude mezclarme fácilmente con los miembros de las familias célebres, encontrándome con hombres y mujeres llamados Comneno, Focas, Skleros, Dalassenes, Diógenes, Botaniates, Tzimisces, y Ducas. Mantuve corteses conversaciones y me sorprendí a mí mismo por su volubilidad. Vi citas adúlteras concertarse discretamente —pero no lo bastante discretamente— tras las espaldas de los maridos. Deseé buenas noches al emperador Alexis, que me invitó a visitarle en su palacio de Blachernae, justo al final de la calle. Escapé de Eudisia, que había bebido demasiado y cuyo único interés residía en retozar un poco en una alcoba desierta. (Se decidió finalmente por Basilio Diógenes, que debía tener unos setenta años.) Respondí de modo evasivo a numerosas preguntas concernientes a mi primo, Metaxas, a quien todo el mundo conocía, pero cuyo origen era un misterio. Y, tres horas después de llegar, me di cuenta de que, por fin, estaba hablando con Pulcheria.

Nos quedamos en un rincón de la pared, tranquilos. Dos vacilantes velas nos iluminaban. Ella tenía el rostro encarnado y parecía excitada, agitada; sus senos se alzaban y leves gotas de sudor perlaron sus labios. Nunca antes había visto tal belleza.

—Mirad —me dijo—. León se duerme. Le gusta el vino más que cualquier otra cosa.

—Debe amar la belleza —declaré—. Teniéndola tan cerca.

—¡Adulador!

—No, intento expresar la verdad.

—No lo conseguís —me replicó—. ¿Quién sois?

—Markezinis de Epira, primo de Metaxas.

—Eso no dice mucho. Lo que quiero saber es lo que veníais a hacer en Constantinopla.

Inspiré profundamente.

—Encontrarme con mi destino y reunirme con la que debo hallar, aquella a quien amo.

La frase la emocionó. Las chicas de diecisiete años son muy sensibles a este tipo de cosas, incluso en Bizancio, donde las niñas son muy precoces y se casan a los doce años. Llámeme lo que quiera.

Pulcheria dijo algo en voz muy baja, cruzó castamente los brazos ante el pecho y tembló. Creí que sus pupilas se dilataban durante un instante.

—Imposible —dijo.

—Nada es imposible.

—Mi marido...

—Dormido —repliqué—. Esta noche... bajo este mismo techo...

—No. No podemos.

—Queréis luchar con el destino, Pulcheria.

—¡Jorge!

—Hay algo que nos une... un haz que cruza el tiempo...
—¡Sí Jorge!
¡Calma tátara-tátara-multi-tátara-nieto, no hables demasiado! Decir que vienes del futuro es un crimen temporal.
—Estaba escrito —murmuré—. ¡Así debe ser!
—¡Sí! ¡Sí!
—Esta noche.
—Sí esta noche.
—Aquí mismo.
—Aquí mismo —repitió Pulcheria.
—Pronto.
—Cuando los invitados se hayan ido y León se haya acostado os esconderé en una habitación segura; luego iré a buscaros.
—Sabíais que esto ocurriría —dije— desde el día en que nos encontramos en la tienda.
—Sí. Lo supe allí mismo. ¿Qué sortilegio me arrojasteis?
—Ninguno, Pulcheria. El sortilegio nos guía a los dos. Nos conduce el uno hacia el otro, prepara este instante desvía nuestros caminos del destino para favorecer nuestro encuentro, turba los límites del tiempo...
—Habláis de un modo tan extraño, Jorge. Tan bien... ¡Debéis ser un poeta!
—Quizá.
—En dos horas estaréis conmigo.
—Y vos conmigo —respondí.
—Y para siempre.
Me estremecí al pensar en el juramento que hizo el Patrullero Temporal.
—Para siempre Pulcheria.

47

Ella fue a buscar a un sirviente, diciéndole que el joven de Epira había bebido demasiado y quería descansar en una de las habitaciones de invitados. Aparenté estar lo suficientemente borracho. Metaxas se encontró conmigo y me deseó lo mejor. Luego hubo una procesión de velas a través del laberinto del palacio de los Ducas y me llevaron hasta una lejana habitación. Por todo mobiliario se veía una cama baja; como adorno un mosaico rectangular en el centro del suelo. La única ventanuca dejaba pasar un solitario rayo de luna. El servidor me llevó un cuenco de agua, me deseó buenas noches y me dejó solo.

Esperé un millón de años.

Lejanos rumores alegres flotaron hasta mí. Pulcheria no llegaba.

Sólo es un juego, pensé. Una farsa. La joven pero distinguida señora se divierte a costa del primo del pueblo. Me dejará aquí esperando hasta mañana, solo, hasta que mande a alguien con el desayuno y me acompañe luego a la salida. Quizá le diga a una de sus esclavas que se reúna conmigo fingiendo ser ella. O quizá me envíe a una vieja desdentada mientras los invitados me espían por agujeros camuflados en la pared.

Pensé huir un millar de veces. Tocar el crono y descender hasta 1204, donde Conrad Sauerabend, Palmira Gostaman, los señores Haggins y mis otros turistas estaban dormidos y sin protección.

¿Partir? ¿En aquel preciso instante? ¿Una vez llegado tan lejos? ¿Qué pensaría Metaxas al descubrir que me había rajado?

Me acordé de mi gurú, Sam el negro, preguntándome:

—Si tuvieras una oportunidad de realizar tu más querido deseo ¿la aprovecharías?

Mi más querido deseo era Pulcheria; ya lo sabía.

Me acordé de Sam Spade diciéndome:

—Eres un perdedor. Y los perdedores eligen infaliblemente la peor solución.

¡Basta tátara-tátara-multi-tátara-nieto! ¡Lárgate antes de que tu lasciva antepasada te ofrezca su perfumado sexo!

Me acordé de Emily, la genetista que predecía el porvenir, gritándome con voz aguda:

—¡Desconfía del amor en Bizancio! ¡Desconfía! ¡Desconfía! Me había enamorado. En Bizancio.

Me levanté y fui de un lado a otro por la habitación un millar de veces; me acerqué a la puerta, escuchando las risas y las lejanas canciones, me quité toda la ropa, doblándola cuidadosamente antes de ponerla en el suelo junto a la cama. Me quedé desnudo, sólo con el crono, y pensé quitármelo también. ¿Qué diría Pulcheria al ver aquel cinturón de plástico alrededor de mi cintura? ¿Cómo podría explicárselo?

Me quité también el crono, separándome de él por primera vez desde el principio de mi carrera. Me sentí presa de un verdadero terror. Me sentía más que desnudo sin él. Sin el crono ciñéndome los riñones, era, como todo el mundo, esclavo del tiempo. No tenía modo alguno de escapar a toda prisa. Si Pulcheria tenía en mente algún juego cruel y me pillaba sin el crono, sería mi fin.

Me lo volví a colocar apresuradamente.

Me lavé meticulosamente, por todas partes, preparándome para recibir a Pulcheria. Y me quedé desnudo junto a la cama durante otros mil millones de años. Pensé con ansiedad en los pechos abultados y morenos de Pulcheria, en la dulzura de su piel en el interior de los muslos. Mi virilidad se despertó, alcanzando tales proporciones que me sentí tan orgulloso como turbado.

No quería que Pulcheria entrase y me descubriera en aquel trance, de pie, junto a la cama, y con aquel árbol de carne entre las piernas: recibirla así sería brutal, demasiado directo. Mi aspecto era semejante al de un trípode invertido. Me volví a vestir apresuradamente, me sentía como un idiota. Y esperé otro millón de años. Vi las primeras luces de la aurora mezclarse con la claridad de la luna por la grieta de la ventana.

Después, la puerta se abrió y Pulcheria entró en la habitación. Echó el cerrojo.

Se había quitado el maquillaje y las joyas, todas a excepción de un pequeño collar de oro, y cambiado el traje de seda de noche por un ligero camisón de tul. Pese a la semioscuridad, vi que, bajo él, iba desnuda; las curvas de su cuerpo casi me volvieron loco. Se deslizó hacia mí.

La tomé entre mis brazos e intenté besarla. No sabía besar. La posición que había que adoptar para el boca a boca le resultaba totalmente desconocida. Tuve que enseñársela. Le incliné suavemente la cabeza y ella me sonrió, sorprendida pero conforme. Nuestros labios se tocaron. Deslicé la lengua hacia adelante.

Pulcheria se estremeció y apretó su cuerpo contra el mío. Comprendió apresuradamente la teoría de lo que pasaba.

Mis manos bajaron por sus hombros. Le quité el camisón; ella no dejó de temblar mientras la desvestía.

Conté sus senos: dos. Pezones de color rojo oscuro. Medí sus nalgas con las manos abiertas. Una buena medida. Hice correr los dedos por sus muslos. Excelentes muslos. Admiré los dos profundos hoyuelos de su espalda.

Ella era tan tímida como voluptuosa, una soberbia combinación.

Cuando me desvestí, vio el crono y lo tocó, tirando de él suavemente, pero sin hacer preguntas; deslizó las manos más abajo. Nos tendimos en la cama.

Sabe, el sexo es realmente algo ridículo. Quiero decir el acto sexual, el acto físico. Lo que llamaban hacer el amor, en las novelas del siglo XX; lo que se llama "dormir juntos". Fíjese cuántos esfuerzos literarios para describir los movimiento de un polvo. ¿A qué nos lleva todo esto?

Tome esa cosa parecida a una pica de carne rígida y métala en esa raja lubricada, frótela de atrás para adelante hasta obtener la carga necesaria capaz de producir una descarga. Como prender un fuego frotando dos palitos. No es nada mágico: colocar el punzón A en la marca B. Frotar hasta que se termine.

Mire el acto y vea lo estúpido que es. Las nalgas que suben y bajan, las piernas que se agitan, los sofocados jadeos, los va y viene... ¿hay algo más idiota que este acto tan básico de las relaciones humanas?

Evidentemente, no. Así que, ¿por qué tan agitadas relaciones con Pulcheria me parecían tan importantes a mí? (Y quizá también a ella.)

Mi teoría es que el significado real del sexo, en el buen sentido del término, es simbólico. No es solamente el hecho de estremecerse brevemente de "placer" durante los movimientos del acto. Después de todo, el mismo placer es posible sin compañera, aunque no sea lo mismo, ¿verdad?

No. El sexo es algo más que una contracción de los riñones; es la celebración de una unión espiritual, de una confianza mutua. Cada uno de nosotros le dice al otro en la cama: me ofrezco a ti con la esperanza de que me des placer; por mi parte, intentaré darte placer. A eso lo llamas contrato social. El temblor es fruto del contrato, no del placer, que es tan sólo su aplicación.

Uno dice también: mira, éste es mi cuerpo desnudo, con todas sus imperfecciones, y lo expongo ante ti con toda confianza, sabiendo que no te burlarás de él. Y dice: acepto este íntimo contacto contigo, aun a sabiendas que podrías transmittirme alguna horrible enfermedad. Acepto correr el riesgo, porque eres tú. Y la mujer se dice, al menos hasta el siglo XIX o comienzos del XX: me abro a ti sabiendo que puede haber todo tipo de consecuencias biológicas dentro de nueve meses.

Todas estas cosas son mucho más vitales que los breves momentos de placer. Por eso los instrumentos de masturbación mecánica nunca han suplantado al sexo, ni lo reemplazarán nunca.

Lo que se produjo entre Pulcheria Ducas y un servidor, aquella bizantina mañana de 1205, fue una relación mucho más importante que la que mantuve con la emperatriz Teodora medio milenio antes, y más importante que todas las relaciones que mantuve con un buen número de chicas un milenio después. Aproximadamente, eché en Teodora los mismos pocos centímetros cúbicos de líquido que en Pulcheria y en las otras mujeres; pero con Pulcheria fue diferente. Con Pulcheria, nuestro orgasmo no fue más que el sello simbólico de algo más grande. Para mí, Pulcheria era la encarnación de la gracia y la belleza, y la rapidez con la que ella aceptó lo que pasaba hizo de mí un emperador de más talla que Alexis; mi eyaculación y su orgasmo no tuvieron apenas importancia. Nada, comparados con el hecho de que nos habíamos enamorado, compartiendo nuestra confianza, nuestra fe y nuestro deseo. Ese es el centro de mi filosofía. Soy un romántico desnudo. La anterior es la profunda conclusión que he podido extraer de todas mis experiencias; el sexo con amor es mejor que el sexo sin amor. Q.E.P.D. También puedo demostrar, si quieren, que es mucho mejor estar sano que enfermo, tener dinero a ser pobre. Mi atracción por el pensamiento abstracto carece de lí-

mites.

48

Sin embargo, aunque habíamos demostrado hasta la saciedad este punto de vista filosófico, lo demostramos nuevamente media hora más tarde. La repetición es el mejor camino hacia la comprensión

A continuación, nos quedamos tendidos uno al lado del otro, cubiertos de sudor. Era el momento de sacar unos porros para compartir algún tipo de comunión diferente, pero aquello, evidentemente, resultaba imposible. Lo eché en falta.

—En el sitio de donde vienes, ¿es muy diferente? —me preguntó Pulcheria—. Me gustaría saber si la gente se comporta de un modo distinto, si se visten de otra forma, de qué habla.

—Muy diferente.

—Te veo como alguien totalmente desconocido, Jorge. Incluso por el modo en que me poseíste en la cama. Naturalmente, no soy muy experta en estas cosas, como te habrás supuesto. León y tú sois los únicos hombres a quienes he conocido.

—¿En serio?

—Sus ojos brillaron.

—¿No pensarás que soy una casquivana?

—¡Oh!, claro que no, pero... —Yo tartamudeaba—. En mi país —añadí desesperadamente—, una chica puede tener muchos hombres antes de casarse. Nadie protesta. Es la costumbre.

—Aquí no. Nosotras siempre estamos muy bien protegidas. Me casé a los doce años; aquello no me dio tiempo a muchas libertades. —Pulcheria frunció el ceño, se incorporó y se inclinó hacia mí para mirarme a los ojos. Sus senos se balanceaban agradablemente ante mi rostro—. Las mujeres de tu país, ¿son de verdad tan libres como dices?

—Sí, Pulcheria, es la verdad

—¡Pero sois bizantinos! ¡No sois bárbaros del norte! ¿Cómo les permitís tener tantos hombres?

—Es nuestra costumbre —respondí sin más.

—Quizá no vengas de Epira —sugirió—. Quizá vengas de alguna región más lejana. Te lo repito, Jorge, me pareces muy extraño.

—No me llames Jorge. Llámame Jud —pedí audazmente.

—¿Jud?

—Jud.

—¿Por qué quieres que te llame así?

—Porque es mi nombre más íntimo. Mi *verdadero* nombre, el que más *siento*. Jorge no es más que... bueno, un nombre que empleo.

—Jud. Jud. Nunca había oído ese nombre. ¡Vienes de un país muy extraño! ¡Muchísimo!

Sonreí ambiguamente.

—Te amo —dije, mordisqueándole los pezones para cambiar de tema.

—Tan extraño —murmuró mi amada—. Tan diferente. Y, sin embargo, me sentí atraída hacia ti desde el primer momento. ¿Sabes?, a menudo he soñado con ser tan libertina como ahora, pero nunca me atreví. Oh, recibí proposiciones, docenas de proposiciones, pero ninguna me parecía lo suficientemente atractiva como para correr el riesgo. Y, cuando te vi, sentí en mi interior ese fuego... ese deseo.

¿Por qué? Dime por qué. No eres ni más ni menos atractivo que el resto de los hombres a quien me hubiera podido entregar, y, sin embargo, te he preferido a ti.
¿Por qué?

—El destino —respondí—, como te he dicho antes. Una fuerza irresistible que nos lleva el uno hacia el otro a través de...

...los siglos...

—...los mares —acabé con un murmullo.

—¿Volverás a verme? —me preguntó.

—Muy a menudo.

—Encontraré el modo para que nos veamos. León nunca sabrá nada. Se pasa mucho tiempo en el banco (ya sabes que es uno de los directores) y con el emperador y en otras muchas actividades... Apenas me presta atención. Sólo soy un juguete entre todas sus posesiones. Nos encontraremos, Jud, y conoceremos el placer juntos muy a menudo y —sus negros ojos se iluminaron— quizá me des un hijo.

Sentí que los cielos se abrían y que sus rayos llovían sobre mí.

—Cinco años de matrimonio sin hijos —continuó Pulcheria—. No lo comprendo. Quizá, al principio, yo era demasiado joven; demasiado joven; pero ahora, tampoco nada. Dame un hijo, Jud. León te quedará agradecido... quiero decir que se pondrá muy contento, pensará que es suyo; incluso te pareces a los Ducas; sobre todo, en los ojos; no habrá problema. ¿Crees que esta noche habremos hecho un niño?

—No —contesté.

—¿No? ¿Cómo estás tan seguro?

—Lo sé —dije.

Acaricé su cuerpo sedoso. ¡Deja que pasen veinte días sin que tome las píldoras y plantaré en ti todos los hijos que quieras, Pulcheria! Y montaré tal lío en la trama del tiempo que nadie podrá eliminarlo. ¿Ser mi propio tátara-tátara-multi-tátara-abuelo? ¿Salir de mí mismo? ¿Curvar el tiempo sobre sí mismo para conseguir alcanzar la vida? No. Nunca funcionaría. Le daría mi amor a Pulcheria, pero evitaría dejarla embarazada.

—Se acerca el alba —susurré.

—Lo mejor será que te vayas. ¿Dónde puedo enviarte algún mensaje?

—A casa de Metaxas.

—Bien. Nos veremos dentro de dos días, ¿de acuerdo? Lo arreglaré todo.

—Soy tuyo, Pulcheria; se hará como tú quieras.

—Dentro de dos días. Pero ahora tienes que irte. Te enseñaré la salida.

—Demasiado arriesgado. Los servidores podrían extrañarse. Vuelve a tu habitación, Pulcheria. Encontraré yo solo la salida.

—¡Es imposible!

—Conozco el camino.

—¿De verdad?

—Te lo juro —concluí.

Ella necesitaba un poco más de seguridad, pero conseguí persuadirla para que evitase el riesgo de que la vieran conducirme a las puertas del palacio. Nos besamos por última vez; ella se volvió a poner el camisón. La tomé entre los brazos y la estreché contra mí, luego la solté y me dejó. Conté sesenta segundos. Luego ajusté el crono y remonté por la línea seis horas. La velada estaba muy avanzada. Atravesé el palacio con aire desenvuelto, evitando la habitación en que se encontraba mi otro yo —un poco más joven y sin conocer aun el maravilloso cuerpo de Pulcheria— conversando con el emperador Alexis. Salí del palacio de los Ducas

sin hacerme notar. Fuera, en la oscuridad, me detuve junto a la muralla que bordeaba el Cuerno de Oro y salté a 1204. Me dirigí a toda prisa hacia el albergue en que dejé dormidos a mis clientes. Llegué menos de tres minutos después de salir; me parecía muy lejano. Todo iba bien. Pasé una noche de pasión, me libré el alma de sus tormentos y estaba de nuevo en el trabajo, lleno de buenas intenciones. Verifiqué las camas.

El señor y la señora Haggins, sí.

El señor y la señora Gostaman, sí.

La señorita Pistil y Bilbo, sí.

Palmira Gostaman, sí.

Conrad Sauerabend, ¿sí? ¡No!

Conrad Sauerabend...

Conrad Sauerabend no estaba. No estaba allí. Su cama estaba vacía. Durante tres minutos de ausencia, Sauerabend se escapó.

Pero, ¿a dónde?

Sentí los primeros escalofríos.

49

¡Calma! ¡Calma! ¡Mantén la cama! Habrá ido a mear, sencillamente. Volverá. Artículo primero: *Un Guía debe saber en todo momento dónde se encuentran los turistas a su cargo. La pena por no cumplir...*

Encendí una antorcha en el fuego moribundo de la chimenea y salí precipitadamente al corredor.

¿Sauerabend? ¿Sauerabend?

No estaba orinando. No olisqueando por la cocina. No andaba por la bodega.

¿Sauerabend?

¡Maldito cerdo! ¿Dónde diablos te metes?

El sabor de los labios de Pulcheria todavía impregnaba los míos. Su sudor se mezclaba con el mío. Su fluido aún humedecía mi pelo púbico. Todas las alegrías deliciosas y prohibidas del incesto transtemporal continuaban dando vueltas por mi mente.

La Patrulla Temporal me borrará por todo esto, pensé. Explicaré: "He perdido a un turista." Ellos me preguntarán: "¿Qué ha pasado?". Les responderé: "Salí de la habitación durante tres minutos y desaparecí." Me dirán: "Tres minutos, ¿eh? No tendrías que haber salido ni,..." Objetaré: "Sólo tres minutos. ¡Maldita sea, no me pueden exigir que les vigile veinticuatro horas al día!". Ellos se mostrarán muy comprensivos, pero verificarán, sin embargo, lo que ocurrió, y descubrirán que salté tranquilamente a otro punto de la línea, y seguirán mi pista por 1105, y me encontrarán en compañía de Pulcheria, y verán que no sólo soy culpable de negligencia como Guía, sino que también he cometido incesto con mi tátara-tátara-multi-tátara-abuela...

¡Calma! ¡Calma!

Seguí por la calle. Me iluminaba gracias a la antorcha. ¿Sauerabend? ¿Sauerabend? Sauerabend no estaba por ninguna parte.

Si yo fuera Sauerabend, ¿dónde estaría?

¿En la casa de una joven bizantina de doce años? ¿Cómo penetrar en la casa? No. No. No habría podido hacerlo. ¿Acechando por la ciudad? ¿Salió a tomar el aire? Debería seguir dormido. Roncando. No. Recordé repentinamente que no dormía cuando me marché, ni roncaba; molestaba a Palmira Gostaman. Volví

precipitadamente al albergue. No valdría de nada rebuscar por toda Constantinopla.

Sintiendo cómo aumentaba mi pánico, desperté a Palmira. Se frotó los párpados, se quejó un poco, parpadeó. La luz de la antorcha iluminó su pecho liso y desnudo.

—¿Dónde se ha ido Sauerabend? —le pregunté apresuradamente.

—Le dije que me dejara tranquila. Le dije que si no dejaba de molestarme, le arrancaré la cola. Me había puesto la mano en... y...

—Sí, pero, ¿dónde ha ido?

—No lo sé. Se limitó a levantarse y se marchó. Estaba muy oscuro Me dormí no hace ni dos minutos. ¿Por qué me has despertado?

—Me resultaba útil —rezongué—. Vuelve a dormirte.

¡Calma, Judson, calma! Hay una solución más fácil. Si no estuvieras tan agitado, habrías pensado en ella hace un buen rato. Sólo tienes que arreglártelas para mantener a Sauerabend en la habitación, lo mismo que resucitaste a Marge Hefferin.

Era algo ilegal, naturalmente. Los Guías no pueden efectuar correcciones temporales. Sólo la Patrulla se encarga de eso. Pero sería una corrección mínima y nadie sabría nada. Te las arreglaste bastante bien con Marge Hefferin, ¿no? Sí. Sí. Es tu única oportunidad, Jud.

Me senté en el borde de la cama e intenté reflexionar en lo que tenía que hacer. Mi noche con Pulcheria había desgastado el filo de mi inteligencia. Piensa Jud. Piensa como nunca lo has hecho

Me concentré en las reflexiones.

¿Qué hora era cuando saltaste a 1105?

Doce menos catorce minutos de la noche.

¿Qué hora era cuando volviste a 1204?

Doce menos once minutos de la noche.

¿Qué hora es ahora?

Doce menos un minuto de la noche.

Ahora dime: ¿cuándo salió Sauerabend de la habitación?

Entre las doce menos catorce y las doce menos once minutos de la noche.

¿Cuántos minutos debes remontar para interceptarle?

Unos trece minutos.

Comprende que si saltas más de trece minutos te encontrarás con tu yo anterior dispuesto para saltar a 1105. La paradoja de la Duplicación.

Correré el riesgo de todos modos, tengo problemas más importantes.

Salta y arregla bien las cosas.

Adelante.

Ajusté el crono cuidadosamente y remonté la línea trece minutos y unos cuantos segundos. Constaté con satisfacción que mi yo anterior ya se había ido; pero no Sauerabend. Aquel maldito cerdo se encontraba aún en la alcoba sentado en la cama y dándome la espalda

Sería muy fácil detenerle. Sólo tenía que impedirle que saliera de la habitación, mantenerle allí durante tres minutos y así evitar que se marchase. En el instante en que volviera mi yo anterior —a las doce menos once minutos— descendería por la línea diez minutos, recuperando mi propio lugar en la corriente temporal. Sauerabend estaría siempre bajo la vigilancia del Guía (por una u otra de sus encarnaciones) durante todo el período peligroso a partir de las doce menos catorce minutos. Habría un breve momento de duplicación cuando volviera mi otro yo pero me borraría tan deprisa de su nivel temporal que ni siquiera lo notaría. Y las cosas

serían como tenían que haber sido.

Bien. Perfecto.

Avancé hacia Sauerabend con la intención de cerrarle el paso si intentaba salir. Se volvió, sin levantarse de la cama, y me vio.

—¿Ya ha vuelto? —preguntó.

—Sí. Y yo no...

Apoyó la mano en su crono y desapareció.

—¡Espere! —grité, despertando a los demás—. ¡No puede hacer eso! ¡Es imposible! Los cronos de los turistas no son...

Mi frase terminó con un gorgoteo absurdo. Sauerabend se había marchado efectuando un salto temporal ante mis propios ojos. Gritar no le haría volver. ¡Aquel repugnante cabrón me había engañado! El tipo manipuló el crono intentando hacerlo funcionar él solo; al final, lo consiguió y lo utilizó.

En aquel momento sí que estaba en un buen lío. Uno de mis turistas se agenció un crono en funcionamiento y saltó a alguna parte: ¡era terrible! Me sentí desesperado. Naturalmente, la Patrulla Temporal le encontraría antes de que pudiera cometer muchos crímenes temporales serios, pero recibiría un castigo por haberle dejado escapar.

A menos que le atrapara antes de su marcha.

Pasaron cincuenta y seis segundos desde que salté para impedir a Sauerabend abandonara la habitación.

Sin duda, salté sesenta segundos al pasado. Sauerabend estaba sentado en la cama. Mi otro yo avanzaba hacia él. Los otros turistas estaban dormidos... todavía no les despertaban mis gritos.

Perfecto. Somos dos. Le tenemos.

Me lancé sobre Sauerabend para sujetarle por los brazos e impedirle saltar.

Se volvió en el momento en que caía sobre él y deslizó la mano hacia el crono con diabólica velocidad.

Desapareció. Me derrumbé sobre la cama vacía y me quedé medio aturdido por el golpe.

El otro Jud me miró y dijo:

—¿De dónde diablos vienes?

—Estoy adelantado con respecto a ti cincuenta y seis segundos. No conseguí detenerle la primera vez y salté hacia atrás para intentarlo de nuevo

—Y veo que has vuelto a fallar.

—Sí.

—Y además has provocado una duplicación. Eso...

—Eso, por lo menos, podemos arreglarlo —le dije, comprobando la hora—. En treinta segundos, saltarás sesenta segundos al pasado y volverás a entrar en la corriente temporal.

—Nada de eso —dijo Jud B.

—¿Qué quieres decir?

—¿De qué serviría? Sauerabend se habrá ido o estará a punto de saltar. No podré agarrarle, ¿verdad?

—Pero *debes* hacerlo —protesté.

—¿Por qué?

—Porque es lo que yo he hecho en este momento de la línea temporal.

—Tenías una buena razón para hacerlo —replicó—. Acababas de perder a Sauerabend y querías remontar un minuto para intentar agarrarle por segunda vez. Pero yo no he tenido siquiera opción a perderle. Y, además, ¿para qué preocuparse por la línea temporal? Ya ha sido alterada.

Tenía razón. Habíamos sobrepasado los cincuenta y seis segundos. Estábamos en el mismo punto en que pretendí bloquear el camino de Sauerabend por primera vez; pero Jud B, que vivía sin duda en el minuto que precedía a la primera desaparición de Sauerabend, había vivido aquel minuto sin que lo hubiese vivido yo. Lo do era un follón. Había hecho nacer un doble que no partiría y que no tenía parte alguna a la que ir. Eran las doce menos trece minutos de la noche. Dentro de dos minutos, nos encontraríamos con un tercer Jud... el que acababa de abandonar los brazos de Pulcheria y que no tardaría en darse cuenta de la desaparición de Sauerabend. El tenía su propio destino: pasar diez minutos de agitación y pánico, saltar de las doce menos un minuto a las doce menos catorce minutos y cometer todos los errores que causaron aquel desdoblamiento.

—Debemos irnos de aquí —dijo Jud B.

—Sí, antes de que él llegue.

—Sí. Si nos ve, puede que no salte a las doce menos catorce y

—... podría eliminarnos a los dos.

—¿Dónde podemos ir? —preguntó.

—Podemos volver tres o cuatro minutos e intentar capturar a Sauerabend entre los dos.

—No. Nos encontraríamos a otro de nosotros... el que va a reunirse con Pulcheria.

—¿En ese caso...? Le dejaremos irse en cuanto hayamos dominado a Sauerabend.

—No funcionará. Si volvemos a perderle, provocaremos un cambio suplementario en la trama del tiempo y quizá generemos un nuevo Jud. Sería como un palacio de espejos; no podemos andar volviendo interminablemente hasta que seamos un millón. Es demasiado rápido para nosotros.

—Tienes razón —dije, lamentando que Jud B no hubiera saltado al pasado antes de que fuera demasiado tarde.

—Eran las doce menos doce minutos.

—Tenemos sesenta segundos para largarnos. ¿Dónde vamos?

—Volveremos una vez más al pasado para intentar dominar a Sauerabend. Es definitivo.

—Sí.

—Pero *debemos* localizarle.

—Sí.

—Y puede estar en cualquier parte.

—Sí.

—En ese caso, no somos suficientes. Necesitamos ayuda.

—Metaxas.

—Sí. Y quizá Sam.

—Sí. ¿Y Capistrano?

—¿Está disponible?

—¿Quién sabe? Intentaremos encontrarle. Y Buonocore. Y Jeff Monroe. ¡Es un asunto muy grave!

—Si —confesé—. Escucha. Sólo nos quedan diez segundos. ¡Ven conmigo!

Salimos corriendo de la habitación cuando faltaban unos segundos para la llegada del Jud de las doce menos once minutos. Nos ocultamos en la oscuridad, bajo la escalera, pensando en el Jud que se encontraba dos pisos más arriba y descubría la ausencia de Sauerabend.

—Todo esto requiere un trabajo de equipo. Vuelve a 1105, encuentra a Metaxas y explícale lo que ha pasado. Luego, busca refuerzos y pide a todo el mundo

que busque a Sauerabend en la línea temporal.

—¿Y tú?

—Me quedaré aquí hasta las doce menos un minuto. En ese momento, el muchacho que tenemos ahí arriba saltará a un poco antes de las doce menos trece para encontrar a Sauerabend...

—... y dejar a mis clientes sin protección...

—... sí aunque es totalmente necesario que alguien se quede con ellos. Remontaré en cuanto se haya ido y adquiriré la identidad del Guía Jud Elliott. Y haré como que todo es normal hasta que me traigas noticias. ¿Vale?

—Vale.

—Pues vete.

Se fue. Me dejó y me caí al suelo temblando de horror. El golpe me afectó violentamente. Sauerabend había desaparecido, yo había hecho nacer un alter ego provocando la paradoja de la Duplicación y en la misma noche cometí más crímenes temporales que los que podría contar y...

Tuve ganas de llorar.

No me daba cuenta pero los problemas no hacían más que empezar.

50

A las doce menos un minuto me levanté y subí la escalera para quedarme de único y auténtico Jud Elliott. Al entrar en la alcoba me permití el tonto pensamiento de suponer que todo estaba en orden y que Sauerabend se encontraba de nuevo en su cama. Que todo se haya restablecido retroactivamente, imploré. Pero Sauerabend no estaba en la habitación.

¿Significaba que nunca le encontraríamos?

No necesariamente. Quizá le habían llevado, para evitar complicaciones, a un momento ligeramente posterior de la línea, digamos, una o dos horas antes de amanecer.

Quizá le llevaron al momento en que saltó —unos trece minutos antes de medianoche— pero no me daba cuenta de su vuelta a causa de algún efecto de la paradoja del Desplazamiento Transitorio, que me mantenía fuera del sistema temporal.

No sabía nada. Ni siquiera quería saberlo. Simplemente anhelaba que Conrad Sauerabend fuese encontrado y devuelto a su justo puesto en la línea temporal, antes de que la Patrulla se diera cuenta de lo que pasaba y se me echase encima.

No era cosa de dormir. Me senté miserablemente en el borde de la cama, levantándome de vez en cuando para vigilar mi grupo. Los Gostaman dormían. Los Haggins dormían. Palmira, Bilbo y la señorita Pistil dormían también.

A las dos y media de la madrugada, llamaron suavemente a la puerta. Corrí a abrir.

Otro Jud Elliott se encontraba en el umbral,

—¿Quién eres? —le pregunté, preocupado.

—El mismo que se encontraba por aquí hace un rato. El que se fue a buscar ayuda. Somos los dos únicos Jud Elliott, ¿verdad?

—Creo que sí —dije, reuniéndome con él en el pasillo—. ¿Qué tal? ¿Qué ha pasado?

—Hace una semana que me marché. Hemos buscado por toda la línea.

—¿Quiénes? ¿Nosotros?

—Mira, primero me reuní con Metaxas en 1105, como dijiste. Quiere sacarnos del lío. Envió servidores a ver si encontraban a alguien parecido a Sauerabend en 1105.

—No era muy útil, creo.

—Valía la pena probar —añadió mi gemelo—. A continuación, Metaxas descendió al tiempo actual y llamó a Sam por teléfono, que llegó de Nueva Orleans en compañía de Sid Buonocore. Metaxas avisó también a Kolettis, Gompers, Plastiras, Pappas... a todos los Guías que se ocupan de Bizancio, todo el equipo. A causa de los problemas de la discontinuidad, no pudimos avisar a los que se encontraban en una base temporal en diciembre de 2059, pero, con todo, éramos bastantes. Desde hace una semana seguimos la pista de Sauerabend, año por año, preguntando en los mercados, buscando pistas. Yo lo persigo entre dieciocho y veinticuatro horas diarias. Como los demás. Son maravillosos, ¡son verdaderos amigos!

—En efecto —repliqué—. ¿Qué oportunidades tenemos de encontrarle?

—Bueno, pensamos que no habrá salido de la región de Constantinopla, pero también puede haber llegado a 2059 y estar en Viena, o en Moscú, y desde allí volver a remontar la línea. No podemos insistir. Si no se encuentra en el período bizantino, verificaremos el período turco, luego el prebizantino, luego les preguntaremos a los Guías del tiempo actual que se ocupan de otras giras si pueden buscarle y...

Se encogió de hombros. Estaba agotado.

—Escucha —le dije—, descansa un poco. Tienes que volver a 1105 y quedarte en casa de Metaxas durante unos días. Luego, vuelve aquí y yo participaré en las búsquedas. Podemos estar así indefinidamente. Mientras tanto, mantendremos esta noche de 1204 como punto de referencia. Cuando quieras verme, salta a esta noche y seguiremos siempre en contacto. Puede costarnos varias vidas, pero Sauerabend debe estar en el grupo antes del alba.

—De acuerdo.

—¿Todo claro? Pasa unos días en la villa y vuelve dentro de media hora. Luego, me iré yo.

—Todo aclarado —dijo, saliendo a la calle para saltar.

Volví al dormitorio y proseguí aquella melancólica vela. A las tres de la mañana, Jud B estaba de vuelta y parecía otro hombre. Se le veía afeitado, parecía haberse bañado una o dos veces, llevaba ropa nueva y, visiblemente, había dormido en abundancia.

—Tres días de reposo en casa de Metaxas —dijo—. ¡Magnífico!

—Pareces estar en plena forma. En demasiada buena forma. ¿No habrás ido a reunirte con Pulcheria?

—Ni se me ocurrió. Pero, ¿hubiera importado? No querrás impedirme verla...

—No tienes ningún derecho...—empecé a protestar.

—Yo soy tú, ya lo sabes. No puedes estar celoso de ti mismo.

—Creo que no —concluí—. He sido un estúpido.

—Y yo más estúpido —declaró—. Debí ir con ella cuando estuve por allí.

—En fin, ahora me toca a mí. Pasaré unos días persiguiendo a Sauerabend, luego, me dirigiré a la villa para descansar y recuperarme y quizá disfrute un poco con nuestra bien amada. Espero que no veas ningún inconveniente.

—Todo correcto —suspiró—. Es tan tuya como mía.

—Exacto. Cuando haya terminado, volveré... digamos, a las tres y cuarto. ¿De acuerdo?

Preparamos nuestros horarios para evitar la más mínima discontinuidad en

1105; no quería encontrarme en el mismo tiempo que él, o, peor aún, antes de que él llegase.

Salí del albergue y remonté la línea. Una vez estuve en 1105, alquilé un carro que me condujo a la villa en un hermoso día de otoño.

Metaxas, con los ojos enrojecidos, mal afeitado, me recibió en la puerta preguntándome:

—¿Quién eres? ¿A o B?

—A. B me reemplaza en el albergue de 1204. ¿Cómo van las pesquisas?

—No muy bien —replicó Metaxas—. Pero no pierdas la esperanza. Siempre estaremos contigo. Ven a ver a unos viejos amigos.

51

—No sabéis cuánto lamento causaros tantos problemas —dije.

Los hombres a quienes más respetaba en el mundo se echaron a reír, sonrieron, bromearon y me dijeron:

—No pasa nada, chaval.

Tenían la ropa ajada y sucia. Llevaban trabajando mucho tiempo dura y vanamente para sacarme del problema y aquello resultaba visible. Me habría gustado abrazarles a todos ellos a la vez. A Sambo el negro y a Jeff Monroe con su rostro teatral, y a Sid Buonocore con aquellos ojos llenos de astucia. Pappas, Kolettis, Plastiras. Establecieron un mapa en el que indicaron los puntos en que no habían encontrado a Conrad Sauerabend. El mapa estaba lleno de marcas.

—No te preocupes, muchacho —me dijo Sam—. Le encontraremos.

—Lamento que perdáis vuestro tiempo libre...

—Nos podría haber pasado a cualquiera de nosotros —dijo Sam—. No ha sido culpa tuya.

—¿No?

—Sauerabend alteró el crono cuando le dabas la espalda, ¿no? ¿Cómo ibas a impedirlo? —Sam sonrió—. Te ayudaremos a salir de ésta. Lo mismo nos podría pasar a nosotros.

—Todos para uno —declaró Madison Jefferson Monroe—. Uno para todos. —¿Crees que eres el primer Guía al que se le escapa un cliente? —preguntó Sid Buonocore—. ¡Vaya cosa! Cualquiera que comprenda la teoría del Efecto Benchley puede alterar un crono y utilizarlo manualmente.

—No me lo dijeron...

—No lo van diciendo por ahí. Pero son cosas que pasan. Cinco o seis veces por año, alguien hace un viaje temporal individual a espaldas del Guía.

—¿Qué le pasa al Guía? —pregunté.

—¿Si la Patrulla Temporal descubre lo que pasa? Le despiden —contestó Buonocore con voz átona—. Intentamos cubrirnos mutuamente antes de que la Patrulla se mezcle. Es un trabajo muy penoso, pero hay que hacerlo. Quiero decir una cosa: si no te ocupas de un amigo cuando está en problemas, ¿quién se ocupará de ti cuando los tengas tú?

—Además —precisó Sam—, así nos sentimos casi como héroes.

Examiné el mapa. Buscaban a Sauerabend meticulosamente desde comienzos del período bizantino: de Constantino al segundo Teodosio. Verificaron los dos siglos precedentes al que nos encontrábamos con mucho cuidado. El período intermedio había sido tan sólo objeto de pesquisas al azar. Sam, Buonocore y Monroe pensaban pararse un poco para recobrar las fuerzas; Kolettis, Plastiras y

Pappas se disponían a seguir las investigaciones, y estaban preparando una estrategia.

Todo el mundo fue muy amable conmigo durante los debates acerca del modo de atrapar a Sauerabend. Sentí que nacía en mí una cálida gratitud hacia ellos. Mis amigos en la adversidad. Mis compañeros. Mis colegas. Los mosqueteros del tiempo. Mi corazón se abrió. Lancé un corto discurso para decirles cuánto les agradecía sus esfuerzos. Parecieron molestos y me repitieron que era una simple cuestión de camaradería, la regla de oro de la acción.

La puerta se abrió y un personaje entró titubeante, con unas gafas de sol de lo más anacrónicas. ¡Najeeb Dajani, mi antiguo instructor! Frunció el ceño, se dejó caer en una silla e hizo un gesto impaciente para pedir vino, sin dirigirse a nadie en particular.

Kolettis le pasó una copa. Dajani se echó un poco en las manos y limpió el polvo que le empañaba las gafas. Se bebió el resto.

—¡Señor Dajani! —exclamé—. ¡No sabía que también contásemos con usted! Escuche, quiero darle las gracias por...

—¡Pobre gilipollas! —dijo Dajani sin otro preámbulo—. ¿Dónde coño te dieron una licencia de Guía?

52

Dajani venía directamente de echar un vistazo por la ciudad entre 630 y 650 sin resultados positivos. Se sentía fatigado, irritado y visiblemente no le alegraba mucho la idea de pasarse las vacaciones buscando a un turista perdido por otro Guía.

Aquello enfrió repentinamente mi vena sentimental. Intenté rehacer el discurso de agradecimiento pero me cortó amargamente:

—¡No me hagas la bola! Hago todo esto porque mis capacidades de instructor serían puestas seriamente en duda si la Patrulla viese al antropoide al que entregué diploma de Guía. Sólo me estoy protegiendo.

Nació un atroz silencio, lleno rápidamente por ruidos de pies en el suelo y gallos de garganta.

—No es muy agradable oír eso, —le repliqué a Dajani.

—No te dejes abatir, pequeño —declaró Buonocore—. Como ya te he dicho sea quien sea el Guía un turista puede alterar su crono y...

—No hablo de la pérdida del turista —le cortó Dajani irritado—. ¡Hablo del hecho de que este idiota haya conseguido desdoblarse intentando corregir su error! —Bebió un trago de vino—. Lo uno se lo perdono, pero lo otro no.

—Lo de la duplicación es bastante feo —admitió Buonocore.

—Es un serio problema —confirmó Kolettis.

—Un mal *karma* —dijo Sam—. Sin hablar del modo en que tendremos que arreglar las cosas.

—No he oído hablar de un caso parecido —declaró Pappas.

—Una desgracia muy molesta —comentó Plastiras.

—Escuchad —les dije— la duplicación ha sido accidental. Estaba demasiado ocupado en intentar encontrar a Sauerabend como para calcular las consecuencias de...

—Lo entendemos —dijo Sam.

—Un error comprensible cuando uno se encuentra bajo tensión —corroboró Jeff Monroe.

—Habría podido pasarle a cualquiera —opinó Buonocore.

—Muy mala suerte —murmuró Pappas.

Empezaba a sentirme mucho menos miembro de una sólida fraternidad, y mucho más como un desgraciado sobrino demasiado torpe como para meterse en líos en cualquier parte. Los tíos del sobrino intentaban restablecer una situación particularmente catastrófica y calmar al sobrino para que no cometiera más me-meces.

Cuando me di cuenta de la actitud real de aquellos hombres, casi tuve ganas de llamar a la Patrulla Temporal, confesar mis crímenes y pedir que me suprimieran. Mi mente se encogió. Mi virilidad se me pegó al culo. Yo, que fornicaba con emperatrices, que seducía a las mujeres de la nobleza, que charlaba con los emperadores, yo, el último de los Ducas, yo, el brillante Guía, el igual a Metaxas, yo... no era, para aquellos Guías veteranos que me rodeaban, nada más que una masa andante de imbecilidad. Un excremento que andaba como un hombre. Es decir, una mierda.

53

Metaxas, que llevaba sin decir palabra quince minutos, opinó finalmente:

—Si los que tienen que partir están preparados, mandaré buscar un carro que les lleve a la ciudad.

Kolettis hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Todavía no hemos determinado las zonas en que tenemos que buscar. No nos llevará más que un minuto.

Por encima del mapa tuvo lugar una zumbante conversación. Decidieron que Kolettis cubriera el período 700-725, Plastiras el 1150-1175 y que yo inspeccionara los años 725-745. Pappas llevaba una escafandra especial y miraría en los años de la peste, 745-747, en caso de que Sauerabend hubiera aterrizado, accidentalmente, en aquel período prohibido.

Me quedé sorprendido de que confiaran en mí lo suficiente como para dejarme saltar solo; yo ya sabía lo que opinaban de mi persona. Pero supongo que se dijeron que llegados a aquel punto yo ya no podía hacer nada peor. Nos dirigimos a la ciudad en una de las carrozas de Metaxas. Cada uno de nosotros llevaba una reproducción —pequeña pero excepcionalmente fiel— de Conrad Sauerabend pintada en una placa de madera barnizada, obra de un artista bizantino contratado por Metaxas. El artista trabajó a partir de un holograma; me pregunté lo que pensaría.

Tras llegar a la ciudad nos dispersamos y saltamos uno por uno a las épocas que debíamos vigilar. Me materialicé en 725 y me di cuenta en el acto de la broma que me estaban gastando.

Era a comienzos de la iconoclastia, el momento en que el emperador León III denunció la adoración de las imágenes pintadas. En aquella época la mayor parte de los bizantinos eran fervientes iconólatras —adoradores de imágenes— y León intentó acabar con el culto a los iconos, primero hablando y advirtiendo en su contra, luego destruyendo una imagen de Cristo en la capilla del Chalke, la Casa de Bronce, ante el Gran Palacio. A continuación las cosas empeoraron; las imágenes y los fabricantes de imágenes fueron perseguidos y el hijo de León declaró, en una proclama, que "Toda imagen hecha en cualquier material mediante el satánico arte de los pintores deberá ser proscrita, retirada y expulsada de la Iglesia cristiana".

Y yo tenía que ir de calle en calle, con un retrato de Conrad Sauerabend, preguntando a la gente si le había visto.

El retrato no era un icono exactamente. Mirándolo nadie podría tomar a Sauerabend por un santo. Pero con todo tuve mis líos.

—¿Ha visto a este hombre? —preguntaba sacando el dibujillo.

En el mercado.

En las termas.

En la escalinata de Santa Sofía.

Ante el Gran Palacio.

—¿Ha visto a este hombre?

En el Hipódromo durante un partido de polo.

En la distribución gratuita anual de pan y peces entre los pobres el 11 de mayo, ceremonia que celebraba el aniversario de la fundación de la ciudad.

Ante la iglesia de San Sergio y San Baco.

—Busco a este hombre.

La mitad de la veces ni siquiera podía sacar la pintura del todo. Pensaban que yo era un hombre que ocultaba un icono bajo la ropa y huían gritando:

—¡Iconólatra! ¡Adorador de imágenes!

—Pero si esto no es... Sólo busco... No se vayan a creer que la pintura es... ¡Eh, vuelvan!

Me echaron, me empujaron, me escupieron. Fui vapuleado por los guardias imperiales y mirado con insistencia por sacerdotes iconólatras. Me invitaron varias veces a sus reuniones secretas.

Pero no conseguí información alguna sobre Conrad Sauerabend.

Sin embargo, pese a todas las dificultades, siempre había alguien que miraba el retrato. Ninguno de ellos había visto a Sauerabend, aunque algunos pensaban haberse encontrado con un hombre parecido al del cuadro. Pasé dos días buscando a uno de aquellos eventuales socios, pero la verdad es que cuando lo encontré no tenía el más mínimo parecido.

Seguí saltando de año en año. Espié grupos de turistas pensando que Sauerabend podría preferir encontrarse entre gente de su propia época.

Nada. Ni el menor indicio.

Finalmente, descorazonado, con los pies doloridos, volví a 1105. En casa de Metaxas no encontré más que a Pappas que parecía todavía más sucio y agotado que yo.

—Es inútil —dije—. No le encontraremos. Es como buscar... como buscar...

—Una aguja en un pajar de tiempo... —terminó Pappas.

54

Tenía derecho a un corto descanso antes de volver a la larga noche de 1204 y liberar a mi alter ego para que siguiera buscando. Tomé un baño, dormí, me eché dos o tres polvos con una esclava y medité profundamente en todo aquello. Volvió Kolettis: ni rastro. Volvió Plastiras: ni rastro. Descendieron por la línea para reintegrarse a sus trabajos como Guías. Gompers, Herschel y Metaxas, tomando vacaciones, llegaron y se pusieron a buscar a Sauerabend en el acto. Cuantos más Guías ayudaban peor me sentía.

Decidí consolarme en brazos de Pulcheria.

Quiero decir una cosa: puesto que estaba en la buena época y ya que Jud B no la vio, no veía razón alguna para que no fuese a reunirme con ella. Y, además,

quedamos citados. Una de las últimas cosas que Pulcheria me dijo en la famosa noche fue: "Nos veremos dentro de dos días. ¿de acuerdo? Lo arreglaré todo".

¿Cuándo lo dijo?

Según la base de 1105, al menos dos semanas atrás, me dije. Quizá tres.

Me tenía que enviar un recado a casa de Metaxas para decirme cuándo y cómo podríamos vernos de nuevo en secreto. Con todos los problemas que me había causado Sauerabend me olvidé. Corrí por toda la villa preguntando a los servidores de Metaxas y a su mayordomo si tenían algún recado para mí

—No —dijeron— ningún mensaje.

—¿Estáis seguros? Espero un mensaje importante del palacio de los Ducas. De Pulcheria Ducas.

—¿De quién?

—Pulcheria Ducas.

—Ningún mensaje señor.

Me vestí lo más elegantemente que pude y cabalgué hasta Constantinopla ¿Me atrevería a presentarme en el palacio de los Ducas sin haber sido invitado? Sí me atreví. Mi falsa identidad de campesino palurdo justificaría un eventual ataque a la etiqueta.

Una vez ante el palacio de los Ducas llamé a los servidores y salió un viejo criado, el que me llevó a la habitación la noche en que Pulcheria se entregó a mí. Le sonreí de un modo amistoso pero él me devolvió una mirada impasible. Me ha olvidado conjeturé.

—Saludo al señor León y a la dama Pulcheria; ¿podrías decirles que Jorge Markezinis de Epira está aquí y quedaría feliz si pudiera verles?

—¿Al señor León y a la dama...? —repitió el servidor.

—Pulcheria —dije—. Me conocen. Soy primo de Temístocles Metaxas y...— Dudé. Me sentía más idiota que de costumbre dándole todas aquellas referencias a un simple criado—. Ve a buscar al mayordomo —pedí secamente.

El criado desapareció.

Tras un buen rato un individuo de aspecto arrogante, vestido con el equivalente bizantino de una librea, salió y me examinó.

—¿Sí?

—Saludo al señor León y a la dama Pulcheria; ¿podrías anunciarles que...?

—¿Dama que?

—Dama Pulcheria, esposa de León Ducas. Soy Jorge Markezinis de Epira, primo de Temístocles Metaxas; estuve presente en la fiesta que dieron hace unas semanas...

—La esposa de León Ducas —explicó fríamente el mayordomo—, se llama Euprepia.

—¿Euprepia?

—Euprepia Ducas es la señora de la casa. ¿Qué venís a hacer aquí? Si estáis loco y venís a importunar a mi señor León en mitad del día, yo...

—Espere —le interrumpí—. ¿Es Euprepia? ¿No se trata de Pulcheria? —Saqué un besante de oro y lo puse en la mano extendida del mayordomo—. No estoy loco y esto es muy importante. ¿Cuándo se casó León con... con Euprepia?

—Hace cuatro años.

—Cuatro... años. No, es imposible. Se casó con Pulcheria hace cinco años y...

—Debéis estar equivocado. El señor León sólo se ha casado una vez, con Euprepia Macremboliossa, la madre de su hijo Basilio y su hija Zoe.

La mano siguió extendida y puse en ella otro besante.

—Su hijo mayor se llama Nicetas —murmuré, absorto—, y todavía no ha naci-

do, y no tendrá ningún hijo llamado Basilio y... Dios mío, ¿te estás burlando de mí?

—Juro por Cristo Pantocrator que digo la verdad —declaró el mayordomo solemnemente.

Desesperado, tanteé la bolsa llena de besantes y pregunté:

—¿Podrá hablar un momento con Euprepia?

—Quizá sí. Pero no está. Descansa desde hace tres meses en el palacio de los Ducas, junto a la costa, en Trebisonda, donde espera su próximo hijo.

—¿Desde hace tres meses? En ese caso, ¿no hubo recepción en el palacio hace unas semanas?

—No, señor.

—¿No estuvo aquí el emperador Alexis? ¿Ni Temístocles Metaxas? ¿Ni Jorge Markezinis? ¿Ni...?

—Ninguno de esos hombres, señor. ¿Puedo ayudaros en algo más?

—Creo que no —respondí, y me alejé con paso tambaleante del palacio de los Ducas como un hombre a quien ha golpeado la cólera de los dioses.

55

Vagué siniestramente por el Cuerno de Oro, caminando hacia el sudeste, hasta que alcancé el laberinto de las tiendas, bazares y tabernas, junto a un lugar donde en el futuro se alzaría el puente de Gálata y donde en la actualidad se halla un laberinto de tiendas, bazares y tabernas. Anduve como un zombie por aquellas calles estrechas, sinuosas y atestadas sin destino preciso. Sin ver ni pensar; me contentaba con poner un pie delante del otro y avanzar así hasta que el destino volvió a encargarse de mí al acabar la mañana.

Penetré al azar en una taberna, una casa de dos pisos de madera sin pintar. Algunos mercaderes se bebían la copa de mediodía. Me dejé caer pesadamente en una silla ante una mesa coja y mal rematada, en un rincón vacío de la sala. Me quedé allí, mirando la pared, pensando en la mujer embarazada de León Ducas, aquella Euprepia.

Una hermosa sirvienta avanzó y me preguntó:

—¿Queréis vino?

—Sí. El más fuerte.

—¿Y un poco de cordero asado?

—No tengo hambre, gracias.

—Tenemos un cordero muy bueno.

—No tengo hambre —repetí.

Miré sus tobillos lúgubrementemente. Eran muy bonitos. Subí la vista a las pantorrillas, hasta donde la imagen de sus piernas desaparecía detrás de una sencilla túnica. Se alejó y volvió enseguida con una jarra de vino. Cuando la depositó ante mí, la parte delantera de su túnica se abrió desde la garganta y vi balancearse en su interior dos senos pálidos y firmes, de pezones rosados. Miré su rostro.

Habría podido pasar por la gemela de Pulcheria.

Los mismos ojos negros y maliciosos. La misma piel olivácea y suave. Los mismos labios sensuales y la nariz aquilina. La misma edad, unos diecisiete años. Las diferencias entre aquella muchacha y mi Pulcheria eran diferencias en la ropa, la actitud, la expresión. Aquella mujer iba burdamente vestida; carecía de la elegancia aristocrática de Pulcheria; pero se detectaba en ella cierto resentimiento, y su mirada decía que era una joven cuya vida no estaba relacionada con su

rango, lo que la contrariaba.

—¡Podrías ser Pulcheria! —exclamé.

Se echó a reír.

—¿Cómo decís esas sandeces?

—Conocí a una muchacha que se parecía mucho a ti... y se llamaba Pulcheria...

—¿Estáis loco o sólo borracho? Yo soy Pulcheria. No me gusta mucho este juego, desconocido.

—¿Eres... Pulcheria?

—Naturalmente.

—¿Pulcheria Ducas?

Ella se rió.

—¿Ducas, decís? ¡Ahora sí que sé a ciencia cierta que estáis loco! Soy Pulcheria Photis. ¡La mujer de Heracles Photis, el posadero!

—Pulcheria... Photis... —repetí estúpidamente—. Pulcheria Photis... la mujer... de Heracles... Photis

Se inclinó hacia mí, permitiéndome ver de nuevo sus maravillosos senos. Dejó de ser arrogante y se mostró intrigada; en voz baja, me preguntó:

—Por vuestra ropa, diría que sois alguien importante. ¿Qué hacéis aquí? ¿Ha hecho Heracles algo malo?

—Sólo vengo a beber —respondí—. Pero dime una cosa: ¿eres la Pulcheria cuyo nombre de soltera era Botaniates?

Pareció quedarse estupefacta.

—¡Lo sabéis! ¡Es verdad!

—Sí —respondió mi adorada Pulcheria, sentándose a mi lado en el banco—. Pero ya no soy una Botaniates. Desde hace cinco años... desde que Heracles... el cerdo de Heracles... desde que él... —Bebió un poco de vino para calmarse—. ¿Quién eres, desconocido?

—Jorge Markezinis, de Epira.

El nombre no le dijo nada.

—Soy primo de Temístocles Metaxas.

Ella profirió una exclamación en voz baja.

—¡Sabía que erais alguien importante! ¡Lo sabía! —Un poco temblorosa, añadió—. ¿Qué deseáis de mí?

Los parroquianos empezaban a mirarnos.

—¿Podemos hablar en algún lugar más tranquilo? —pregunté.

Me miró con ojos de descarada connivencia.

—Un instante —dijo.

Salió de la taberna y la oí llamar a alguien como si estuviera vendiendo pescado; luego, una niña vestida con harapos y de unos quince años, entró en la sala.

—Encárgate del albergue, Ana —dijo Pulcheria—. Estoy ocupada.

Se volvió hacia mí.

—Podemos subir —dijo.

Me llevó a un dormitorio de la segunda planta y cerró cuidadosamente la puerta a nuestras espaldas.

—Mi marido ha ido a Gálata a comprar carne —me explicó—, y no volverá hasta dentro de dos horas. No me importa recibir uno o dos besantes de un guapo desconocido cuando no está ese cerdo.

Cayó su túnica y quedó totalmente desnuda ante mí. Su sonrisa era provocativa, una sonrisa que decía que aún le quedaban profundos sentimientos, fuera cual fuese el tratamiento que le infligieran. Los ojos le brillaban de deseo.

Me quedé aturdido ante sus senos altos y firmes, cuyos pezones se endurecían a ojos vista, aquel vientre liso y firme, con vello negro, sus muslos tensos y musculosos, aquellos brazos abiertos que me llamaban.

Se dejó caer sobre el duro jergón; dobló las rodillas y separó las piernas.

—¿Dos besantes? —me propuso.

¿Pulcheria transformada en puta de taberna? ¿Mi diosa? ¿Mi adorada?

—¿Por qué dudáis? —preguntó—. Venid, dadle a ese perro de Heracles otro par de cuernos. ¿Qué os pasa? ¿No os gusto?

—Pulcheria... Pulcheria... Te amo Pulcheria...

Ella se rió estremeciéndose de placer. Me tendió los brazos.

—¡En ese caso venid!

—Has sido mujer de León Ducas —murmuré—. Vivías en un palacio de mármol, vestías ropa de seda y eras escoltada por una atenta dueña cuando salías a la ciudad. El emperador fue a una de tus recepciones y justo antes del alba viniste a verme y te entregaste a mí, pero todo eso fue sólo un sueño, Pulcheria, sólo un sueño ¿verdad?

—Estáis loco —me dijo—. Pero sois un bello loco y me muero de ganas por teneros entre las piernas y recibir esos besantes. Acercaos. ¿Sois tímido? Escuchad, poned la mano aquí, sentid la carne que se hincha, las pulsaciones...

Mi sexo se irguió llevado por el deseo, pero sabía que no podría tocarla. A aquella Pulcheria no; no a aquella ramera vulgar e impúdica, no a aquella magnífica criatura que se retorció de impaciencia en la cama justo delante de mis ojos.

Saqué la bolsa y vacié su contenido sobre la desnudez de Pulcheria, cubriendo de besantes su ombligo, su pubis y sus senos. Gritó estupefacta y se incorporó para recoger las monedas llena de avidez, lanzándose sobre ellas en un bailoteo de sus pesados senos con los ojos brillantes.

Y yo escapé.

56

Cuando llegué a la villa me reuní con Metaxas y le pregunté:

—¿Cómo se llama la mujer de León Ducas?

—¿Pulcheria?

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Hace tres semanas cuando acudimos a la recepción.

—No —dije—. Sufres Desplazamiento Transitorio, lo mismo que yo. León Ducas está casado con una tal Euprepia, que le ha dado dos hijos, y un tercero que está a punto de nacer. En cuanto a Pulcheria, es la esposa de un tabernero llamado Heracles Photis.

—¿Estás loco? —me preguntó Metaxas.

—El pasado está alterado. No sé cómo se ha producido el hecho, pero hay un cambio en mi propio árbol genealógico, y Pulcheria no es ya mi antepasada. ¡Sólo Dios sabe si todavía existo! Si no soy descendiente de Pulcheria Ducas, ¿de quién soy descendiente? Y...

—¿Cuándo has descubierto todo eso?

—Hace un rato. Buscaba a Pulcheria y... ¡maldición, Metaxas! ¿Qué puedo hacer?

—¿Puedes haberte confundido? —me preguntó tranquilamente.

—No. No. Pregúntale a tus siervos. Ellos no padecen el Desplazamiento Transitorio. Pregúntales si alguna vez han oído hablar de Pulcheria Ducas. Pregúnta-

les el nombre de la mujer de León Ducas. O verifícalo por ti mismo en la ciudad. Ha habido un cambio en el pasado.. no lo comprendes, todo es diferente y... ¡maldita sea, Metaxas! ¡Maldita sea!

Me sujetó por las muñecas y me dijo con una voz muy suave:

—Cuéntamelo todo desde el principio, Jud.

Pero no tuve tiempo. En el mismo instante, Sam el negro se precipitó en la habitación aullando:

—¡Le hemos encontrado! ¡Le hemos encontrado!

—¿A quién? —preguntó Metaxas.

—¿A quién? —pregunté yo al mismo tiempo.

—¿A *quién*? —repitió Sam—. ¿A quién creéis? ¡Sauerabend! ¡Conrad F.X. Sauerabend en persona!

—¿Le habéis encontrado? —pregunté, abatido por el alivio. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Aquí mismo, en 1105 —explicó Sam—. Esta mañana pasé por el mercado con Melamed, al azar; enseñábamos el retrato a la gente y un vendedor de manos de cerdo le reconoció con toda certeza. Sauerabend vive en Constantinopla desde hace cinco o seis años y es dueño de una taberna junco al río bajo el nombre de Heracles Photis.

—¡No! —bramé—. ¡No, maldito cabrón negro, no, no, no, no! ¡Eso no es verdad!

Me lancé sobre él lleno de ciego furor.

Le golpeé con los puños en el vientre y le arrojé a la pared.

Me miró desconcertado; finalmente, contuvo el aliento y avanzó hacia mí. Me levantó y me tiró al suelo. Me levantó otra vez y de nuevo me derribó. Me levantó por tercera vez, pero Metaxas le pidió que me soltase.

—Es verdad que soy un cabrón negro —me dijo Sam en voz baja—, pero no hace falta que lo gritases.

—Que alguien le dé un poco de vino —dijo Metaxas—. Se ha vuelto loco.

—Sam, no quería insultarte —le dije, tranquilizándome—, pero es imposible que Conrad Sauerabend pueda vivir aquí bajo el nombre de Heracles Photis.

—¿Por qué?

—Porque... porque...

—Le he visto con estos ojitos —dijo Sam—. Estuve tomando vino en su taberna no hace ni cinco horas. Es alto y gordo, con el rostro rojizo y muy fanfarrón. Tiene una preciosa mujer bizantina que andará por los dieciséis o diecisiete años y que sirve a los parroquianos moviendo las tetas delante de ellos... apostarí a que se prostituye en las habitaciones de arriba...

—De acuerdo —dije con voz de moribundo—. Has ganado. La mujer se llama Pulcheria.

Metaxas pareció estrangularse.

—No le pregunté el nombre —dijo Sam.

—Tiene diecisiete años y proviene de la familia Botaniates —continuó—. Es una de las más importantes familias bizantinas y sólo Buda sabe por qué se ha casado con Heracles Photis/Conrad Sauerabend. El pasado ha cambiado, Sam, porque hace unas semanas, según mi base temporal, ella era la esposa de León Ducas y vivía en un palacio que se alza al lado del palacio imperial, en el que mantuvimos relaciones amorosas, y antes de esa alteración del pasado, Pulcheria y León Ducas eran mis tátara-tátara-multi-tátaraabuelos. Todo esto es una puñetera coincidencia y no entiendo nada, salvo que soy una no persona y que no existe Pulcheria Ducas. Ahora, si no veis inconveniente, me voy a abrir la gar-

ganta en algún lugar tranquilo.

—En realidad, todo esto no está pasando —dijo Sam—. Sólo es un mal sueño.

57

Pero no era un sueño, claro. Era tan real como cualquier otro acontecimiento de aquel cosmos fluido y cambiante.

Los tres bebimos mucho vino, y Sam me dio algunos detalles suplementarios. Me dijo que les pidió a los vecinos detalles acerca de Sauerabend/Photis, y que respondieron a sus preguntas diciendo que llegó misteriosamente de una región muy remota del país, hacia 1099. Que los parroquianos de su taberna no lo apreciaban y que acudían al local sólo para admirar a su hermosa mujer. Muchos pensaban que se dedicaba a algún tráfico ilegal.

—Se excusó —declaró Sam—, y nos dijo que debía cruzar a Gálata. Pero Kolettis le siguió y descubrió que no iba al mercado. Entró en una especie de depósito, en la orilla de Gálata, y desapareció. Kolettis entró tras él, pero no pudo encontrarle. Según Kolettis, debió dar un salto temporal. Media hora más tarde, más o menos, Photis reapareció y tomó el transbordador para volver a Constantinopla.

—Es un crimen temporal —dijo Metaxas—. Hace contrabando.

—Pienso lo mismo —confirmó Sam—. Toma el siglo XII como base, bajo el falso nombre de Heracles Photis, y revende objetos, monedas de oro y cosas así, en el tiempo actual.

—¿Cómo dio con la chica? —preguntó Metaxas.

—Todavía no está muy claro —respondió Sam encogiéndose de hombros—. Pero ahora que le hemos descubierto, podemos seguir su pista a lo largo de la línea y descubrir su punto de llegada. Y saber exactamente lo que hace.

—¿Cómo podremos restaurar la continuación normal de los acontecimientos? —rezongué.

—Debemos localizar el instante preciso en que saltó y dejó tu grupo. Nos colocaremos allí mismo y le atraparemos en cuanto se materialice, le quitaremos el crono y le devolveremos a 1204. Así le retiraremos del río del tiempo en el mismo lugar en que entró en él, y con retrocederle a su grupo de 1204, asunto resuelto.

—No habría problemas si te fuera a hacer caso —dije—. Pero no es tan sencillo. ¿Qué pasará con todos los cambios que han alterado el pasado? Sus cinco años de matrimonio con Pulcheria Botaniates...

—Serán no-acontecimientos —respondió Sam—. En cuanto saquemos a Sauerabend de 1099 o de no sé cuándo hasta 1204, su matrimonio con Pulcheria quedará anulado, ¿de acuerdo? El río temporal recuperará su forma original y ella se casará con quien se tenía que casar...

—León Ducas —añadí—. Mi antepasado.

—León Ducas, sí —siguió Sam—. Y en Bizancio, para todo el mundo, el episodio de Heracles Photis no habría ocurrido nunca. Sólo nosotros estaremos al corriente, pues sufrimos el Desplazamiento Transitorio.

—¿Y los objetos que Sauerabend haya vendido en el tiempo actual? —pregunté.

—No estarán allí —contestó Sam—. Nunca habrán sido vendidos. Y los compradores no recordarán haberlos recibido. Toda la trama del tiempo quedará restaurada y la Patrulla no se dará cuenta de nada, y...

—Te olvidas de un pequeño detalle —sugerí.

—¿Cuál?

—En toda esta confusión, he generado un segundo Jud Elliott. ¿Qué va a ser de él?

—¡Dios mío! —exclamó Sam—. Me había olvidado de él.

58

Me había pasado mucho tiempo en 1105 y pensé que ya era hora de volver a 1204 para advertir a mi alter ego de lo que pasaba. Descendí por la línea y entré en el albergue a las tres y cuarto de la misma larga noche en la que Conrad Sauerabend desapareció. Mi otro yo estaba derrumbado sobre la cama, examinando las gruesas vigas del techo.

—¿Bien?—preguntó—. ¿Cómo van las cosas?

—Catastróficas. Salgamos al pasillo.

—¿Qué es lo que pasa?

—Agárrate —le pedí—. Hemos encontrado por fin la pista de Sauerabend. Saltó a 1199 y se hizo pasar por posadero. Un año después, se casó con Pulcheria.

Vi cómo se descomponía la cara de mi otro yo.

—El pasado se ha alterado —continuó—. León Ducas se ha casado con otra mujer, una tal Euprepia no sé cuántos, que le ha dado dos hijos y medio. Pulcheria es sirvienta en la taberna de Sauerabend. La he visto. No sabía quién era yo, pero me propuso echar un polvo por dos besantes. Sauerabend hace contrabando a lo largo de la línea, y...

—No digas más —declaró—, no quiero oír nada más.

—Todavía no te he dado las buenas noticias.

—¿Hay buenas noticias?

—Vamos a suprimir retroactivamente todo eso. Sam, Metaxas y tú, vais a seguir la pista de Sauerabend desde 1105 hasta el momento de su llegada en 1099, impidiendo que se instale y devolviéndole aquí, esta misma noche. Y toda la historia quedará borrada.

—¿Qué nos pasará a nosotros? —me preguntó mi alter ego.

—Lo hemos discutido, al menos de un modo aproximado —contesté vagamente—. No hay nada seguro. Aparentemente, los dos estamos protegidos por el Desplazamiento Transitorio y seguiremos existiendo aunque Sauerabend sea devuelto a su propia línea temporal.

—Pero, ¿de dónde procedemos? ¡No podemos haber sido creados de la nada! La conservación de la masa...

—Uno de nosotros está aquí desde el principio —le recordé—. De hecho, yo estoy aquí desde el principio. Te creé al volver cincuenta y seis segundos por nuestra línea temporal.

—¡Una leche! —protestó—. Yo estoy en esta línea temporal desde el principio, e hice todo lo que debía hacer. Eres tú quien llegó de ninguna parte. Muchacho, tú eres una paradoja.

—Si es cierto, y lo es, que he vivido cincuenta y seis segundos más que tú, yo tengo que haber sido creado antes.

—Fuimos creados en el mismo instante, el 11 de octubre de 2035 —afirmó—. El hecho de que nuestras líneas temporales se hayan entremezclado a causa de tus memeces no significa, en lo más mínimo, que uno de nosotros sea más real que el otro. La cuestión no estriba en saber cuál de los dos es el verdadero Jud Elliott, sino cómo vamos a poder vivir sin que se junten nuestros caminos.

—Deberemos establecer un reparto muy cuidadoso del tiempo —contesté—. Uno de nosotros debe trabajar como Guía mientras el otro se oculta en la línea. Y debemos evitar encontrarnos juntos en el mismo momento de la línea. Pero ¿cómo...?

—Lo tengo —dijo—. Viviremos en la base temporal de 1105 como Metaxas y para nosotros ése será el continuo. Siempre habrá uno de nosotros viviendo como Jorge Markezinis en la villa de Metaxas a principios del siglo XII. El otro trabajará como Guía durante un período dado, durante el cual tendrá vacaciones y giras...

—... evitando disfrutar de sus vacaciones en 1105.

—Exacto. Y cuando ese período de trabajo termine, volverá a la casa de Metaxas y adoptará el nombre de Markezinis, y el otro descenderá por la línea para recuperar su trabajo como Guía...

—... y si todo eso va bien coordinado no habrá razón para que nos descubra la Patrulla.

—¡Soberbio!

—Y el que sea Markezinis —terminé— podrá seguir viendo a Pulcheria sin que ella sepa que hacemos cambios de vez en cuando.

—En cuanto Pulcheria vuelva a ser ella misma.

—En cuanto Pulcheria vuelva a ser ella misma —repetí.

El pensamiento nos desilusionó. Nuestro maravilloso plan para alternar nuestras identidades no significaba que pudiéramos resolver todos los problemas ocasionados por Sauerabend.

Verifiqué la hora.

—Vuelve a 1105 para ayudar a Sam y a Metaxas —le dije—. Vuelve a las tres y media.

—De acuerdo —confirmó antes de marchar.

59

Volvió a su hora con aspecto desalentado y me dijo:

—Esperamos todos nosotros el 9 de agosto de 1100 junto al muro de Blacherna a unos cien metros a la derecha de la primera puerta.

—¿Qué pasó?

—Ven a verlo tú mismo. Me pone enfermo pensar en ello. Ven, haz lo que tienes que hacer y toda esta pesadilla terminará. ¡Vamos! Salta y únete a nosotros ahí abajo.

—¿A qué hora? —preguntó.

Pensó durante un momento.

—A las doce y veinte de la mañana, más o menos.

Salí del albergue y avancé hasta la muralla, luego ajusté el crono cuidadosamente y salté. El paso de la negra noche a la luz del día me cegó durante un instante; cuando dejé de parpadear, vi que me encontraba ante un trío de sombrío semblante: Sam, Metaxas y Jud B.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡No me digas que hemos hecho otra duplicación!

—Esta vez sólo es la paradoja de la Acumulación Temporal —me explicó mi alter ego—. No es tan grave.

—Pero, si estamos aquí los dos, ¿quién vigila a nuestros dientes en 1204?

Yo estaba tan turbado que no podía razonar.

—¡Idiota! —me dijo con voz seca—. ¡Piensa en cuatro dimensiones! ¿Cómo puedes ser yo mismo y ser tan estúpido? Escucha, yo he saltado aquí desde un

punto de aquella noche de 1204, y tú has saltado desde otro punto situado un cuarto de hora más tarde. Cuando volvamos, cada uno lo hará a su punto de partida en la línea. Yo debo volver a las tres y media, y tú a las cuatro menos cuarto, pero eso no significa que ahora no esté allí uno de nosotros.

Mi mirada barrió los alrededores. Vi al menos cinco grupos de Metaxas-Sam-Yo formando un gran semicírculo alrededor del muro. Evidentemente, habían elegido aquel instante con mucho cuidado, dando pequeños saltos para verificar lo que pasaba; la Paradoja Acumulativa les multiplicaba.

—Todavía no consigo comprender perfectamente la continuación regular de...

—¡Déjate ya de la historia de la continuación regular! —me espetó el otro Jud—. ¡Mira hacia allí! ¡Hacia allí, hacia la puerta!

Hizo un gesto para enseñarme la dirección.

Miré.

Vi a una mujer de cabellos grises sencillamente vestida. Reconocí en ella una versión un poco más joven de la mujer que escoltó a Pulcheria Ducas a la tienda de especias aquel día, tan lejano, cinco años antes en la línea. La dueña estaba apoyada contra la muralla de la villa, riendo suavemente. Tenía los ojos cerrados.

No lejos de ella se encontraba una niña de unos doce años que no podía ser otra que Pulcheria, más joven que cuando la conocí. La semejanza era chocante. Aquella niña tenía aún cuerpo infantil, y sus senos eran dos pequeños bultos bajo la túnica, pero era casi idéntica a la magnífica Pulcheria.

Cerca de la niña se encontraba Conrad Sauerabend, vestido de bizantino adinerado.

Sauerabend murmuraba a los oídos de la niña. Agitaba ante su rostro una pequeña chuchería del siglo XXI, un pendiente móvil o algo parecido. Su otra mano la tenía debajo de la falda de la niña y le sobaba, evidentemente, los muslos. Pulcheria fruncía el ceño, pero no hacía movimiento alguno para apartar aquella mano. No parecía saber muy bien lo que quería Sauerabend, pero se sentía fascinada por el juguete y quizá los dedos que la acariciaban no la molestaban tanto como a mí.

—Vive en Constantinopla desde hace poco menos de un año —dijo Metaxas—, y vuelve a menudo a 2059 para vender objetos. Viene todos los días junto al muro para espiar a la chica y a su dueña durante el paseo de mediodía. La niña es Pulcheria Botaniates, y el palacio de los Botaniates se encuentra precisamente allí. Hace una media hora, Sauerabend se ha acercado a ellas. Le ha dado un flotador a la dueña y ella está planeando desde entonces. A continuación, se ha sentado al lado de la niña y ha empezado a engarusarla. Sabe trabajarse a las niñas.

—Es su pasatiempo favorito —expliqué.

—Mira lo que va a pasar ahora —me pidió Metaxas.

Sauerabend y Pulcheria se levantaron y anduvieron hasta la puerta del muro. Nos ocultamos en las sombras para que no nos vieran. La mayor parte de nuestras paradojas habían desaparecido, saltando a otros puntos de la línea para verificar las cosas. Vimos cómo el hombre y la chica pasaban bajo la puerta y salían al campo circundante.

Me dispuse a seguirles.

—Espera —me dijo Sam—. ¿Ves lo que pasa? Es Andrónico, el hermano mayor de Pulcheria. Un joven de unos dieciocho años se acercó. Se detuvo y miró con aire sorprendido a la dueña que retozaba junto al muro. Le vimos arrojarle hacia ella, sacudirla, ponerla en pie. La mujer, sin fuerzas, cayó de nuevo.

—¿Dónde está Pulcheria? —rugió—. ¿Dónde está?

La dueña siguió riéndose.

Desesperado, el joven Botaniates corrió por la calle desierta e inundada de sol, llamando a su joven hermana. Luego, cruzó la puerta.

—Sigámosle —dijo Metaxas.

Al pasar bajo la puerta, percibió a varios grupos de nosotros mismos que ya estaban al otro lado. Andrónico Botaniates corría a derecha e izquierda. Oí una risa infantil salir aparentemente del muro.

Andrónico también la oyó. En el muro se distinguía una brecha, una gruta que se abría al nivel del suelo y que tendría unos cinco metros de profundidad. Corrió hacia ella. Le seguimos, tropezando con una pequeña multitud constituida por nosotros mismos. Seríamos una quincena, cinco ejemplares de cada Guía.

Andrónico penetró en la brecha y lanzó un grito terrible. Un instante más tarde, miré el interior.

Pulcheria, desnuda, con la túnica bajada alrededor de los tobillos, se encontraba en la clásica postura del pudor, con una mano ante los incipientes senos y la otra delante del pubis. Sauerabend se hallaba a su lado, con la túnica abierta. Su pene estaba al aire, dispuesto para el uso. Creo que estaba colocando a Pulcheria en una posición adecuada cuando le interrumpieron.

—¡Esto es un ultraje! —gritó Andrónico—. ¡Una infamia! ¡Seduciendo a una virgen! ¡Mirad todos! ¡Mirad qué monstruosidad, qué crimen!

Tomando a Sauerabend con una mano y a su hermana con otra, los arrastró fuera.

—¡Miradles! —gritó.

Nos apartamos antes de que Sauerabend pudiera reconocernos, pero creo que estaba tan aterrorizado que no habría reconocido a nadie. La pobre Pulcheria, intentando ocultar lo más posible su desnudez, no era más que una masa caída a los pies de su hermano; pero éste intentaba levantarla, exponerla a todos, aullando:

—¡Mirad a la puta! ¡Miradla! ¡Miradla, miradla!

Una considerable multitud se reunió para hacerlo.

Nos apartamos. Tenía ganas de vomitar. Aquel sucio maníaco, aquel puñetero agente de cambio... enseñarle su rojo artilugio a la pobre Pulcheria, obligarla a soportar aquel escándalo...

Andrónico sacó la espada e intentaba matar a su hermana o a Sauerabend, o a los dos a la vez. Pero los testigos se lo impidieron, lanzándose sobre él y arrebatándole el arma. Pulcheria, desesperada al verse exhibida ante tanta gente, empuñó la daga de alguien e intentó arrebatarse la vida, pero la detuvieron justo a tiempo; un viejo, finalmente, le echó la capa por encima. Aquello era un terrible desorden.

—Hemos visto lo que pasó después —me dijo tranquilamente Metaxas—, y luego nos hemos vuelto a esperarte. Te diré todo: la chica estaba prometida a León Ducas, pero a éste le resultaba imposible casarse con ella después de que se la considerara como mancillada, aunque Sauerabend no hubiera tenido tiempo de penetrarla. El matrimonio fue anulado. Su familia, para castigarla por haber dejado que Sauerabend la sedujera hasta el punto de que se quitase la ropa, renegó de ella. Sauerabend tuvo que elegir entre casarse con la chica deshonrada o sufrir la pena prevista para su crimen.

—¿Qué es?

—La castración —contestó Metaxas—. Así que Sauerabend se casó bajo el nombre de Heracles Photis, cambiando la trama de la historia hasta el punto de privarte de una genealogía propia. Cosa que ahora mismo vamos a corregir.

—No a mí —dijo Jud B. Yo he visto más cosas de las que puedo soportar. Me

vuelvo a 1204. Debo estar allí a las tres y media de la mañana para decirle a aquel muchacho que venga a ver todo esto.

—Pero... —dije.

—No quieras resolver las paradojas —dijo Sam—. Tenemos trabajo.

—Ven a relevarme a las cuatro menos cuarto —dijo Jud B; y saltó.

Metaxas, Sam y yo coordinamos los cronos.

—Remontemos la línea exactamente una hora —dijo Metaxas—. Terminemos con toda esta farsa.

Saltamos.

60

Con gran precisión y enorme alivio, pusimos término a la comedia.

He aquí cómo:

Saltamos al mediodía de aquella cálida jornada de verano de 1100 y ocupamos nuestras posiciones a lo largo del muro de Constantinopla. Esperamos, intentando ignorar las otras versiones de nosotros mismos que pasaban furtivamente por los alrededores cumpliendo su propia misión.

La niña y la atenta dueña se acercaron.

Mi corazón latía dolorosamente de amor hacia la joven Pulcheria, y me dolían también otras cosas al pensar en la voluptuosa Pulcheria en quien se convertiría.

La niña y la confiada dueña pasaron ante nosotros, una al lado de la otra.

Conrad Sauerabend/Heracles Photis apareció. Ruidos discordantes en la orquesta; torsiones de bigotes; silbidos. Examinó a la joven y a la mujer y se dio una palmada en el grueso vientre. Sacó un pequeño flotador y verificó su punta. Con la mirada concupiscente, se adelantó hacia ella, con la intención de meter el flotador en el brazo de la dueña y, mientras ella planeaba una hora, acercarse libremente a la jovencita.

Metaxas miró a Sam.

Sam me miró.

Nos acercamos por detrás a Sauerabend.

—¡Vamos! —ordenó Metaxas. Y entramos en acción.

Sam el negro se abalanzó sobre Sauerabend y su enorme brazo derecho le rodeó la garganta. Metaxas le sujetó la muñeca izquierda y le echó el brazo hacia atrás, lejos de los controles del crono que le podía permitir escapar. Simultáneamente, yo le agarré el brazo derecho y le obligué a soltar el flotador. Toda aquella maniobra apenas duró un octavo de segundo y tuvo como resultado la completa inmovilización de Sauerabend. Mientras tanto, la dueña eligió, sabiamente, huir, acompañada por Pulcheria, de aquella bronca intempestiva.

Sam metió la mano bajo la ropa de Sauerabend y le quitó el alterado crono.

Le soltamos. Sauerabend, que pensaba que le estaban asaltando algunos bandoleros, me vio y balbuceó algunos monosílabos incongruentes.

—Te creías muy listo ¿verdad? —le pregunté.

El siguió gruñendo.

—Alteraste el crono, te largaste y creíste que podrías vivir haciendo contrabando ¿eh? ¿Pensabas que no te encontraríamos?

No le dije palabra de las semanas de agotadoras búsquedas que habíamos pasado hasta dar con él. Ni de los crímenes temporales que cometimos para localizarle: las paradojas que dejábamos sueltas por la línea, las inútiles duplicaciones de nosotros mismos. No le dije tampoco que acabábamos de terminar con seis

años de su vida como tabernero en otro universo que para nosotros no existía. No le dije nada de toda la cadena de acontecimientos que habrían hecho de él el esposo de Pulcheria Botaniates en aquel inexistente universo, privándome así de mi propia genealogía. Sin embargo todas aquellas cosas no habían pasado. No habría un posadero llamado Heracles Photis que vendiera vino y cordero a los bizantinos de los años 1100 al 1105.

Metaxas sacó de su túnica un crono suplementario sin manipular llevado especialmente.

—Póntelo —dijo.

Con muy mala cara Sauerabend le obedeció.

—Volvemos a 1204 —dije— casi al mismo momento en que te fuiste. Luego acabaremos la gira y volveremos a 2059. ¡Que Dios te ayude como me causes el menor problema, Sauerabend! No te denunciaré por crimen temporal porque soy muy bueno, aunque un salto sin autorización como el que has dado es un acto criminal; pero si haces cualquier cosa que me irrite desde ahora hasta el momento en que me libere de ti te haré quemar vivo. ¿Queda claro?

Asintió con la cabeza.

Me volví hacia Sam y Metaxas.

—A partir de este momento puedo ocuparme de él yo solo. Gracias por todo. No puedo decir cuánto.

—No lo intentes —respondió Metaxas; y descendieron por la línea.

Ajusté el nuevo crono de Sauerabend y luego el mío; saqué el transmisor.

—Vamos —le dije; y saltamos a 1204.

61

A las cuatro menos cuarto de aquella familiar noche de 1204 remonté una vez más las escaleras del albergue, esta vez en compañía de Sauerabend. Jud B iba de un lado para otro ante la puerta de la habitación. Su rostro se iluminó al ver a mi cautivo. Sauerabend pareció estupefacto al ver a mis dos yoes, pero no se atrevió a decir nada.

—Entra —le dije—. Y no toques el crono o lo lamentarás.

Sauerabend entró.

—La pesadilla ha terminado —le dije a Jud B—. Le hemos atrapado, le hemos quitado el crono y le hemos dado otro. Aquí está. Toda la operación ha durado cuatro horas ¿exacto?

—Más quién sabe cuántas semanas de búsqueda por toda la línea.

—Eso ahora carece de importancia. Le hemos encontrado. Hemos vuelto al punto de partida.

—Pero ahora hay un Jud de más —observó Jud B—. ¿Establecemos turnos?

—Claro. Uno de nosotros se queda con este grupo de payasos, les lleva como estaba previsto a 1453 y vuelve al siglo XXI. El otro se va a casa de Metaxas. ¿Lo echamos a suertes?

—¿Por qué no?

Sacó de la bolsa un besante de Alexis I y me lo enseñó para que comprobase que no estaba trucado. No lo estaba: Alexis en una cara, una representación de Cristo entronizado en la otra. Decidimos que Alexis fuera la cara y Jesús la cruz. Lancé al aire la moneda, la atrapé con un gesto vivo y la coloqué sobre el dorso de la otra mano. Supe, al sentir el borde cóncavo de la moneda contra la piel, que había salido cara.

—Cruz —dijo el otro Jud.

—No hay suerte, *amigo*.

Le enseñé la moneda. Hizo una mueca y la recogió.

—La gira durará tres o cuatro días, ¿no es cierto? —dijo tristemente—. Luego, dos semanas de vacaciones, que no podré disfrutar en 1105. Eso significa que tardarás en verme llegar a casa de Metaxas dieciséis o diecisiete días.

—Más o menos —asentí.

—Y durante todo ese tiempo harás el amor como un loco con Pulcheria.

—Naturalmente.

—Dedícame una de las veces —dijo, volviendo a entrar en la habitación.

Una vez solo, me apoyé en una columna y me dediqué media hora a recordar todas mis idas y venidas de aquella agitada noche, para asegurarme no aterrizar en un punto discontinuo de 1105. No debía equivocarme y aparecer antes de la captura de Sauerabend, y encontrarme con un Metaxas para quien toda aquella historia fuera, sencillamente... griego.

Calculé el salto cuidadosamente.

Salté.

Me dirigí una vez más a la bonita villa.

Todo había salido a la perfección. Metaxas me estrechó en sus brazos.

—La línea temporal está intacta —dijo—. He vuelto del año mil hace apenas unas horas, pero me ha bastado para efectuar una verificación. La mujer de León Ducas es Pulcheria. Un tal Angelus es el dueño de la taberna que fuera de Sauerabend. Aquí nadie recuerda nada. Puedes estar tranquilo.

—No puedo decirte cuánto lo estoy.

—Pues no hablemos más del asunto, ¿conforme?

—Conforme. ¿Dónde anda Sam?

—Al otro lado de la línea. Ha vuelto al trabajo. Y yo tengo que hacer lo mismo —me dijo Metaxas—. Mis vacaciones se terminan y un grupo de turistas me espera en diciembre de 2059. Me iré durante dos semana y volveré... —pensó durante unos instantes—... el 18 de octubre de 1105. ¿Qué vas a hacer?

—Me quedaré por aquí hasta el 22 de octubre —contesté—. Luego, terminarán las vacaciones de mi alter ego y me reemplazará por estos lares mientras yo desciendo la línea para ocuparme de la siguiente gira.

—¿Vais a seguir así? ¿Alternando?

—Es la única manera.

—Sin duda, tienes razón —confirmó Metaxas.

Pero yo me había equivocado.

62

Metaxas se fue y yo tomé un baño. Entonces, realmente relajado por primera vez en varias eras geológicas, afronté mi inmediato futuro.

Primero, un buen sueño. Luego, una buena comida. A continuación, un paseo por la ciudad para ir a ver a Pulcheria, que debía estar de nuevo en el palacio de los Ducas, y que no sabía nada de la extraña metamorfosis que su destino sufrió momentáneamente.

Haríamos el amor y yo me volvería a casa de Metaxas. Por la mañana, volvería a la ciudad, y luego...

Dejé de hacer proyectos, pues Sam apareció en el momento con aspecto turbado. Iba vestido con un manto bizantino, pero había debido huir apresurada-

mente, pues debajo se veían sus ropas del siglo XXI. Parecía muy preocupado.

—¡Maldita sea! ¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Un favor —respondió.

—¿Qué?

—Te digo que estoy aquí para hacerte un favor. Pero no puedo quedarme mucho tiempo porque tengo a la Patrulla Temporal pisándome los talones.

—¿Me está buscando la Patrulla?

—¡Joder que si te buscan! —aulló—. ¡Recoge tus cosas y lárgate a toda prisa! Tienes que esconderte en cualquier parre, tres o cuatro mil años en el pasado. ¡Entiértrate!

Empezó a recoger mis cosas esparcidas por la habitación. Le detuve para preguntarle:

—¿Quieres decirme lo que pasa? Siéntate y deja de comportarte como un loco. Has entrado a un millón de kilómetros por hora y...

—De acuerdo —me dijo—. De acuerdo. Te lo contaré y peor para mí si me detienen. De todos modos soy culpable. Merezco que me detengan. Y...

—Sam.

—De acuerdo —repitió cerrando los ojos durante un instante—. Mi base de tiempo actual es d 25 de diciembre de 2059. ¡Feliz Navidad! Hace unos días, siempre según mi base temporal, tu alter ego volvió con todo el grupo de Bizancio. Sauerabend y todos los demás. ¿Sabes lo que pasó con tu otro yo cuando llegó a 2059?

—¿Lo detuvo la Patrulla Temporal?

—Peor.

—¿Qué podría ser peor?

—Desapareció, Jud. Se convirtió en una no-persona. Dejó de haber existido.

No pude dejar de reír.

—¡Pobre loco! ¡Le dije que yo era el verdadero Jud y él tan sólo algo así como un fantasma, pero no quiso escucharme! En fin, no puedo decir que lo sienta...

—No Jud —dijo Sam tristemente—. El era tan real como tú cuando estaba en la línea. Tú no eres mucho más real que él.

—No lo comprendo.

—Eres una no-persona Jud, lo mismo que él. Retroactivamente has dejado de existir. Y es culpa nuestra tanto como tuya. Actuamos tan deprisa que olvidamos un pequeño detalle.

Tenía un aspecto atroz. Pero ¿qué aspecto puede tener uno cuando le tiene que decir a otro no que se haya muerto sino que nunca ha existido?

—¿Qué pasó Sam? ¿Qué detalle?

—Mira Jud, cuando le quitamos a Sauerabend el crono manipulado le dimos otro. Metaxas tiene algunos de reserva, cronos robados, ese maldito bandido tiene de todo lo que haga falta.

—¿Y qué?

—Su número de serie era diferente del crono con el que Sauerabend empezó la gira. Normalmente nadie nota ese tipo de cosas pero cuando terminó la gira el controlador era un tipo muy puntilloso y examinó los números de serie. Vio que se había cometido una sustitución y advirtió a la Patrulla.

—¡Oh! —exclamé débilmente— Interrogaron a Sauerabend —dijo Sam—. Intentó protegerse y te echó a ti toda la culpa. Y como no podía explicar la Sustitución de los cronos, la Patrulla obtuvo autorización para verificar todo el desarrollo de la gira.

—¡Oh, oh!

—Lo han controlado todo desde todos los ángulos. Vieron que abandonaste al grupo, vieron que Sauerabend saltaba en tu ausencia, me han visto con Metaxas y contigo devolviéndole a 1204.

—¿Así que los tres estamos en muy mal momento?

Sam sacudió la cabeza.

—Metaxas tiene influencia. Yo también. Saldremos con bien alegando que simplemente quisimos ayudar a un compañero en problemas. Pero con eso, acabamos. No podemos hacer nada por ti, Jud. La Patrulla quiere tu cabeza. Vieron cómo te desdoblaste en 1204 y han empezado a comprender que no eras sólo culpable de negligencia al dejar que se marchase Sauerabend, sino que habías incurrido en varias paradojas intentando ilegalmente enderezar la situación. Los cargos que pesan sobre ti son tan graves que no hemos podido hacer nada, y créeme, muchacho, hemos intentado todo. La Patrulla se ocupará de ti.

—¿Y eso?—pregunté casi sin aliento.

—Han ido a buscarte a 1204 dos horas antes de tu primer salto hacia 1105 para encontrarte con Pulcheria. Otro Guía te ha reemplazado en 1204; vas a ser devuelto al presente, a 2059, para ser juzgado por varios crímenes temporales.

—Así que...

—Así que —siguió Sam—, nunca has saltado a 1105 para encontrarte con Pulcheria. Todo este lígüe con ella es un no-acontecimiento, y si la visitas, descubrirás que ella no recuerda haberse acostado contigo. Además, como no saltaste a 1105, evidentemente no has tenido ocasión de regresar a 1204 y darte cuenta de la ausencia de Sauerabend, y de todos modos, éste nunca estuvo en tu grupo. Así que nunca has dado ese salto de cincuenta y seis segundos hacia atrás que provocó la duplicación. Ni tú ni Jud B habéis existido jamás, pues vuestra existencia mutua proviene de un momento posterior a tu encuentro con Pulcheria; ahora bien, nunca la has visitado, pues te retiraron de la línea temporal antes de que tuvieras ocasión de saltar a 1105. Serás proyectado por la paradoja del Desplazamiento Transitorio mientras permanezcas en la línea; Jud B. ha dejado de estar al abrigo de ella desde el instante en que volvió al presente y desapareció irremediabilmente. ¿Vale?

—Sam —dije, temblando—, ¿qué le pasó al otro Jud... al.. al... al *verdadero* Jud? Al que atraparon, al que devolvieron a 2059.

—Está encerrado: espera que le juzguen por crímenes temporales.

—¿Y yo?

—Si la Patrulla te encuentra, serás devuelto al tiempo actual y automáticamente aniquilado. Pero la Patrulla no sabe dónde estás. Si te quedas en Bizancio, serás descubierto tarde o temprano y será tu fin. Cuando me he enterado de todo esto que te cuento, he vuelto a advertirte. Ocúltate en la Prehistoria. Refúgiate en un período anterior al descubrimiento de la Bizancio griega: hacia el 700 antes de Cristo. Allí podrás arreglártelas. Te llevaremos libros, herramientas, todo lo que necesites. Habrá más gente, quizá nómadas... en todo caso, tendrás compañía. Para ellos, serás como un dios. Te adorarán, te ofrecerán una mujer cada día. Es tu única oportunidad, Jud.

—¡No quiero ser un dios prehistórico! ¡Quiero descender de nuevo al presente! ¡Y volver a ver a Pulcheria! ¡Y...!

—Imposible —declaró Sam, y sus palabras fueron como la hoja de la guillotina—. No existes. Sería un suicidio querer volver al presente. Si intentas acercarte a Pulcheria, la Patrulla te apresará y te llevarán al tiempo actual. Si no te ocultas, Jud, eres hombre muerto.

—¡Pero soy real, Sam! ¡Existo!

—Sólo existe el Jud Elliott que está en la cárcel. Tú eres un fenómeno residual, el producto de una paradoja, nada más. Pese a todo, te aprecio, muchacho, y por eso arriesgo mi propia realidad de negro para ayudarte, aunque no seas real. Créeme. ¡Créeme! Eres tu propio fantasma. ¡Haz las maletas y vete!

63

Llevo aquí tres meses y medio. Según el calendario que tengo al día, estamos a 15 de marzo de 3060 A.P. Eso es, poco más o menos, mil años antes de Cristo. La vida no es muy desagradable. Los habitantes de la zona son pequeños granjeros; quizá sean los restos del imperio hitita; los colonos griegos llegarán dentro de tres siglos. Empiezo a hablar el idioma local; es indo-europeo y lo aprendo deprisa. Como Sam predijo, soy un dios. Primero, cuando me vieron por primera vez, quisieron matarme, pero los asusté con el crono, saltando justo delante de sus narices y ahora no se atreven a molestarme. Con todo, procuro ser un dios benevolente. He descendido a la orilla del río que un día será llamado Bósforo y he rezado largamente, en inglés, para pedir buen tiempo. Los indígenas lo adoran.

Me dan todas las mujeres que quiero. La primera noche, me ofrecieron a la hija del jefe y, desde aquel momento, me he trabajado a toda la población núbil de la aldea. Creo que quieren que me case con una de las hijas, pero antes he de terminar la inspección.

No huelen muy bien, pero algunas son muy apasionadas.

Me siento terriblemente solo.

Sam ha venido a verme tres veces. Metaxas, dos. Los otros no han venido. No les culpo; los riesgos son muy grandes. Mis dos fieles amigos me han traído flotadores, libros, un láser, una gran caja de cubos musicales y muchas más cosas que, sin duda, dejarán perplejos a los arqueólogos.

—Tráeme a Pulcheria —le pedí a Sam—. Sólo una vez.

—No puedo —me contestó.

Y tiene razón. Sería un rapto y eso podría tener graves consecuencias; la Patrulla atraparía a Sam y me destruiría.

Echo de menos a Pulcheria atrozmente. ¿Sabe? Sólo hice el amor con ella aquella noche de 1204, pero tengo la impresión de conocerla muy bien. Ahora, lamento no haberla poseído en la taberna, cuando era Pulcheria Photis.

Mi bien amada. Mi provocativa tátara-tátara-multi-tátaraabuela. ¡No volveré a verte! Nunca más tocaré tu dulce piel, tu... no, no puedo torturarme así.

Intentaré olvidarte. ¡Ay!

Me consuelo, cuando no estoy atareado con mis deberes de deidad, escribiendo mis memorias. Todo está registrado, todos los detalles del modo en que caí aquí. Es un cuento con moraleja: cómo un joven lleno de futuro puede convertirse en una no-persona en sesenta y dos cortos capítulos. De vez en cuando, seguiré escribiendo. Diré lo que es ser un dios hitita. Veamos, mañana es la fiesta de la fertilidad y las diez hijas más bonitas de la aldea vendrán a la casa del dios para que...

¡Pulcheria!

Tengo mucho tiempo para pensar en ti.

También tengo tiempo para pensar en muchas cosas desagradables sobre mi destino final. No creo que la Patrulla Temporal me encuentre. Pero hay otra posibilidad.

La Patrulla sabe que me oculto en alguna parte de la línea, protegido por el

Desplazamiento Transitorio.

La Patrulla quiere aniquilarme porque sólo soy producto de una paradoja.

Y la Patrulla tiene poder para hacerlo. Supongamos que despiden a Jud Elliott del Servicio Temporal antes de que comience el último y nefasto viaje. Si Jud Elliott no estuvo en Bizancio en aquella ocasión la probabilidad de mi existencia alcanza el cero absoluto y no estaré protegido por la paradoja del Desplazamiento Transitorio. La Ley de las Paradojas Menores interviene. Y yo desaparezco.

Sé por qué todavía no me han destruido de ese modo. Porque el otro Jud — ¡Dios le bendiga!— está siendo juzgado en el presente por crímenes temporales y no pueden impedirle retroactivamente iniciar su viaje hasta que no sea reconocido culpable. Si le declaran culpable supongo que actuarán como pienso. Pero el procedimiento es lento. Jud intentará frenarlo aún más. Sam le ha dicho que yo estaba por aquí y que tenía que protegerme. Puede durar meses, años ¿quién sabe? El tiene su base temporal y yo la mía; ambos avanzamos hacia el futuro día tras día y todavía sigo aquí.

Solo. Con el corazón desgarrado.

Quizá nunca se ocupen de mí.

O quizá me aniquilen mañana.

¿Quién sabe? Hay momentos en que todo me da igual. Una cosa al menos me tranquiliza. Será la más dulce de las muertes. Ni el menor dolor. Sencillamente me iré donde van las velas cuando uno las sopla. Podría pasar en cualquier momento, y mientras llega seguiré viviendo jugando a ser un dios, escuchando a Bach tomando flotadores, escribiendo mis memorias y esperando el fin. Sí, podría producirse incluso en mitad de una frase y yo.

FIN